

Biblioteca del Pastor  
Edgar González

# EL CUERPO GLORIOSO DE CRISTO

por

**R. B. KUIPER**

Una apreciación bíblica de lo que es la única y  
sola iglesia de Cristo

Traducido por Héctor Pina  
SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA  
de la  
IGLESIA CHRISTIANA REFORMADA

## EL CUERPO GLORIOSO DE CRISTO

El original de esta obra fue publicado por Wm. B. Eerdmann Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE. UU., bajo el título *The Glorious Body of Christ* (1966).

Todas las citas bíblicas en este libro fueron tomadas de la versión Reina alera' revisión 1960, de las Sociedades Bíblicas en América Latina.

La versión castellana es publicada con el debido permiso; la traducción se hecha bajo los auspicios de la Den Dulk Foundation.

Impresión: 1985

Distribuido por:

T.E.L.L.  
Apartado Postal 6219  
Grand Rapids, Michigan 49506

Derechos Reservados  
© 1980  
2850 Kalamazoo S.E.  
Grand Rapids, MI 49560  
EE.UU.

*A mi esposa  
Fiel ayuda,  
sabia consejera  
y diligente estudiante de la Palabra*

## CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	11
<i>Introducción—¿Se ha disipado la gloria?</i>	13
1. La antigüedad y perpetuidad de la iglesia	21
2. La iglesia visible e invisible	25
3. La iglesia militante y triunfante	30
4. La iglesia trascendente	34
5. La unidad y la diversidad	38
6. La unidad y la división	43
7. El ideal de la unidad visible	47
8. La santidad	52
9. La catolicidad	57
10. La apostolicidad	26
11. La iluminación	68
12. La progresividad	73
13. La indestructibilidad	80
14. La cabeza gloriosa de la iglesia	85
15. Los miembros armoniosos de la iglesia	90
16. La iglesia y la verdad	95
17. La iglesia y la salvación	102
18. Un organismo y una organización	106
19. Los oficios de privilegio	111
20. El oficio universal	116
21. Los oficios especiales	121
22. El oficio del pastor	126
23. El oficio del anciano gobernante	131
24. El oficio del diácono	138
25. La doble responsabilidad de la iglesia	145
26. La tarea suprema de la iglesia	150

27. La iglesia como predicadora del arrepentimiento	157
28. La iglesia como predicadora de las buenas nuevas	163
29. La iglesia como predicadora de la salvación por gracia	169
30. La iglesia como predicadora de la gratitud cristiana	176
31. La iglesia como predicadora de la soberanía de Cristo	182
32. Los sacramentos	188
33. Hijos santos	194
34. La iglesia como maestra de la juventud del pacto	201
35. La iglesia como maestra de los creyentes adultos	207
36. La iglesia como portadora de consuelo	213
37. Evangelismo eclesiástico	220
38. Evangelismo educativo	227
39. Antitética al mundo	234
40. La iglesia como bendición para el mundo	242
41. La iglesia separada del mundo	248
42. La iglesia como conquistadora del mundo	255
43. La iglesia como organización inclusiva	262
44. La iglesia como organización exclusiva	270
45. Las llaves del reino	277
46. Disciplina saludable	284
47. La soberanía de la iglesia	292
48. Los escogidos de Dios	300
49. Los amigos de Dios	308
50. La morada de Dios	316
51. La esencia de la adoración colectiva	323
52. Las características de la adoración colectiva	330
53. La novia del Cordero	338

## *El Cuerpo Glorioso de Cristo*

Pbro. Edgar González  
Biblioteca del Pastor

### *Prefacio*

Que existe una clamorosa necesidad de una presentación popular de la doctrina cristiana, en particular de la fe reformada, está, a mi criterio, fuera de toda discusión. Este libro representa un intento a cumplir con esa necesidad con énfasis en la enseñanza de la Sagrada Escritura concerniente a la iglesia de Cristo.

En diferentes períodos de la historia de la doctrina cristiana el énfasis mayor ha sido puesto en verdades diferentes. El enfoque teológico actual está dirigido mayormente hacia la doctrina de la iglesia. Esto es una razón por que escribo sobre este tema. Otra razón es de índole más personal. Durante mis veinticinco años de enseñar la Teología Pastoral, he puesto por necesidad mucha atención en la eclesiología. Y porque la iglesia, particularmente en su manifestación evangélica, a pesar del interés general en la eclesiología, no es mantenida en alta estima como debiera serlo, ni por el mundo ni por los propios miembros, he decidido escribir específicamente sobre su *gloria*.

Desde octubre de 1947 hasta febrero de 1952 colaboré mensualmente en la revista *The Presbyterian Guardian* (El Guardián Presbiteriano) sobre el tema "La gloria de la iglesia cristiana". Como respuesta a numerosos pedidos, aquellos artículos ahora se reproducen en este libro. De las muchas alteraciones y añadiduras que fueron hechas, solamente debe mencionarse la del capítulo 26, "La tarea suprema de la iglesia". Es una adaptación de una contribución hecha por mí a las ediciones de diciembre de 1952 y enero de 1953 de la revista *Torch and Trumpet* (Antorcha y Trompeta). Deseo agradecer a la Presbyterian Guardian Publishing Corporation y a la Reformed Fellowship, Inc., por permitirme revisar y publicar de nuevo dicho material.

Cuando escribí dichos artículos fui ministro (pastor) de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa. Previamente fui, y ahora soy de nuevo, pastor en la Iglesia Cristiana Reformada. También fui pastor en la Iglesia Reformada de los Estados Unidos de Norte América. Sin embargo, en mi descripción de la gloria de la iglesia no tuve en

mente ninguna denominación en particular, sino más bien la iglesia descrita en el "Credo Apostólico" como *universal*. No debe olvidarse que cualquier grupo de creyentes, para que merezca ser llamado iglesia cristiana, debe ser una manifestación de la iglesia universal, que es el cuerpo de Cristo.

La intención del autor en estos estudios es de ser, ante todo, bíblico. De vez en cuando se citan algunos credos del cristianismo y también algunos teólogos prominentes. No obstante, mi preocupación principal es dar al lector unas vistas breves de la maravillosa gloria del cuerpo de Cristo, gloria que brilla con todo su resplandor en la Palabra infalible de Dios.

R. B. Kuiper

Grand Rapids, Michigan

## INTRODUCCION

### ¿SE HA DISIPADO LA GLORIA?

La Palabra de Dios nos dice que la iglesia de Cristo es gloriosa. No sólo le atribuye la historia un pasado que es en muchos aspectos glorioso, y predice la profecía un futuro glorioso para ella, sino la iglesia es *esencialmente* gloriosa. La iglesia cristiana es gloriosa en su *mismísima naturaleza*.

Hoy en día la gloria de la iglesia lleva un velo grueso. No es una exageración afirmar que en general se presenta la imagen de una iglesia en decadencia muy avanzada y de una extrema debilidad.

Por cierto, no todos están de acuerdo con dicha evaluación. Se habla mucho en nuestros días de un avivamiento religioso en todo el mundo. El hecho de que un porcentaje, cada vez mayor, de la población se hace miembro de una u otra iglesia se cita como evidencia concluyente de tal avivamiento. Se dice que la iglesia está avanzando de una gloria a otra. Sin embargo, esta apreciación peca por ser muy superficial.

El medir la gloria de la iglesia en términos de números es, por decir lo menos, arriesgado. Cuando el emperador romano Constantino, en el año 323, reconoció oficialmente a la iglesia cristiana, él, en las palabras de un historiador, "vistió a la iglesia de púrpura real". Como consecuencia, aumentó grandemente el número de sus miembros. Ser miembro de la iglesia llegó a estar de moda. Tal vez esta misma historia está repitiéndose en la actualidad. No cabe duda de que tal cosa esté sucediendo. Una vez más está de moda ser miembro de una iglesia. Realza la respetabilidad. Probablemente muchos de los que se unen a la iglesia son cristianos solamente de nombre.

Debido a la influencia del rabí Liebman, del obispo Sheen y del Dr. Norman Vincent Peale, multitudes están congregándose en las iglesias en busca de una paz mental; no obstante, pocos parecen entender que el único camino para obtener paz es a través de la sangre expiatoria de Jesucristo. De igual modo, poco se entiende

que la vida cristiana es una de constante lucha. Quien está en paz con Dios está, por este mismo hecho, en guerra con el mundo, el diablo y la carne.

Por cierto que el impacto de la predicación del evangelista Billy Graham es nada menos que un fenómeno. Muchos miles de personas de diferentes clases de vida están siendo dirigidos a hacerse miembros de las iglesias a través de su predicación. Esto puede ser para el protestantismo el presagio de mejores días en el futuro. Sin embargo, es desconcertante que muchos de los convertidos en las campañas de Graham se unen a iglesias que adulteran el evangelio. La historia enseña que los resultados de un evangelismo en masa son difíciles de evaluar. A menos que va acompañado de un estudio intensivo de la Palabra de Dios, está probado que los frutos generalmente no permanecen.

Digámoslo con toda claridad, que la iglesia está donde está la verdad. La sana doctrina ha sido, es, y será siempre la más importante marca de la verdadera iglesia de Cristo. Pero, ¿quién se atreve a afirmar que hay en las iglesias hoy en día un creciente interés en el estudio de la doctrina? Por lo regular, la gente no va a la iglesia a aprender acerca de Dios de su Palabra infalible, sino para tranquilizarse. Parece que ni se les ocurre, ni por un instante, que la gloria de Dios es el principio y el fin de la adoración en común.

Queda, no obstante, el hecho de que la iglesia cristiana de hoy se encuentra en una situación lamentable. Parece despreciable antes que gloriosa. Sin embargo, este mismo hecho hace tanto más necesario volver a insistir una y otra vez en su gloria esencial.

Los siguientes capítulos constituyen una serie que pone de manifiesto, desde varios puntos de vista, la gloria inherente de la iglesia de Cristo, la cual es su cuerpo. A modo de trasfondo, sería bueno enumerar primero algunos de los factores que han contribuido a esta su aparente triste situación actual.

El mundo siempre se ha opuesto a la iglesia y siempre se opondrá. La lucha entre la simiente de la mujer y la de la serpiente es no sólo perenne sino también perpetua. Aun así, es difícil decir que hoy el mundo odia a la iglesia con un odio violento. ¡No! Considera más bien a la iglesia con una tolerancia benevolente, como una institución inofensiva, tal vez de alguna ayuda, pero de ninguna manera realmente útil. Tal actitud de por sí desprestigia a la

iglesia. Si fuese fuerte y activa, como debiera serlo, el mundo se le opondría con mucho más vigor. La persecución por parte del mundo es una distinción que hace honor a la iglesia. ¿No pronunció Jesús bienaventurados aquellos que son perseguidos por causa de la justicia? ¿Y no se aplica tal bienaventuranza a todos los fieles seguidores del Cordero (Mt. 5:10-12)? Desde todo punto de vista, la iglesia de hoy ha perdido tal distinción y, como consecuencia, tal bienaventuranza. Y esta es otra manera de decir que el peligro más inminente para la iglesia de hoy es uno que sale de su propia casa. He aquí unas cuantas amenazas internas.

### LA MUNDANALIDAD

El término *mundanidad* se usa muy a menudo en forma vaga. Muchos de los que denuncian la mundanidad de la iglesia son silenciados en forma abrupta cuando se les pide que definan con claridad el significado de este término. Para algunos esta palabra sugiere ciertos pasatiempos; para otros significa el modo de vestirse las damas. No se puede negar que algunas cosas pueden con propiedad clasificarse bajo el signo de mundanidad. Pero el término sugiere una aplicación más amplia.

Hay un tipo de mundanidad que predomina en extremo en la iglesia y está causando un daño tremendo. No obstante, muy pocos lo reconocen como mundano. De esta mundanidad son culpables los mismos responsables de la marcha de la iglesia. Esto es, medir la grandeza de la iglesia como lo hace el mundo, haciendo énfasis más en los valores externos que en los internos. Savonarola, el precursor florentino de la Reforma, lo lamentó así: "En la iglesia primitiva los cálices fueron hechos de madera, los prelados (ministros) de oro; en estos días la iglesia tiene cálices de oro y prelados de madera". Se dice que una iglesia prospera cuando crece rápidamente en número, aunque no crezca en gracia y en el conocimiento del Señor. Tal iglesia es considerada próspera, porque es constituida con material fino y costoso, y de cuando en cuando es ampliada, aunque fracasa en edificar a sus miembros como piedras vivas de una casa espiritual. En lugar de proclamar con fidelidad la Palabra de Dios y de orar fervientemente para que el Señor bendiga tal proclación, a fin de que todos los que son salvos sean añadi-

das a la iglesia y que los creyentes sean edificados en la más santa fe, el pastor pone un énfasis en atracciones especiales y en ganar más miembros, sí, en un concertado esfuerzo para engrosar la lista de su iglesia y darse el lujo de poseer el más imponente edificio de la comunidad. Mientras tanto, los requisitos para ser miembro de la iglesia son progresivamente—para ser precisos, retrogresivamente—disminuidos y las demandas de disciplina en la iglesia son progresivamente—más bien retrogresivamente—pasadas por alto. Y no se le ocurre jamás al pastor, que ésta es la peor manera para merecer la iglesia el respeto del mundo, ni se da cuenta de que así su iglesia está perdiendo el favor de Dios.

Lo antes mencionado es una forma sutil de la mundanalidad que se encuentra dentro de la iglesia. Más formas descaradas de mundanalidad se pueden mencionar sin temor a contradicción. Cuán cierto es la frecuente acusación de que los miembros de la iglesia apenas son diferentes de los hombres y mujeres del mundo. El pecado más prominente de la antigua Israel fue que, en lugar de mantener su diferencia como pueblo escogido de Dios, todo el tiempo estaba imitando a sus vecinos paganos. El mismo pecado está abundante en la iglesia de hoy.

### *EL DISPENSACIONALISMO MODERNO*

Extraño como pudiera parecer, hay dentro de la iglesia creyentes verdaderos que están haciendo daño a la iglesia al despreciarla. Prominentes entre ellos son los dispensacionalistas.

Las notas en la Biblia Scofield han ejercido por varias décadas una fuerte y amplia influencia en el fundamentalismo en Latinoamérica y en Los Estados Unidos de Norteamérica. Triste es decir, que tal influencia no ha sido del todo saludable. Por lo contrario, la Biblia Scofield ha sido un instrumento para ganar muchos adherentes a los errores del dispensacionalismo. En su libro *Prophecy and the Church* (Profecía y la iglesia), Oswald T. Allis ha expuesto de una forma magistral aquellos errores, y hay señales de que sus advertencias no han sido del todo desatendidas. Aun así, la levadura del dispensacionalismo no ha sido quitada del todo de la iglesia y continúa causando serios perjuicios.

El dispensacionalismo moderno abiertamente desprecia la igle-

sia. Afirma que Cristo, en su primera venida, se propuso establecer un reino con Jerusalén como capital y él mismo como rey sentado en el trono de David su padre. Sin embargo, cuando el pueblo judío lo rechazó como rey, él decidió, se nos dice, posponer el reino hasta su segunda venida, y en el ínterin fundar su iglesia. Pero la iglesia no es de ninguna manera tan importante como el reino. En el esquema dispensacional la iglesia es solamente un paréntesis, un intervalo, un tiempo tomado, por así decirlo, en la cronología divina.

El punto de vista tan bajo que los dispensacionalistas tienen de la iglesia, ha hecho que más de un pastor de esta persuasión cese en su lucha por una sana doctrina en su denominación. No pocos pastores que hicieron solemne promesa al momento de su ordenación de luchar por la pureza de la denominación, están hoy día, por decir lo menos, descuidando dicha promesa. Tal vez proclaman con fidelidad el corazón del evangelio desde sus propios púlpitos, pero cuando otro pastor de la misma denominación contradice la preciosa verdad que la muerte de Cristo en la cruz fue un sacrificio por el cual él expió el pecado y satisfizo las demandas de la justicia divina, no se les ocurre acusarle de herejía ante los tribunales de la iglesia. Un prominente pastor de la escuela dispensacional dijo una vez: "La denominación no significa nada para mí". Y eso, que su denominación no era del tipo congregacional o de gobierno independiente.

El dispensacionalismo debe llevar algo de la culpa, aunque no toda, por el descuido general de importantes aspectos del pacto de gracia de parte del protestantismo norteamericano. Sucede que la mayoría de las iglesias protestantes difícilmente cuenta a los hijos de los creyentes como miembros de la iglesia. Lo que es peor aun, fallan miserablemente en proveer material de instrucción religiosa adecuado para estos niños. Es muy difícil encontrar una iglesia protestante hoy en día, triste es decirlo, que insista en un programa de educación cristiana que sea bíblicamente consecuente para los hijos miembros del pacto. No es nada sorprendente que un sinnúmero de estos niños están perdidos para la iglesia. Esto, por cierto, es de mal agüero para el futuro.

Pero por ninguna razón hay que creer que el dispensacionalismo moderno es igual al modernismo. El modernismo niega muchas en-



señanzas cardinales del cristianismo y así rechaza la religión cristiana. El dispensacionalismo, por el contrario, se adhiere a aquellas verdades que han llegado a ser conocidas como "las fundamentales". Pero queda aún el penoso hecho que el dispensacionalismo hace violencia a la enseñanza bíblica de la iglesia y disminuye, en no poca escala, la gloria de la iglesia.

### LA INDIFERENCIA DOCTRINAL

La Biblia describe a la iglesia como "columna y baluarte de la verdad" (1 Ti. 3:15). Esta es una manera clara y enfática de decir que es función de la iglesia *defender* la verdad. De la misma manera la Escritura enseña clara y enfáticamente que es la tarea de la iglesia *proclamar* la Palabra de verdad (por ej. Mt. 28:18-20; Hch. 1:8). Siendo ese el caso, la iglesia no tiene peor enemigo destructivo en su medio que la indiferencia a la verdad.

Hay dentro de la iglesia quienes niegan las doctrinas más importantes de la religión cristiana. Hay los que niegan que la Biblia es la Palabra infalible de Dios, y consecuentemente las enseñanzas bíblicas sobre la Santa Trinidad, la deidad de Cristo y su sacrificio vicario; y estos negadores se encuentran en los púlpitos de las iglesias y en las cátedras de los seminarios. Esto, por cierto, es del todo deplorable. Pero hay que mencionar un hecho todavía más triste. Es que en la mayoría de los casos la iglesia no se preocupa por echar fuera a estos falsos maestros. Si la iglesia tuviese celo por la verdad, debería desembarazarse de los tales, pero la mayoría de las iglesias no lo ha pensado. Los miembros de las iglesias, por lo general, no saben lo que es la verdad y no se preocupan tampoco por conocerla. Las iglesias están llenas de Pilatos que preguntan con desprecio, "¿Qué es la verdad?" Lo que quieren decir es: "Yo no sé, tú no sabes, nadie sabe, nadie puede saber; dejémonos de hacer sofismas acerca de la verdad".

La Iglesia Presbiteriana tiene tal vez las mejores normas doctrinales de todo la cristiandad. La Confesión de Fe de Westminster y los catecismos son los más acabados, y, consecuentemente, los más nobles productos credales de la Reforma protestante. Aun así, en los años veinte del presente siglo, unos 1200 pastores de dicha denominación firmaron una declaración llamada "The Auburn

Affirmation" y al hacerlo expresaron su punto de vista, no sólo que la doctrina de la inerrancia de la Sagrada Escritura es dañina, sino que también carece de importancia si un pastor de tal comunión cree o no en el nacimiento virginal de Cristo, en su resurrección corporal, en los milagros de la Biblia en general, o en la expiación como satisfacción a las demandas de la justicia divina. Se mantiene aún el torpe concepto que el cristianismo es vida, no una doctrina. La unión de la iglesia, a costo de la verdad, se demanda por todos lados. Muchos miembros de la iglesia aplauden al alcohólico que pidió a un pastor que le dijera la diferencia entre el modernismo y el fundamentalismo, y, cuando se le pidió que repitiera la misma pregunta cuando no estuviera borracho, aquel contestó que entonces no le interesaría saberlo.

Así ha sucedido que muchas iglesias protestantes están manchadas con el modernismo, el cual no es una clase de cristianismo, sino una negación del mismo. Algunas de ellas están bajo el control del liberalismo teológico a tal grado que ya no merecen ser llamadas iglesias cristianas. Las así llamadas indecisas deben llevar mucho de la culpa.

A menudo se oye decir que el modernismo, caracterizado por la negación racionalista de lo sobrenatural y la sustitución, bajo la influencia de Friedrich Schleiermacher y Albrecht Ritschl, de la experiencia religiosa subjetiva por la objetiva revelación divina, ha sido ahora suplantado por la "nueva ortodoxia" popularmente conocida como el bartianismo. Si tal cosa fuese cierto, no constituiría grande ganancia, si hubiese alguna; porque el bartianismo también es esencialmente modernista. Acepta muchas de las conclusiones de la alta crítica y niega la inspiración plenaria de la Escritura. Cornelio Van Til no estuvo fuera de foco cuando lo calificó de *el nuevo modernismo*. Sin embargo, simplemente no es cierto que el antiguo modernismo haya desaparecido del todo; y suponer que así es, constituye una evidencia de una increíble ingenuidad y una carencia casi completa de conciencia doctrinal. La leyenda de que el liberalismo de Harry Emerson Fosdick ha pasado de moda podría ser una artimaña por la cual el padre de las mentiras piensa hacer dormir a los fieles. Y no es de ningún modo inconcebible que el presente predominio del bartianismo llegue a ser de corta duración. Su flagrante irracionalismo pareciera señalar tal

dirección. Cómo y cuándo tal cosa suceda, el liberalismo clásico, en una forma u otra, correrá tan fuerte como siempre. Este liberalismo es tan viejo como la iglesia y sin duda le molestará hasta el fin de la historia. Ahora, como siempre, la actitud de la iglesia hacia este liberalismo debe ser de inflexible intolerancia.

Cuando el arca del pacto había sido tomada por los filisteos incircuncisos, la viuda del sacerdote Finees dio a luz un hijo, y le llamó *Icabod* diciendo: "¡Traspasada es la gloria de Israel!" (1 S. 4:21). La pregunta pudiera hacerse hoy mismo, si la gloria de la iglesia no se ha apartado de ella. Pareciera que aquella palabra *Icabod* debiera grabarse encima de sus puertas.

Aun así, increíble como parezca, es aplicable a la iglesia de todas las edades, también de ésta, el regocijo del salmista: "Ama Jehová las puertas de Sión más que todas las moradas de Jacob. Cosas gloriosas se han dicho de tí, ciudad de Dios" (Sal. 87: 2,3).

## Capítulo 1

# LA ANTIGUEDAD Y PERPETUIDAD DE LA IGLESIA

## SU NACIMIENTO

¿Cuántos años tiene la iglesia cristiana?

En el consejo de Dios la iglesia existe desde la eternidad. En un capítulo posterior en este estudio de la gloria de la iglesia se examinará esta verdad. Por el presente, nuestra preocupación girará en torno a la iglesia dentro del marco de la historia. La pregunta obligada es: ¿Cuándo tuvo su origen la iglesia en el curso de la historia humana?

Dos respuestas se han dado a esta pregunta. La teología cristiana en general afirma que la iglesia tuvo su origen en el huerto de Edén, inmediatamente después de la caída del hombre, cuando Dios le prometió un Salvador y el hombre por fe aceptó tal promesa. Por otra parte, muchos afirman que el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, hace poco más de 1900 años, señala en realidad el nacimiento de la iglesia cristiana.

¿Cuál de estas dos respuestas es la correcta? Eso se determinará a la luz de la definición de la iglesia. Si nuestra definición es correcta, no nos será difícil determinar si en verdad la iglesia existió o no antes del Pentecostés. Ahora bien, el Credo Apostólico define a la iglesia como "la comunión de los santos". De igual manera es correcto decir que "es la comunión de los creyentes". ¿No había acaso comunión de los creyentes en tiempos del Antiguo Testamento? Por supuesto que sí. Desde la caída del hombre no ha habido más que un Salvador, el Señor Jesucristo, y un solo camino para obtener la salvación, esto es, a través de la fe en él. Así como los creyentes del Nuevo Testamento son salvos por su fe en el Cristo de la historia, de igual modo los creyentes del Antiguo Testamento fueron salvados a través de su fe en el Cristo de la profe-

cia. El Cristo de la profecía y el Cristo de la historia son, por cierto, una y la misma persona. Así Isaías, David, Abraham y muchos otros del Antiguo Testamento fueron miembros del único cuerpo de Cristo, la iglesia. Y, si damos por sentado, como debe ser, que Adán y Eva creyeron en la promesa de Dios que la simiente de la serpiente heriría el calcañar de la simiente de la mujer, y que la simiente de la mujer, a su vez, heriría la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15), entonces se puede afirmar que ellos, Adán y Eva, constituyeron la primera iglesia cristiana.

### *SU MADUREZ*

No se debe pensar, ni por un instante, que la iglesia fue madura desde su nacimiento. No llegó a la madurez hasta que el Espíritu Santo fue derramado sobre ella. Esto hace del Pentecostés el evento crucial en la historia de la iglesia. Sirve también para explicar el hecho de que la gloria de la iglesia bajo la nueva dispensación es mucho más grande que bajo la antigua dispensación.

La iglesia de la nueva dispensación tiene una revelación más completa. Mientras que los creyentes del Antiguo Testamento tenían que contentarse con la sombra de las cosas que habrían de venir, nosotros andamos en la plena luz provista por él que es al mismo tiempo el Hijo de Dios, el resplandor de la gloria del Padre, la misma imagen del Padre (He. 1:3), y el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29). Y fue él, Cristo, que en el día de Pentecostés cumplió su promesa de dar a su iglesia el Espíritu de verdad para guiarla a toda la verdad (Jn. 16:13).

La iglesia de la nueva dispensación goza de una libertad más completa. Ya no está en la condición de una criatura que necesita que se le diga a cada instante lo que tiene o no tiene que hacer, sino que ya ha llegado a su mayoría de edad (Gá. 4:1-7). No sólo fue abolida la ley ceremonial, que prescribía la adoración de la antigua Israel; la libertad de la iglesia del Nuevo Testamento tiene que ver también con la ley moral de Dios. Es para ella, por supuesto, un deber sagrado guardar esta ley, pero se goza al hacerlo, y esa es la verdadera esencia de la libertad. Sin duda, tal libertad no fue desconocida por los creyentes del Antiguo Testamento, porque el salmista halló los mandamientos de Dios "dulces más que miel, y que

la que destila del panal" (Sal. 19:10). Sin embargo, esta libertad se goza en mayor medida en la iglesia del Nuevo Testamento, porque el Espíritu Santo ha sido derramado sobre ella como nunca antes, "y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Co. 3:17).

La iglesia de la nueva dispensación tiene una forma visible propia. Hubo un tiempo en que la iglesia estaba ligada a la familia patriarcal. Posteriormente estuvo ligada, aunque no identificada, con el pueblo de Israel. Pero en Pentecostés la iglesia llegó a su madurez, una organización distinta.

La iglesia de la nueva dispensación es universal. En tiempos del Antiguo Testamento la iglesia estaba limitada casi exclusivamente al pueblo israelita. Solamente en forma ocasional, y como una excepción, fueron recibidos gentiles dentro de ella. Rut, la moabita, es un ejemplo sobresaliente. Pero en Pentecostés, lenguas repartidas como de fuego se asentaron sobre las cabezas de los discípulos y al instante proclamaron las grandes maravillas de Dios en muchas lenguas. Hombres de todo el mundo mediterráneo estuvieron presentes, tanto judíos como prosélitos. Muchos de ellos se convirtieron y fueron recibidos por medio del bautismo en la iglesia cristiana. Aquellos fueron las primicias de la gran cosecha que más tarde habría de ser reunida de los campos del mundo.

### *SU CONTINUIDAD*

Se podría decir mucho más en cuanto a la gran gloria de la iglesia del Nuevo Testamento. Luego de haber dicho todo lo que podría decirse, queda aún el hecho de que la iglesia de la nueva dispensación es la continuación de la iglesia de la antigua dispensación, y más aun, el hecho de que la iglesia de Jesucristo en ambos períodos es realmente gloriosa. Lo que merece acentuarse es el hecho de que la misma continuidad de la iglesia contribuye grandemente a su gloria.

De eso, precisamente, escribió el apóstol Pablo a los cristianos gentiles en Efeso en un vívido lenguaje. Después de recordarles que ellos una vez estuvieron alejados de la ciudadanía de Israel, y ajenos a los pactos de la promesa, prosiguió así: "Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra

paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenidizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor" (Ef. 2:12-21).

Como ya se mencionó en la introducción de este estudio, según el dispensacionalismo no existía la iglesia antes de Pentecostés, y aun cuando el Hijo de Dios vino a la tierra no tuvo la menor intención de establecer una iglesia. Vino para establecer un reino, pero cuando el pueblo judío le rechazó como rey, decidió posponer su reino hasta su segunda venida y mientras tanto fundar una iglesia. Así la "era de la iglesia" viene a ser relativamente insignificante, un mero paréntesis. La verdad es que la iglesia fue fundada en el Edén y continuará hasta el fin de los siglos y, sí, por la eternidad.

La iglesia de Cristo continuará hasta el punto de la más gloriosa perpetuidad. Ella abarca todas las edades de la historia humana y se extenderá a través de las edades sin fin de la eternidad. En lugar de ser un sustituto temporal de algo mejor, ella se constituye el corazón del plan eterno de Dios. En lugar de abarcar a los creyentes de unos pocos siglos, es la comunión de los elegidos de Dios de todas las edades, la incontable multitud de todos aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero desde la fundación del mundo y quienes morarán eternamente en la ciudad que no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera (Ap. 21:23).

## Capítulo 2

### LA IGLESIA VISIBLE E INVISIBLE

Se acostumbra hacer distinción entre la iglesia visible y la iglesia invisible. Tal distinción es válida y a la vez valiosa, pero no hay que suponer que hay dos iglesias cristianas, una visible y otra invisible. Hay una sola iglesia de Jesucristo, porque él tiene un solo cuerpo. Sin embargo, esta única iglesia tiene diferentes aspectos, entre los cuales se acostumbra distinguir estos dos: visible e invisible.

#### LA MEMBRESIA DE LA IGLESIA VISIBLE

La iglesia visible consiste de todos aquellos que están inscritos como miembros de la iglesia. No resulta difícil determinar quienes son porque sus nombres aparecen en los registros de las iglesias. Con poco esfuerzo, se puede saber cuántos son. Ciertamente es que la exactitud no ha sido siempre la norma. Algunas iglesias practican el mal hábito de presentar en forma engañosa el número de su membresía, de tal modo que la hacen aparecer mucho más grande que lo que realmente es. Tal engaño no es difícil descubrir.

Hablando en forma estricta, la membresía de la iglesia visible coincide con la de la iglesia invisible. Y puesto que la iglesia invisible consiste únicamente de los regenerados, solamente ellos tienen el derecho de ser contados como miembros de la iglesia visible. Usando una expresión bíblica, se puede decir que sólo los regenerados son de la iglesia visible (1 Jn. 2:19). Es cierto e innegable que pueden haber, y en efecto hay, personas no regeneradas en la iglesia visible. Se puede decir entonces, que la iglesia se compone de ambos, creyentes e incrédulos, algunos verdaderos cristianos y otros cristianos y otros cristianos nominales. El círculo íntimo de los doce apóstoles, que era el núcleo de la iglesia del Nuevo Testamento, incluía al traidor Judas Iscariote. La iglesia de Jerusalén,

sobre la cual había sido recientemente derramado el Espíritu Santo, albergó en su seno a Ananías y Safira, piadosos fraudulentos. Ser miembro de la iglesia visible no garantiza la vida eterna. Hay mucha razón para temer, especialmente en estos días de extrema laxitud en los requisitos para ser miembro de la iglesia, y la negligencia casi total en el ejercicio de la disciplina eclesiástica, que los no salvos dentro de la iglesia visible no son pocos.

#### LA MEMBRESIA Y GLORIA DE LA IGLESIA INVISIBLE

La iglesia invisible, por otro lado, está compuesta exclusivamente de aquellos que por la gracia del Espíritu Santo han nacido de nuevo. No es difícil entender por qué este aspecto de la iglesia debiera caracterizarse como *invisible*. Nos es imposible afirmar con certeza quiénes son y quiénes no son regenerados. Sólo el Dios omnisciente puede hacer tal distinción. De vez en cuando se encuentra un pastor que dice poder señalar, sin equivocarse, a "los que han nacido de nuevo" en su congregación, pero tal afirmación es arrogante, altivo. Pareciera que tenía razón Lutero cuando afirmaba que al llegar al cielo esperaba encontrarse con dos grandes sorpresas: primero, que no vería a muchos de los cuales él estaba seguro que estarían allí, y segundo, que encontraría a muchos que nunca se hubiera imaginado ver allí. Es bueno recordar también lo que él agregó, que la más grande de todas las maravillas sería que el indigno Martín Lutero estaría allí.

El mismo hecho de que la iglesia invisible consiste exclusivamente de personas regeneradas, se deduce que este aspecto de la iglesia es ciertamente glorioso. Cada uno de los miembros de ella ha sido "liberado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo" (Col. 1:13). De todos sus miembros se puede decir que "érais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor" (Ef. 5:8). "Como piedras vivas" ellos son "edificados como casa espiritual y sacerdocio santo..." (1 P. 2:5). Ellos son lavados, son santificados, son justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de Dios (1 Co. 6:11). Juntos constituyen el cuerpo de Cristo (Col. 1:18). Por cierto, ellos no han alcanzado la perfección; con todo, tienen ahora la victoria sobre el pecado y el diablo a través de Jesucristo, su Señor. En él son perfectos.

#### LA GLORIA DE LA IGLESIA VISIBLE

Pero, ¿qué se puede decir de la gloria de la iglesia visible? Al estar compuesta, como ya se ha explicado, de creyentes y no creyentes, su gloria es por necesidad mucho menor que la de la iglesia invisible. Esto es muy triste. En el curso de la historia esto ha resultado ser un problema muy molesto. Los líderes de la iglesia han tenido largas y duras luchas para determinar cuáles medidas se deberían o no aplicar para remediar la impureza dentro de la iglesia visible. Nunca ha habido unanimidad de criterio. Hasta hoy dista mucho que la haya. Se pueden citar tres distintos criterios:

El criterio restringido. A través de la historia han habido grupos dentro de la iglesia cristiana que insistieron en la idea de una "iglesia pura". Su característica era limitar la membresía de la iglesia únicamente a aquellos que tenían conciencia de haber nacido de nuevo y que podían dar una evidencia clara de su conversión. Estos mismos juzgaron necesario y posible el excluir a los no regenerados de la iglesia. Los novacianos del siglo III y siguientes, y los seguidores de Juan Nelson Darby en tiempos recientes, pertenecen a este grupo. Este punto de vista tuvo considerable aceptación en el sector noreste de los Estados Unidos. Es un punto de vista extremo que raya en fanatismo. Pone énfasis indebido en la experiencia religiosa subjetiva. Ignora la incapacidad del hombre para determinar quiénes son regenerados y quiénes no lo son. En lugar de resolver el problema ocasionado por la impureza de la iglesia visible más bien destruye dicho problema.

El criterio amplio. Otros en cambio se han ido al otro extremo. Han adoptado el punto de vista liberal conocido como la política del "laissez-faire", o "laissez-passer" (dejar hacer, dejar pasar) y no toman en cuenta el problema. En consecuencia no ejercerían ningún tipo de disciplina eclesiástica. Apelan a menudo a la parábola del Trigo y la Cizaña (Mt. 13:24-30, 36-43) para apoyar su posición. Interpretan—más bien malinterpretan—dicha parábola para enseñar que la iglesia no debe intentar separar la cizaña de entre el trigo. Los adherentes de este punto de vista son excesivamente numerosos en nuestros días. En efecto dejarían desaparecer la pureza y, por tanto, la gloria de la iglesia visible por descuido. Más tarde en esta serie de estudios se volverá a considerar en forma

más completa las enseñanzas de esta parábola. Por el momento, basta decir que repetidas veces la Palabra de Dios ordena, sin temor a equivocación, a la iglesia a echar fuera a los miembros indignos, y es un sano principio de la hermenéutica que un determinado pasaje de la Escritura debe ser interpretado a la luz de la Escritura en su totalidad.

El criterio bíblico. Hay un tercer punto de vista. Muestra un equilibrio muy razonable y se encuadra plenamente en la Palabra infalible de Dios. Por un lado admite que la iglesia visible no puede conservarse completamente pura. Sus más piadosos, más fieles y más sabios oficiales distan mucho de ser infalibles en su afán de distinguir entre el trigo y la cizaña. Pero, por otro lado, insiste con firmeza en que la iglesia tiene el sagrado deber de guardarse tan pura como sea humanamente posible, y para lograr este propósito debe ejercer disciplina y, si fuere necesario, hasta el punto de la excomunión. ¿No ordenó, acaso, el Señor que si un hermano peca y rehúsa prestar atención a la amonestación de la iglesia, debe ser tenido por "gentil y publicano" (Mt. 18:17)?

La conclusión de esta parte del estudio es que la iglesia visible es gloriosa a medida que refleja la iglesia invisible. La visibilidad y la invisibilidad son dos aspectos de la única iglesia de Jesucristo. Por esa simple y determinante razón, la iglesia visible debe ser una manifestación de la iglesia invisible. Hay que admitir, no obstante, que la semejanza de la una a la otra nunca es perfecta. Pero en algunas ocasiones la iglesia visible no es más que una simple caricatura de la iglesia invisible; entonces no es gloriosa. En muchísimas otras ocasiones la iglesia trata de reflejar en forma muy tenue la iglesia invisible; entonces su gloria es opaca. Por la gracia de Dios hay también ocasiones en las cuales la iglesia visible emula con claridad a la iglesia invisible; tal iglesia es ciertamente gloriosa.

De esto se sigue que la gloria de la iglesia visible no consiste en cosas externas tales como edificios costosos, ventanas de vidrio de color artísticamente decoradas, mobiliario finísimo, vestimentas dignificadas y predicadores de mucho talento. Una iglesia puede tener todas estas cosas y todavía no ser gloriosa, y, por lo tanto, indigna de ser llamada iglesia de Cristo. Una gran membresía tampoco indica necesariamente una iglesia gloriosa. Tales cosas pueden hacer patente su vanagloria.

La gloria de la iglesia visible se refleja en sus miembros, y consiste en su lealtad a Jesucristo. Tal iglesia es gloriosa cuando reconoce y confiesa a Cristo como su Salvador y Cabeza, y se manifiesta ser el cuerpo de Cristo.

## LA IGLESIA MILITANTE Y TRIUNFANTE

Es muy común hacer una distinción entre la iglesia militante y la iglesia triunfante. La iglesia es militante mientras está en la tierra; es triunfante la que está en los cielos. Por eso, no está fuera de orden decir, cuando alguien muere en el Señor, que ha pasado de la iglesia militante a la iglesia triunfante.

Es evidente que ambos aspectos de la iglesia de Cristo son gloriosos, y no hace falta decir que la iglesia en el cielo es mucho más gloriosa que la de la tierra. Pero lo que parece no haberse entendido bien es que la iglesia triunfante no ha alcanzado aún la gloria para la cual está destinada. Tampoco es extraño que la gloria de la iglesia militante es a menudo subestimada. La verdad es que la iglesia triunfante de ahora no es en algunos aspectos tan gloriosa como se suele suponer, y que la iglesia militante es considerablemente más gloriosa de lo que a menudo se piensa. Aun se puede decir correctamente que la iglesia militante es ya triunfante, y que la triunfante es todavía militante.

### LA GLORIA INCOMPLETA DE LA IGLESIA TRIUNFANTE

Lejos sea de nosotros el disminuir la gloria de la iglesia en el cielo. Que es libre de todo pecado y perfecta en santidad quiere decir que es sobremanera gloriosa. También quiere decir que, participando de la gloria de Cristo, sentado a la diestra de Dios, ella reina con él sobre sus súbditos aquí en la tierra. Su gloria excede el poder de la imaginación humana. Su esplendor es tal que ningún ojo lo vió, ni oído lo oyó, ni ha subido en corazón del hombre (1 Co. 2:9).

Con todo, no se puede negar que después de la consumación de todas las cosas, la iglesia en el cielo será aun más gloriosa que lo que es ahora. Su estado actual, no obstante de ser glorioso, es pre-

paratorio. Se citan a continuación algunas cosas que quedan todavía por perfeccionarse.

Es obvio que la membresía de la iglesia triunfante no es completa aún. No la será hasta que el último creyente haya sido llevado a su gloria. Tal cosa no ocurrirá hasta la segunda venida de Cristo. Los santos que queden vivos se reunirán con la iglesia triunfante sin experimentar la muerte. Entonces, el número completo de los elegidos de Dios se reunirán en un cuerpo como nunca antes. Luego aparecerá el cuerpo perfecto de Cristo constituido por todos sus miembros sin excepción alguna. Entonces es cuando allá se pasará lista y no hará falta ninguno que Cristo con su sangre ha comprado. *Esto* será gloria para la iglesia y también para su Cabeza. "En la multitud del pueblo está la gloria del rey" (Pr. 14:28).

Una iglesia no puede ser más gloriosa que los miembros de los cuales se constituye. Lo mismo es cierto en cuanto a la iglesia triunfante. Pero los santos en el cielo no han alcanzado aún la plenitud de la gloria. Se puede decir, inclusive, que su salvación está aún en proceso. Sus cuerpos están descansando en la tierra. Y no será sino hasta que aquellos cuerpos, sembrados en corrupción, deshonra y debilidad, hayan sido resucitados en incorrupción, gloria y poder, y como cuerpos espirituales hayan sido unidos con sus propias almas, sin pecado, que la muerte será absorbida en perfecta victoria.

La Biblia nos dice que la iglesia en el cielo tiene ansias que no serán satisfechas hasta que regrese el Señor Jesucristo a juzgar al mundo. En una de sus visiones, Juan vio bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían, y él los oyó que clamaban a gran voz, diciendo: "¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?" (Ap. 6:10). Esta no es una demanda de venganza personal, sino una oración militante por la vindicación de la justicia divina y la manifestación de la gloria de Dios en la destrucción de sus adversarios. Por lo tanto, leemos que cuando Babilonia es destruida, los habitantes del cielo proclaman: "¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido la tie-

rra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de las manos de ella" (Ap. 19:1b, 2).

### LA GRAN GLORIA DE LA IGLESIA MILITANTE

Los tiempos actuales son de pacifismo eclesiástico. Casi todas las iglesias, en lugar de oponerse al error, más bien lo toleran, y en muchos casos lo entronizan. Muy pocas iglesias afirman que un error doctrinal es pecado. La inmoralidad flagrante y la injusticia social son vistas con malos ojos, pero otras formas de mundanidad andan libres entre los miembros de la iglesia. Raras veces se aplica la disciplina eclesiástica, y el examen de una herejía ha sido relegado a la Edad Media. Las diferencias históricas entre las denominaciones son tenidas a menos y la unión de las iglesias está de moda. Y cuando hombres de integridad y valentía se esfuerzan para purificar la iglesia, éstos son prontamente expulsados como perturbadores de la paz en Sión.

Ya es tiempo de que la iglesia deba recordar que la militancia es de su misma esencia. Cuando una iglesia deja de ser militante, deja al mismo tiempo de ser la iglesia de Jesucristo. La iglesia aquí en la tierra es gloriosa, no a pesar de su militancia, sino precisamente por ser militante.

Una iglesia verdaderamente militante se opone firmemente al mundo, dentro y fuera de sus paredes. Así su militancia prueba que aunque esté en el mundo, no es del mundo. La militancia de la iglesia pone de manifiesto la antítesis entre los hijos de Dios y los hijos del diablo. Dicha antítesis es absoluta. Es activa también. No es como la antítesis que existe entre lo blanco y lo negro, que es pasiva, digamos como en el caso de un vestido, sino que se asemeja a la antítesis que hay entre el fuego y el agua, que están en violento conflicto. Sin duda la iglesia quisiera ver a los hombres y mujeres del mundo salvos y nunca pierde de vista el hecho de que la gracia omnipotente puede, en un abrir y cerrar de ojos, transformar a un enemigo en amigo. Sin embargo, aunque parezca paradójico, queda el hecho de que no sólo el mundo está en enemistad con la iglesia sino que también la iglesia está en enemistad con el mundo.

Poniéndolo en forma positiva, la militancia de la iglesia es prueba de su santidad. Como la luz del mundo, ella no puede sino

empeñarse en desterrar la oscuridad del pecado. Como custodio de la verdad, debe mantenerse celosa y firmemente en alto la verdad de Dios contra cualquier error. Así la militancia llega a ser sinónimo de gloria.

Una verdad que frecuentemente se pasa por alto es que la iglesia militante es victoriosa. No solamente vive en la certeza de su triunfo final, sino que es victoriosa aquí y ahora. Con eso no se quiere decir que sus miembros hayan llegado a la perfección moral. Tampoco quiere decir que algunos de sus miembros están libres de todo pecado conocido, como el Movimiento de Vida Victoriosa quiere que creamos. Por el contrario, cada uno de sus miembros debe confesar: "Porque todos ofendemos muchas veces" (Stg. 3:2). Aun así, la iglesia militante es victoriosa en una forma muy real. Cristo, su Cabeza, ha vencido para siempre a Satanás y al mundo, al pecado y a la muerte; y su cuerpo, que es la iglesia participa de su victoria. Por eso el apóstol Pablo, después de clamar en aborrecimiento de sí mismo: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" inmediatamente en un arrobamiento de regocijo dijo: "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro" (Ro. 7:24, 25). En su tarea de proclamar el evangelio el mismo apóstol encontró la más grande oposición; aun así, él se glorió diciendo: "Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo..." (2 Co. 2:14). Y el escritor de Hebreos casi identifica a la iglesia militante con la triunfante cuando dice: "Sino que os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos..." (He. 12:22, 23). Por lo tanto cantamos:

Con Dios aquí en la tierra

Mantiene comunión;

Y con los ya en el cielo

Forma una sola unión.

Un día la victoria de la iglesia militante será consumada. Ella se unirá con la iglesia triunfante. Un ángel dijo a Juan en la isla de Patmos: "Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero". Y él vio "la gran multitud santa de Jerusalén, que descendía del cielo de Dios, teniendo la gloria de Dios" (Ap. 21:9-11a).



## LA IGLESIA TRASCENDENTE

Hay por supuesto una gran cantidad de organizaciones en el mundo. No sería exagerado decir que son incontables. Una de ellas es la iglesia cristiana. Pero no se debe pensar que la iglesia es solamente una de las muchas organizaciones. En aspectos de importancia difiere tan radicalmente de otras, que se puede decir que es no simplemente la primera de su clase, sino que es única en su clase. Trasciende grandemente a otras organizaciones.

### SU ORIGEN DIVINO

La gran mayoría de las organizaciones en el mundo fueron fundadas por el hombre. Fueron concebidas en la mente del hombre y originadas por el esfuerzo humano. Eso es cierto, por ejemplo, en el caso de organizaciones de poca importancia como los clubes deportivos o de recreo, o de organizaciones de gran influencia como las asociaciones nacionales de industrias, las federaciones de sindicatos obreros, etc.; o las colosales y poderosas organizaciones internacionales, tales como las Naciones Unidas, el Consejo Mundial de Iglesias y otras. Todas estas organizaciones y un gran número de otras más son producto de la voluntad del hombre.

La iglesia, por el otro lado, es una creación de Dios y debe su existencia exclusivamente a Dios.

La misma palabra que el griego del Nuevo Testamento usa para designar a la iglesia acentúa tal verdad. Por definición, la iglesia está constituida por aquellos que han sido *llamados fuera* del mundo. Fue Dios quien hizo el llamamiento. Dios llamó no solamente por medio de su Palabra sino también por su Espíritu. Tal llamamiento es irresistible y eficaz.

La iglesia existió en el consejo de Dios antes de la creación del hombre. Esto quiere decir que solamente Dios pudo originarla.

Pablo dijo a los cristianos de Efeso que Dios les había escogido en Cristo antes de la fundación del mundo y les había predestinado para ser adoptados hijos suyos (Ef. 1:4, 5). No fueron escogidos sólo como unos tantos individuos. Dios los escogió como grupo, "miembros de la familia de Dios" (Ef. 2:19). Indudablemente, Calvino tuvo eso en mente cuando habló de la doctrina de la elección como el corazón de la iglesia.

Muy temprano en la historia humana el hombre se rebeló contra su Hacedor. De inmediato Dios entró en acción y dividió nuestra raza en dos grupos. A su derecha puso la simiente de la mujer, a su izquierda la simiente de la serpiente. En vez de mandarles que fueran enemigos y dejar a su discreción el obedecer o no, Dios declaró: "Pondré enemistad entre..." vosotros (Gn. 3:15). Así por orden divina la iglesia y el mundo se separaron y fueron puestos en franca oposición.

Después de algunos siglos Abraham apareció en la escena. No fue Abraham quien buscó a Dios; fue Dios quien llamó a Abraham de su ambiente pagano. No fue tampoco que Dios meramente le ofreció su amistad y le invitó a entrar en un pacto; sin esperar el consentimiento de Abraham, Dios estableció el pacto de gracia con él y su simiente después de él (Gn. 17:7). La declaración de Dios hizo del pacto un acto realizado. De allí en adelante la familia patriarcal fue la iglesia.

Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo para redimir a los escogidos, para salvar a aquellos que el Padre le había dado. Eso también fue un acto soberano de Dios, de ningún modo dependiente de la voluntad humana. Y dado que los redimidos constituyen la iglesia de Dios, la Escritura nos dice que él—Cristo—ganó la iglesia con su propia sangre (Hch. 20:28).

Cuando Pedro, como portavoz de los doce, confesó que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Señor le contestó: "Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia..." (Mt. 16:18). Cristo se refirió específicamente a la iglesia en el sentido novotestamentario. El Hijo de Dios declaró ser, él mismo, fundador de la iglesia.

En Pentecostés Cristo edificó esta iglesia. Lo hizo por intervención sobrenatural y milagrosa. Al acompañamiento del estruendo como de un viento recio que soplaba y las lenguas como de fuego,

él derramó el Espíritu Santo sobre los discípulos, y éstos a su vez proclamaron las grandes maravillas de Dios "en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hch. 2:4). A través del poder renovador del mismo Espíritu, unas tres mil personas, fueron salvadas y recibidas en la iglesia.

Cristo continúa edificando su iglesia a través de las edades. Cada vez que un nuevo miembro es agregado a la iglesia, es por obra del mismo Señor. El ministro del evangelio más capaz que jamás haya existido no es más que un instrumento por el cual le plugo al Señor Jesucristo edificar su iglesia. Fue el Señor quien añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hch. 2:47), y no Pedro, ni ninguno de los otros apóstoles.

¡Cuán evidente es que la iglesia es una creación del Trino Dios!

### SU ESENCIA SOBRENATURAL

No hay que suponer que la iglesia es la única institución de origen divino en el mundo. Hay por lo menos otras dos instituciones que con todo derecho pueden llamar esta misma distinción. Estas son la familia y el estado.

El segundo capítulo del Génesis relata la historia del primer matrimonio. No fue idea del hombre, sino de Dios. Dios dijo: "No es bueno que el hombre esté solo" (Gn. 2:18). Entonces Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, hizo de ella una mujer, y la trajo a Adán para que fuera su esposa. Así estableció Dios la familia humana (Gn. 2:18-24).

El capítulo 13 de Romanos enseña que el estado es una institución divina. Somos encargados a someternos a las autoridades civiles "porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay por Dios, han sido establecidas (Ro. 13:1). Y cuando Pilato dijo a Jesús: "¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte y que tengo autoridad para soltarte?"; Jesús le contestó: "Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba..." (Jn. 19:10, 11).

¿Se puede concluir entonces que la familia, el estado, y la iglesia son iguales en gloria? No, de ninguna manera. Aunque los tres son de origen divino, la familia y el estado están en una categoría, y la

iglesia en otra muy distinta. Esta última categoría supera con mucho en trascendencia a las otras.

De las tres, solamente la iglesia, dice la Escritura, fue fundada por Cristo. Esto no quiere decir que él no tuvo nada que ver con la institución de la familia y el estado. Las tres personas de la Santa Trinidad siempre trabajan juntas. Aun así es altamente significativo que Cristo dijera: "...edificaré mi iglesia..." (Mt. 16:18). La razón es clara. Cristo es el Salvador y la iglesia está compuesta únicamente de los salvos. Y eso no se puede decir ni del estado ni de la familia.

La familia y el estado pertenecen al reino de lo natural. Personas no regeneradas pueden formar una familia, y de hecho lo hacen. Aunque la Biblia prohíbe el matrimonio de un creyente con un no creyente, no se puede decir que el matrimonio es un privilegio, por otro lado, pertenece a la esfera de lo sobrenatural. Solamente aquellos que han nacido de arriba y, en consecuencia, con fe verdadera han recibido a Cristo como su Salvador y Señor, son sus miembros vivos. Los no regenerados que pueden estar en la lista de la iglesia local, y hay muchos de ellos, no son de la iglesia. La iglesia es santa y sus miembros son santos. Ellos son verdaderamente "elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1 P. 1:2). Ellos son "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios" (1 P. 2:9).

¡Bien claro está que no hay otra institución en todo el mundo comparable a la iglesia cristiana en cuanto a gloria! La gloria del más grande, más rico, más poderoso y más esplendoroso imperio de toda la historia es como nada, digo menos que nada, en comparación con la gloria de la iglesia de Cristo.

No es de extrañarse que de entre todas las incontables organizaciones del mundo, el Redentor amorosamente reclama solamente la iglesia como su propiedad. "Sobre esta roca", dijo Cristo, "edificaré mi iglesia" (Mt. 16:18). Solamente la iglesia es "su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo" (Ef. 1:23).

## LA UNIDAD Y LA DIVERSIDAD

Hace algunos años Wendell Willkie escribió un libro popular titulado *Un sólo mundo*. En este libro abogó por la armoniosa cooperación entre todas las naciones. El propósito del Señor Willkie fue lo más laudable, pero su libro padeció de una simplificación exagerada y un optimismo superficial. El no reconocía suficientemente la depravación de la naturaleza humana en general ni la impiedad de la doctrina del comunismo marxista en particular. Hoy en día el mundo está lejos de ser unido. La Escritura nos enseña que tal cosa no sucederá hasta que Dios haya establecido la nueva tierra.

La condición de la iglesia cristiana parece ser casi tan triste como la del mundo. Al parecer, ella también es una casa dividida contra sí misma. Se asemeja a un hermoso vaso de adorno, que al caer de su pedestal, yace destrozado en mil pedazos. Es como una gran construcción que por la explosión de una bomba se transformó en un montón de ruinas.

### UNA SOLA IGLESIA

Increíble como pudiera parecer, la iglesia de Jesucristo es realmente una sola.

Esta verdad se presupone en el Credo Apostólico cuando hace mención de la "santa iglesia universal" en singular y define esta iglesia como "la"—la única y sola—"comunidad de los santos". Por cierto, de acuerdo con el mismo Credo, la unidad de la iglesia es un asunto de fe antes que de vista, pero eso no quita un ápice de su realidad.

La Palabra de Dios enseña la unidad de la iglesia en forma inequívoca, repetida y enfática. No es una exageración afirmar que ésta es una de las enseñanzas más destacadas del Nuevo Testa-

mento. Nos dice, por ejemplo, que la iglesia tiene una cabeza (Ef. 1:22), un Espíritu (1 Co. 12:13), un fundamento (1 Co. 3:11), una fe y un bautismo (Ef. 4:5), y que es un cuerpo (1 Co. 12:12).

Siendo así el caso, la pregunta obligada es por qué oró Jesús, en el capítulo 17 del Evangelio de Juan, por la unidad de los creyentes. Refiriéndose a los apóstoles, dice Jesús en el versículo 11: "Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros". Y en el versículo 21, teniendo en mente a los creyentes de edades posteriores, continuó: "... que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean uno en nosotros". Seguramente, si la unidad de los creyentes es una realidad, parecería casa supérflua orar como que tal cosa pudiera llegar a suceder.

Muchos de los actuales defensores de la unión de las iglesias sostienen que Jesús oró, en el capítulo 17 del Evangelio de Juan, por la unidad organizacional de sus seguidores. Sueltos de lengua, citan la oración del Señor por la unidad de los creyentes como apoyo para borrar por completo las fronteras denominacionales. Pero aun a lo ligero se puede ver que Jesús estaba pensando principalmente en la unidad *espiritual* de los creyentes. El oró para que ellos fueran uno *como él y el Padre son uno*. Sin duda, él también deseó que esta unidad llegara a ser manifiesta, porque agregó "... para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn. 17:21); pero esto de ninguna manera cambia el hecho de que la unidad por la cual él oró era específicamente espiritual.

Indiscutiblemente, el Señor oró por la unidad espiritual de su iglesia. Y así queda la pregunta de cómo puede reconciliarse esta oración con el hecho de que espiritualmente la iglesia es una. Un ejemplo puede ayudarnos a encontrar la respuesta. El cristiano es santo. Cada cristiano es un santo. Puede decirse inclusive que en esencia el cristiano es perfecto. Con todo, es claro que aun el mejor cristiano necesita crecer en santidad y tiene que recorrer un largo trecho antes de llegar a la meta de la perfección. En la misma forma, la unidad espiritual de todos los que creen en Cristo es, por cierto, una realidad actual, pero su más completa realización y el logro de su más alto grado es cosa del futuro. La unidad espiritual de la iglesia por un lado es real, y, por el otro, algo que queda por realizarse.

El hecho que queda en pie es que la iglesia de Dios, lejos de ser un montón de ruinas, ya es el propio templo de Dios, perfectamente proporcionado, edificado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, con Jesucristo mismo como la principal piedra del ángulo, en quien todo el edificio está bien coordinado y todos los creyentes son edificados juntos para ser una morada de Dios en el Espíritu (Ef. 2:20-22). El Dios omnisciente lo ve así. De igual modo los hijos de Dios lo ven así con los ojos de la fe.

### MUCHAS FORMAS

Está fuera de toda disputa que hay una considerable variedad entre cristianos como individuos y también entre grupos de cristianos. No hay ninguna razón que justifique discusión sobre esto. La uniformidad entre los cristianos no es necesariamente buena. Cuando es llevada a los extremos, resulta ser un mal. Se puede demostrar que la completa uniformidad dentro de la iglesia no mejoraría su belleza sino la disminuiría.

Los teólogos a menudo hablan de la multiformidad de la iglesia. La gran mayoría de ellos piensa que es algo bueno. Sin embargo, muy pocos se han puesto a definir el término, y esto ha llevado a la confusión. Triste es decir que el término *multiformidad* ha sido también usado para cubrir una multitud de pecados.

Se ha usado para incluir herejías. Se puede citar un ejemplo. Hay, sin duda, herejías más grandes que el arminianismo. El pelagianismo es una de ellas. Pero el arminianismo está también en error. Que ninguna diga que la diferencia entre la fe reformada y el arminianismo es solamente asunto de énfasis, la primera haciendo énfasis en la soberanía de Dios y el último en la responsabilidad del hombre, y que por eso es deseable que haya iglesias reformadas e iglesias arminianas. Es obvio que la responsabilidad humana es un corolario de la soberanía de Dios. Porque Dios es soberano, el hombre es responsable ante él. Precisamente entonces, por su fuerte énfasis en la soberanía de Dios, la fe reformada enfatiza de igual modo la responsabilidad del hombre. Pero el arminianismo hace daño a ambos. No sólo viola el carácter absoluto de la soberanía de Dios, sino que también acomoda las demandas de la ley de Dios al debilitado poder del hombre. Ahora bien, todo error

doctrinal, incluso el arminianismo, es pecado. Y hacer que el pecado parezca honorable, echando sobre él la capa de la multiformidad, es también pecado.

Otra vez, el término multiformidad ha sido usado a menudo para justificar el cisma dentro de la iglesia. El cisma es división pecaminosa. Dejar una denominación con el propósito de fundar otra es un asunto extremadamente serio y debe hacerse únicamente por razones muy obligadas. Cuando se produce una división en el cuerpo de Cristo a causa de algún asunto insignificante, como, por ejemplo, si se debe o no usar pan con levadura en la Cena del Señor, hay gozo entre las huestes del maligno. La multiformidad y el cisma no son en ninguna manera sinónimos.

Si los eclesiásticos pudieran ponerse de acuerdo para usar el término multiformidad únicamente para diferencias permisibles y no para el pecado, eso quitaría mucho del mal entendido y podría promover la unidad de la iglesia.

No es difícil nombrar algunas diferencias permisibles. Con el deseo de tener uniformidad, la Iglesia de Roma había adoptado el uso de una sola lengua, el latín, para sus cultos de adoración en todo el mundo; pero sin duda hay lugar dentro de la iglesia de Cristo para cualquier número de lenguas. Tres formas legítimas de bautismo se practican dentro de la iglesia: la inmersión en el agua, el derramamiento de agua y la aspersion de agua. ¿Qué importa si un ministro se viste de toga o levita o estola o frac o ropa común y corriente cuando predica? El escocés tiene la reputación de ser impasible y a menudo es así cuando adora, mientras que el latinoamericano, como el africano, es más emocional y esto también se refleja en su manera de adorar; en vez de censurarse el uno al otro debido a esta diferencia, deben tenerse en alta estima.

Tal multiformidad no oscurece la unidad de la iglesia de Cristo, antes bien le da mayor relieve. La unidad que llega a expresarse en la uniformidad puede ser superficial, como a menudo sucede. Por otro lado, la unidad que constituye el trasfondo de la multiformidad es necesariamente profunda. Para nosotros es fácil estar de acuerdo con aquellos que son o piensan igual que nosotros; pero estar de acuerdo con aquellos que difieren de nosotros sólo es posible cuando una profunda unidad subyace nuestras diferencias externas. Pagano como era Cicerón, él hizo una sabia diferenciación

afirmando que el amor sobrepasa la amistad en esto, que mientras la amistad es la estimación del uno por el otro estando los dos de acuerdo, el amor es la estimación del uno por el otro aunque no estén de acuerdo.

Volviendo a lo antedicho, la diversidad que no es pecado, en lugar de disminuir la gloria de la iglesia, la aumenta. Cuánto más hermoso es un edificio construido con piedras de diferentes formas y tamaños que uno hecho con ladrillos todos iguales. Como el cuerpo humano deriva su hermosura de la variedad de sus miembros, así también el cuerpo de Cristo. Cuando el amor supera la uniformidad y abraza la multiformidad, la más grande de las virtudes cristianas llega a su más gloriosa expresión.

## Capítulo 6

### LA UNIDAD Y LA DIVISION

La unidad espiritual de la iglesia de Cristo es una innegable realidad. La iglesia es un solo cuerpo, el cuerpo místico de Cristo.

Nada hay que pueda destruir esta unidad espiritual. Ni siquiera la división de la iglesia en incontables sectas y denominaciones la destruye. Sin embargo, hay que admitir que la división actual de la iglesia *oscurece* su unidad. Y esto, por cierto, es una triste realidad. Nos obliga a preguntarnos si la iglesia no está en el sagrado deber de emplear todas sus energías en un concentrado esfuerzo para remediar este mal.

Se citan tres posiciones sobre este asunto. Estas son: *el denominacionalismo extremo, el unionismo extremo y el idealismo realista.*

#### EL DENOMINACIONALISMO EXTREMO

Un buen número de cristianos son de la opinión que la unidad espiritual de los creyentes es lo único que importa, y que la unidad organizacional es de poco o ningún valor. Algunos llegan al extremo de considerar que la falta de unidad organizacional es una virtud antes que un vicio.

Como es de esperar, los que sostienen este punto de vista no vacilan en fundar nuevas denominaciones por razones inválidas. Pongamos algunos ejemplos verosímiles: El pastor Ramírez no alcanza a ver que la Escritura enseña el rapto secreto de los creyentes. El Anciano Rodríguez no solamente está convencido que esto es una enseñanza bíblica, sino que lo hace su doctrina favorita. Su conciencia no le da reposo hasta que arme la de San Quintín. Si esta discrepancia resulta en una división en la iglesia, ¿qué importa? En pocas palabras, el extremo denominacionalismo hace el error de igualar la multiformidad y el denominacionalismo.

Quizá la más sorprendente manifestación del denominacionismo extremo es la así llamada "iglesia no denominacional". Sus miembros aseguran que no les gusta el denominacionismo, pero el hecho es que llevarían este asunto al extremo porque quieren que cada congregación sea una denominación en y por sí misma.

Es evidente que tal denominacionismo está muy lejos del patrón de la iglesia apostólica. En tiempo de los apóstoles, habían discrepancias significantes entre los creyentes de las varias localidades; aun así todas las iglesias particulares estaban unidas en una sola iglesia cristiana, y las denominaciones eran aun impensables. El capítulo 15 de Hechos nos dice que ciertos problemas que inquietaron a las iglesias de los gentiles fueron discutidos por los apóstoles junto con los ancianos de la iglesia madre de Jerusalén, y que las decisiones tomadas fueron consideradas obligatorias para todas las iglesias. De Hechos 15 no se puede sacar la enseñanza que nos conduce a la "iglesia no denominacional".

Es igual de obvio que el denominacionismo extremo pone la unidad espiritual de la iglesia cristiana debajo de un almud y así se le priva de su gloria en no poca cantidad. Eso sí es pecado.

Se puede justificar la conclusión que esta actitud divisionista dentro de la iglesia de Cristo merece una completa condenación.

### EL UNIONISMO EXTREMO

El polo opuesto del denominacionismo extremo es el unionismo extremo. Este aspecto es sostenido por la Iglesia Católica Romana y por la mayoría de las iglesias modernistas de nuestros días.

La Iglesia de Roma asume la posición que no sólo debe haber una sola iglesia, sino que hay en efecto una sola iglesia. Esa iglesia es la Iglesia Católica Romana, por supuesto. Todas las otras así llamadas iglesias, dicen ellos, son absolutamente indignas de ser conocidas como tales. Ellas deben arrepentirse de haber salido de la verdadera iglesia y deben volver a ella.

El llamado del modernista hacia la unión, aunque no menos apremiante que el de la Iglesia de Roma, tiene un motivo diferente. Detrás del llamado de la Iglesia de Roma está la absurda afirmación de que Roma tiene el monopolio de la verdad; detrás del lla-

mado modernista se oculta la impertinente noción de que las diferencias doctrinales entre las denominaciones son muy insignificantes y que la doctrina no importa mucho. La indiferencia a la verdad es una de las características más destacadas del movimiento teológico del pasado, las iglesias deben dedicarse, se nos dice, a una campaña unida para erradicar la injusticia social y evangelizar el mundo.

La insensatez de tal razonamiento es al mismo tiempo evidente y grande. De acuerdo con la palabra de Dios, la iglesia de Cristo es "columna y baluarte de la verdad" (1 Ti. 3:15). La iglesia es el custodio y defensor de la verdad. De eso se deduce que la verdad es demasiado preciosa para la iglesia como para sacrificarla por la unidad organizacional. Si se lograra una perfecta unidad organizacional a costa de la verdad, lo que sucedería es que la iglesia quedaría destruida. Porque la iglesia está donde está la verdad, y la iglesia que traiciona tales verdades como la deidad de Cristo y la satisfacción de la justicia divina por medio de la muerte sacrificial y sustitutoria de Cristo en la cruz se ha transformado en la "sinagoga de Satanás" (Ap. 2:9).

Más de un líder del movimiento ecuménico liberal uniría a la iglesia de Cristo destruyéndola.

Apocalipsis 13 nos dice que todos los que habitan sobre la tierra y cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero adorarán a la bestia que ha subido del mar (Ap. 13:8). El cumplimiento de esa profecía probablemente tiene varias etapas, pero sin duda la etapa final será la unificación religiosa de casi toda la humanidad bajo el anticristo. Debe establecerse como una inequívoca posibilidad que el alarde ecuménico de nuestros días está contribuyendo a la rápida realización de tal evento.

Ni el denominacionismo extremo ni el unionismo extremo tiene el remedio para sanar la división dentro de la iglesia de Cristo. El primero no tiene ningún interés en encontrar un remedio y dejaría que la enfermedad siga su curso. El segundo nos ofrece un remedio que es más fatal que la misma enfermedad. ¿Hemos de concluir que no hay remedio? Queda aún por presentarse la respuesta del *idealismo realista*.

Hay que recordar, mientras tanto, que la unidad espiritual de la iglesia de Cristo continúa siendo una realidad. Las divisiones existentes oscurecen la unidad de la iglesia pero no la destruyen. El denominacionalismo extremo acelera la división y así oscurece más que nunca la unidad de la iglesia, aunque no puede destruirla. El unionismo extremo a su vez asegura la destrucción de la iglesia, mas no le será permitido, de hecho, destruir ni la iglesia ni su unidad.

Cristo Jesús, la cabeza gloriosa y omnipotente de la iglesia, que está sentado a la diestra de Dios, garantiza su continuidad. La continuidad de la iglesia está íntimamente relacionada con su unidad. Porque la unidad pertenece a la esencia del cuerpo de Cristo.

## Capítulo 7

### EL IDEAL DE LA UNIDAD VISIBLE

#### EL IDEALISMO REALISTA

No es posible negar que idealmente la iglesia de Cristo debería ser *una*, tanto en su apariencia externa como en su realidad interna. Bajo ese respecto debe asemejarse a la iglesia apostólica, la cual ciertamente fue, en sentido general, modelo para la iglesia de las edades posteriores. Cuando Cristo, en su oración sacerdotal, rogó por la unidad espiritual de los creyentes, debió haber tenido también en mente la manifestación externa de esta unidad, porque dijo: "Para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn. 17:21). Lo que necesita enfatizarse es que tanto la visibilidad como la invisibilidad son dos aspectos de la única iglesia, y que, por lo tanto, la iglesia visible debe manifestar los atributos de la iglesia invisible—con la excepción obvia del atributo de invisibilidad. Indiscutiblemente uno de los más gloriosos atributos de la iglesia invisible es su unidad. A la medida en que la iglesia visible deja de manifestar tal atributo, su apariencia externa representará falsamente su realidad interna.

Por esa razón debe rechazarse la noción que desde hace mucho tiempo está muy común en los círculos ortodoxos, que el denominacionalismo es perfectamente apropiado por cuanto es determinado por factores naturales que Dios ha establecido. El hecho de que los cristianos hablen diferentes idiomas es una pobre excusa para vivir separados en distintas denominaciones. De hecho que hay denominaciones en las cuales se hablan varios idiomas. No hay razón por qué no se podría emplear una docena o más idiomas en la misma denominación. Si en el pasado la distancia geográfica fue una razón suficiente para el denominacionalismo, es difícil aceptar esta razón ahora en esta edad de transporte rápido y comunicaciones casi instantaneas. Hoy no es tan lejos de Nueva York a Shangai

como lo fue de Jerusalén a Roma en los días del apóstol Pablo. Y si hay cuestiones de diferencia racial, los cristianos deben recordar que en Cristo no hay griego ni judío, bárbaro ni escita, blanco ni moreno.

Bien claro es el ideal. Sin embargo, no es menos claro el hecho de que la causa básica de la división dentro de la iglesia de Cristo, o sea el pecado, está operando tan poderosamente ahora como operó en el pasado, y que más allá de toda duda razonable continuará en el porvenir. Este es un hecho sumamente serio que se debe enfrentar con sumo realismo. El que hace eso, considerará como extremadamente improbable una iglesia unida en cualquier tiempo antes de la venida del Señor. No es una exageración afirmar que la esperanza de una iglesia en esta dispensación es una injustificada anticipación.

#### EL REALISMO IDEALISTA

¿Echaremos a un lado el ideal? ¡No lo permita Dios! Es de la pura esencia del cristianismo luchar por lo inalcanzable. Plenamente consciente de que no alcanzará la meta de la perfección moral en esta vida, el cristiano debe aún luchar a brazo partido para llegar lo más cerca posible al blanco. Igualmente, aunque convencida de que continuará dividida hasta el regreso de su cabeza, la iglesia debe trabajar sin cesar para sanar sus brechas. En otras palabras, en el asunto de ecumenismo no deberíamos permitir que el idealismo vaya sin frenos, pero tampoco debemos hacer del realismo un pretexto para optar por una política de brazos cruzados. Por un lado, tenemos que ver que nuestro idealismo permanezca realista; por el otro, no es menos importante que nuestro realismo permanezca idealista.

He aquí algunas sugerencias como podamos luchar, puestos ambos pies en tierra sólida, por el ideal de la unidad visible de la iglesia de Cristo.

*En primer lugar*, debemos tener el valor de rechazar como cristianas a ciertas iglesias autodenominadas cristianas. Las verdaderas denominaciones cristianas deben declarar apóstatas a tales iglesias que han negado abiertamente las verdades cardinales cristianas. Por cierto esto no debería hacerse livianamente y ni tampoco

farisaicamente. Si el unitarianismo, con su negación de la Santa Trinidad, ha perdido evidentemente todo derecho de ser llamado cristiano, es difícil ver cómo una iglesia que a sabiendas y voluntariamente ha aceptado el control del modernismo con su negación de la deidad esencial de Cristo y de tales eventos sobrenaturales como su concepción virginal y su resurrección corporal, tenga algún derecho a ser llamada cristiana. Tal iglesia debe ser llamada una iglesia falsa y puesta fuera del redil cristiano. Si se hiciera tal cosa, estaría eliminado uno de los más grandes obstáculos para la unificación de la iglesia visible. Pues el liberalismo teológico, a pesar de su llamado al ecumenismo y la unión eclesiástica, esta obrando más eficazmente hacia la desorganización de la iglesia de Cristo que cualquier otra fuerza. La primera necesidad de la iglesia en nuestros días no es la unión sino la división; pero entendamos bien, la división que nos lleva a la unión.

*En segundo lugar*, aquellas denominaciones en las cuales el liberalismo está haciendo su incursión pero que todavía no se han entregado a este enemigo del cristianismo, deberían sin dilación alguna traer los asuntos doctrinales al tapete. Si eso se hiciera, casi todas las denominaciones en nuestras tierras estarían actualmente en la agonía de la controversia. Dentro de poco, muchas de ellas quedarían completamente quebrantadas. Eso es precisamente lo que posiblemente tendrá que suceder si la iglesia visible haya de presentar un frente unido. Cuando el Príncipe de paz declaró que él no vino para traer paz a la tierra sino espada (Mt. 10:34), estaba pensando en el hecho de que el único camino para que haya una verdadera paz es por medio de la destrucción de la falsa paz. Casi sin excepción, las denominaciones de hoy en día disfrutan—o pretenden disfrutar—de una falsa paz. Verdad y falsedad andan juntas. Por cierto, los miembros que se desvían deben recibir toda oportunidad razonable para arrepentirse; pero toda falsedad debe ser vigorosamente condenada y la verdad sostenida de manera que sus respectivos adherentes dejen de asociarse el uno con el otro. Eso significará división, pero división que es requisito para una genuina unidad.

*En tercer lugar*, los conservadores deben humildemente confesar que ellos también han pecado y han hecho violencia a la unidad visible del cuerpo de Cristo. Su pecado ha tomado diferentes for-



mas, pero casi siempre ha sido arraigado en la falta de someterse sin reserva a la Palabra de Dios. Mientras afirmaban abiertamente que la Biblia es la Palabra de Dios, los conservadores a menudo han colocado la razón humana como el intérprete final de la Escritura. Tomemos el caso de dos doctrinas importantes: la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre. En lugar de hacer que ambas vayan juntas, sin restar importancia a la una o a la otra, por la sencilla y conclusiva razón de que ambas se enseñan inequívocamente en la Palabra de Dios, muchos de los que quisieran ser reconocidos como creyentes bíblicos han hecho violencia a la divina soberanía de Dios en un determinado esfuerzo de armonizarla con la responsabilidad del hombre ante el foro de la razón humana; y por lo menos algunos han llegado a ser culpables también en sentido contrario. La iglesia se ha visto desbaratada por este tipo de racionalismo. De nuevo, no está de ningún modo fuera de lo común que los conservadores coloquen la tradición humana a la par con la revelación divina. Los fariseos en tiempo de Jesús no tenían el monopolio de este tipo de pecado, es decir, el negar la suficiencia de la Sagrada Escritura. Tampoco lo tiene la Iglesia Católica Romana. Las iglesias protestantes han sufrido divisiones por causa de ciertos cristianos de mentalidad seria que exigían que los miembros de las iglesias deberían vivir practicando once o doce mandamientos en lugar de los diez. Es en este punto que la virtud de la piedad degenera en el vicio de la santurronería. Siguiendo esta misma línea, el pecado del sectarismo ha sacado a relucir su horrible rostro. La esencia del sectarismo consiste en dividir la iglesia sobre lo que, de acuerdo con la Palabra de Dios, es un asunto de mediana o poca importancia, es decir, la práctica de algo que Dios ni ha ordenado ni ha condenado. Una vez más, el hecho de no guardar en equilibrio las diversas enseñanzas de la Escritura, por dar demasiado énfasis a una u otra doctrina, en mayor proporción que las otras, ha destruido con frecuencia la unidad visible de la iglesia de Cristo. El discutir sobre un tema teológico favorito no es de ningún modo un pasatiempo inocente. Conviene que la iglesia se arrepienta de tales pecados, y que desista de ellos.

*En cuarto lugar*, las iglesias que incondicionalmente aceptan la Biblia como la Palabra infalible de Dios y que están de acuerdo con las enseñanzas básicas de la Biblia, tales como la Santa Trini-

dad, la eterna filiación de Cristo, la deidad y personalidad del Espíritu Santo, la expiación vicaria, la salvación por gracia, el regreso personal y visible de nuestro Señor Jesucristo, la resurrección del cuerpo y la eterna separación de creyentes e incrédulos, pero que difieren honestamente en la interpretación de ciertas otras enseñanzas de la Escritura (tal vez importantes aunque no tan básicas) deben estar dispuestos a aprender las unas de las otras. Hasta donde sea posible, deben también cooperar mutuamente. Para mencionar algunos ejemplos, no hay razón alguna por qué no deben cooperar en la distribución de la Sagrada Escritura y también insistir en el derecho dado por Dios a la iglesia, y por consiguiente inalienable, de proclamar el evangelio en todo el mundo por cualquiera de los medios usuales de comunicación, tales como la radio, y la televisión y otros. Esfuerzos unidos con este propósito no solamente facilitarán la labor de muchas iglesias comprometidas en estas tareas, sino también ayudarán a manifestar su unidad.

*En último lugar*, hay denominaciones cristianas que son tan similares en su interpretación de la Palabra de Dios que pueden sin comprometer sus convicciones, fusionarse la una con la otra. Puede decirse, sin vacilación alguna, que la unificación organizacional es su solemne deber. Para ellos, continuar operando separadamente es un pecado.

Esforzarse, sin sacrificar la verdad, para lograr la unidad visible del cuerpo de Cristo es engrandecer su gloria.

## LA SANTIDAD

En el Credo Apostólico los cristianos de todo el mundo dicen que creen en "la santa iglesia universal" y siguen adelante para describir a la iglesia como "la comunión de los santos". Por cierto aquel credo de toda la cristiandad pone mucho énfasis en el atributo de la iglesia de la santidad.

### LA SANTIDAD COMO UN HECHO

¿Qué quiere decir que la iglesia es santa? ¿En qué sentido es santa? Es obvio que la iglesia no es perfecta. Sus miembros individuales son imperfectos y como grupo no pueden ser de otro modo. El mejor de los miembros de la iglesia es un pobre cristiano; por lo tanto, la mejor iglesia tiene muchas manchas y arrugas.

Aun así la iglesia es verdaderamente santa. Es una "nación santa" (1 P. 2:9). Es santa en estos dos sentidos: objetiva o ceremonialmente, y subjetiva o éticamente.

De acuerdo con la Escritura cualquier persona, y por lo mismo, cualquier cosa, que es sacada del mundo y apartada para el servicio del Dios Santo es santa. Por ejemplo, el tabernáculo y el templo de la antigua dispensación, junto con todo su mobiliario y todo lo que pertenecía a ellos, eran santos. También lo eran los sacerdotes quienes ministraban en esos lugares. Pero la santidad en este sentido no tiene la connotación ética. Las cosas materiales nunca son éticamente buenas ni malas, virtuosas ni pecaminosas. Las cosas en sí no tienen una cualidad moral. Un vaso de leche, por saludable que sea, no es piadosa, y una copa de licor, por poco recomendable que sea beberla, no es mala en sí. De igual manera, no todos los sacerdotes que sirvieron en los santuarios del Antiguo Testamento fueron santos de corazón. De algunos de ellos se relata

en la Biblia que eran sobremanera impíos. Tenemos un llamativo ejemplo de Ofni y Finees, los hijos de Elí, con cuya conducta Dios estaba completamente descontento, y los destruyó. ¿Y no fue Caifás, el sumo sacerdote, quien declaró que Jesús era digno de muerte porque se dijo ser el Hijo de Dios?

La santidad objetiva o ceremonial no garantiza entonces la santidad subjetiva o ética. Sin embargo, sería un serio error despreciarla por eso. Dios mismo le concede una gran importancia. Cuando Dios separa del mundo a alguien para su servicio le hace un gran honor. Tal honor, precisamente, le ha concedido a su iglesia.

Pero la santidad de la iglesia no se termina aquí. La iglesia de Cristo es también santa en un sentido ético. Sus miembros han sido regenerados por el Espíritu Santo. Aunque muchos no regenerados pueden estar integrados a la iglesia visible, todos los verdaderos miembros de la iglesia han nacido de nuevo. Ellos han recibido corazones de carne en lugar de corazones de piedra. En consecuencia, aman a Dios y andan en sus caminos. No se puede negar que a menudo ellos hacen cosas que no quisieran hacer y que no logran hacer las cosas que quisieran hacer; sin embargo, según el hombre interior se deleitan en la ley de Dios (Ro. 7:22). En principio, son perfectos y sus vidas manifiestan el comienzo de una perfecta obediencia. No son más "esclavos del pecado" (Ro. 6:17). Es imposible para ellos vivir en el pecado. Por lo tanto la Escritura claramente afirma acerca de ellos: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar porque es nacido de Dios" (1 Jn. 3:9). No son santos sólo unos pocos miembros sobresalientes de la iglesia, como Roma quiere que pensemos; todos los miembros verdaderos de la iglesia son santos. A pesar de las muchas manchas que disfiguraban la iglesia de Corinto, el apóstol Pablo no tuvo reparo en dirigirse a ellos como "santos" (1 Co. 1:2; 2 Co. 1:1). La iglesia indudablemente es "la comunión de los santos".

¡Eso sí que es gloria! La iglesia de Cristo es la única organización en el mundo que es santa en este sentido. Eso la hace incomparablemente la más gloriosa de todas las sociedades de la tierra.

De ningún modo hay que pensar que la santidad de la iglesia es un simple adorno que se le añade a su gloria, como un lindísimo

collar que realza la belleza de una mujer hermosa. No, su santidad es su misma esencia. Iglesia es sinónimo de santidad.

### *LA SANTIDAD COMO UN DEBER*

El hecho de que la iglesia es santa no quiere decir que ésta ha de dormirse en sus laureles. Al contrario, debe estar en constante guerra contra los enemigos que traten de destruir su santidad. De igual modo, la iglesia no debe descansar satisfecha con el grado de santidad que haya alcanzado. Debe siempre luchar para alcanzar mayores alturas. En otras palabras, la santidad de la iglesia no es solamente un glorioso hecho, sino también un solemne deber.

Los enemigos que intentan impedir que la iglesia progrese en santidad, y que quisieran, inclusive, privarla de ella, son descritos muchas veces como el mundo, el demonio y la carne. Estos tres, por razones prácticas, puede resumirse en una sola palabra: la *mundanalidad*.

Pero, ¿qué es la mundanalidad? En términos generales es exactamente lo opuesto a la santidad. Pero una respuesta más específica sería provechosa.

Hay quienes ven la diferencia entre la iglesia y el mundo sólo en asuntos externos. Existe una rama de los menonitas que cree que debe rechazar andar en auto. Aunque se debe reconocer que la antítesis entre la iglesia y el mundo tiene ciertas implicaciones externas, el punto de vista aquí descrito sufre de un extremismo insalubre.

En la mente de un buen número de cristianos, la mundanalidad es sinónimo de una "diversión mundana". Hay que notar aquí que una diversión es mundana solamente cuando es pecaminosa. El mero hecho de que gente mundana en gran número se entretenga en ciertos pasatiempos, no quiere decir que sea mundana. Tomemos el caso del fútbol. Muchos no creyentes, gente del mundo, juegan o son fanáticos de él. Sin embargo, el hecho de que gente del mundo lo practique, no es razón suficiente para que condenemos tal deporte como mundano. Por otro lado, hay otras diversiones que son manifiestamente pecaminosas y los miembros de la iglesia no deberían practicarlas en modo alguno. Juegos de azar o por dinero y la mayor parte de los bailes modernos son buenos

ejemplos. Muchas películas, programas de televisión y libros son de igual modo de tendencia perversa y sucia.

Hay ciertos pecados en cada época a los que puede describirseles como reinantes. Uno de los pecados reinantes actuales en el mundo es la inmoralidad sexual, con su resultante, el divorcio. Contra tales pecados la iglesia debe estar en constante acecho si quiere mantener su santidad. Una vez que ella no alcance a distinguir bien la línea divisoria que las Sagradas Escrituras han señalado contra tales pecados, inevitablemente se verá envuelta en las funestas olas de la mundanalidad.

Muy pocos cristianos parecen darse cuenta de que una iglesia puede asumir una firme posición contra ciertos pecados escandalosos, porque son decididamente mundanos, y que esa iglesia todavía puede ser decididamente mundana. Este es un hecho digno de tenerse en consideración.

En cada iglesia verdaderamente viva habrá diferencias. Estas diferencias pueden ser de carácter doctrinal. Entonces los miembros de la iglesia deben tratar de convencer el uno al otro, basándose en la Palabra de Dios. De este modo harán una inestimable contribución a la santidad de la iglesia, porque Dios suele santificar a los suyos a través de la verdad. Lo que se debe evitar a toda costa es la formación de cualquier tipo de facciones opuestas o intentar que por medio de manipuleo político se consiga que la iglesia acepte cierto punto de vista. Esa es una manera mundanal de hacer las cosas. Eso es mundanalidad.

No todos los oficiales de una iglesia son igualmente capacitados. Algunos tienen cinco talentos, otros menos. En consecuencia, las posiciones de honor y confianza están distribuidas desigualmente. Esto es inevitable, pero también conveniente. No todos los ministros o ancianos gobernantes resultarían buenos presidentes o moderadores de tribunales superiores. De allí surgen muchas veces los celos y la envidia. Frecuentemente los líderes de la iglesia siguen el mal ejemplo de los discípulos de Jesús, peleándose por el lugar de mayor honra. Eso también es mundanalidad.

Algo más. Hay iglesias que están orgullosas de su posición firme en contra de la mundanalidad, pero que a la vez desean ser tenidas por grandes según el patrón mundano de grandeza. Ellas piensan en términos de magníficos edificios, antes que en las piedras vivas

para ser edificados como casa espiritual (1 P. 2:5). Se esfuerzan por las estadísticas antes que por la prosperidad espiritual. Eso también es mundanalidad.

Es inevitable la conclusión de que la iglesia cristiana para que mantenga su santidad, debe disciplinar decididamente a los miembros que se entregan abiertamente al pecado; pero eso no es suficiente. No es menos necesario que la iglesia eche fuera de sí tales formas de mundanalidad que son menos obvias, pero que son más insidiosas y, por cierto, ni una pizca menos malignas.

Para que pueda progresar en la santidad, la iglesia debe profundizarse cada vez más en la verdad de la Palabra de Dios. ¿No oró así Jesús: "Santificalos en tu verdad", y luego declaró, "tu palabra es verdad" (Jn. 17:17).

## Capítulo 9

### LA CATOLICIDAD

Un buen diccionario define la catolicidad como "universalidad: que pertenece o se extiende a todo el mundo, a todos los países, a todos los tiempos". La iglesia cristiana es ciertamente universal, y su universalidad es un aspecto sobresaliente de su gloria.

#### *FALSAS INTERPRETACIONES DOMINANTES*

Es lamentable que la catolicidad de la iglesia muchas veces sea mal entendida. Dos interpretaciones falsas son particularmente dominantes. Por un lado, hay los que tienen un punto de vista muy estrecho; otros, en cambio, un punto de vista muy amplio.

La Iglesia de Roma se llama a sí misma La Iglesia Católica. Al demandar la catolicidad para sí, excluye a cualquier otra comunión de la iglesia universal. De acuerdo con este punto de vista, la universalidad de la iglesia no va más allá de los límites de la Iglesia de Roma. Esa es de veras una universalidad restringida.

Muchos protestantes, por lo contrario, sostienen un punto de vista muy amplio sobre la universalidad de la iglesia cristiana. Reconocen como partes constituyentes de la iglesia universal a todo y cada grupo que se autodenomina iglesia. Este es el extremo opuesto del punto de vista de la Iglesia de Roma y en nada es menos erróneo. Los grupos que niegan la Santa Trinidad, que toleran entre sus miembros, y tal vez aun entre sus pastores, a los que niegan la deidad de Cristo han, sin duda, perdido el honor de ser contados como iglesias cristianas. Son iglesias "falsas". Este hecho se pasa por alto y aun es negado por muchos dirigentes del movimiento ecuménico liberal. Hay también grupos que se llaman iglesias, pero que son en realidad meras sectas. Aunque sea difícil distinguir entre iglesia y secta, cuando se funda una nueva denomina-

ción que a la luz de la Escritura es hecho por razones insignificantes, el pecado del cisma ha sido cometido, y el grupo que así se forma no es realmente una iglesia sino una secta. La advertencia de la Confesión Belga queda en pie: "Debemos distinguir diligentemente y con buena prudencia, de la Palabra de Dios, cuál es la verdadera iglesia, puesto que todas las sectas existentes hoy día en el mundo se cubren con el nombre de iglesia" (Artículo XXIX).

#### *ANTICIPACIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO*

Para obtener el punto de vista correcto de la catolicidad de la iglesia cristiana es necesario comparar la iglesia de la antigua dispensación con la de la nueva.

A menudo se ha dicho que la iglesia de la antigua dispensación se circunscribió al pueblo de Israel y que, por lo tanto, fue nacional y no universal en su alcance. No se puede negar que esto fue cierto en sentido general. Dios estableció el pacto de gracia con Abraham y con su simiente. "Ha manifestado sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha hecho así con ninguna de las otras naciones; y en cuanto a sus juicios no los conocieron" (Sal. 147:19, 20).

Sin embargo, eso no es todo. El Antiguo Testamento abunda no sólo en las profecías y promesas de un universalismo venidero, sino que también abunda en anticipaciones verdaderas. Cuando Dios llamó a Abraham a salir de su ambiente pagano para hacerle padre de un pueblo peculiar, Dios le dijo: "Y serán benditas en tí todas las familias de la tierra" (Gn. 12:3). El nacionalismo nunca fue un fin en sí mismo, pero desde el principio fue un medio para llegar al universalismo. El Salmo 72 es uno de los muchos que hablan del reinado universal del Mesías: "Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra" (Sal. 72:8). Por medio de Isaías, el profeta evangélico, Dios hizo la invitación universal: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra" (Is. 45:22). Por mandato de Dios el profeta Jonás predicó el evangelio del arrepentimiento a los habitantes de la pagana ciudad de Nínive. Rahab la prostituta de Jericó y Naamán el famoso general de Siria, tanto como Rut la moabita, se volvieron del paganismo al Dios vivo y verdadero.

#### *LA REALIZACION EN EL NUEVO TESTAMENTO*

No es hasta en la nueva dispensación que la universalidad de la iglesia cristiana llega a su completa realización.

Cuando, cerca del final del ministerio terrenal de Jesús ciertos griegos querían verle, Jesús, profundamente conmovido, dijo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn. 12:32). Esto lo dijo refiriéndose a su crucifixión. Cerca del momento de regresar al cielo desde el Monte de los Olivos, él ordenó a sus discípulos: "Y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hch. 1:8). En el día de Pentecostés estuvieron presentes en Jerusalén hombres "de todas las naciones debajo del cielo" (Hch. 2:5). Muchos se convirtieron y fueron recibidos por el bautismo como miembros de la iglesia cristiana. El eunuco etíope se convirtió cuando Felipe le enseñó acerca de Jesús. Cornelio, el centurión romano, se convirtió con toda su familia por medio de la predicación de Pedro (Hch. 10). Pero lo más significativo de todo es que Pablo llegó a ser el instrumento escogido de Dios para llevar el evangelio al mundo gentil. El libro de Hechos relata la historia de la marcha triunfal del evangelio desde Jerusalén, la capital del pueblo judío, hasta Roma, la capital del mundo.

En pocas palabras, en la nueva dispensación la iglesia de Cristo derrumba completamente los muros del nacionalismo y llega hasta los últimos confines de la tierra. Antes del regreso de Cristo, el evangelio será predicado a todas las naciones. En el cielo los redimidos, cantando, dan gloria al Cordero: "Porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para con Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación" (Ap. 5:9).

#### *APLICACIONES PRACTICAS*

La iglesia debe estar siempre en guardia contra cualquier cosa que quiera disminuir su catolicidad. Por lo tanto debe evitar cualquier tipo de sectarismo. El término "sectarismo", aunque a menudo es mal usado, no es difícil de definir. No es posible que la iglesia tome la Escritura con demasiada seriedad. De eso se deduce que la insistencia dentro de los límites de la Escritura, en una formulación de doctrina cristiana el exacto delineamiento de ética

cristiana, nunca debe ser rechazado como sectarismo. Precisamente eso es lo que a menudo se ha hecho. Pero cuando se pone énfasis en una enseñanza bíblica a costa de las otras, y cuando hombres falibles agregan algo a la enseñanza de la Escritura, es entonces cuando aparece el sectarismo. Concretamente, cuando una iglesia enfatiza la responsabilidad humana a costa de la soberanía divina, como lo hace el arminianismo, o cuando el llamado hiper-calvinismo hace lo opuesto, eso es sectarismo. También es un claro sectarismo el afirmar que aun el más moderado uso del vino bajo cualquier circunstancia es pecado, por que tal afirmación no encuentra su apoyo en la Escritura. Cualquier forma que el sectarismo asuma, siempre es un gran mal porque produce estrechez, prejuicios e intolerancias, y está destinado a oscurecer aquel glorioso atributo de la iglesia conocido con el nombre de catolicidad.

Una violación de la catolicidad de la iglesia que no es raro encontrar aun entre los protestantes, es equivaler su propia denominación y la iglesia de Cristo. Hay, sin duda, denominaciones que han degenerado en iglesias falsas. Hay también denominaciones que no son iglesias sino sectas. Pero aparte de estas limitaciones queda en pie la verdad de que ninguna denominación sobre la faz de la tierra es en sí la totalidad de la iglesia cristiana.

La más importante implicación positiva de la catolicidad de la iglesia es su solemne deber de proclamar el evangelio de Jesucristo a todas las naciones y tribus de la tierra, y recibir a todo aquel que cree, de cualquier raza o color, como miembro de la iglesia por el santo bautismo. En la iglesia cristiana "no hay griego, ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos" (Col. 3:11).

En el invierno de 1909 Arturo Balfour dictó unas conferencias en Edimburgo sobre "Los valores morales que unen a las naciones". El enumeró aspectos tales como el conocimiento común, intereses comerciales comunes, intercambios diplomáticos, y el vínculo de la amistad humana. Cuando terminó su conferencia y cesaron los sonoros aplausos, se oyó una tímida voz desde el balcón, diciendo: "Pero, Sr. Balfour, ¿qué del Señor Jesucristo?" Hubo un silencio sepulcral. Uno de los más grandes hombres de estado de lo que era en aquel entonces el imperio cristiano más grande del mundo, había sido reprendido por un estudiante japonés.

Hace pocos años se hablaba con mucho entusiasmo acerca de "un solo mundo". Muchos fueron tan crédulos al pensar que el fin de la Segunda Guerra Mundial y la Organización de las Naciones Unidas nos introducirían a este "un solo mundo". Ahora todo el mundo está desilusionado. No es para sorprenderse. El requisito indispensable para que haya un solo mundo es una iglesia universal. Sólo entonces habrá un solo mundo cuando se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor (Fil 2:10, 11).

## LA APOSTOLICIDAD

¿Es la apostolicidad un atributo de la iglesia cristiana? Algunos han contestado esta pregunta afirmativamente; otros, negativamente. La respuesta correcta es sí y no. En un sentido muy real la iglesia de la nueva dispensación tiene la distinción de ser apostólica; en otro sentido no lo es.

### EL FUNDAMENTO APOSTOLICO

Cuando Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Señor le dijo, "bienaventurado", y siguió diciendo: "Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia" (Mt. 16:18). Pero, ¿qué es "esta roca"?

La Iglesia de Roma dice que la roca es el apóstol Pedro, y hace de esta declaración de Jesús la piedra angular de la doctrina del papado. Pedro, insiste la Iglesia de Roma, fue el primer papa. En vista del hecho de que el nombre de Pedro significa *roca*, hay que admitir que a simple vista parece lógico identificar a Pedro con la roca sobre la cual está edificada la iglesia. Sin embargo, hay razones de peso para rechazar tal interpretación. Para mencionar solamente una, el Nuevo Testamento dice en otra parte que la iglesia está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo (Ef. 2:20). Es significativo que aquí se dice que la iglesia está edificada sobre el fundamento de todos los apóstoles y no sobre solamente uno de ellos. No se le atribuye a Pedro prominencia alguna sobre los otros apóstoles.

Muchos afirman que la roca de Mateo 16:18 no es otra persona sino Cristo mismo. Pero tal interpretación es forzada e imaginativa. Por supuesto, Jesús estaba hablándole a Pedro, y también de él, cuando dijo: "Y yo también te digo, que tú eres Pedro", esto

es, "una roca". No es posible que los discípulos podrían haberle entendido que no se refería a Pedro sino a él (Cristo) mismo cuando agregó: "Y sobre esta roca edificaré mi iglesia", a menos que él (Cristo) hubiese acompañado a esta última declaración señalándose a sí mismo. Pero el texto ni contiene la más leve insinuación de tal demostración.

¿Es "esta roca" la confesión que Pedro acababa de hacer? Es evidente que la confesión de Pedro sacó de Jesús las palabras que están en consideración. Sin duda, la confesión y la roca están estrechamente relacionadas. De eso no se sigue, sin embargo, que sean la misma cosa. Cuando Jesús dijo: "Y yo también te digo, que tú eres Pedro" esto es "una roca", y luego agregó: "y sobre esta roca edificaré mi iglesia", él evidentemente estaba pensando no sólo en la confesión de Pedro, sino también en su persona.

Es muy probable que "esta roca" no es otra cosa que el Pedro confesante como representante de todos los apóstoles. Tal interpretación pone el énfasis exigido por el versículo tanto en la confesión de Pedro como en su persona. Eso cuadra admirablemente dentro del contexto. Pedro hizo su confesión en respuesta a la pregunta de Jesús: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Notemos bien que "vosotros" es plural. Fue Pedro quien contestó, pero no por sí solo, sino por los doce. Eso nos lleva a afirmar que Jesús, en su respuesta, se dirigió a Pedro como representante de sus compañeros. Notemos también que esta interpretación armoniza perfectamente con Efesios 2:20, que, al describir el fundamento de la iglesia, no sólo habla de una persona, sino de "los apóstoles".

Es justificada la conclusión que Mateo 16:18, así como Efesios 2:20, enseña que el fundamento de la iglesia es apostólico.

### LA APOSTOLICIDAD DOCTRINAL

¿En qué sentido es apostólico el fundamento de la iglesia del Nuevo Testamento? Una respuesta inequívoca es que la iglesia está fundada sobre la *naturaleza* de los apóstoles.

Esto se deduce, por cierto, del pasaje de Mateo ya discutido. No fue solamente en la ocasión de la declaración doctrinal de Pedro, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, sino precisamente *porque* Pedro confesó esta doctrina que Jesús dijo: "Y yo también te

digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia". Específicamente como confesores de esta verdad, los apóstoles son el fundamento de la iglesia.

Que la enseñanza de los apóstoles es el fundamento de la iglesia cristiana no es menos implícita en la oración sumosacerdotal de Cristo. Dijo ahí: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (Jn. 17:20). Cristo tenía en mente a los apóstoles y también a la iglesia en las edades posteriores. Esta iglesia consiste de todos los que creen en Cristo a través de la enseñanza de los apóstoles. Esta es solamente otra manera de decir que la aceptación de la doctrina apostólica es la esencia misma de la iglesia.

Se podría preguntar si la declaración que el fundamento de la iglesia es apostólico no contradice la declaración enfática de Pablo: "Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (1 Co. 3:11). Tal dificultad desaparece rápida y completamente cuando se recuerda que la iglesia está fundada sobre la *enseñanza* de los apóstoles. ¿Qué es lo que enseñaron? ¡A Cristo! Cristo fue el centro, la sustancia, la suma total de su enseñanza. ¿No dijo Pablo, "me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo" (1 Co. 2:2)? Es lo mismo decir que la enseñanza de los apóstoles es el fundamento de la iglesia que decir que Cristo es el fundamento.

Es sumamente significativo que uno de los credos ecuménicos, la confesión de fe a que la iglesia histórica ha suscrito, haya llegado a ser conocido como "El Credo Apostólico". Por cierto, los apóstoles no fueron los que escribieron este credo. La idea de que el credo consiste de doce artículos porque cada uno de los doce apóstoles contribuyó un artículo debe ser rechazada porque carece absolutamente de fundamento. La verdad es que este credo es producto de un desarrollo y que llegó a su presente forma mucho después de la muerte del último de los apóstoles. No obstante, su nombre dice exactamente lo que es: un resumen de las creencias y enseñanzas de los apóstoles.

Claro está que este breve credo no es un resumen completo de todas las enseñanzas de los apóstoles. Por ejemplo, no dice nada sobre la interpretación de la muerte de Cristo que los apóstoles enseñaron en forma inequívoca, es decir, que fue un sacrificio susti-

tutorio para la expiación del pecado al satisfacer las demandas de la justicia divina. Este credo tampoco dice nada sobre las enseñanzas apostólicas de tan importantes asuntos como la conducta cristiana o el gobierno de la iglesia. El fundamento de la iglesia cristiana incluye muchas otras enseñanzas de los apóstoles aparte de las que contiene El Credo Apostólico.

No se puede concluir que, para que merezca ser llamada apostólica, la iglesia de edades posteriores debe ajustarse en su más mínimo detalle al molde de la iglesia de la edad apostólica. Hay quienes enseñan esto, pero es una posición que los mismos apóstoles nunca enseñaron. Por ejemplo, en la iglesia apostólica había "carismas", dones especiales del Espíritu Santo, tales como el hablar en lenguas y sanidades milagrosas. En 1 Corintios 14, el apóstol Pablo se opuso al uso de por lo menos uno de aquellos dones, y hay evidencia abundante de que tales dones cesaron cuando quedó completa la revelación especial. Otro ejemplo. No hay ninguna evidencia de que los apóstoles hayan tenido la intención de que el oficio apostólico continuara después de su muerte. Ellos nunca designaron a otros hombres para que les sucedieran en el oficio. El oficio apostólico se limitó a la iglesia de la edad apostólica. No hay sucesión apostólica.

#### LA SUCESION ORGANIZACIONAL

Ciertas iglesias reclaman su apostolicidad porque afirman ser exclusivamente, o casi así, la continuación ininterrumpida de la iglesia organizada como existió en los días de los apóstoles. Particularmente se jactan de su clerecía como la sucesión ininterrumpida de obispos ordenados por los apóstoles. Esto es conocido como "sucesión apostólica" y es sostenida por la Iglesia Ortodoxa Griega, la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Anglicana. Es interesante que la última de las nombradas asevera que las tres poseen sucesión apostólica. La segunda le concede a la primera pero no a la última, mientras que la primera considera su posesión por la segunda y tercera como extremadamente dudosa.

Un error serio en aquellos reclamos a la sucesión apostólica es que desestiman por completo el hecho de que la sucesión organizacional no garantiza la sucesión doctrinal. Sin decir nada de las



otras dos comuniones antes mencionadas, la Iglesia Católica Romana, se ha apartado mucho de la enseñanza de los apóstoles. ¿No niega, acaso, la doctrina que es central en la enseñanza apostólica, la justificación por la fe sola? Por esa razón, entre otras, los reformadores del siglo XVI no vacilaron de calificar a la Iglesia de Roma como una iglesia falsa. La sucesión organizacional no tiene ningún valor sin la sucesión doctrinal. Una iglesia que tenga la primera pero que ha perdido la segunda ya no es la iglesia de Cristo. Los padres reformadores tenían razón cuando dijeron que la "sucesión doctrinal" antes que la "sucesión de personas y lugares" es una marca inconfundible de la verdadera iglesia.

Sin embargo se debe sostener que una iglesia verdadera en cualquier tiempo y lugar tiene la dignidad de poseer apostolicidad tanto organizacional como doctrinal. Los apóstoles mismos constituyeron el núcleo de la iglesia organizada de la nueva dispensación y durante su tiempo ellos edificaron esa iglesia. La iglesia que ellos organizaron nunca ha dejado de existir ni nunca dejará. La cabeza divina de la iglesia lo ha prometido. Por cierto, la iglesia ha sufrido muchos cataclismos, pero ninguno de éstos la ha destruido. En esos se incluye, por supuesto, el gran cataclismo conocido como la Reforma Protestante. El simple hecho es que las iglesias protestantes que salieron del dicho cataclismo fueron la continuación de la iglesia apostólica. Hay que admitir, que la iglesia organizada de hoy día no manifiesta esa unidad que era característica en el tiempo de los apóstoles, sino que está plagada de divisiones. Con todo, sigue cierto, que cada iglesia que es verdaderamente cristiana, y no una sinagoga de Satanás ni una mera secta, es la sucesión organizacional de la iglesia apostólica.

Tal vez una ilustración ayude a clarificar este punto. Pensemos en un árbol. Tiene un solo tronco. El tronco se divide, digamos, en dos ramas. Estas a su vez se dividen en otras ramas más pequeñas. Mientras el árbol sigue creciendo, van apareciendo nuevas ramas. Sin embargo, de vez en cuando debe ser quitada una rama que se seca. Puede ser, inclusive, que una parte considerable de una o de las dos ramas grandes que salen del tronco debe ser cortada del tronco. Yendo un poco más, quizás una u otra de aquellas ramas tenga que ser cortada por completo. Pero a pesar de lo que pueda sucederle al árbol, ¿no es cierto que en cualquier tiempo todas las

ramas vivientes, sean grandes o pequeñas, son la continuación del tronco? En una manera parecida, cada iglesia verdadera, desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días, es la sucesión de la iglesia de los apóstoles.

La verdadera iglesia se basa sobre los apóstoles. Tiene una dignidad doble: la posesión de la apostolicidad doctrinal y organizacional.

## LA ILUMINACION

Hay dos puntos de vista sobre la iluminación en la iglesia cristiana, y estos representan extremos opuestos. Por un lado, la Iglesia de Roma sostiene que la iglesia es iluminada hasta llegar al punto extremo de la infalibilidad. Reclama dos formas de infalibilidad: una Biblia infalible y una iglesia infalible; y como consecuencia, una interpretación infalible de la Biblia por la iglesia. Por el otro lado, ciertos anabaptistas, individualistas de la Reforma Protestante, hacen hincapié en la interpretación privada de la Palabra de Dios hasta el extremo de que casi rechazan la iluminación de la iglesia por el Espíritu de verdad. En la actualidad, muchos protestantes, incluyendo un gran número de fundamentalistas, han adoptado el punto de vista anabaptista.

Ambos puntos de vista adolecen de extremismo. La verdad está entre los dos.

### EL MITO DE UNA IGLESIA INFALIBLE

La infalibilidad de los concilios eclesiásticos es una de las antiguas enseñanzas de la Iglesia de Roma. A pesar de que nunca ha renunciado esa posición, la experiencia le ha enseñado que es difícil mantener la infalibilidad de muchos de dichos concilios. Por lo tanto, la Iglesia de Roma llegó eventualmente a la doctrina de la infalibilidad de uno, la cabeza de la iglesia, el papa. El Concilio Vaticano de 1870 declaró que el papa es infalible en sus declaraciones oficiales en asuntos de fe y moral.

Es bien claro que esta posición va mucho más allá de cualquier enseñanza de la Biblia. No es menos claro que esta posición hace violencia a la Palabra de Dios. Niega la suficiencia de las Sagradas Escrituras al colocar junto a ella otra cosa infalible. Algunos teólo-

gos católico-romanos van aun más lejos y colocan a la iglesia encima de la Biblia. Razonan que la Biblia, siendo un producto de la iglesia, debe su existencia a la iglesia y deriva su autoridad de la iglesia.

Todo buen evangélico queda horrorizado ante tal presunción. Sin embargo, se explica fácilmente a la luz de las enseñanzas básicas de la Iglesia de Roma respecto a la iglesia. La Iglesia de Roma no sólo enseña que la iglesia es de origen divino. Todo evangélico está de acuerdo con eso. La Iglesia de Roma tampoco está satisfecha con enseñar que la iglesia es por esencia sobrenatural. Todo evangélico está de acuerdo con esto también. La Iglesia de Roma va mucho más lejos. Ella sostiene que la iglesia es divina; deifica así a la iglesia. Y puesto que la infalibilidad es un atributo divino, tal atributo se lo atribuye a la iglesia.

De este modo la Iglesia de Roma es culpable de la más atroz de todas las herejías teológicas, la madre fructífera de muchas otras herejías—la de borrar las diferencias entre el Creador y la criatura, el Infinito y el finito, el Divino y el humano.

### EL DERECHO DE LA INTERPRETACION PRIVADA

Es al crédito perpetuo de los reformadores del siglo XVI que se rebelaron contra la doctrina de la infalibilidad eclesiástica. Ellos sostuvieron la infalibilidad de solamente las Escrituras. En consecuencia, insistieron en que cada cristiano tiene el derecho de interpretar en forma privada la Palabra de Dios.

Se ha dicho muchas veces que los reformadores enseñaron el sacerdocio universal de todos los creyentes. Esta es una declaración muy correcta. Al despecho de la jerarquía católico-romana, rechazaron una clase especial de hombres dentro de la iglesia conocidos como sacerdotes, y mantuvieron que cada creyente es un sacerdote. Pero es también verdad que los reformadores enseñaron que cada creyente es un profeta. Cada creyente, según ellos, tiene el derecho de interpretar la Palabra de Dios y enseñarla a otros. Al hacer esto, el creyente no está atado a la interpretación de la iglesia. Los mismos reformadores hicieron uso vigoroso de tal derecho.

De vez en cuando se oye decir que las Escrituras condenan la interpretación privada en 2 Pedro 1:20, 21: "Entendiendo primero

esto, que ninguna profecía de las Escrituras es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo". Aun el más somero vistazo revelará que este pasaje no trata con el tema en cuestión. La referencia hecha no es la *interpretación* de las Escrituras, sino a su *origen*. Pedro no está hablando aquí sobre la interpretación de las *Escrituras*, sino sobre la del *futuro*. Lo que él dice es que la profecía en las Escrituras llegó a ser, no a través de la interpretación humana del futuro, sino por inspiración divina a hombres santos.

La Biblia enseña claramente que cada creyente es un profeta. El deseo profético de Moisés: "Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta..." (Nm. 11:29), y la bella profecía de Joel: "Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días" (Jl. 2:28, 29), se cumplieron cuando, en el día de Pentecostés fue derramado el Espíritu Santo, no sólo sobre los apóstoles sino también sobre *todos los discípulos*, lenguas como de fuego se asentaron sobre *cada uno de ellos* y *todos ellos* empezaron a hablar en otras lenguas las maravillas de Dios (Hch. 2:1-11).

### EL HECHO DE UNA IGLESIA ILUMINADA

¿Se puede concluir de esto que cada oyente puede desatender arbitrariamente la interpretación que la iglesia cristiana histórica da de la Palabra de Dios? Algunos extremistas del siglo XVI hicieron esto, y sus muchos descendientes espirituales aún hoy día hacen lo mismo. Pero esto es un serio error.

Un miembro anciano de una iglesia dijo una vez a su joven pastor: "En mi estudio de la Palabra de Dios tengo una gran ventaja sobre usted. Usted está condicionado por su conocimiento de los credos de la iglesia; yo no lo estoy, sino que dependo directamente del Espíritu Santo". Esta afirmación es muy presuntuosa. No tomó en cuenta el hecho significativo que a través de los siglos el Espíritu de Dios ha estado guiando a la iglesia en la verdad y que los verdaderamente grandes credos del cristianismo son el produc-

to de esa guía. El desacreditar las confesiones históricas de fe es un pecado atroz contra el Espíritu Santo. El lema: "Ningún credo sino Cristo", por bien intencionado que sea, es un insulto al Espíritu Santo, a quien el Señor ha derramado sobre su iglesia.

La promesa de Jesús, "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad" (Jn. 16:13), fue dirigida a los doce, no como unos cuantos individuos, sino como al núcleo de su iglesia. En el día de Pentecostés el Espíritu Santo fue derramado, no sólo sobre los discípulos individuales que estuvieron presentes, sino definitivamente sobre la *iglesia* de la nueva dispensación. En efecto, este evento marcó el nacimiento, no de la iglesia cristiana como tal, por cierto, sino de la iglesia en su aspecto novotestamentario. El apóstol Pablo declara que a la iglesia de la antigua dispensación "le había sido confiada la Palabra de Dios" (Ro. 3:2). De igual modo la iglesia de la nueva dispensación es el custodio de la Palabra de Dios. El mismo apóstol describe "la iglesia del Dios viviente", la iglesia en su aspecto genérico, como "columna y baluarte de la verdad" (1 Ti. 3:15).

En consecuencia, corre desde el principio de la iglesia cristiana hasta nuestros días, y continuará corriendo a través de la historia desde el presente hasta el fin del tiempo, una línea de ortodoxia o verdad. A pesar de todos los errores que se han metido en diferentes épocas dentro de la iglesia, y a pesar de la frecuencia del error, el Espíritu de verdad nunca se ha apartado de la iglesia, ni se apartará en ningún momento de la historia futura. A menudo solamente una pequeña minoría de los miembros de la iglesia se ha adherido a la verdad, pero nunca ha faltado un remanente de acuerdo con la elección de gracia, y tal remanente ha constituido siempre la verdadera iglesia. En el futuro, también, habrá siempre una verdadera iglesia.

Un poco de historia de la doctrina nos proporcionará un buen ejemplo. El inspirado Pablo enseñó la salvación por la gracia soberana de Dios, y lo enseñó sin compromiso alguno. Dios el Padre escogió a los suyos desde la eternidad. El lo hizo en forma soberana, sin considerar cualquier obra buena prevista en ellos. Dios el Hijo, por su obediencia pasiva y activa mereció la salvación para los elegidos de modo tan completo que nada dejó para que los elegidos hagan algo que les amerite. Y la fe salvadora, por medio de

la cual ellos reclaman para sí al Salvador y todos sus beneficios, es el soberano don del Espíritu Santo. Esta es la doctrina paulina de la salvación, y esto constituye el corazón no sólo de la enseñanza de Pablo, sino de la totalidad de la Escritura. Ya por el siglo V se había perdido casi por completo esta doctrina. Entonces el Espíritu de verdad guió a San Agustín a reafirmarlo. Pero luego, esta doctrina fue otra vez eclipsada, y una oscuridad casi completa invadió la iglesia. Pero en el siglo XVI Lutero, Calvino, Knox y otros, iluminados por el Espíritu de verdad, audazmente proclamaron una vez más la salvación por gracia. Pronto esta preciosa verdad fue comprometida otra vez, en esta ocasión por los sinergistas en los círculos luteranos y los remonstrantes de Holanda. Pero nunca fue vencida. En el siglo XIX fue sostenida resueltamente esta doctrina por una brillante constelación de teólogos reformados, entre ellos los dos Hodge y Warfield en los Estados Unidos, Kuyper y Bavinck en los Países Bajos. Hoy día son poquísimas las iglesias que sostienen incondicionalmente la enseñanza de la Escritura de la salvación por gracia. Aun así la fe reformada, de la cual esta verdad es su misma esencia, se encuentra todavía en la iglesia de Cristo. Estará siempre en ella. El Espíritu de verdad la guardará.

En un sentido la iglesia de Cristo no es infalible. Por supuesto ella puede errar. Ha errado penosamente en el pasado. Yerra penosamente en el presente. Pero en otro sentido la iglesia es infalible. Nunca perderá la verdad. La verdad nunca perecerá de la iglesia. Como siempre ha habido un cuerpo de creyentes que ha mantenido la verdad de Dios, así siempre habrá. La iglesia del pasado era, la iglesia del presente es, y la del futuro será la "columna y baluarte de la verdad" (1 Ti. 3:15).

En ese sentido también, la iglesia cristiana es gloriosa de verdad.

## LA PROGRESIVIDAD

La iglesia cristiana generalmente es considerada como una institución conservadora. La noción prevalente es que no sólo *es* conservadora, sino que *debe serlo*. Muchos piensan que el conservatismo es uno de sus más esenciales atributos.

Ese concepto acerca de la iglesia es correcto, pero sólo hasta cierto punto. En un sentido muy real la iglesia verdadera ha sido siempre progresista tanto como conservadora, y no es menos importante que la iglesia sea progresista como que sea conservadora. Su progresividad es un aspecto importante de su gloria.

### EN LOS TIEMPOS BIBLICOS LA IGLESIA FUE PROGRESISTA

La iglesia de Dios como es descrita en el Antiguo y el Nuevo Testamento fue progresista. Es significativo, no obstante, que su progresividad no fue tanto un asunto de su propia elección como de la intervención de Dios. Dios hizo que la iglesia progresara al darle una revelación progresiva.

La Biblia no cayó del cielo a la tierra un cierto día como una obra terminada. Por el contrario, fue escrita por autores humanos divinamente inspirados a través de un período de unos 1600 años. De un pequeño principio creció hasta ser completada en su totalidad. En consecuencia, el pueblo de Dios en la tierra estuvo continuamente ganando más y más conocimiento de Dios y sus relaciones con el hombre. La iglesia progresó a causa de y en la medida en que Dios iba progresivamente revelándose a sí mismo.

Los modernistas nos dicen que el progreso que se encuentra en la Biblia implica contradicción. Dicen que los últimos libros del Antiguo Testamento contradicen a los primeros en muchos asuntos y que el Nuevo Testamento con mucha frecuencia contradice al

Antiguo. Por ejemplo, se dice que el Dios del Antiguo Testamento es un déspota cruel, mientras que el Dios del Nuevo Testamento es un padre amoroso. Eso, por supuesto, es una declaración falsa. El liberalismo sostiene básicamente un errado punto de vista de la Escritura. La Biblia nunca se contradice a sí misma.

Otro punto de vista erróneo del progreso de la revelación especial es que el Antiguo Testamento no dice nada, o guarda completo silencio, sobre importantes verdades que salen a luz por primera vez en el Nuevo Testamento. El hecho es, como San Agustín lo dijo, que el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo Testamento, y que el Antiguo Testamento llega a ser patente en el Nuevo Testamento. La relación de los dos es como la del botón y la rosa. La flor completa está presente en el botón, pero el contenido del botón no sale a la vista hasta que la flor se abra en su totalidad.

Poniendo a un lado la mala representación del progreso en la Escritura, el progreso es un hecho. En consecuencia, la iglesia en tiempos bíblicos apenas podría dejar de progresar. De los muchos ejemplos que se pueden dar se citará solamente uno. Se trata de un aspecto importante de la doctrina bíblica de la iglesia misma.

La separación de Abraham de su medio ambiente pagano fue un hecho altamente significativo en la historia del establecimiento de la iglesia. Es sumamente significativo que el relato de dicho evento contiene una nota distintiva de universalismo. Dios dijo a Abraham: "Y serán benditas en tí todas las familias de la tierra" (Gn. 12:3). Sin embargo, es claro que el mismo evento marca el inicio de una iglesia nacional. No se puede negar que, a pesar de las frecuentes profecías y también de las anticipaciones del universalismo, la iglesia de la antigua dispensación quedó confinada casi enteramente a Israel como una nación. Dios manifestó sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; y en cuanto a sus juicios, no los conocieron (Sal. 147:19, 20). En conformidad con este nacionalismo estuvieron las instrucciones que Jesús dio a los doce cuando los envió a predicar: "Por el camino de los gentiles no vayáis y en ciudad de samaritanos no entréis" (Mt. 10:5).

No fue sino hasta la muerte del Salvador en la cruz que el botón del universalismo irrumpió en una flor lozana. Muy poco antes de

su muerte dijo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn. 12:32). Después de su resurrección él mandó a sus apóstoles y a su iglesia a hacer discípulos en todas las naciones (Mt. 28:19) y a ser sus testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra (Hch. 1:8). En Pentecostés, judíos y prosélitos de "todas las naciones bajo el cielo" (Hch. 2:5) fueron convertidos por medio de la predicación de Pedro y fueron recibidos en el seno de la iglesia. Es un hecho digno de notarse que la iglesia necesitó un buen tiempo para acostumbrarse a su universalidad. Pedro mismo necesitó una visión sobrenatural para prepararse para predicar a un centurión romano (Hch. 10). Y los apóstoles tuvieron que discutir el asunto en un cónclave en Jerusalén antes de que estuviesen listos a recibir a los gentiles dentro de la iglesia sin pasar primero por las puertas del judaísmo (Hch. 15). Pero el universalismo triunfó. Dios arregló eso.

¡Bien claro el caso del progreso de la revelación divina y del consecuente progreso de la iglesia!

#### EN LOS TIEMPOS POSTERIORES LA IGLESIA HA SIDO PROGRESISTA

Pudiera parecer que al completarse la Biblia la iglesia dejaría de progresar. Esto sin embargo, no es el caso. La revelación especial es por supuesto completa en las Sagradas Escrituras, pero el progreso de la iglesia no ha llegado así a su fin. La iglesia de cada edad necesita progresar en un aspecto importantísimo, a saber, en el *entendimiento* de las Escrituras. Como cosa de la historia, el Espíritu de verdad ha llevado la iglesia a través de los siglos a un entendimiento de la Palabra de Dios cada vez mejor y más profundo.

No hay que pensar que este progreso no ha sido interrumpido. Suponer tal cosa mostraría una extrema ignorancia de la historia de la iglesia. En ciertos períodos parecía casi que la iglesia había perdido la verdad. Hay que tener en mente que no todas autodenominadas iglesias son en efecto la iglesia de Cristo. En diferentes períodos de tiempo han apostado porciones significativas de la iglesia. Con todo y eso, la iluminación de la iglesia cristiana histórica por el Espíritu Santo ha sido progresiva. Y ese hecho, también, se puede ilustrar con referencia a la doctrina de la iglesia misma.

San Agustín, quien vivió en el siglo V d.C., fue sin duda, el más grande de los padres de la iglesia. Es ciertamente notable que tanto los evangélicos como los católico-romanos recurren a él. Pero apelan a diferentes—y debe decirse también contradictorios—elementos de su enseñanza. Los calvinistas son entusiastas acerca de su enseñanza de la salvación por gracia; los católico-romanos no son menos entusiastas acerca de su doctrina de la iglesia. Benjamín B. Warfield ha dicho que estas enseñanzas fueron, para decirlo así, como dos niños peleándose en el seno de su mente. Estaban riñéndose entre sí. La doctrina de Agustín acerca de la iglesia estaba en el error. Era una forma atenuada de sacerdotalismo el conceptuar que Dios imparte la gracia salvadora a los pecadores sólo a través de la mediación de la iglesia y que, por lo tanto, no hay salvación aparte de la iglesia. No fue sino hasta la Reforma Protestante, en el siglo XVI, que la verdad del evangelicalismo superó en forma decisiva al error del sacerdotalismo. Los reformadores descubrieron la enseñanza bíblica que, aunque Dios el Espíritu Santo, al obrar fe en los corazones de los hombres, usa como medio la predicación del evangelio por la iglesia, el impartimiento actual de la gracia salvadora se llevaba a cabo por Dios mismo sin la mediación de la iglesia y que ser miembro de una iglesia, aunque sea por supuesto una consecuencia natural de la salvación, no es un requisito para la salvación. El único requisito es la fe en el Señor Jesucristo.

Sin embargo, los reformadores también erraron en un importante aspecto en cuanto a su doctrina de la iglesia. Reaccionando contra el error de la Iglesia de Roma, que decía que la iglesia debe gobernar al estado, ellos llegaron a la conclusión que el estado debe hasta cierto punto gobernar aun los asuntos espirituales de la iglesia. Esto explica el artículo 36 de la Confesión Belga en su forma original en 1561. Y aun los predicadores de Westminster, cerca de un siglo después, sostuvieron que es la responsabilidad del magistrado civil “imponer orden para que la unidad y la paz sean preservadas en la iglesia, para que la verdad de Dios sea guardada pura e íntegra, para que todas las blasfemias y herejías sean suprimidas, todas las corrupciones y abusos en la adoración y disciplina sean impedidas o reformadas, y todas las ordenanzas de Dios debidamente establecidas, administradas y observadas. Para un mejor logro del mismo, él tiene poder de convocar a sínodos, estar pre-

sente en ellos, y proveer que todo lo que se haga en ellos esté de acuerdo con la mente de Dios” (Confesión de fe de Westminster, Cap. XXIII, Sección III, forma original). No fue sino hasta los siglos XVIII y XIX que la enseñanza bíblica de la separación de la iglesia y el estado ganó amplia aceptación dentro del protestantismo.

¡Cuán claro es que el Espíritu Santo, a través de los siglos, ha iluminado progresivamente a la iglesia en su estudio de la Palabra de Dios! Y el ejemplo dado es uno de los muchos que se podrían citar.

#### *LA IGLESIA DE HOY DEBE SER PROGRESISTA*

La iglesia de nuestros días tiene una necesidad apremiante del conservatismo. Hay muchísimos poderes operando dentro y fuera de la iglesia que la están alejando de la verdad. La advertencia hecha por el Cristo glorificado a la iglesia de Filadelfia: “Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Ap. 3:11) debe inculcarse fuertemente en la iglesia de hoy.

Debe recordársele a la iglesia que la Biblia presenta la verdad objetiva e inmutable, que ella tiene el sagrado deber de defender dicha verdad, y que la Biblia establece una norma objetiva e inalterable de bien que la iglesia tiene que mantener por deber sagrado. Ni debe olvidar la iglesia que, desde que se completó la revelación especial, el Espíritu de verdad ha iluminado a la iglesia en el estudio de esta revelación; y que los productos de aquella iluminación, incorporados en los grandes credos del cristianismo y en los escritos destacados teólogos, aunque no a la par con la Palabra de Dios, deben ser guardados celosamente.

Sin embargo, con esto no se ha dicho completamente lo que es el deber de la iglesia. No es menos necesario que la iglesia sea progresista como conservadora. La historia nos dice que una iglesia seguramente perderá su carácter cristiano si deja de ser conservadora. La historia también nos dice que una iglesia morirá si deja de ser progresista.

El conservatismo de la iglesia debe tender hacia la progresividad. Nunca debe, según la tendencia del liberalismo, derribar el fundamento que ha sido puesto. Eso significaría regresión, y mas

aun, destrucción, pero tampoco debe estar satisfecha en guardar el fundamento sin construir sobre él. Eso significaría petrificación. Debe mantener el fundamento con miras a edificar sobre ello, y además, proceder con la edificación misma. Esto es a la vez un saludable conservatismo y una verdadera progresividad.

Que nadie piense que la iglesia ya ha agotado por completo la Sagrada Escritura. No, nada de eso. Le queda aún la tarea asignada por Dios de seguir explorando más a fondo la Palabra de Dios y sacar de sus profundidades más riquezas de la verdad. En las palabras de Jesús, hay que sacar de este tesoro "cosas nuevas y cosas viejas" (Mt. 13:52). La historia nos enseña que la controversia doctrinal, que en nuestros días se desapueba como un gran mal, puede ser extremadamente útil para tal fin. De nuevo, es muy importante que la iglesia distinga con claridad entre la enseñanza bíblica y la tradición humana; y ella debe estar siempre preparada, en el caso de que fuera necesario, para descartar estas tradiciones humanas, no importa cuán antiguas y firmemente establecidas estén. Hay aún otro deber que la iglesia no debe descuidar, aunque a menudo lo hace, y esto es aplicar las enseñanzas de la Escritura a los problemas específicos y las necesidades propias de los tiempos en que vivimos.

Se puede hacer referencia una vez más a la eclesiología. ¿Quién se atreve a afirmar que ya se ha dicho la última palabra en cuanto a la relación entre la iglesia y el estado? Y ¿quién puede negar que precisamente hoy en día, cuando el totalitarismo del estado está en ascendencia, hay una necesidad urgente de estudiar más este asunto? Otra vez, la iglesia no siempre se ha esforzado para distinguir con claridad entre la iglesia verdadera y la falsa. En estos días de desviación de la fe de parte de casi todas las iglesias, es de muchísima importancia hacer tal distinción. También, nuestros tiempos son tiempos de sectarismo. Están apareciendo nuevas denominaciones por todas partes, y a menudo por las más insignificantes razones. ¿Hemos de reconocer a todos estos grupos como iglesias sólo por el hecho de que se llaman iglesias? Seguro que no se ha dicho la última palabra sobre la ecumenicidad.

Hay un refrán latino, muy usado por los hombres de la iglesia, que expresa bien el deber de la iglesia de ser progresista. "*Ecclesia reformata semper est reformanda*" (La iglesia reformada siempre

está reformando). Esto simplemente quiere decir que una iglesia reformada debe siempre estar reformándose. No es demasiado rígido afirmar que cuando una iglesia deja de reformarse, pierde el derecho de ser llamada reformada. Esta es sólo otra manera de decir que la satisfacción de sí misma es el más horrible pecado en cualquier iglesia. Una iglesia satisfecha consigo misma está muerta o está muriéndose. Cuando una iglesia se jacta: "Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad", la Cabeza de la iglesia está lista para vomitarla de su boca (Ap. 3:16, 17).

## LA INDESTRUCTIBILIDAD

La apariencia externa de la iglesia de Cristo es mucho menos gloriosa que lo que es la mayor parte de las instituciones poderosas del mundo. Sin embargo, en todos los asuntos esenciales la iglesia es incomparablemente más gloriosa. Uno de esos asuntos es su durabilidad. Los reinos de este mundo se vienen y se van. Algunos de los más grandes y más poderosos imperios del mundo desaparecieron casi inmediatamente después de su fundación. Pero la iglesia continúa por las edades y sobrevivirá por los siglos. La iglesia cristiana es indestructible.

### EL SIGNIFICADO DE INDESTRUCTIBILIDAD

Supongamos que hay serias dificultades en cierta iglesia. Está amenazada de extinción. Cierta domingo por la mañana el pastor anuncia que el texto de su mensaje es de Mateo 16:18: "Y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella". El consuela a su auditorio asegurándoles que, de acuerdo a esta declaración del Hijo de Dios, la congregación no puede ser destruida. O supongamos que una denominación está en peligro de disolución. En el sínodo general, la conferencia general, o la asamblea general, el presidente conforta a los delegados con estas palabras de Isaías 54:10: "Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de tí mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de tí". Así afirma que el futuro de la denominación es tan seguro como lo son las promesas de Dios.

Ambos han interpretado mal y aplicado mal la Palabra de Dios. La Escritura no garantiza la permanencia de una iglesia en particular. Cristo mismo amenazó a la iglesia de Efeso con destrucción. El

hizo que el apóstol Juan escribiera a esta iglesia: "Arrepiéntate, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a tí, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido" (Ap. 2:5). Y la historia nos muestra que no es raro ver que desaparezca una denominación entera.

¿Cuál es entonces el significado de tales pasajes bíblicos como Isaías 54:10 y Mateo 16:18? La respuesta es obvia. La Iglesia cristiana en su totalidad nunca perecerá. El cuerpo de Cristo nunca será destruido. Hasta el fin de los tiempos habrá una comunión de los verdaderos creyentes sobre la tierra. La respuesta a la pregunta retórica de nuestro Señor: "Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?" (Lc. 18:8) pudiera ser que él encontrará muy poca; no será que no encontrará nada.

La exégesis de lo dicho por el Señor, que las puertas del infierno no prevalecerán contra su iglesia ha ocasionado considerable debate. Probablemente la mejor interpretación es la dada por Gerhardus Vos en su excelente librito *The Teaching of Jesus Concerning the Kingdom of God and the Church* (La enseñanza de Jesús en lo tocante al reino de Dios y la iglesia). Dice Vos: "Probablemente... la correcta traducción es 'las puertas del Hades no le aventajarán a ella'. Las puertas del Hades parece haber sido una figura del poder máximo concebible, porque nadie puede romperlas. Usando esta traducción vemos que el Señor simplemente quiere decir que la iglesia no será sobrepasada en poder, ni por el poder más poderoso que se conozca; la figura es una elaboración adicional de la idea de que la iglesia es construida sobre una roca" (p. 154). Debido a su poder la iglesia resultará invencible.

A veces se suele preguntar si la indestructibilidad es un atributo únicamente de la iglesia invisible o también de la visible; en otras palabras, si la Escritura enseña solamente que habrá siempre creyentes en la tierra o también si habrá siempre una *organización* de creyentes. Sobre este particular no debe haber duda. El contexto en que ocurre la promesa: "las puertas del Hades no la prevalecerán", la determina inequívocamente. Cristo está hablando aquí de la iglesia como una casa, de su constructor y de su fundamento; porque él dice: "Y sobre esta roca edificaré mi iglesia". El hace mención de las llaves de esta casa cuando dice: "Y a tí te daré las llaves del reino de los cielos". El está refiriéndose a la disciplina de



la iglesia en las siguientes palabras: "Y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos". Está claro que, cuando se refiere a la indestructibilidad de la iglesia, Cristo estuvo pensando en la iglesia como, en las propias palabras de Vos, la "organización externa" o "la encarnación externa" del reino. A través de todas las edades habrá siempre una iglesia visible.

### *EL MODO DE PRESERVACION*

La continuación de la iglesia no es automática. La iglesia es indestructible porque Dios la preserva. Vale la pena considerar algunos de los medios que Dios emplea para su preservación.

Al hablar de la iglesia de Dios, Isaías dice: "Ninguna arma forjada contra tí prevalecerá" (Is. 54:17). Una y otra vez la iglesia ha sido atacada violentamente por el mundo. La persecución de la iglesia primitiva por los emperadores romanos es un buen ejemplo. Los cristianos fueron echados a los leones, y se dice que Nerón les había atado en manojos, que echó brea sobre ellos y se les prendió fuego para iluminar los jardines imperiales para sus orgías nocturnas. A menudo la existencia de la iglesia ha estado en peligro. Mas el Todopoderoso siempre intervino a tiempo para preservar su iglesia. Algo más aun, en su sapientísima providencia él empleó los ataques del mundo para el crecimiento de la iglesia. Llevados de un lado a otro por sus perseguidores, los creyentes predicaban el evangelio por todas partes. Su imperturbable fe y su gozo radiante frente a la muerte violenta merecieron la admiración de sus enemigos. En tantísimas maneras la sangre de los mártires fue la semilla de la iglesia.

El enemigo que amenaza la existencia de la iglesia se encuentra con tanta frecuencia adentro de sus puertas como afuera de ellas. No solamente ha alzado la herejía su horrible cabeza dentro de la iglesia; a menudo parecía prevalecer. En la edad media el error pernicioso de la salvación por obras era casi universalmente aceptado. Eso es cierto aun hoy mismo y ha sido complementado por el no menos pernicioso error de la salvación por la conducta moral. Casi todas las grandes denominaciones de nuestros días, y muchas de las pequeñas, han sido invadidas por el liberalismo teológico,

que niega que la Biblia es la verdadera Palabra de Dios, que Cristo es el mismo Hijo de Dios, que la regeneración sobrenatural es la misma esencia de la salvación. Al considerar la historia de la herejía, uno no puede menos que preguntarse cómo es que la iglesia nunca fue arrollada por el error. Que no haya sucedido así es un hecho asombroso. La explicación es que la gran Cabeza de la iglesia, sentado a la diestra de Dios, ha cumplido siempre con su promesa de guiar a la iglesia en la verdad por medio del Espíritu de verdad (Jn. 16:13). Aun cuando una abrumadora mayoría en la iglesia volvía sus espaldas a la verdad, Dios hizo que ésta continuase siendo el guardián de la verdad. Increíble como pudiera parecer, Dios mismo guió a la iglesia histórica hacia la verdad en forma progresiva.

Un tercer método por el cual Dios preserva a la iglesia merece mucha más atención que lo que ordinariamente recibe. Está inseparablemente ligado con la doctrina bíblica, muy descuidada, del pacto de gracia. En su consejo de predestinación Dios concebiblemente pudiera haber no elegido a nadie para vida eterna durante ciertos períodos de la historia. Concretamente, el pudo no haber elegido a nadie de los que vivirían, digamos, en el siglo X después de Cristo. En ese caso es obvio que no hubiera ninguna iglesia verdadera en la tierra en tal siglo. O Dios podría soberanamente no haber elegido a nadie que habría de vivir en el último siglo antes de su segunda venida. Como consecuencia, por necesidad, la iglesia dejaría de existir un siglo antes del regreso de Cristo. En efecto, sin embargo, Dios tiene sus elegidos en cada edad, y ese hecho está ligado con la verdad que en el consejo de la predestinación Dios tomó en cuenta los lazos familiares. Dios decretó impartir la gracia salvadora de generación en generación. Por lo tanto dijo a Abraham: "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti" (Gn. 17:7). Esto no quiere decir que padres piadosos tendrán sin excepción hijos piadosos. Mucho menos significa que la gracia salvadora es una herencia de familia que se pasa de padres a hijos, porque solamente cuando los padres cristianos son diligentes para proveer una educación cristiana para sus hijos pueden ellos con confianza esperar que esos hijos crezcan en el temor y el amor al Señor. Implica, más

bien, que es cierto que Dios tendrá en todos los tiempos un pueblo de su pacto, una iglesia, en la tierra. La corriente de la misericordia de Dios, en virtud del pacto, nunca se interrumpirá.

Hay aun otro medio que Dios emplea para la continuación de la iglesia y esto es la predicación del evangelio por la iglesia a cuantos están sin el evangelio. Nuestro tiempo es un tiempo de rápida des-cristianización de las naciones cristianas. Podría parecer que el resultado inevitable será la ruina de la iglesia cristiana. No es así. El fiel Dios del pacto ha prometido que será preservado por lo menos un remanente. Ese remanente nunca dejará de proclamar las buenas nuevas de salvación a un mundo perdido. Y Dios verá que su Palabra no volverá a él vacía, sino que por medio de ella los pecadores serán continuamente librados de la potestad de las tinieblas y trasladados al reino de su amado Hijo (Col. 1:13). Así Dios seguirá añadiendo a su iglesia, hasta que sus elegidos de cada nación hayan sido traídos a su redil.

Tronos y coronas pueden perecer;  
De Jesús la iglesia firme habrá de ser.  
Nada en contra suya prevalecerá,  
Porque la promesa nunca faltará.  
Firmes y adelantes, huestes de la fe,  
Sin temor alguno, que Jesús nos ve.

## Capítulo 14

### LA CABEZA GLORIOSA DE LA IGLESIA

La relación entre Cristo y su iglesia es tan variada y rica que se hace difícil describirla adecuadamente. Para citar unos pocos de los muchos aspectos de esta relación, podemos afirmar que él es su fundador y su fundamento, su salvador y su dueño, su preservador y su esperanza, su amante y su amado, su justicia y su santidad, su cabeza y su rey.

Sin temor de contradicción puede afirmarse que ningún aspecto de esta relación entre Cristo y su iglesia parece más grande en la Sagrada Escritura que el hecho de que él es la Cabeza. Como tal, es inmensamente glorioso. Y su cuerpo, la iglesia, no puede sino participar de esta gloria.

#### SU CABEZA FEDERAL

Al principio de la historia Dios prohibió a Adán comer del árbol de la ciencia del bien y del mal y le amenazó con la muerte si desobedecía (Gn. 2:17). La implicación inequívoca fue ésta: en el caso de que permaneciese obediente, se le permitiera comer del árbol de la vida y como consecuencia hubiera sido recompensado con la vida eterna. Los teólogos tienen en mente estos hechos cuando dicen que Dios estableció con Adán el pacto de obras. Pero, no hay que pensar en ningún momento que fue un pacto entre Dios y Adán como individuo. En este pacto Adán fue el representante, la cabeza federal, de todos sus descendientes. Por lo tanto, su primer pecado afectó a toda la raza humana. Dios imputó la culpa de ese pecado a todos los hombres. "Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres" (Ro. 5:18).

Mucho antes de que cayese el hombre, aun antes de la fundación del mundo, el Dios de toda gracia había hecho provisión para la salvación del hombre. En la quietud de la eternidad él dispuso el

pacto de gracia. En este pacto Dios proveyó otro Adán, otro representante o cabeza federal, para que cumplierse con todo lo que fuere necesario para la redención de sus elegidos. Este segundo Adán no sólo tuvo que hacer una completa expiación por los pecados del hombre, sino que tuvo que hacer también todo lo que el primer Adán debería haber hecho y no hizo. Por su perfecta obediencia a la ley divina ganaría la vida eterna para todos aquellos a quienes el Padre le había dado. Dios imputaría a ellos la justicia del segundo Adán. Por la obediencia de uno, los muchos serían constituidos justos (Ro. 5:19).

¡Cuánto más glorioso es el segundo Adán que el primero! El primero fue de la tierra, terrenal; el segundo fue el Señor del cielo (1 Co. 15:47). El primer Adán, aunque creado bueno y a la imagen de Dios, era capaz de pecar; el segundo Adán, aunque severamente tentado, no pudo pecar. El primer Adán, sí, pecó y así trajo la muerte a toda la raza humana; el segundo Adán fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y así garantizó vida eterna para la nueva humanidad, la iglesia de Dios. El primer Adán fue hecho de alma viviente; el segundo Adán, espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Bien puede ser que por esta razón la Escritura hable del Salvador como el *postrer* Adán en lugar de decir el *segundo*. El hizo todo lo que el primer Adán no había hecho. El obró la perfecta justicia y la vida eterna. Ahora no necesitamos ningún otro Adán ni lo necesitaremos jamás.

### SU CABEZA ORGANICA

La Escritura nos dice repetidamente que Cristo es la cabeza de la iglesia y que la iglesia es su cuerpo. El apóstol Pablo les recordó a los cristianos de Efeso su responsabilidad como miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia, a "crecer en todo en aquel que es la cabeza, esto es Cristo" (Ef. 4:15). Y el mismo apóstol, después de decirles a los creyentes de Colosas que "el cuerpo es de Cristo", les advirtió del peligro al no asirse "de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y los ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios" (Col. 2:17, 19). La esencia de estos pasajes es que la relación entre Cristo como la cabeza y la iglesia como su cuerpo, es orgánica.

Nuestro Señor dio expresión a esta misma verdad por medio de otra metáfora. El habló de sí mismo como "la vid" y de los miembros de su iglesia como "las ramas o los pámpanos" (Jn. 15:5). Es demás señalar que la relación de la vid con las ramas, y de las ramas con la vid es orgánica.

La unión orgánica de Cristo con su iglesia es un profundo misterio. Por lo tanto, todo aquel que busca explicarla debe tener muchísimo cuidado de hablar sobriamente. Por un lado, debe intentar a hacer justicia a la intimidad de esta unión; pero por el otro lado, debe tener mucho cuidado de no identificar a Cristo con la iglesia; antes bien debe establecer una clara distinción entre Cristo y su iglesia.

C. G. Trumbull, un místico moderno y defensor del movimiento "La Vida Victoriosa", escribió en una ocasión estas palabras: "Por fin me he dado cuenta que Jesucristo estuvo real y literalmente dentro de mí; y algo más que eso: que él mismo se había constituido mi propio ser, mi cuerpo, mi mente, mi alma y mi espíritu. . . . Mi cuerpo el suyo, mi mente la suya, mi espíritu el suyo y no solamente el suyo, sino que es realmente parte de él. . . . Jesucristo se había constituido en mi vida—no como una manera de hablar, sino como un hecho literal, una cosa real, tan literal como es el hecho que de cierto árbol fue hecho este mueble sobre el cual descansan mis manos", *The Life that Wins* (La vida que gana), pág. 13, 14.

Este es un lenguaje asombroso, y una crasa exageración. Borra la distinción entre Cristo y el cristiano. Afirma que la individualidad cristiana ha sido abolida y que ha venido a ser una parte de Cristo. Aplicado a la iglesia, esto puede únicamente significar que la iglesia ha dejado de ser la comunión de hombres y mujeres creyentes y ha llegado a ser Cristo mismo.

¿Qué significa, entonces, que Cristo es la cabeza orgánica de su iglesia? Esto significa que la iglesia no tiene vida aparte de Cristo y que recibe de Cristo la vida que ella tiene. Significa que la iglesia no sólo tuvo su origen en Cristo, sino que también es de él, y que no puede continuar su existencia ni por un instante aparte de él. Significa que la iglesia, en la totalidad de sus miembros, vive y opera únicamente a través de Cristo. Significa que el único y el mismo Espíritu, el Espíritu Santo de Dios, mora tanto en Cristo

como en la iglesia. Significa que la vida que Cristo ha impartido a la iglesia y que sigue impartiendo aún, es su propia vida.

¡Qué gloria para la iglesia!

### SU CABEZA GOBERNANTE

Está implícita en la enseñanza bíblica de que Cristo es la cabeza de la iglesia, que él ejerce su gobierno sobre ella. Esto es claro en la Escritura: "Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es la cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo" (Ef. 5:23, 24). Por esta misma razón la Escritura habla de Cristo como el rey de la iglesia. Refiriéndose a Cristo y a la iglesia, Dios declaró: "Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte" (Sal. 2:6). Y Pablo describió a la iglesia como el reino del amado Hijo de Dios (Col. 1:13).

¿Cómo gobierna Cristo a su iglesia?

Lo hace a través de la instrumentalidad de los hombres, los oficiales de la iglesia. Pastores, ancianos y diáconos representan a Cristo como profeta, rey y sacerdote, respectivamente. Particularmente a los ancianos gobernantes Cristo ha confiado el gobierno de su iglesia. Pues bien, es importantísimo afirmar que mientras que Cristo *delega* su autoridad a ellos, él nunca les *transfiere* a ellos la autoridad que es de él. Es Cristo mismo quien gobierna a la iglesia a través de sus oficiales. Por eso mismo los oficiales no deben presumir legislar, por su propia cuenta, a la iglesia. Su única tarea es declarar y aplicar las leyes de Cristo, sin agregar ni quitar nada de ellas.

Cristo gobierna la iglesia por su Palabra y por su Espíritu. Con eso no queremos decir que ningún miembro nunca viola la Palabra de Dios ni resiste a su Espíritu. Es triste decir que esto sucede a menudo. Sin embargo, Cristo continúa añadiendo miembros a su iglesia por medio de la gracia irresistible de su Espíritu que sigue operando a través del llamamiento eficaz de la Palabra. Es cierto también que Cristo controla los miembros vivientes de su iglesia por su Palabra y por su Espíritu en tal forma que, a pesar de las muchas imperfecciones que quedan aún, ellos se deleitan en su ley

en el hombre interior y rinden a él el principio de una obediencia perfecta.

Pero Cristo no es sólo la cabeza de la iglesia, él es la cabeza de todas las cosas. Dios "lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia" (Ef. 1:22). Como tal, él está en posición de proteger a su iglesia contra los ataques furiosos del mundo, para cumplir con su propia promesa de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia, y aun hacer que la ira de sus enemigos contribuya a su triunfo final. Satanás mismo no puede ni moverse sin el permiso del Señor, y el Señor verá que todas las maquinaciones del príncipe de las tinieblas contra la iglesia redundarán para su gloria. Por lo tanto la iglesia canta:

Nuestro valor es nada aquí,  
con él todo es perdido.  
Mas por nosotros pugnará  
de Dios el escogido.  
¿Sabéis quién es Jesús?  
El que venció en la cruz,  
Señor de Sabaoth;  
y pues él solo es Dios.  
El triunfa en la batalla.

La Escritura describe a esta gloriosa cabeza de la iglesia como sentado "a la diestra de la Majestad en las alturas" (He. 1:3). El vidente en la isla de Patmos le vió en medio de los siete candeleros de oro como a "uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que le llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego, y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía a su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza" (Ap. 1:13-16).

¡Qué cabeza gloriosa! ¡Qué glorioso es ser su cuerpo!

### Capítulo 15

## LOS MIEMBROS ARMONIOSOS DE LA IGLESIA

La iglesia es el cuerpo de Cristo. El es la cabeza y todos los que creen en él son sus miembros. La iglesia es gloriosa como resultado del resplandor de la majestad de su cabeza. Es también gloriosa por la bella armonía de sus miembros.

### EL IMPERATIVO DE LA ARMONIA

A todas luces la iglesia a menudo presenta un cuadro de disensiones en vez de armonía. Tales apariencias no son del todo un engaño. En honor a la verdad, hay en todo tiempo considerable desarmonía dentro de la iglesia visible.

Por esa razón la Escritura ordena a los miembros de la iglesia mostrar su armonía "con toda humildad y mansedumbre soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Ef. 4:2, 3). Por la misma razón, cuando el apóstol Pablo recibió el informe de que habían disensiones y partidismos en la iglesia de Corinto, escribió a la iglesia, "Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer" (1 Co. 1:10).

¿Cuáles son las causas de desarmonía dentro de la iglesia? Se señalan particularmente dos. Una es que siempre hay personas dentro de la congregación que no son de la iglesia. Ellas inevitablemente ocasionan división. Con referencia a tales personas Pablo escribe a los Gálatas: "Ojalá se mutilasen los que os perturban" (Gá. 5:12). El fiel ejercicio de la disciplina definitivamente ayuda a la armonía dentro de la iglesia. Pues, los que son verdaderos miembros de la iglesia, aun los mejores, son todavía muy pobres

cristianos. La desobediencia frecuente de los miembros de la iglesia a su cabeza los separa el uno del otro.

La razón obvia porqué los miembros del cuerpo humano actúan normalmente en armonía es porque todos ellos obedecen a la cabeza. ¡Ojalá que los miembros del cuerpo de Cristo obedecieran a la cabeza, quien ha ordenado a ellos con toda la autoridad de su poder divino, que se amen unos a otros como el les ha amado! ¡Qué tremenda demostración de armonía haría la iglesia! En lugar de ello, los miembros de la iglesia se entregan con tanta frecuencia a este par de pecados: el orgullo y los celos. Tan pocos de ellos han aprendido a estimar "cada uno a los demás como superiores a él mismo" (Fil. 2:3). Una y otra vez hay que recordarles que desechen "toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones" (1 P. 2:1). Como los discípulos de antaño, que se disputaban entre sí sobre cuál de ellos era el más grande en el reino de los cielos, necesitan que se les recuerde las palabras del Señor: "De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 18:3). Todos aquellos que no se arrepienten del pecado de querer ser los primeros, no llegarán a ser ni siquiera los últimos.

### LA APARIENCIA DE ARMONIA

A menudo la iglesia es armoniosa sólo externamente, pero no lo es en realidad. Entonces la armonía es sólo una farsa.

Eso ocurre cuando la iglesia olvida o rehusa ser militante contra cualquier clase de pecado que habita en su medio. Pongamos un ejemplo: Uno de los miembros prominentes de una determinada iglesia ha caído en un pecado escandaloso. Combatir tal pecado inevitablemente perturbará la paz. Se excusa al ofensor con el gastado estribillo de que "no hay miembro de la iglesia que no peque". Así se disipa la tempestad que amenazaba desatarse. Se mantiene la paz. Pero la maligna enfermedad sigue minando todas las entrañas de la iglesia.

O digamos que hay una controversia en una iglesia sobre una determinada doctrina importante. Se forman dos grupos opuestos o partidos. Habrá inevitablemente algunos miembros que rehusarán tomar partido en la controversia. Se enorgullecen de permanecer

en el "justo medio". Aunque la doctrina en disputa en ese momento es de tal magnitud que con ella el cristianismo se quedará en pie o se caerá, ellos opinan que esta doctrina particular es relativamente de poca importancia. Aunque un grupo está esencialmente en lo correcto y el otro esencialmente en lo falso, ellos insisten en el obvio hecho de que ninguno es infalible. Casi seguro condenarán a ambos bandos por la amargura que perturba el debate, y a menudo tienen sobrada razón; pero se olvidan que ellos mismos son culpables del horrible pecado de indiferencia doctrinal. Se jactan de su celo por la paz de la iglesia, pero el hecho triste es que están trabajando a sobretiempo para la destrucción de la iglesia. Creyentes supuestamente neutrales en significativas controversias doctrinales han arruinado a muchas iglesias.

El profeta Zacarías exhortó a los judíos de su tiempo: "Amad, pues, la verdad y la paz" (Zac. 8:19). El no les instó a buscar la paz a costo de la verdad porque se dió cuenta que una paz comprada a ese precio, en sí no es paz. No, él consideró la verdad como un requisito absolutamente necesario para la paz que, sí, es paz. El también supo que el camino de la verdad es el camino *seguro* hacia la paz.

### LA REALIDAD DE LA ARMONIA

Hay mucha desarmonía dentro de la iglesia. Hay también una gran cantidad de armonía simulada. Estos son hechos tristes. Pero eso no altera la verdad de que la iglesia de Jesucristo se caracteriza por una armonía muy real.

El libro de Hechos nos pinta un bello cuadro de la iglesia primitiva de Jerusalén: "Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas, y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hch. 2:44-47). Aunque el Nuevo Testamento en ninguna parte manda a otras iglesias a imitar el "comunismo" de la iglesia de Jerusalén, cada iglesia verdadera en Cristo se debe caracterizar en una buena

medida de practicar la misma armonía, porque el mismo Espíritu habita en ella.

Muy pronto se presentó una dificultad en la iglesia de Jerusalén. Los griegos murmuraron "contra los hebreos, de que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria" (Hch. 6:1). Fue entonces que, bajo la guía de los apóstoles, se estableció un nuevo oficio en la iglesia. Fue el diaconado, el ministerio de la misericordia. Este es un oficio permanente en el cual, a través de los siglos, el amor del uno por el otro entre los miembros de la iglesia, particularmente para con los pobres y necesitados, se hace una expresión tangible.

En la misma carta en la cual reprende a los cristianos de Corinto por las divisiones que había entre ellos, el apóstol Pablo enfatiza con firmeza la verdad de que los creyentes son miembros de un solo cuerpo. Y no sólo les exhortó a conducirse el uno hacia el otro como deberían hacerlo los miembros del mismo cuerpo, sino que también declaró osadamente que en esencia la cooperación armoniosa de los miembros de la iglesia es como la armoniosa cooperación de los miembros del cuerpo humano. La iglesia *es* el cuerpo de Cristo. Los creyentes *son* miembros de ese cuerpo. Son controlados por una sola cabeza. Por lo tanto, *actúan* armoniosamente. Todo esto se implica claramente en esta afirmación: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo" (1 Co. 12:13).

La armonía que prevalece entre los miembros del cuerpo de Cristo se destaca de manera sorprendente en relación a su diversidad. La armonía presupone la diversidad. Cuando voces idénticas cantan notas idénticas, nadie piensa en la armonía. Pero cuando se cantan voces diferentes en notas diferentes, el producto es la armonía. Si el cuerpo humano consistiera de varias partes, todas de la misma medida y forma, no se hablaría de armonía. Pero ya que consiste de muchos y diferentes miembros, todos ayudándose mutuamente, la cualidad de la armonía está sobresaliente. Hay mucha diversidad entre los miembros de la iglesia de Cristo. Algunos tienen cinco talentos; otros, en cambio, sólo uno. Algunos tienen un carácter atractivo, otros son relativamente antipáticos. Algunos son líderes, otros son seguidores. Algunos son ricos, otros pobres. Algunos han recibido mucha educación, otros no. Algunos son

firmes en la fe, otros, débiles. Pero cada uno necesita del otro. Se complementan el uno al otro. Cooperan el uno con el otro. Colectivamente constituyen un cuerpo. Y todos están ligados por la más grande de las virtudes cristianas—el amor.

Eso por cierto es armonía. Y esa armonía es la esencia misma de la iglesia. Donde ella falta, no hay iglesia cristiana. Se halla en cada iglesia verdadera. Porque la iglesia es innegablemente el cuerpo de Cristo.

## Capítulo 16

### LA IGLESIA Y LA VERDAD

Juan Calvino en su *Institución de la religión cristiana* enseña que la primera y más eminente marca de la verdadera iglesia es su fidelidad a la Palabra de Dios. Los adherentes a la fe reformada han tomado siempre esta misma posición. Si tal posición es correcta, la relación de la iglesia con la verdad de la revelación especial de Dios debe ser por necesidad muy estrecha. En efecto, es tan estrecha que para hacer completa justicia a esta relación es poco menos que imposible. Los siguientes párrafos indicarán tal relación de unos pocos de los muchos aspectos.

#### EL PRODUCTO DE LA VERDAD

La iglesia fue traída a la existencia por la revelación de la verdad.

Cuando el hombre cayó en el pecado, en el huerto de Edén, de inmediato Dios estuvo presente en la escena. El declaró sentencia tanto al hombre y a la mujer como a la serpiente. Pero también dió a la humanidad caída una promesa que ha llegado a ser conocida como el "protoevangelio", el primer anuncio del evangelio. Dios dijo a la serpiente: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tu le herirás en el calcañar" (Gn. 3:15). Esa promesa se refería a la victoria de Cristo en la cruz sobre Satanás, el pecado y el mundo. Hay que dar por sentado que Adán y Eva se apropiaron de tal promesa por fe. Si es así, ellos constituyeron la primera iglesia cristiana, porque la iglesia consiste de los creyentes de todas las edades.

En los días de Abraham, Dios estableció su iglesia en una manera más formal, y otra vez lo hizo por la revelación de la verdad. Las muchas revelaciones de Dios a Abraham culminaron con esta promesa: "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia

después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti" (Gn. 17:7). Abraham creyó y llegó a ser "el padre de todos los creyentes" (Ro. 4:11), ya sea de la antigua o de la nueva dispensación. Colectivamente ellos constituyeron la iglesia de Dios.

La iglesia en su forma neotestamentaria fue fundada cuando el Espíritu Santo fue dado en el día de Pentecostés. Muchas almas, de todas partes del mundo conocido, fueron añadidas a la iglesia. Esto también fue efectuado por medio de la predicación inspirada del apóstol Pedro.

Desde la caída del hombre hasta el fin de la historia Dios está edificando su iglesia. El método invariable de hacerlo es por su Palabra de verdad y el poder del Espíritu de verdad. El catecismo de Heidelberg dice: "El Hijo de Dios, desde el principio hasta el fin del mundo, está reuniendo... para sí mismo, por su Espíritu y Palabra de verdad y el poder del Espíritu de verdad. El Catecismo de Heidelberg dice: "El Hijo de Dios, desde el principio hasta el fin

Ciertamente, la iglesia es un producto de la verdad.

### *PORTADORA DE LA VERDAD*

En muy raras ocasiones Dios ha usado a los ángeles para ser los portadores de su verdad a los hombres. Por ejemplo, fueron los ángeles quienes primero anunciaron el nacimiento del Salvador y también su resurrección. Sin embargo, Dios mayormente ha reservado este honor para los seres humanos.

Los hombres a quienes Dios usó como portadores de la verdad en la antigua dispensación eran comunmente llamados profetas. Se ha dicho con mucha propiedad que su tarea no era tanto predicar sino declarar. Dios primero les habló a ellos y después ellos declararon a los hombres lo que Dios les había dicho. Ellos fueron mensajeros de Dios. Consecuentemente, los profetas no presentaron sus propias opiniones sino que declararon con autoridad: "Así dice el Señor". Esta expresión, o su equivalente, ocurre cientos de veces en sus escritos. Pedro nos dice: "Por que nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1:21).

Los hombres a través de los cuales Dios llevaba su verdad en la

nueva dispensación son conocidos como apóstoles. Ellos fueron instruidos en la verdad por el Señor mientras anduvieron con él durante su ministerio público. Cuando estuvo ya por dejarles, les prometió "otro Consolador... el Espíritu de verdad" (Jn. 14:16, 17). Controlados por este Espíritu, ellos también proclamaron no su propia sabiduría sino la sabiduría que viene de Dios. Cuando el apóstol Pablo llegó a la escena como un "abortivo", certificó que el evangelio que él predicaba no era según hombre y que no lo había recibido de hombre alguno, sino que le fue enseñado por revelación de Jesucristo (Gá. 1:11, 12). Todos los libros del Antiguo Testamento fueron escritos o sea por los mismos apóstoles o por otros bajo la dirección o influencia de ellos.

No todo aquel a quien la Biblia llama profeta o apóstol era un verdadero hijo de Dios. Balaam, por ejemplo, no lo era, ni tampoco Judas Iscariote. Sea como fuere, los profetas y los apóstoles mayormente tenían la más cercana relación con la iglesia de Dios. Fueron miembros de la iglesia. Ellos constituyeron el fundamento de la iglesia, y el fundamento es una parte integral de un edificio. Por virtud de su oficio ellos representaron a la iglesia. Por lo tanto se puede decir sin duda que Dios quiso emplear su iglesia como portadora de su revelación especial.

### *CUSTODIO DE LA VERDAD*

A la iglesia de la antigua dispensación "le ha sido confiada la palabra de Dios" (Ro. 3:2). Su tarea era guardar, conservar, custodiar esta revelación especial. Que ésta es la misma tarea de la iglesia de la nueva dispensación está inequívocamente explícita en la descripción de Pablo de la iglesia como la "columna y baluarte de la verdad" (1 Ti. 3:15). La función de las columnas es sostener la construcción. Una función importante de la tierra como fundamento es sostener innumerables cosas. Si la tierra dejaría de realizar dicha tarea, es obvio que este planeta sería sencillamente un caos. La función de la iglesia como columna y baluarte de la verdad es sostener la verdad.

Ha habido tiempos en la historia de la iglesia cuando ésta ha asumido esta tarea en forma muy seria. Durante los primeros siglos de la era cristiana, y otra vez en tiempos de la Reforma protes-



tante, la iglesia estuvo mucho más preocupada de la verdad que de su propia paz y su prosperidad inmediata. La verdad era lo más querido en los corazones de los hombres, inclusive más que sus posesiones, sus propias vidas y aun las de sus esposas e hijos. En comparación, ¡cuán triste es la situación de la iglesia de hoy! El cáncer de la indiferencia doctrinal está minando sus entrañas. La insistente y ampliamente difundida demanda de unión de las iglesias y el ciertamente tremendo énfasis en el ecumenismo son en muchos casos los síntomas de tal enfermedad. Y en lugar de echar fuera a los que niegan las doctrinas cristianas cardinales tales como la Santa Trinidad, la deidad de Cristo y su sacrificio sustitutorio, la iglesia a menudo les confiere los más altos honores. Así ha sucedido que muchas veces la iglesia, habiendo dejado de contender por la fe dada una vez para siempre a los santos, ha dejado de ser la iglesia de Dios.

¿Dejará de existir la iglesia y fracasará la verdad? ¡No, eso nunca! El Espíritu de verdad morará con y en la iglesia para siempre (Jn. 14:16). Una y otra denominación puede degenerar en una falsa iglesia, pero habrá siempre un remanente de acuerdo a la elección de gracia. La columna y baluarte de la verdad no puede ser destruida; ni aun las puertas del infierno le sobrepasarán en poder. El mismo Dios Todopoderoso hará que su iglesia continúe hasta el fin del siglo siendo ella el custodio de la verdad. Martín Lutero estuvo en lo cierto cuando cantó:

Aunque estén demonios mil  
Prontos a devorarnos,  
No temeremos porque Dios  
Sabrá aun prosperarnos.  
Que muestre su vigor  
Satán y su furor;  
Dañarnos no podrá;  
Pues condenado es ya  
Por la Palabra Santa.

#### INTERPRETE DE LA VERDAD

La Iglesia de Roma enseña que la revelación especial no está

completa en la Biblia y que es la tarea y el privilegio de la iglesia agregar a ella. Por lo tanto, pone las enseñanzas de la iglesia a la par—y a veces encima—de la Escritura. Por ejemplo, la Iglesia de Roma enseña con tanta certeza la inmaculada concepción de la virgen María y su ascensión al cielo, ninguna de las cuales afirmaciones tiene la más mínima base bíblica, como inequívocamente enseña las verdades bíblicas de la concepción virginal de Jesús y su ascensión. Los reformadores protestantes rechazaron este punto de vista de la revelación y la catalogaron como una flagrante herejía, e insistieron en la suficiencia de la Escritura. Al mismo tiempo enfatizaron con firmeza la tarea de la iglesia de *interpretar* con fidelidad la Palabra de Dios. ¡Ellos, sí, tuvieron razón! Para que la iglesia pueda hacer una correcta interpretación de la Palabra de Dios él mismo le ha dado el Espíritu de verdad.

Algunos protestantes en tiempo de la Reforma enfatizaron el derecho individual del creyente de interpretación privada de la Escritura, sin tomar en consideración la función de la iglesia de interpretar la Palabra de Dios. No obstante, la mayor parte de los reformadores tuvieron el buen juicio, mientras seguían insistiendo en el derecho de interpretación privada, de mantener alto el honor de la iglesia como la intérprete divinamente establecida de la Sagrada Escritura.

¡Cómo se ocuparon las iglesias de la Reforma para realizar la tarea! La energía desplegada por las iglesias para realizar tal cosa fue realmente prodigiosa. Como resultado aparecieron varias confesiones de fe y catecismos. Y casi todos ellos fueron obras maestras de interpretación de la Escritura.

Hoy en día hay algunos cristianos, de hecho muy pocos, que consideran que los credos son casi sacrosantos, es decir intocables, y vacilan sobremanera ya sea de agregar o de quitar algo de ellos. Pasan por alto el hecho de que la iglesia de todas las edades debe continuar activa como intérprete de la verdad de Dios. Puestos todos juntos los credos del cristianismo, de ninguna manera se aproximan a agotar la verdad de la Sagrada Escritura. Tampoco son infalibles. Sin embargo, son mucho más numerosos los que desprecian los credos. Son también más vocingleros. La mayor parte de los modernistas se ríen de los credos afirmando que están fuera de moda, que son anticuados, arcaicos, y que son producto de la “era

precientífica”, mientras que muchos fundamentalistas viven repitiendo la consabida e insípida frase “Ningún credo sino Cristo”. Ambos minimizan, no sólo la iglesia sino también la más significativa obra que el Espíritu de verdad ha realizado a través de los siglos por medio de la iglesia.

### *PROCLAMADORA DE LA VERDAD*

La iglesia no tiene otra tarea más importante que la de predicar la Palabra de Dios. Algunos consideran que la Palabra debe ser predicada por individuos como individuos y no como iglesia. Ha habido en el pasado y lo hay aún en el presente evangelistas u otros así llamados predicadores, quienes nunca fueron ordenados para el ministerio o enviados por iglesia alguna. Eso huele a un individualismo insalubre. Mientras que ninguno tiene el derecho de decir que Dios no usará el trabajo de tales hombres, sí es posible de afirmar sin vacilación, que su posición está muy lejos de lo ideal. Cier to es que todo cristiano debe testificar de su Señor, pero la predicación de la verdad de la revelación especial es tarea oficial de la iglesia. Como una muestra de prueba bíblica, entre las muchas que hay, ¿no fueron, acaso, Pablo y Bernabé enviados como misioneros por la iglesia de Antioquía, después que les impusieron las manos? y, ¿no les envió la iglesia por mandato expreso del Espíritu Santo (Hch. 13:1-3)?

¡Qué tarea más tremenda es la de predicar! Pero conviene prevenir que no sólo hay que predicar porciones aisladas de la Palabra de Dios, sino “todo el consejo de Dios” (Hch. 20:27). La predicación involucra ambas cosas: explicación y aplicación de la Palabra de Dios. Y tal aplicación de la Palabra no solamente debe ser hecha para las necesidades individuales de los oyentes, sino también para todos los problemas sociales que tienen significado religioso. La verdad de Dios debe ser proclamada a todos los hombres: a los que están cerca y a los que están lejos, a los gobernantes y a los súbditos, a los ricos y a los pobres, a los adultos y a los niños, a los doctos y a los indoctos, a gente culta e inculta, a los convertidos y a los no convertidos, a los hombres de toda raza, nación y lengua. El Cristo glorioso ha encomendado esta estupenda tarea a su iglesia. Y de su realización depende la salvación del mundo.

Mucho más podría decirse sobre este tema; no obstante, con lo dicho es más que suficiente para hacer claro que la relación entre la iglesia y la verdad es de sobremanera íntima. He aquí algunas conclusiones.

La iglesia que ha llegado a ser indiferente a la verdad es, por decir lo menos, destinada a fracasar. Y la iglesia que a sabiendas tolera en su medio la negación de las verdades básicas de la Palabra de Dios, es ella misma cómplice y culpable de tal negación y por lo mismo ha cesado de ser verdadera iglesia.

Una iglesia con una gran membresía, con un imponente edificio, con una elaborada liturgia, con una eficiente organización y con vestiduras dignísimas, pero sin la verdad, no es una iglesia. Por otro lado, una iglesia con poquísimos miembros, sin más edificio que una choza, con un orden simple de adoración, con un mínimo de organización y sin vestiduras eclesiásticas, es una iglesia de Jesucristo si solamente es leal a la verdad.

En este mundo, que bajo el hechizo del padre de la mentira, que es mentiroso desde el principio y que ha venido a ser la madriguera de la falsedad y del engaño, hay una institución cuya única preocupación es la de mantener en alto la antorcha de la revelación especial de Dios. Tal distinción pertenece a la iglesia cristiana.

## LA IGLESIA Y LA SALVACION

Se puede definir a la iglesia cristiana como la comunidad de los creyentes. Eso nos da autoridad para afirmar que aquellos que son salvos son sus miembros vivientes.

Sobre este particular hay considerable acuerdo en la cristiandad. Pero cuando se llega a la pregunta, ¿cuál es la relación entre la iglesia y la salvación?, abunda el desacuerdo. ¿Puede la iglesia impartir la gracia salvadora a los hombres? ¿Es esencial ser miembro de la iglesia para salvarse? ¿O implica la enseñanza bíblica sobre la justificación por la fe sola que el ser miembro de la iglesia es de poca importancia? Varias respuestas han sido dadas a tales preguntas.

### DOS PUNTOS DE VISTA EXTREMOS

La enseñanza de la Iglesia Católica Romana en este respecto es en extremo arrogante. Ella dice que Cristo a la verdad obró la salvación por su muerte expiatoria, pero que ha confiado a la iglesia el derecho de dispensar tal salvación. Así como se usa una batería para almacenar electricidad, de igual modo la iglesia es el almacén de la gracia salvadora, y solamente a través de ella, y no de otro modo, una persona puede recibir la bendición de la salvación. Cambiando la metáfora: la Iglesia de Roma afirma que la iglesia es la intermediaria entre Cristo, el autor de la salvación, y el pecador, el recipiente de la salvación, y que Dios ha ordenado que el pecador puede obtener la salvación solamente a través de esta intermediaria. En pocas palabras, la iglesia tiene el monopolio de la gracia salvadora. Y se dice que la gracia salvadora es impartida particularmente a través de la instrumentalidad de los sacramentos. Por lo tanto, ninguna, ni aun un infante, que muere sin los beneficios del

bautismo, puede ser salvo; y sin el uso de la eucaristía o Santa Cena, ningún adulto puede esperar ser salvo.

Se debe notar con justicia que esta enseñanza de Roma no es del todo equivalente a la afirmación de que ninguno puede ser salvo si no está inscrito como miembro de la Iglesia Católica Romana. Especialmente en las recientes décadas, eminentes teólogos de la Iglesia Católica han llegado a ser más concesivos en su interpretación del antiguo dogma *Extra ecclesiam nulla salus*, que traducido quiere decir, "Fuera de la iglesia no hay salvación". Por ejemplo, se dice que existe la posibilidad de que uno pueda pertenecer al "alma" de la iglesia sin pertenecer al "cuerpo".

La enseñanza histórica de la Iglesia de Roma es un extremo. Sin embargo, hay muchos protestantes que son conservadores en otras doctrinas, que van al extremo opuesto. Estos enseñan que, si uno cree en el Señor Jesucristo, importa poco o nada si uno es o se hace miembro de la iglesia. Les gusta jugar al cristianismo contra el "eclesianismo". Algunas veces van al punto que rehusan llamar iglesia a una comunión de creyentes. En su predicación evangelística no instan en modo alguno a que los nuevos convertidos se unan a una iglesia.

Hay también otro gran grupo que se ampara bajo el nombre del protestantismo que es del concepto que la relación entre la iglesia y la salvación es extremadamente elástica. Los modernistas ridiculizan como fuera de moda la noción de que ser miembro de la iglesia y la salvación van mano a mano. Mientras que no niegan del todo que es algo bueno ser miembro de una iglesia, insisten que el único requisito para entrar en el reino de Dios es la nobleza de carácter, y están completamente seguros que un ejército de hombres y mujeres que nunca se han declarado al Cristo crucificado como pecadores indignos, y que no tienen deseo de ser miembros de la iglesia de Cristo, aun así son leales ciudadanos del reino. Esto es, por cierto, una herejía de alto grado.

### DOS VERDADES BIBLICAS

¿Qué es lo que enseña la Escritura en cuanto a la relación entre la iglesia y la salvación? Dos verdades sobresalen prominentemente.

En primer lugar, la Escritura enseña inequívocamente que todos los que son salvos debieran unirse a la iglesia.

El punto de vista de que el ser miembro de la iglesia visible sea un requisito para la salvación no tiene base bíblica alguna. Cuando el carcelero de Filipos preguntó lo que debía hacer para ser salvo, Pablo le contestó: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa" (Hch. 16:31). El apóstol Pablo no le mandó que se uniese a una iglesia. Sin embargo, cuando el creyó, de inmediato fue bautizado (Hch. 16:31-33). Tan pronto como el eunuco Etíope confesó a Cristo, de igual modo fue bautizado (Hch. 8:36-38). Así sucedió con todos los que fueron convertidos en Pentecostés. Ahora bien, de acuerdo con las palabras de Pablo, "Por un solo Espíritu fuimos bautizados en un cuerpo" (1 Co. 12:13), el bautismo significa recepción dentro de la iglesia. Es claro que en los días de los apóstoles fue una práctica universal recibir a los creyentes dentro de la iglesia visible por medio del bautismo.

¿Qué cosa podría ser más lógica? El que cree en Cristo se une a Cristo. La fe le une a Cristo. El ahora es miembro del cuerpo de Cristo, la iglesia invisible. Ahora bien, la iglesia visible es sólo la manifestación externa de la iglesia invisible. Cada miembro de la iglesia invisible debería, por supuesto, ser miembro de la iglesia visible.

Muy significativo es en relación con este asunto Hechos 2:47— "Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos". El Señor no sólo requiere que aquellos que son salvados se unan con la iglesia, sino que él mismo les une a la iglesia. Y la referencia es inequívocamente con relación a la iglesia *visible*.

¿Hay que concluir que los que están fuera de la iglesia visible están también fuera de Cristo? No, de ninguna manera. Es posible que un verdadero creyente por razones circunstanciales poco comunes no se une a la iglesia visible. Se puede concebir, por ejemplo, que uno puede creer en Cristo y morir antes de recibir el bautismo. Pero tal circunstancia es excepcional. La regla bíblica es que, mientras el ser miembro de la iglesia no es un requisito para la salvación, es, en cambio, una consecuencia necesaria de la salvación. Fuera de la iglesia visible "no hay posibilidad ordinaria de salvación" (Confesión de Fe de Westminster, Capítulo XXV, Sección II).

Una segunda enseñanza de la Escritura sobre este asunto es que es tarea de la iglesia, asignada por Dios, administrar los medios de gracia:—la Palabra y los sacramentos.

La Iglesia de Roma está en grave error cuando afirma que la iglesia dispensa la gracia salvadora. También están en error los que no se fijan en el hecho de que la iglesia debe dispensar *los medios de la gracia salvadora*.

Dios emplea un solo medio para impartir la fe al hombre. Ese medio es su Palabra, la Biblia. "Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Ro. 10:17). Es el sagrado deber de la iglesia proclamar la Palabra de Dios. Cuando le place al Espíritu Santo llamar eficazmente a los pecadores por la Palabra predicada por la iglesia, es entonces que los pecadores llegan a ser creyentes. Es por este importante papel de la iglesia en el nacimiento de los creyentes, que ella merece ser llamada la *madre de los creyentes*. Los creyentes son nacidos de Dios a través de la iglesia. A esta verdad el apóstol le dió expresión cuando dijo: "Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros..." (Gá. 4:26).

Una de las responsabilidades de una madre es alimentar a sus hijos. Por la predicación de la Palabra y la administración de los sacramentos, la iglesia nutre a sus miembros y les edifica en la fe. Y eso, también es una parte esencial de la salvación de ellos. Por supuesto, para los resultados la iglesia aquí otra vez es totalmente dependiente de la gracia del Espíritu Santo. Solamente cuando Dios bendice los medios de gracia, podrán estos ser efectivos. Pero queda el hecho que Dios ha confiado a la iglesia los medios para el crecimiento espiritual.

Concluimos que toda la gloria para la salvación del hombre pertenece a Dios y que nada de aquella gloria pertenece a la iglesia. Pero es también verdad que le han agradado a Dios honrar altamente la iglesia al encomendarle los medios de la gracia salvadora. La iglesia planta y riega, pero es Dios quien da el crecimiento. Por un lado, ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Por otro lado, la iglesia tiene la gloriosa distinción de colaborar con Dios para la salvación de los hombres (1 Co. 3:6-9).

## UN ORGANISMO Y UNA ORGANIZACION

Un diccionario bueno define el término organismo como “un cuerpo compuesto de diferentes órganos o partes que realizan funciones especiales que son mutuamente dependientes y esenciales para la vida”. El mismo diccionario define el término organización como “la unión sistemática de individuos en un cuerpo cuyos oficiales, agentes y miembros trabajan juntos para un fin común”. Un organismo es algo que tiene vida, como una planta, un animal o el cuerpo humano. Una organización, aunque consiste de seres vivientes, no es viva en sí misma.

¿Es la iglesia cristiana un organismo y no una organización? O, ¿es una organización y no un organismo? O, ¿es a la misma vez un organismo y una organización?

### LA ENSEÑANZA DE LA ESCRITURA

No hay la más mínima duda en cuanto a la respuesta de la Escritura a estas preguntas. La Biblia habla inequívocamente de la iglesia como un organismo y como una organización.

El apóstol Pablo escribió a la iglesia en Roma: “Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Ro. 12:5). A la iglesia en Corinto escribió: “Por un sólo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Co. 12:13). En estos, y muchos otros pasajes, la Escritura compara la iglesia con el cuerpo humano. Es obvio que así piensa en la iglesia como un organismo.

Es también claro que la Biblia considera a la iglesia como una organización. Habla repetidamente de la iglesia como un edificio. Un edificio, a diferencia del cuerpo humano, no tiene vida. Cuando Jesús dijo: “Y sobre esta roca edificaré mi iglesia” (Mt. 16:18), él estuvo pensando en la iglesia en ese sentido, como una organiza-

ción. Hasta este momento, un reino interno, invisible, se vislumbraba en su enseñanza; ahora va un poco más adelante para hablar de su iglesia como una organización externa. Fue práctica de los apóstoles formar una organización eclesiástica dondequiera que había un grupo de creyentes. Por ejemplo, cuando Pablo y Bernabé, a su regreso de su primer viaje misionero, visitaron varios lugares donde recientemente habían predicado el evangelio, ellos “constituyeron ancianos en cada iglesia” (Hch. 14:23).

La Escritura no pone mucho cuidado en distinguir entre la iglesia como un organismo y la iglesia como una organización. A menudo habla de las dos cosas a la vez. Por ejemplo, el apóstol Pedro dice: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual...” (1 P. 2:5). Como *casa de piedra*, la iglesia es una organización; como *casa espiritual*, compuesta de piedras vivas, es un organismo. En ninguna parte la Escritura habla de un grupo de creyentes no organizados como iglesia. Por lo tanto, es del todo incorrecto suponer que un grupo de creyentes constituya la iglesia como un organismo, mientras que otro grupo de creyentes constituya la iglesia como una organización. Una asociación voluntaria de cristianos que fundan y sostienen una escuela cristiana, que forman una asociación de acción cristiana, o que establecen un centro de recreo cristiano, a veces se le denomina iglesia como organismo, pero tal apelativo no es del todo preciso. No tiene su base en la Escritura. Hablando con toda franqueza, tal asociación no es iglesia. Lo que sí es cierto es que un mismo grupo de creyentes es a la vez la iglesia como un organismo y la iglesia como una organización. La iglesia es ambas cosas en una.

### UN PUNTO DE VISTA EXTREMO

A través de la historia de la iglesia cristiana han habido dentro de ella muchos individuos y varias sectas que enfatizaron la verdad de que la iglesia es un organismo, excluyendo, en la práctica, la verdad de que también es una organización. Uno de estos grupos son los Hermanos Plymouth. El único lazo que les une, dicen ellos, es su común fe en Cristo y no una organización externa. Ellos no tienen ministros ordenados ni otros oficiales en sus iglesias. No tienen nada de gobierno eclesiástico. En vista de que la

palabra *iglesia* lleva de por sí una connotación organizacional, rehusan inclusive llamarse iglesia.

En línea con esta idea unilateral de la iglesia está la así llamada idea de la iglesia pura. Puesto que solamente los que han nacido de nuevo son los miembros vivientes del cuerpo de Cristo, se ha afirmado que los otros deberían quedar excluidos por todos los medios posibles de su comunión. Que sea imposible en la práctica hacer tal cosa, no priva a los que sostienen este punto de vista de insistir que debe ser hecho. En consecuencia, a menudo estos presumen que son capaces de determinar casi infaliblemente quienes son nacidos de nuevo y quienes no lo son.

Una consecuencia lógica de este desequilibrado punto de vista es su casi total desprecio del ideal de la unidad organizacional de la iglesia cristiana en conjunto. La Escritura enseña que todos los creyentes de todo el mundo son uno en Cristo. Ellos se constituyen el cuerpo de Cristo. Idealmente esta unidad debe manifestarse en una unidad de organización. En otras palabras, la iglesia visible debería manifestar la unidad de la iglesia invisible. Esta importante verdad no es tomada en cuenta por aquellos que exaltan, fuera de toda proporción, a la iglesia como un organismo en relación con la iglesia como una organización. Dicen que puesto que todos los creyentes están unidos espiritualmente, poco importa si están en una iglesia o en muchas o en ninguna iglesia. Se dice que una congregación no denominacional tiene tanto derecho de existir como cualquier denominación. Un cisma no es pecado por la simple razón de que la organización eclesiástica es de ninguna importancia. Por la misma razón, cualquier intento de reformar una denominación tiene poco o ningún valor. Lo único, se sostiene, que realmente importa es el hecho de la unidad espiritual de todos los verdaderos creyentes que constituyen la iglesia como un organismo.

Hay algunos que sostienen este extremado punto de vista en una forma menos rigurosa que otros. Aceptan que una iglesia particular, digamos local, es a la vez un organismo y una organización, pero la iglesia en el sentido amplio, sostienen ellos, es exclusiva o casi exclusivamente un organismo. Esta manera de ver se conoce con el apelativo de *independiente*. De acuerdo con este concepto, cada congregación se gobierna por sus propias leyes y es independiente de cualquier otra congregación. Las congregaciones, se sos-

tiene, pueden conferenciar las unas con las otras para consejo mutuo, pero tales conferencias no tienen autoridad jurisdiccional sobre las iglesias particulares. Una consecuencia lógica de este punto de vista es que solamente la innecesaria división de una congregación es cisma y que cada iglesia particular es en realidad no denominacional. En pocas palabras, este punto de vista menos extremo también favorece la desunión organizacional de la iglesia cristiana.

### EL EXTREMO OPUESTO

Hay otros que enfatizan, fuera de toda proporción, el hecho de que la iglesia es una organización, a costo de ser un organismo. La frecuencia de este punto de vista dentro de la iglesia en nuestros días es una de sus más graves faltas.

Muchos pastores están mucho más preocupados por la cantidad de miembros que tiene la iglesia que por la pureza de la misma. Por eso recibe con los brazos abiertos en la iglesia a cualquiera que profesa ser cristiano. Porque la iglesia es incapaz de saber lo que hay en el corazón de los hombres, el pastor se considera con suficiente excusa por no intentar hacer verificación alguna del que solicita ser miembro. Echa mano del mismo recurso para no disciplinar a los miembros descarriados. Está más interesado de la administración de la iglesia que de la enseñanza de la Palabra de Dios, y preferiría ser reconocido como un buen organizador antes que un fiel pastor.

El complejo organizacional no se limita a las iglesias particulares ni a sus pastores. Muchas denominaciones se jactan de su bien engrasada y eficiente maquinaria eclesiástica, mientras que hay una tremenda, por no decir completa, carencia de enseñanza de la sana doctrina. Muchos miembros de las iglesias se jactan de su lealtad a su denominación sin haber averiguado nunca si su denominación es fiel a la Palabra de Dios. Una razón por la que la unión de las iglesias está de moda en nuestros días es porque da por resultado organizaciones más grandes y, supuestamente, más fuertes. Una tentación que acosa a todas las federaciones de iglesias es que pensarán demasiado en términos de tamaño y hay evidencias de que muchas de ellas han sucumbido a esa tentación. Parece que ni se ocurre al Concilio Mundial de Iglesias pensar que la más pequeña

iglesia que lucha con denuedo por la verdad entregada una vez para siempre a los santos, está contribuyendo muchísimo más para la venida del reino de Dios que una federación mundial de iglesias que oscurece la verdad con palabras ambíguas. Ni se da cuenta que esa pequeña iglesia es la manifestación del cuerpo de Cristo, mientras que el Concilio tan grande en magnitud no lo es.

### **UNA POSICION EQUILIBRADA**

Sólo aquel que se mantiene en la enseñanza bíblica que la iglesia es a la vez un organismo y una organización puede mantener un equilibrado punto de vista de la iglesia.

El hecho de que la iglesia es un organismo y una organización hace imperativa tanto la pureza como la unidad de la iglesia.

La iglesia que es consciente de ser tanto un organismo como una organización tendrá cuidado de no juzgar el corazón de los hombres y evitará así extremos en el ejercicio de la disciplina, pero también será celosa por la disciplina con el propósito de guardar a la iglesia tan pura como lo es humanamente posible.

Del hecho de que la iglesia es a la vez un organismo y una organización se sigue, por un lado, que es un hecho de su unidad espiritual, pero también, por otro lado, que nunca debe dejar de luchar para lograr el ideal de una unidad organizacional.

La verdad de que la iglesia es a la vez un organismo y una organización demanda su unidad organizacional, no sólo a nivel congregacional pero también a nivel denominacional y aun a nivel universal.

Porque la iglesia es a la vez un organismo y una organización, es sobrenatural sin dejar de ser natural, invisible tanto como visible, celestial y por lo tanto no del mundo, aunque por el presente definitivamente en el mundo.

## *Capítulo 19*

### **LOS OFICIOS DE PRIVILEGIO**

Toda organización tiene sus oficiales. La iglesia también los tiene. Pero en este punto hay una marcada diferencia entre la iglesia y organizaciones humanas. Los oficiales de la iglesia ocupan una posición incomparablemente mayor que los de otras organizaciones. Aunque los dos puedan tener muchas cosas en común, únicamente los oficiales de la iglesia tienen el gran honor de representar al Señor Jesucristo, la gran cabeza de la iglesia.

Con todo eso, no hay que pensar, ni por un solo instante, que estos oficiales están a la par o son iguales a Cristo mismo. La Iglesia de Roma asume prácticamente tal posición. Por esa misma razón adscribe a la iglesia la infalibilidad que pertenece únicamente a su divina cabeza, esto es Cristo. Sostiene que cualquier cosa que la iglesia declara oficialmente, lo declara Cristo. Por eso afirma que el papa es el vicario de Cristo. La enseñanza bíblica, sin embargo, es que mientras los oficiales de la iglesia representan a Cristo, por el otro lado su autoridad es limitada por Cristo y ellos están definitivamente subordinados a él.

### **REPRESENTANTES DE CRISTO**

El nombre Cristo significa *Ungido*. Cristo fue ungido con el Espíritu Santo para el ejercicio del triple oficio de profeta, sacerdote y rey. En esta triple capacidad él gobierna a la iglesia. Pero él tiene a bien ejercer su gobierno a través de la instrumentalidad de los hombres. Es interesante que estos mismos oficios se encuentran en la iglesia. Cristo otorga a algunos en la iglesia la autoridad de profeta, a otros la de sacerdote y a otros la de rey; y a quienes les otorga estos hombres, le representan a Cristo en su triple oficio.

La tarea del profeta es entregar el mensaje de Dios a los hombres; por lo tanto, los que proclaman la Palabra de Dios representan a

Cristo como profeta. El apóstol Pedro dice acerca de los profetas del Antiguo Testamento que “el Espíritu de Cristo estaba con ellos” y que así “anunciaban de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 P. 1:11). Porque el Espíritu de Cristo habló a través de ellos, ellos profetizaron en el nombre de Cristo. Fue el Cristo resucitado quien dijo a sus discípulos: “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Jn. 20:21), y les comisionó a ellos—y en ellos a la iglesia de las edades posteriores—que fueran y enseñaran a “todas las naciones” (Mt. 28:19). Una y otra vez el apóstol a los gentiles se llamaba a sí mismo “apóstol de Jesucristo”, e insistió que él era un apóstol “no de los hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo. . .” (Gá. 1:1). Todo aquel que predica el evangelio puede declarar con él: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Co. 5:20).

Una importante tarea del sacerdote es mostrar misericordia. Por lo tanto, aquellos cuyo trabajo es ayudar a los pobres y a los necesitados en la iglesia representan a Cristo como sacerdote. En la antigua dispensación los sacerdotes y los levitas tenían que compartir con “el extranjero, el huérfano y la viuda” los diezmos que recibían del pueblo israelita (Dt. 14:29; 26:12). Es tanto significativo como interesante que los hombres, en la parábola del Buen Samaritano, que primero vieron a la víctima del violento robo caído en el suelo pero que pasaron por un lado sin ofrecerle la menor ayuda, fueron un sacerdote y un levita (Lc. 10:31, 32). Ellos, más que cualquier otro hombre de la tierra, deberían haber mostrado compasión. Cuando los apóstoles estaban tan ocupados en la predicación de la Palabra que ya no podían atender debidamente a los pobres en la iglesia de Jerusalén, diáconos fueron escogidos para esta importante tarea y fueron presentados a los apóstoles y ordenados (Hch. 6:1-6). En la iglesia del Nuevo Testamento el diacónado es el oficio de la misericordia. Es muy significativo que el autor de Hebreos denomina como “sacrificio” el “hacer bien” y realizar “la ayuda mutua” (He. 13:16). Como el traer sacrificios es una actividad sacerdotal, de igual modo es el hacer bien y realizar ayuda mutua. Es claro que aquellos cuya tarea especial es realizar obras de misericordia en la iglesia, realizan su trabajo como repre-

sentantes de aquel a quien la Escritura llama “misericordioso y fiel sumo sacerdote” (He. 2:17), es decir, Jesucristo.

La ocupación de un rey es gobernar. Así los que gobiernan la iglesia representan a Cristo como rey. Cuando el apóstol Pablo instó a los ancianos de la iglesia de Efeso a “mirar por todo el rebaño”, les recordó no sólo que el Espíritu Santo les había puesto como obispos (sòbreveedores) sobre la iglesia, sino que también el Señor Jesucristo había comprado la iglesia con su propia sangre (Hch. 10:28). Del hecho de que la iglesia pertenece a Cristo se sigue que todos los que son encargados por él para ejercer el oficio del obispado deben hacerlo en el nombre de Cristo. El mismo apóstol rogó a los creyentes en Tesalónica que reconocieran a los que trabajaban entre ellos y los presidían “en el Señor”, es decir, en el Señor Jesucristo (1 Ts. 5:12). El autor de Hebreos exhortó a sus lectores: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta” (He. 13:17). Aquel a quien ellos deben dar cuenta no es otro sino el rey de la iglesia, en nombre de quien ellos gobiernan. Y cuando el apóstol Pedro dijo a los ancianos de las iglesias a las cuales escribió que el Príncipe de los pastores les recompensaría por su fidelidad en alimentar el rebaño y ejercer cuidado sobre él (1 P. 5:2-4), ese apóstol obviamente se refería a los ancianos como pastores que representan al “gran pastor de las ovejas” (He. 13:20).

### *SUBORDINADOS A CRISTO*

Grande es la gloria de los oficios en la iglesia cristiana. Lejos esté de nosotros, sin embargo, el igualar su autoridad con la autoridad de Cristo. He aquí algunos aspectos en los cuales la autoridad de Cristo trasciende sobre la de los oficios.

La autoridad de Cristo es original, la de los oficios de la iglesia de Cristo es derivada. Así como la autoridad de un monarca sobrepasa a la de su embajador, así la autoridad de la cabeza de la iglesia es incomparablemente más grande que lo que es la autoridad de sus representantes.

La autoridad de Cristo es soberana, la de los oficios en la iglesia de Cristo es ministerial (servicial). Por cierto, Cristo en los días de su carne declaró que él vino “no para ser servido, sino para servir”



(Mt. 20:28), pero cuando Dios le resucitó de los muertos y le hizo sentar "a su diestra en los lugares celestiales", le puso "sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dió por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia" (Ef. 1:20-22). Tal cosa, estemos bien seguros, no puede decirse de los oficiales de la iglesia de Cristo. Al contrario, muchas veces necesitan que se les recuerde que no deben tener "señorío sobre" los que están a su cuidado (1 P. 5:3). Y el gran apóstol Pablo aseguró a los cristianos de sus días: "Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús" (2 Co. 4:5).

Cristo es el legislador de su iglesia, pero sus oficiales en lugar de hacer leyes para la iglesia, deben estar contentos con declarar a ella las leyes de Cristo. Para que todas las cosas sean hechas decentemente y con orden, los oficiales de la iglesia pueden ser comparables con la ley de Cristo. La ley de Cristo es perfecta, y nada puede en ningún momento ser agregado a ella. Hablando sobre "asuntos de fe y adoración", acerca de los cuales los oficiales de la iglesia puedan presumir de legislar, la Confesión de Fe de Westminster dice no sólo que "Dios únicamente es el Señor de la conciencia, y que la exime de las doctrinas y los mandamientos de los hombres que de alguna manera sean contrarios a su palabra", sino que deliberadamente agrega: "o sin sanción de ésta" (Capítulo XX, Sección II).

Cristo es infalible en el ejercicio de su autoridad; los oficiales de su iglesia son falibles. Según la Iglesia de Roma ciertos pasajes del Nuevo Testamento atribuyen infalibilidad a la iglesia y a sus oficiales. Prominentes son entre ellos Mateo 16:19 con relación a 18:18, y Juan 20:22, 23. En el primero de estos pasajes, el Señor, luego de haber dicho que Pedro era el recipiente de una revelación especial de parte del Padre en los cielos, le dice: "Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos". Ahora bien, que estas palabras fueron dirigidas a Pedro, no como individuo, sino como el representante de los doce, se hace claro cuando leemos Mateo 18:18, donde precisa-

mente la misma autoridad se asigna a todos los apóstoles. En el pasaje de Juan, el Cristo resucitado, después de soplar y decirles a los apóstoles: "Recibid el Espíritu Santo", agrega: "A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos, y a quienes se los retuviereis, les son retenidos". Es claro que estos pasajes hablan de específicas prerrogativas apostólicas que no pertenecen a la iglesia de las edades posteriores. Meyer en su famoso *Comentario del Nuevo Testamento* insiste que a quienes fue dirigido Mateo 18:18 fue a "los apóstoles, pero no a los *discípulos en el sentido más amplio de la palabra*, ni a la iglesia, ni a sus *dirigentes*"; y al comentar sobre Juan 20:23, en la misma obra, habla de la "peculiar autoridad del oficio apostólico". Los apóstoles en sus pronunciamientos oficiales fueron infalibles, pero no han tenido sucesores. La infalibilidad de la iglesia y sus oficiales es simplemente un mito.

De todos los puntos de vista concebibles los oficiales de la iglesia están subordinados a Cristo. Sea como fuere, queda aún el hecho de que representan a Cristo. Y esto en sí es un altísimo honor. Más grande honor no se puede imaginar.

## EL OFICIO UNIVERSAL

Las organizaciones tienen oficiales. La iglesia también tiene los suyos. Sin embargo, aquí también como en muchos otros casos, aparece la gloria única de la iglesia. Mientras que en otras organizaciones un limitado número de personas desempeñan un oficio, en la iglesia cada miembro en particular es un oficial.

Pero eso no es toda la verdad. Hay en la iglesia tres oficios. Estos oficios representan a Cristo, la cabeza de la iglesia, como profeta, sacerdote y rey. Ahora bien, cada miembro de la iglesia ejerce no sólo uno o tal vez dos de estos oficios, sino los tres. Cada miembro en particular de la iglesia es al mismo tiempo un profeta, un sacerdote y un rey. ¡Eso sí que es gloria!

Consideremos cómo esta verdad es enseñada en la Escritura, y cómo le ha ido en la historia de la iglesia.

### EN LA ESCRITURA

La doctrina del oficio universal de los creyentes se revela en las Sagradas Escrituras en forma progresiva. Consecuentemente, es enseñada con más claridad y en forma más completa en el Nuevo Testamento que en el Antiguo Testamento. Aun así, fuera de toda duda ha sido verdad desde que la iglesia fue fundada, que cada uno de sus miembros era un profeta, un sacerdote y un rey.

El hombre fue creado a la imagen de Dios. Esa imagen consistía principalmente en el conocimiento, la justicia y la santidad (Ef. 4:24; Col. 3:10). En virtud de su conocimiento el hombre era profeta, porque el conocimiento es el principal requisito de un profeta. En virtud de su justicia él era un rey, porque la justicia es el primer requisito de un rey. Y en virtud de su santidad era un sacerdote, porque la santidad es el primer requisito de un sacerdote. Cuando cayó en el pecado, el hombre perdió estos aspectos de la

imagen de Dios. Sin embargo, son restaurados con el nuevo nacimiento. De eso se sigue que toda persona regenerada es un profeta, un rey y un sacerdote. Pero esta es solamente otra manera de decir que cada miembro verdadero de la iglesia ejerce este triple oficio, porque la iglesia de Cristo solamente se compone de los que son regenerados.

El oficio universal de los creyentes como *profetas* es enseñado repetidamente en la Escritura. El capítulo once de Números relata una historia muy interesante sobre este particular. Setenta hombres de los ancianos de Israel fueron escogidos para ayudar a Moisés en el gobierno del pueblo israelita. En una hora señalada se reunieron junto al Tabernáculo para recibir al Espíritu. Sesentiocho de ellos lo hicieron; el Espíritu vino sobre ellos, y profetizaron. Los otros dos, cuyos nombres fueron Eldad y Medad, no se congregaron con los otros junto al Tabernáculo; sin embargo, aun así el Espíritu vino sobre ellos también, y profetizaron en el campo. Cuando se le informó a Moisés de tal irregularidad, Josué su siervo protestó y dijo: "Señor mío Moisés, impídelos". Créase o no, Moisés, en lugar de reprenderles a Eldad y Medad, contestó: "Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su Espíritu sobre ellos". El cumplimiento de ese deseo profético fue predicho por Joel cuando dijo: "Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días" (Jl. 2:28, 29). Esta profecía llegó a cumplirse cuando, en Jerusalén, los creyentes "estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hch. 2:1-4).

El *sacerdocio* universal de los creyentes es enseñado con no menos claridad en la Sagrada Escritura. Quizá el ejemplo más sobresaliente de esta enseñanza es cuando el velo del templo se rasgó al momento de la muerte del Salvador en la cruz. El velo separaba el lugar santo del lugar santísimo, donde moraba Dios entre los que-

rubines. En la antigua dispensación solamente a un hombre, el sumo sacerdote, le era permitido, una vez al año, en el día de la expiación, entrar al lugar santísimo a través del velo, y cuando lo hacía, debía rociar la sangre de la expiación sobre el asiento de la misericordia. Pero cuando el gran sumo sacerdote, Jesucristo, entró en el santuario celestial con su propia sangre, Dios rasgó el velo de arriba hacia abajo (Mt. 27:51). Eso significa que desde ese momento en adelante, todo creyente en Cristo tendría el privilegio de entrar en la presencia de Dios sin la mediación de un sacerdote según el orden de Aarón. En otras palabras, cada creyente ahora es un sacerdote.

El oficio universal *de rey* de los creyentes se enseña, por ejemplo, en la primera parte del libro de Apocalipsis. Dirigiéndose a las siete iglesias en Asia Menor, Juan escribió: "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén" (Ap. 1:5, 6).

En una sola frase el apóstol Pedro atribuye a los creyentes los tres oficios. Dice él: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 P. 2:9). Los creyentes son un sacerdocio de reyes y una realeza de sacerdotes. Y su trabajo es proclamar las alabanzas de Dios, su Salvador. Esta es la tarea del profeta.

### EN LA HISTORIA

Como ya se ha mencionado, en la era apostólica el oficio universal de los creyentes recibió mucho énfasis. Desgraciadamente, muy pronto esta doctrina quedó relegada a la penumbra, y después de algún tiempo quedó perdida casi por completo.

Este oficio es desconocido entre los más grandes pensadores del catolicismo romano. La Iglesia de Roma traza una línea de demarcación bien definida entre el clero y el laicado. Se dice que el clero es espiritual en un sentido en que el laicado no lo es. El clero debe gobernar, el laicado debe ser gobernado. El clero debe enseñar, el laicado debe ser enseñado. El laicado debe aceptar con fe ciega lo que enseña el clero, y debe hacer reverencia sin reservas ante la au-

toridad eclesiástica. Acerca del papa, quien es la misma personificación de la autoridad de la iglesia, alguien ha dicho con mucha propiedad: "El papa más la iglesia es igual al papa menos la iglesia". En esta ecuación, la iglesia desaparece, lo que es una manera de decir que el papa es el todo. Hace tan pocos años, en 1907, el papa Pío X, en una encíclica contra el modernismo, describió al presbiterianismo como modernista porque da al laicado voz en el gobierno de la iglesia.

Uno de los logros más significativos de la Reforma protestante fue que restauró el oficio universal de los creyentes al lugar de honor que le correspondía. Ya en los siglos XII y XIII los valdenses hicieron revivir esta verdad bíblica, y lo mismo hicieron posteriormente ciertos precursores de la Reforma. En el siglo XVI llegó a ser una doctrina protestante distintiva.

Los reformadores enfatizaron de un modo muy particular y especial el sacerdocio universal de los creyentes. La razón por qué hicieron especial énfasis sobre este oficio es evidente. La Iglesia de Roma tenía un orden sacerdotal que se enseñoreaba sobre la membresía de la iglesia. Lutero, Calvino y los otros reformadores enseñaron que cada creyente es un sacerdote. Pero también enfatizaron los otros oficios universales, profético y real. Cada creyente, insistieron, tiene el derecho y la responsabilidad, de aplicar el criterio de la Sagrada Escritura a las enseñanzas de la iglesia, y, en el caso de que estas enseñanzas no pasen por la prueba, alzar su voz en clara protesta. Y en lugar de ser solamente gobernados, los miembros de la iglesia deben, dijeron ellos, tener voz y voto en el gobierno de la iglesia.

El Catecismo de Heidelberg, que fue escrito en tiempos de la Reforma, contesta la pregunta: "¿Por qué eres llamado cristiano?" Y la respuesta es: "Porque por la fe soy miembro de Cristo y participante de su unción, para que confiese su nombre y me ofrezca a él en sacrificio vivo de agradecimiento, y que en esta vida luche contra el pecado y Satanás con una conciencia libre y buena, y que después de esta vida reine con Cristo eternamente sobre todas las criaturas" (Domingo 12, Pregunta 32). Esta es una bella manera de decir que cada cristiano es un profeta, sacerdote y rey.

Hoy día hay una clamorosa necesidad de otro avivamiento con respecto a esta doctrina. El protestantismo, que una vez la ensalzó,

ahora por lo general la descuida. No es difícil enumerar ejemplos específicos.

¡Cuán pocos miembros de la iglesia hoy en día son serios estudiantes de la Sagrada Escritura! ¡En cuán pocos hogares, llamados cristianos, es dado un lugar de honor el culto familiar, en el cual los padres oran con y por sus hijos y les enseñan la Palabra de Dios! ¡Cuán pocos, al regresar a casa después del servicio de predicación, siguen el ejemplo de los de Berea que escudriñaban la Escrituras para ver si las cosas eran así (Hch. 17:11)! ¡Cuán pocas iglesias pueden mantener activa una organización para sus hombres! ¡Cuán pocas organizaciones de mujeres en las iglesias, además de tener costura y levantar fondos para la iglesia, se ocupan en el estudio de la Biblia! ¡Cuán pocos miembros de la iglesia son capaces de dirigir a la congregación en oración pública! ¡Cuán pocos de los miembros en plena comunión reúnen las cualidades para servir como ancianos y diáconos! ¡Cuán pocos miembros de la iglesia se dan cuenta que es su solemne deber amonestar a los miembros que andan desordenadamente! ¡Cuán pocos, en tiempos de controversia, rehusan seguir ciegamente al clero e insisten en el estudio de los temas de la controversia por su propia cuenta! ¡Cuán pocos participan en los esfuerzos evangelísticos!

Mucho más se puede decir, pero lo dicho es más que suficiente para dejar en claro que el oficio universal de los creyentes no se está ejerciendo, ni por aproximación, a lo que debería ser.

Sin embargo, este oficio sigue siendo una realidad. En cada época, cada miembro viviente del cuerpo de Cristo participa de la unción de Cristo y por lo tanto es un profeta, un sacerdote y un rey.

La gloria de la iglesia cristiana es a menudo ocultada detrás de un velo, pero esta gloria está siempre presente.

## Capítulo 21

### LOS OFICIOS ESPECIALES

Cada miembro de la iglesia cristiana es un oficial. En efecto, como ya se ha sido señalado, cada miembro desempeña tres oficios. El es al mismo tiempo profeta, sacerdote y rey. Sin embargo, eso no quiere decir que cada miembro es un ministro (pastor), o un diácono, o un anciano gobernante en el sentido técnico de estos términos. La gran mayoría de los miembros de la iglesia no desempeña en la práctica ni uno de los oficios ya mencionados. Y porque estos oficios son desempeñados por muy pocos, se les ha designado apropiadamente con el nombre de *oficios especiales*.

#### AUTORIZADOS POR LAS ESCRITURAS

El oficio universal de los creyentes fue firmemente sostenido por los protestantes en tiempos de la Reforma en contra de la posición de la Iglesia Católica Romana. Eso estaba muy bien. Pero habían ciertos extremistas entre los protestantes que hicieron demasiado énfasis en el oficio universal de los creyentes en perjuicio de los oficios especiales en la iglesia. Sostuvieron que el oficio universal hacía innecesario y aun superfluo los oficios especiales.

No se puede entender la historia del protestantismo a menos que se recuerde que prácticamente todas las iglesias protestantes, aun hasta hoy día, han sido influidas en mayor o menor grado por tal extremismo y que muy pocas de ellas, por no decir ninguna, han logrado quitar esa levadura. De modo que no es del todo extraño después de todo, que la falta de respeto hacia estos oficios especiales en la iglesia haya sido un fenómeno frecuente dentro del protestantismo. He aquí un caso específico, entre los muchos que hay.

Juan Nelson Darby, quien fue ordenado en la iglesia de Irlanda, rompió su relación con ésta en 1827. Su razón más importante fue que, bajo la influencia de una fuerte reacción al eclesiasticismo de

la alta iglesia, llegó a dudar de la base bíblica de las prácticas establecidas dentro de la iglesia, y en una forma particular de la ordenación para el ministerio. En 1830 Darby visitó Cambridge y Oxford en Inglaterra, y muy poco después sus seguidores empezaron a reunirse en Plymouth, hecho que determinó que fuesen llamados posteriormente los Hermanos de Plymouth. Su más peculiar distintivo es que rehusan reconocer toda forma de gobierno dentro de la iglesia y cualquier oficio del ministerio o pastorado. Insisten en el mismo derecho para todos los miembros varones de la iglesia a profetizar o predicar. Hoy en día los "Hermanos" son un grupo bastante grande en todo el mundo. Y, aunque Darby murió en 1882, sus ideas siguen adelante, de tal modo que el "darby-nismo" es evidente en muchas denominaciones.

Aunque no es difícil compadecerse de Darby y su protesta contra ciertos males en boga en la iglesia establecida en su tiempo y su tierra, tampoco es difícil mostrar que el punto de vista, que el oficio universal de los creyentes hace innecesario los oficios especiales, es del todo erróneo. Los oficios especiales tienen una firme base bíblica. La Palabra de Dios nos dice que Cristo "constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas a otros evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Ef. 4:11, 12). Pablo y Bernabé, en su primer viaje misionero "constituyeron ancianos en cada iglesia" (Hch. 14:23). El apóstol Pablo exhortó: "Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor; mayormente los que trabajan en predicar y enseñar" (1 Ti. 5:17). El mismo apóstol encargó a los ancianos de la iglesia de Efeso: "Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre" (Hch. 20:28). Los apóstoles instruyeron a los creyentes de la iglesia en Jerusalén que escogieran diáconos para el cuidado de los pobres. Se realizó la elección y luego los elegidos fueron presentados "ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos" (Hch. 6:6).

¡Claro está que los apóstoles reconocieron los oficios especiales dentro de la iglesia! Concedido esto, dadas las condiciones peculiares de la iglesia apostólica, que algunos funcionarios fueron designados para las necesidades de esos días, es evidente que Dios, a

través de los apóstoles, ordenó ciertos oficios eclesiásticos permanentes. Estos son los oficios por medio de los cuales Cristo como profeta, sacerdote y rey continúa gobernando su iglesia.

### BASADOS EN EL OFICIO UNIVERSAL

De inmediato resalta, en forma muy natural, la siguiente pregunta: ¿Cómo relacionar los oficios especiales dentro de la iglesia con el oficio universal?

Es evidente que los dos aspectos del oficio están íntimamente vinculados. Cristo significa *Ungido*. El fue ungido con el Espíritu Santo para el triple oficio de profeta, sacerdote y rey. Cada cristiano, a su vez, es ungido con el Espíritu Santo para los mismísimos tres oficios. Pero también es cierto que los oficios especiales en la iglesia representan a Cristo como profeta, sacerdote y rey. El pastor o anciano docente representa a Cristo como profeta, el diácono lo representa como sacerdote, y el anciano gobernante lo representa como rey. De eso se concluye que el oficio universal y los oficios especiales son inseparables. Para ser más preciso, los oficios especiales se basan en el oficio universal.

Por esa misma razón los miembros de la iglesia escogen o deben escoger sus propios oficiales. En tales iglesias como la Católica Romana y la Griega Ortodoxa, los oficiales por lo general no son escogidos por los de abajo sino que son nombrados por los de arriba. La simple explicación es que estas iglesias niegan virtualmente el oficio universal de los creyentes. Una iglesia que reconoce en toda su extensión el oficio universal de los creyentes insistirá en que sus miembros escojan sus propios oficiales.

Por lo mismo, la membresía de la iglesia es gobernada o debería serlo, por sus propios oficiales, y *por su propio consentimiento*. Ningún ser humano o grupo de seres humanos tiene el derecho de imponer el gobierno a la membresía de la iglesia contra su voluntad. Ningún obispo, ni arzobispo, ni metropolitano, ni patriarca, ni ningún concilio de la iglesia, ni ningún colegio de cardenales, ni ningún papa tiene derecho de hacer esto. Cuando es hecha tal cosa, significa que se niega el oficio universal de los creyentes.

De nuevo, y por la misma razón, los miembros de la iglesia escogen o deben escoger sus oficiales, de *entre sus propios miembros*.

Una iglesia local escogerá sus ancianos y diáconos de entre su propia membresía. Ordinariamente una iglesia local escogerá su pastor de entre los pastores de su denominación. Y si sucede ocasionalmente que sea llamado un pastor de otra denominación, no debe ser posible para él llegar a ser el pastor de tal iglesia sin antes afiliarse a la denominación de la cual esa iglesia es parte constitutiva.

Los miembros de la iglesia escogen sus propios oficiales especiales, son gobernados por su propio consentimiento por estos oficiales y escogen sus oficiales de entre los miembros de la iglesia—todos estos son ejemplos de la verdad de que los oficios especiales en la iglesia tienen su raíz o base en el oficio universal.

#### *RESPONSABLES ANTE CRISTO*

En el sentido y al grado, que acabo de indicar, se puede decir que la iglesia cristiana es una democracia. En otro sentido, sin embargo, no es una democracia. Aunque los oficiales especiales gobiernan con el consentimiento de la membresía y son escogidos de entre los miembros y por ellos, aun así, su responsabilidad máxima y fundamental no es a la congregación sino a Cristo, la Cabeza divina de la iglesia. Eso hace a la iglesia una monarquía.

Muchas iglesias protestantes no logran a entender este particular. Piensan que el pueblo es la fuente última de la autoridad. Este es el error fundamental del congregacionalismo. Pero el congregacionalismo no está limitado a las iglesias que llevan ese nombre. Otro nombre del congregacionalismo es independencia, y este tipo de gobierno de la iglesia está de moda en varias denominaciones. Algunas veces se halla este error aun en las iglesias presbiterianas o reformadas. Una marcada divergencia de opinión se levanta en una sesión, tal vez entre el pastor y los ancianos o entre dos grupos de ancianos. Se llama una sesión de la congregación, y se acuerda que cualquier cosa que decida la congregación, se tomará esta como la última fuente de apelación. O, digamos, los gobernantes no tienen el valor de hacer una importante decisión. Llama una sesión de la congregación y pide que ésta decida el asunto. En estas maneras el comité ejecutivo está en el gran peligro de llegar a ser siervo de la congregación y deja de ser siervo de Cristo.

En un sentido limitado, indudablemente, la iglesia es una democracia. Es una democracia en el sentido de que no hay una jerarquía. Pero sobre todo es una monarquía. Cristo es su único soberano. La ley de Cristo es su única ley. Sus oficiales especiales no son puestos para agradar a los hombres sino a Cristo. Después de todo, fue Cristo quien, a través de la instrumentalidad del oficio universal de los creyentes, les designó para los diferentes oficios. Fue Cristo quien les dió la autoridad. Es a Cristo como profeta, sacerdote y rey a quien representan. Y su responsabilidad máxima es a Cristo únicamente.

De eso se concluye que los oficios especiales en la iglesia son ciertamente gloriosos. Lejos de estar subordinados a los hombres, los oficiales actúan en el nombre de Cristo.

## EL OFICIO DEL PASTOR

La gloria de la iglesia cristiana aparece tanto en el oficio universal de los creyentes como en los oficios especiales. Cada miembro de la iglesia es profeta, sacerdote y rey; y sus pastores, ancianos y diáconos representan a Cristo en el gobierno de la iglesia.

La consideración de la función peculiar de cada uno de los oficios especiales servirá para demostrar aun más la gloria de la iglesia cristiana. Es propio, por eso, que se considere en primer lugar el oficio del pastor.

### *SU DIGNIDAD ESPECIAL*

Mucha dignidad corresponde a los tres oficios de la iglesia, pero el ministerio pastoral supera en dignidad. De acuerdo con la Fórmula de Gobierno de muchas iglesias presbiterianas el oficio del pastor es "el primero en la iglesia en dignidad". Eso es verdad básicamente por estas dos razones.

En primer lugar, el pastorado, a diferencia del ancianato y del diaconado, es un oficio a tiempo completo. Los ancianos y diáconos ordinariamente dan sólo una parte de su tiempo a su oficio, mientras que el pastor dedica todo su tiempo a este su oficio. Hay pastores que tienen una ocupación adicional, la de agricultor o carpintero o médico, por ejemplo. A veces es difícil distinguir entre su primera ocupación y la ocupación accesoria. Sucede también que hay pastores que se interesan tanto en algún "pasatiempo" que descuidan lo que es su principal ocupación. Es claro, y se entiende perfectamente bien, que un pastor necesita de tiempo de reposo y recreo, pero el hecho de dedicarse a un pasatiempo está muy lejos de ser ideal. Aun en la iglesia más pequeña hay suficiente trabajo que a un pastor le podría faltar el tiempo si se dedicara con fidelidad a este su trabajo.

Una segunda razón por la cual el oficio de pastor es el primero en dignidad es que el pastor, a diferencia del anciano gobernante, cumple no sólo un oficio sino dos. Es un anciano docente, representando a Cristo como profeta, y un anciano gobernante, representando a Cristo como rey. Hay una buena base bíblica para sostener lo antedicho. Pablo exhortaba: "Los ancianos que gobiernan bien, sean teñidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar" (1 Ti. 5:17). Es claro que habían dos clases de ancianos en tiempos de la iglesia apostólica. Es igualmente claro que no se hace una fina distinción entre ancianos que solamente gobernaban y ancianos que solamente enseñaban. Por el contrario, ambos gobernaban. Algunos hacían poco más que gobernar, mientras otros gobernaban y enseñaban.

Con relación a esto, algo se puede decir acerca de los muchos aspectos simultáneos del trabajo de los varios oficios en la iglesia apostólica. No era fuera de lo común ver que los ancianos gobernantes y los diáconos llevaran la Palabra de Dios a los hombres. Pablo encargó a los ancianos gobernantes de la iglesia de Efeso "apacentar la iglesia de Dios" (Hch. 20:28). El alimento que debían proveer no podía ser otra cosa sino la Palabra de Dios. Y la iglesia de Jerusalén apenas había escogido diáconos para cuidar a los pobres cuando uno de ellos, Esteban, declaraba la Palabra de Dios (Hch. 6, 7). No hay nada de extraño en la simultaneidad de los oficios. Es más correcto decir que Cristo, a quien los oficiales especiales de la iglesia representan, ocupa un triple oficio que decir que él ocupa tres oficios separados. Hay que tener en mente también que los oficios especiales en la iglesia se basan en el oficio universal de los creyentes, por virtud del cual cada miembro de la iglesia debe actuar como profeta, sacerdote y rey. De eso se concluye que cada profeta en la iglesia es también sacerdote y rey, que cada sacerdote es a la vez profeta y rey y que cada rey es a la vez profeta y sacerdote.

Pero la simultaneidad de tareas de los oficios especiales dentro de la iglesia es algo muy diferente de lo que es ocupar más de un oficio por una persona. En ausencia del pastor, un anciano gobernante puede muy bien traer el sermón a la congregación. Del mismo modo los diáconos deberían recordar a los afligidos acerca de las consolaciones de la Sagrada Escritura, pero por hacer esto

no se hacen pastores. El pastor, por otro lado, no es sólo un anciano docente sino también un anciano gobernante. El, y sólo él de todos los oficiales especiales de la iglesia, desempeña dos oficios.

### *SU TAREA CENTRAL*

Aunque el pastor es ambas cosas, un anciano docente y un anciano gobernante, por muy buena razón a menudo se le llama anciano docente. Su tarea central es enseñar a los hombres la Palabra de Dios. Esta es incomparablemente su actividad más importante.

¡Qué colosal es ésta su tarea! Debe enseñar la Palabra de Dios a los niños, jóvenes y adultos de la iglesia. Debe enseñar la Palabra de Dios no sólo a los que están dentro de la iglesia, sino también a los que están fuera de ella para que sean traídos a la misma. Debe enseñar la Palabra no sólo públicamente desde el púlpito, sino también en forma privada por el consejo pastoral. Debe enseñar la Palabra no sólo en forma abstracta, sino por medio de aplicación práctica a las situaciones concretas, y debe aplicar la Palabra no sólo a los problemas personales sino también a los problemas de la comunidad. Debe enseñar la Palabra constructiva y controversialmente; es decir, debe dar a conocer la verdad positivamente, por cierto, pero también contrastarla con el error, particularmente con errores contemporáneos. Debe declarar "todo el consejo de Dios" (Hch. 20:27). Está demás decir que no podrá hacer todo esto si no es un estudioso diligente y constante primeramente de la Palabra de Dios, pero también un estudioso y acucioso observador de la naturaleza humana, de los eventos y las formas de pensamiento actual, y conocedor de los problemas de nuestra sociedad.

Es claro que la mayor parte del tiempo que el pastor dedicará al cumplimiento de sus deberes lo ocupará ejerciendo el oficio de anciano docente. En efecto, si desempeña su tarea con fidelidad, es muy difícil ver como podría encontrar tiempo para hacer otras cosas más. Por lo tanto, si es sabio, asociará su trabajo como anciano gobernante en forma directa con su trabajo como anciano docente. La contribución más valiosa que pueda hacer para el gobierno de la iglesia es informarse a sí mismo y enseñar a los otros ancianos lo concerniente a lo que enseña la Sagrada Escritura acerca del gobierno de la iglesia.

Se ha dicho que de entre los varios oficios especiales dentro de la iglesia el del pastor es el primero no sólo en dignidad sino también en utilidad. Esto es del todo correcto. El pastorado es especialmente útil, no sólo porque en su persona se unen los dos oficios y porque dedica todo su tiempo a ellos, sino lo es también por otra razón muy significativa. La tarea suprema de la iglesia cristiana es proclamar la Palabra de Dios. Cualquier otra cosa que haga la iglesia debe ser subsidiaria o auxiliar a ésta. Nada es más importante, y toda otra cosa es importante sólo en la medida en que contribuye a la declaración de la palabra. Pero precisamente la predicación de la Palabra es la ocupación del pastor. Resulta que su deber es idéntico al deber de la iglesia. No es exagerado afirmar que su oficio constituye la mismísima razón para la existencia de la iglesia. ¿Cuál otro oficio podría ser más útil? No hay otro oficio en la iglesia que podría ser de mayor utilidad.

### *SUS PELIGROS PECULIARES*

El que ocupa el oficio pastoral está acosado por ciertos peligros, que son descritos como peculiares, en razón de que salen de la dignidad especial y de la gran utilidad de su oficio. Puede parecer extraño que tales virtudes como dignidad y utilidad podrían ser llenas de tentación, pero puede muy bien ser al caso, y lo cierto es que lo es. La depravación de la naturaleza humana a menudo cambia la ventaja en desventaja.

Más de un pastor, consciente de la dignidad de su oficio, se ha olvidado de que también es hombre con iguales deseos y pasiones que los demás hombres, y se ha hecho pretencioso y orgulloso. Hablando en forma popular, no es del todo extraño que un ministro llegue a ser un "almidonado" y excesivamente formal. Un hombre dotado de un buen sentido de humor dijo una vez de sus dos hermanos que eran pastores: "Uno de mis hermanos ha entrado al pastorado; el otro ha seguido siendo un ser humano". Lo que es aun más serio, el pecado del egocentrismo es tristemente común entre los que ejercen este oficio.

Porque el pastor es a la vez maestro y anciano gobernante, más de uno asume una actitud dominante y presume señorearse sobre la heredad de Dios. Más de unos pocos pastores son autócratas. A



menudo el pastor se cree el comandante en jefe de su iglesia. Insiste que su palabra sea tomada como ley, apenas menos que las leyes de la antigua Media y Persia. Como cierto monarca dijo una vez: "El estado soy yo", así algunos pastores en efecto dicen algunas veces: "La iglesia soy yo".

Porque son muchas y variadas sus tareas, existe el gran peligro de que un pastor no distinga las prioridades en el ejercicio de sus responsabilidades; es decir, poner primero lo que es de mayor importancia o que quiera demostrar que es un "sabelotodo" de modo que intentará hacer tantas cosas que no hace ninguna bien. Tal vez será administrador antes que maestro. Las finanzas de la iglesia le pueden interesar más que las riquezas espirituales de la Palabra de Dios. El crecimiento numérico de la iglesia puede preocuparle más que el crecimiento espiritual. En lugar de concentrarse en la tarea central del ministerio o sea la enseñanza de la Palabra de Dios, puede que su principal ambición sea levantar un nuevo edificio. Puede, inclusive, pensar que es apto y capaz para muchísimas cosas e intentar ser mecánico, constructor, conserje, piloto, contador y todo. Y porque trata de hacer demasiadas cosas, puede llegar a hacer nada o casi nada.

¿Cómo evitar estos peligros? La respuesta es simple. El pastor debe siempre recordar que la dignidad del oficio no se apega a su persona, sino al oficio mismo. El en sí mismo no es importante. Lo que es en extremo importante es el oficio que desempeña. Por lo tanto debe tomar su trabajo muy en serio sin tomarse a sí mismo en serio. Debe predicar la Palabra de Dios a tiempo y fuera de tiempo olvidándose de sí mismo. El debe poner su vista en la gloria de Cristo a quien predica, y tenerse a sí mismo como nada. Debe ser siempre su propósito que Cristo, a quien representa, crezca y que él mismo, como pastor, mengüe. Recordando que *ministro* significa nada más que *siervo*, él debe, humilde pero apasionadamente, servir al Señor Jesucristo y a su iglesia. Debe apropiarse de las palabras del apóstol Pablo: "De quién soy y a quién sirvo" (Hch. 27:23).

Dicho ministro o pastor con seguridad engrandecerá la gloria de la iglesia de Cristo.

## Capítulo 23

### EL OFICIO DEL ANCIANO GOBERNANTE

De los tres oficios especiales en la iglesia, el de anciano gobernante representa a Cristo como rey. Los países que tienen el sistema monárquico de gobierno, llaman a su rey "su majestad". Cualquiera que esté familiarizado con la Sagrada Escritura sabe que ella también da mucha majestad, dignidad, honor y gloria al reinado. No es de extrañarse que la gloria de la iglesia cristiana está reflejada en el oficio del anciano gobernante.

#### SUS TAREAS IMPORTANTES

El Nuevo Testamento usa dos palabras para identificar a los ancianos gobernantes. Algunas veces se les llama presbíteros, que significa varones mayores de edad o ancianos simplemente; otras veces se les llama obispos, que significa supervisores. Es significativo que estos dos nombres son usados para referirse al mismo hombre. Hoy en día el término obispo se usa para designar al clérigo que está sobre otros clérigos en estos dos sentidos: dignidad y autoridad. Pero esto no es el sentido bíblico de esa palabra. Cuando Pablo iba en camino a Jerusalén, al final de su tercer viaje misionero, llegó a Mileto e hizo llamar de Efeso a los presbíteros de la iglesia (Hch. 20:17). Cuando habían venido, Pablo les dijo: "Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por *obispos*..." (Hch. 20:18). Es claro que según la Escritura todo presbítero es un obispo. Y esta es la forma de decir que el trabajo de un anciano es el de supervisar la iglesia.

Por lo general, los miembros de la iglesia estiman un anciano gobernante como menor en categoría que el pastor. Al hacer esto no están del todo equivocados, porque es cierto que se atribuye una dignidad especial al pastorado en virtud del hecho de que el pastor, siendo a la vez anciano docente y anciano gobernante, realiza dos

oficios en su persona. Ambos oficios ocupan, o deberían ocupar, todo su tiempo. Por otro lado, hay un gran peligro de que la dignidad del oficio de anciano gobernante sea subestimada cuando se compara con el oficio del pastor.

A menudo el trabajo del anciano gobernante y el del pastor coinciden en parte. El anciano gobernante no debe dejar la consolación de los afligidos y la corrección de los que yerran exclusivamente al pastor, porque él mismo—es decir, el anciano—también es un pastor. Cuando Pablo, en Hechos 20:28, exhortó a los ancianos de Efeso a cuidar el “rebaño”, evidentemente estaba pensando en los miembros de la iglesia como ovejas y en los ancianos como pastores. Así, el anciano gobernante es un pastor. El también es maestro. Cuando Pablo, en el mismo versículo ordenó a los ancianos de Efeso “apacentar” (alimentar) a la iglesia, porque es el único alimento que Dios provee para su pueblo, indudablemente se refería a la Palabra de Dios. Por lo tanto, cuando se ausente el pastor, es muy apropiado que un anciano gobernante traiga el sermón, que puede consistir en una exposición de la Palabra de Dios o en una exhortación.

En cierto sentido el anciano gobernante ocupa un lugar superior al anciano docente. Uno de sus más solemnes deberes es vigilar la vida y el trabajo del pastor. Si el pastor no lleva una vida ejemplar, los ancianos gobernantes de la iglesia deben llamarle la atención y corregirle. Si no es tan diligente en su obra pastoral como debería serlo, deben ‘espolearle’ o estimularle para que tenga mayor celo. Si le falta la pasión que debe caracterizar la predicación de la Palabra de Dios, los ancianos gobernantes deben dar los pasos necesarios para ayudarlo a superar tal defecto. Y, si la predicación del pastor, en cualquier asunto grande o pequeño, no está de acuerdo a la Escritura, los ancianos no deben descansar sino hasta que el mal haya quedado remediado.

Si esto hace que la tarea del anciano gobernante sea importante y difícil—y ciertamente lo es—él tiene otras tareas que no son menos importantes. Es su tarea aceptar o rechazar a los que solicitan ser miembros en la iglesia y ejercer disciplina judicial sobre los miembros de la iglesia que yerran.

¡Qué tremenda responsabilidad es aceptar a alguien que solicita ser miembro en plena comunión en la iglesia local! De igual modo,

¡qué tremenda responsabilidad es rechazarlo! Ciertamente estas tareas hay que realizarlas con temor y temblor. Los ancianos no pueden ver el corazón del hombre; por eso no pueden estar completamente seguros del curso que deben tomar. El solicitante que usa una terminología piadosa y mucha “labia” puede muy bien ser hipócrita, mientras que el solicitante silencioso, que tiene dificultad de expresarse, y que ni siquiera desea hablar, puede ser un verdadero hijo de Dios. En razón a esta dificultad, que es por cierto insuperable, no es del todo extraño que los ancianos toman la palabra del solicitante como cierta de que cree en el Señor Jesucristo. Pero es obvio que esto no puede ser. Casi cualquier modernista afirmaría solemnemente que cree en Jesús, y aun entre muchos pretendidos evangélicos no hay unanimidad de concepto en lo que a la fe salvadora se refiere. A modo de sugerencia, el solicitante debe ser bien examinado en estas tres cosas: Primero, los ancianos deben descubrir si posee un conocimiento doctrinal de la fe salvadora. Por ejemplo, si el solicitante no sabe que Jesús es Dios, debe ser rechazado. Segundo, los ancianos deben tratar de descubrir si la fe que él dice tener es verdaderamente una fe salvadora. Por ejemplo, si él confía en su propio carácter o en sus propias obras para obtener la salvación, por necesidad debe ser rechazado. Tercero, los ancianos deben averiguar si lleva frutos de fe en su vida cristiana; en otras palabras, si honra a Cristo no sólo como su Salvador sino también como su Señor. En pocas palabras, los ancianos deben hacer todo lo que es humanamente posible para determinar si el solicitante es o no un verdadero cristiano.

No es menos pesada la responsabilidad de ejercer disciplina judicial. Sobre este particular los ancianos no se atreven pretender infalibilidad. Es tan grave la responsabilidad, que algunos la abandonan completamente y alivian su conciencia aludiendo a la bien conocida, pero muy poco entendida, parábola del trigo y la cizaña. La verdad es que esta parábola no fue enseñada por el Señor para desanimarnos en el ejercicio de la disciplina sino como una advertencia contra el *exceso* en el uso de la disciplina. La Escritura enseña en forma bien clara que los miembros que yerran ya sea en doctrina o en conducta deben recibir la disciplina. ¡Qué desagradable y onerosa es esta tarea! ¿Hay la completa seguridad de que el miembro a quien se le atribuye la ofensa es realmente culpable? Y

si es cierto, ¿quién podrá determinar el grado preciso de su culpabilidad? Y, ¿quién posee la suficiente sabiduría para escoger la forma de disciplina más justa y apropiada? A veces los ancianos deben recurrir a la excomunión. En tal caso, no sólo excluyen al ofensor de la iglesia local o de la denominación, sino que declaran solemnemente que ya no más le consideran como un hijo de Dios. Muy rara vez, por no decir nunca, pueden los ancianos tomar tal acción sin una gran dosis de duda, recelo y ansiedad, a menos que equivocadamente crean en una iglesia infalible. Y siempre que toman tal acción lo hacen con corazones angustiados.

Se podría pensar que los ancianos están tan ocupados con los asuntos espirituales que no tienen tiempo ni energías para los asuntos de interés material de la iglesia. Por esta misma razón muchas iglesias tienen administradores para atender las finanzas de la iglesia. Tal vez por esta misma razón muchas iglesias encargan a los diáconos no sólo el cuidado de los pobres, sino también el manejo de todos los otros aspectos financieros de la obra de la iglesia. Esto último es un error, y no hay que olvidar nunca que los ancianos son los responsables del aspecto financiero y que si hay administradores, éstos son responsables directamente ante los ancianos de todo lo que hacen. Es simplemente imposible separar el uno del otro, es decir, el aspecto espiritual y el material de la iglesia. Las finanzas de la iglesia deben ser manejadas siempre con un criterio eficiente y bien ordenado, pero también con un alto sentido espiritual y con propósitos y fines puramente espirituales. Así que este asunto, también cae bajo la supervisión de la iglesia, cargo remitido a los ancianos por la Escritura.

Bien puede cualquier anciano gobernante exclamar: "Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?" (2 Co. 2:16).

### *SUS REQUISITOS RIGUROSOS*

Como es de suponer, los requisitos para el oficio del anciano están en proporción con las tareas (o responsabilidades) de este oficio. Si la tarea es realmente trascendental, los requisitos deben ser, por cierto, muy exigentes. Que esto es así, se verá cuando se citan sólo unos pocos de ellos.

Es una gran falacia, aquí y dondequiera que sea, que el hombre

que triunfa en los negocios o en una profesión está en condiciones de triunfar en cualquier otra posición o responsabilidad. Por esta razón muchas iglesias han preferido decididamente hombres de este tipo para el ancianato. Es muy raro que un trabajador relativamente pobre o menos sensacional sea elegido para este oficio en mucho más alto grado que el gerente de un banco o el rector de una universidad.

Uno de los requisitos principales para el oficio de anciano gobernante o docente es la piedad. Esto es obvio aunque a menudo olvidado. Cuando se trata de escoger un anciano, a menudo los miembros de la iglesia dan más importancia a la popularidad que a la vida de piedad. En su primera carta a Timoteo, y también en su carta a Tito, el apóstol Pablo enumeró varios requisitos para este oficio, y la mayor parte de estos se califican bajo el título de la piedad. Dice así: "Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro..." (1 Ti. 3:2, 3). A propósito, la palabra 'pendenciero' denota característica del hombre irascible que es proclive a discutir bulliciosamente, por un "quítame allá esas pajas". Hay también diferencia de opinión con respecto a la expresión "marido de una sola mujer". Es probable que en tiempos de la iglesia apostólica la poligamia era, en algunos casos tolerada, aunque nunca aprobada, entre los recientemente convertidos del paganismo. Si tal fue el caso, Pablo dice que tener un anciano polígamo en la iglesia está completamente fuera de orden. Es inconcebible.

Una virtud cristiana sobre la cual la Escritura pone énfasis especial como requisito para el anciano, es la humildad. Este énfasis no es difícil de explicar. Exactamente porque el oficio es tan exaltado como también honorable, solamente un hombre humilde puede ocuparlo. Cualquier otro hombre, si es escogido para este oficio, será casi con seguridad dominado por el orgullo. Por esa razón Pablo instruyó a Timoteo que ningún "neófito" (novicio o nuevo convertido) sea constituido anciano, "no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo" (1 Ti. 3:6). Por la misma razón Pedro amonestó a los ancianos de las iglesias a quienes él escribió su primera carta, que trabajen "no como teniendo señorío

sobre los que están a vuestro cuidado” (1 P. 5:3). Hay un viejo dicho que en la iglesia hay dos clases de ancianos: los que gobiernan, es decir los ancianos gobernantes; y los que son gobernados, los pastores. Esto que se dice en broma es a menudo una triste realidad. En muchas congregaciones hay un anciano “prominente”. Esto casi sin excepción es un impedimento para el pastor y un detrimento para la iglesia.

Que todo anciano docente debe ser un teólogo es indiscutible, pero también lo debe ser todo anciano gobernante. ¿Cómo puede un anciano gobernante realizar su labor de controlar la sana doctrina en la predicación del pastor a menos que él mismo esté versado en la teología? ¿Cómo podrá ser retenedor de la Palabra fiel tal como ha sido enseñada, “para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” (Tit. 1:9) a menos que conozca su Biblia? Cada anciano gobernante debe ser un estudiante diligente de la Palabra de Dios, debe tener y usar con frecuencia los mejores y más confiables comentarios de la Sagrada Escritura, debe tener un profundo conocimiento de la doctrina bíblica de su iglesia, y consultar a menudo algunos libros de sana doctrina sobre las doctrinas más prominentes de la teología cristiana. ¿Cuántos ancianos cumplen con esta responsabilidad? Quizá más apropiado sería decir: ¡cuán pocos!

Fue con muy buena razón que Santiago dijo: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Stg. 1:5). La sabiduría escasea. La sabiduría es mucho mejor que las piedras preciosas y más escasa. Pero es indispensable para el anciano gobernante. Presupone conocimiento, pero es más que conocimiento. La sabiduría es la habilidad de hacer un adecuado uso del conocimiento y emplear los mejores medios para los mejores fines. Es el sentido común santificado, sentido común que es un don de Dios, y está muy lejos de ser común. Porque este sentido común se aumenta con la experiencia, los hombres mayores a menudo la poseen en mayor proporción que los jóvenes, y esa es una de las razones por qué la Escritura mayormente confía el gobierno de la iglesia a sus miembros mayores. Una manera en la cual se pone de manifiesto la sabiduría es en el buen juicio en el trato con las personas. Por lo tanto la Escritura estipula que un anciano debe ser uno

“que gobierne bien su casa” y que tenga “buen testimonio de los de afuera” (1 Ti. 3:4, 5, 7). Pero eso no es todo. Algunos miembros de la iglesia por falta de buen juicio no gobiernan bien sus propias casas y no tienen un buen testimonio con los de afuera, y la razón de esto muchas veces es la falta de una vida piadosa o de santificación. “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría” (Pr. 9:10). La piedad es la esencia de la sabiduría. Los ancianos gobernantes necesitan poseer la piedad en el más alto grado.

## Capítulo 24

## EL OFICIO DEL DIACONO

El oficio del diácono se considera con frecuencia como el de menor importancia entre los tres oficios especiales en la iglesia cristiana. La mayor parte de los miembros de la iglesia sostiene que el oficio del anciano gobernante es de menor estima que el del pastor, y que el del diácono es de menor estima que el del anciano gobernante. Algunas iglesias, inclusive, ni se preocupan por tener diáconos. Piensan que pueden pasarlo bien sin ellos.

De todas las razones posibles para aquella actitud malsana, dos son prominentes. Por un lado, el hecho de que es tarea de los diáconos tener cuidado de los pobres, da la impresión de que su oficio se circunscribe solamente a lo natural, y es una falta muy común entre los cristianos menospreciar la importancia de lo natural. Por otro lado, muchas veces no se considera el trabajo del diácono de importancia en el aspecto espiritual. Por lo tanto, la consideración de los aspectos natural y espiritual de este oficio nos conducirá a mantener en alto el honor del diácono.

## EL ASPECTO NATURAL

El capítulo 6 de Hechos relata el origen del diaconato en la iglesia apostólica. Fue instituido bien temprano en la historia de la iglesia, casi desde el principio.

Los miembros de la iglesia de Jerusalén tenían todas las cosas materiales en común. No es necesario decir que este comunismo era muy diferente del comunismo que muchísimos están reclamando hoy día. Era un comunismo entre cristianos solamente. Fue local en su alcance, y no hay evidencia en el Nuevo Testamento que se haya practicado en otra iglesia sino sólo en Jerusalén. Aun en la misma iglesia de Jerusalén fue un arreglo temporal. Y no fue hecha por obligación, porque cuando un miembro de la iglesia vendió

una propiedad y fingió dar todo el precio de la iglesia, aunque solamente dio una parte, Pedro dijo: "Reteniéndola, ¿no te quedaba a ti? y vendiéndola, ¿no estaba en tu poder?" (Hch. 5:4). Y la actitud detrás de este comunismo era radicalmente diferente a la actitud del comunismo que a menudo es el grito de nuestros días. Alguien dijo apropiadamente: "Los cristianos en Jerusalén dijeron: 'Todo lo mío es tuyo'; los comunistas de hoy día dicen: 'Todo lo tuyo es mío'".

Al principio la distribución de las cosas materiales entre los miembros de la iglesia de Jerusalén fue hecha por los apóstoles. La distribución se hacía de acuerdo a las necesidades de los miembros. Como había muchos pobres, el trabajo era bastante recargado. Y cuando el número de los creyentes se multiplicaba, llegó a ser tan recargado este trabajo para los apóstoles, por tener la responsabilidad de la predicación, que ya no alcanzaban a hacer todas las cosas como deberían hacerlo. Los creyentes griegos empezaron a murmurar en contra de los hebreos, aduciendo de que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria. Los apóstoles llamaron a una sesión congregacional. Dirigiéndose a los creyentes dijeron: "No es justo que nosotros dejemos la Palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la Palabra. Agradó la propuesta a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás, prosélito de Antioquía; a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos" (Hch. 6:1-6).

¡Bien claro está que al oficio del diácono corresponde las obras de lo físico, lo temporal, lo material y lo natural!

A través de la historia de la iglesia cristiana han habido creyentes—muchos de ellos gente muy piadosa—que han adoptado un malsano punto de vista en lo tocante a la relación entre lo natural y lo espiritual, sobreponiendo lo espiritual y empequeñeciendo lo natural. Esto ha sido siempre una de las más marcadas características, y, debe agregarse, uno de los errores básicos de la Iglesia de Roma. De ahí su insistencia en la perpetua virginidad de María, su

enseñanza que hay un mérito especial al hacer votos de celibato y pobreza, y las prescripciones de ayuno los viernes y durante la cuaresma. Pero algunos anabaptistas durante y después de la Reforma fueron aun más allá en su desprecio de lo natural. Mientras que la Iglesia de Roma enseñaba que lo natural se convierte en mal, a menos que sea controlado por lo espiritual, los anabaptistas extremos enseñaron que el mal está inherente en lo natural. Por lo tanto, virtualmente denunciaron como pecado todo placer físico. Miraron con desprecio y hasta consideraron pecaminoso tales placeres como la práctica de deportes, el uso de adornos y la atracción mutua de un joven y una señorita.

Que ninguno piense que la levadura de la Iglesia de Roma y de los anabaptistas ha sido purgada en el protestantismo. La verdad es que sigue aún activa en prácticamente todas las iglesias evangélicas. No es una exageración afirmar que existe una clara huella anabaptista en el mundo evangélico. El prevalente y poderoso prejuicio contra ciertas cosas, el uso de las cuales debería ser dejado a la conciencia del individuo, y la exagerada insistencia que se hace a veces a la juventud en las conferencias bíblicas de que deben dedicarse el cien por ciento de su tiempo y trabajo al servicio cristiano en lugar de ocuparse en las así llamadas vocaciones seculares, son sólo dos ejemplos.

La Escritura enseña que lo natural fue creado por Dios así como lo espiritual, y que siendo creación divina, debe recibir muy alta consideración de parte del cristiano. También dice que lo natural constituye el trasfondo de lo espiritual. Antes que Dios estableciera el pacto de gracia con Abraham, hizo el pacto de naturaleza con Noé. Así garantizó primero la continuidad de la raza humana, subsecuentemente la continuidad de la iglesia. Inseparable de y, en un sentido, previo a, las bendiciones que Dios prometió a Abraham y a su simiente espiritual fue la bendición natural de la tierra prometida para sus descendientes naturales. Jesús pidió primero a la samaritana agua común y después cambió la conversación hacia el agua de vida. El abrió primero los ojos físicos del hombre que nació ciego antes de abrir los ojos de su alma. Muchos de los sermones de Jesús fueron parábolas, historias de la naturaleza y terrenales con significados espirituales o celestiales. Algo así como las hebras de una alfombra están entrelazadas en la urdimbre, así lo es-

piritual está entrelazado en lo natural. Lo natural está, sin duda, modelado en lo espiritual y no viceversa, pero es también cierto que en este presente mundo lo espiritual necesita de lo natural.

En hecho, entonces, de que el oficio del diácono tiene que ver primordialmente con lo natural no es razón suficiente para tenerlo en menos. El Directorio de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa dice con referencia a la adoración de Dios en público: "El oficio del diácono se basa en el interés y amor de Cristo por su propio pueblo. Tan tierno es este interés del Señor por las necesidades temporales de su pueblo, que él considera que lo que se hace aun por más pequeño de los creyentes es como si fuese hecho para él mismo. El ciertamente dirá a aquellos que han servido a uno de sus hermanos más pequeños: 'Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí' " (Véase Mt. 25:35, 36). A la luz de aquellas palabras del Señor, ¿quién se atreverá a decir que el oficio del diácono es de poca importancia? Es sumamente honorable.

### *EL ASPECTO ESPIRITUAL*

Que ninguno piense que los diáconos de una iglesia han cumplido con su deber al reunir de entre los miembros de la iglesia las ofrendas para los pobres y distribuirlas entre los mismos. El Directorio recién citado nos dice que su tarea de igual modo se proyecta al terreno espiritual, como orar por y con los afligidos, consolándoles por medio de la Escritura. Hay abundante base bíblica para esta afirmación. Los diáconos representan a Cristo en su oficio de misericordia, y el ejercicio de la misericordia está vinculado con la consolación de los afligidos. Ha pasado que la así llamada caridad sea administrada en una forma fría y a veces altanera. Si tal cosa es hecha así, está vacía de misericordia. ¡Cuántas veces Jesús mismo unía sus palabras de consuelo con actos de misericordia! Antes de resucitar al hijo de la viuda de Naín, Jesús miró al corazón destrozado de esa pobre madre, tuvo compasión de ella, y luego le dijo: "No llores" (Lc. 7:13). Y a la mujer con flujo de sangre dijo: "Hija tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote" (Mr. 5:34).

Algunas veces se ha dicho que mientras tanto el pastor como el anciano gobernante tienen una considerable autoridad, el oficio de diácono, por el contrario, no es de autoridad sino de servicio; y cuando así se dice, se hace con el intento de disminuir la dignidad del diaconato. Tal declaración es imprecisa y lo que pueda contener de verdad no desacredita el oficio del diácono. Hay una medida de autoridad ligada a este oficio. Por la autoridad de Cristo los diáconos han de recordar a los miembros de la iglesia su deber de ayudar a los necesitados. Y en el nombre de Cristo los diáconos deben ayudar a quienes lo necesitan, por cual razón esta ayuda debe ser aceptada tanto humildemente como con gratitud. Sin embargo, el aspecto de servicio es muy prominente en este oficio. El principal significado de la palabra griega que en español se traduce *diácono* es *siervo* y esta palabra ocurre repetidamente en el Nuevo Testamento, con el sentido *siervo* sin ninguna referencia a un oficio dentro de la iglesia. Pero, sin duda, el hecho de que el diaconato es prominentemente un oficio de servicio, en nada disminuye su dignidad. Al contrario, este hecho puede con certeza decirse que realza su dignidad. ¿No dijo Jesús a los doce: "Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiere ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos" (Mt. 20:25-28)?

Toda la ley moral de Dios puede ser resumida en la única demanda de amor: "El cumplimiento de la ley es el amor" (Ro. 13:10). Cuando estaba cerca el día en que Jesús tenía que regresar al Padre, mandó a sus discípulos que sobre todas las cosas se amasen los unos a los otros. Les dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a los otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros" (Jn. 13:34). Y el apóstol Pablo terminó su famoso encomio sobre el amor con estas palabras: "Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres, pero el mayor de ellos es el amor" (1 Co. 13:13). El diaconato es precisamente descrito como el oficio del amor, la más grande de las virtudes cristianas. Eso no quiere decir que el amor no tiene un papel importante en los otros oficios en la iglesia. Ciertamente lo tiene.

Pero el amor cristiano llega a su demostración más tangible en el oficio del diácono. Este oficio es preeminentemente uno de amor. El amor es su principio y su fin.

Por razones de su carácter espiritual, el oficio del diácono traza una clara línea de distinción entre la iglesia y el mundo. Enfatiza la antítesis entre los dos. En virtud de la gracia común de Dios el mundo ejerce ciertos actos de caridad. Muchos filántropos son personas mundanas. Muchas organizaciones e instituciones de caridad no son cristianas sino mundanas. A menudo el estado extiende su ayuda a los necesitados, pero no en el nombre de Cristo. La iglesia cristiana, sin embargo, tiene una benevolencia propia. Esta benevolencia es una clase en sí misma y difiere cualitativamente de la caridad del mundo. En el nombre de Cristo y movido por el amor de Cristo, la iglesia de Cristo dispensa misericordia a los que son de Cristo. Esto lo hace a través del oficio del diácono.

Si una iglesia local no tiene pobres en su congregación debe por todos los medios, a través de sus diáconos, ayudar a otras iglesias que tienen muchos. En tales casos, las iglesias de la misma denominación deben recibir, como es explicable, la primera consideración, pero ellas no deben ser las únicas que han de recibir tal ayuda. Particularmente las iglesias de las naciones más desarrolladas deben contribuir generosamente a las necesidades de incontables santos que sufren privaciones en muchas iglesias en países menos desarrollados. Es en este sentido que el diaconato hará una bella demostración de lo que significa el ecumenismo bíblico.

Ahora bien, ¿debe concluirse que los diáconos nunca deben extender su ayuda a las personas necesitadas fuera del rebaño de la iglesia? La respuesta debe ser negativa. ¿No sanó, acaso, el misericordioso Cristo a la hija de una mujer sirofenicia y así permitió a una pagana comer de las migajas que caían de la mesa del pueblo de Dios (Mr. 7:24-30)? Siguiendo el ejemplo de Cristo, los diáconos pueden a veces hacer un evangelismo efectivo.

Permítaseme hacer una breve referencia particular. El jefe de una familia pobre que vivía a una cuadra de la iglesia, donde el que escribe era pastor, estaba enfermo de gravedad. Aunque la familia no pertenecía a la iglesia y nunca asistía a los cultos, el pastor visitaba a menudo a la casa de este hombre enfermo. El médico informó al pastor que, humanamente hablando, la única esperanza

para recobrar la salud estaba en la obtención de una medicina muy costosa. Los diáconos de la iglesia asumieron la responsabilidad de conseguir los fondos necesarios para obtener tal medicina. El hombre se sanó y muy poco después él y toda su familia confesaron a Cristo y se unieron a la iglesia. Significativamente, la Escritura nos dice que de los siete diáconos escogidos por la iglesia de Jerusalén, dos de ellos—Esteban y Felipe—fueron activos también como evangelistas.

Por cierto, el oficio del diácono es altamente espiritual tanto como eminentemente natural.

### Capítulo 25

## LA DOBLE RESPONSABILIDAD DE LA IGLESIA

No es extraño, después de todo, que los seres humanos equivocadamente consideren ciertos asuntos como opuestos absolutos. El término técnico para tal clase de cosa es *falsa antítesis*. De vez en cuando los cristianos se equivocan en ese sentido en asuntos de religión. Por ejemplo, hay aquellos que enseñan que el pueblo de Dios en la antigua dispensación estaba bajo la ley en tanto que hoy está bajo la gracia, y que la ley y la gracia se excluyen mutuamente. En realidad los santos del Antiguo Testamento fueron salvos por gracia de igual modo que nosotros, y nosotros no estamos menos obligados que ellos a obedecer la ley de Dios. De nuevo ¡cuán a menudo se suele hacer la distinción entre santo y pecador con la implicación de que un individuo es lo uno o lo otro! La verdad es ésta, que mientras no todos los pecadores son santos, cada santo en la tierra es un pecador.

De igual manera, cuando se presenta la pregunta si la tarea de la iglesia es edificar en la fe a sus miembros o llevar al evangelio a los que están fuera de la iglesia, algunos escogen una de ellas con la consecuente exclusión de la otra. Pero eso demuestra una seria falta de equilibrio. La iglesia debe hacer ambas cosas.

### *SU RESPONSABILIDAD PARA CON LOS DE ADENTRO*

Hace algún tiempo la esposa de un pastor dijo a los oídos del que escribe que en su opinión la única tarea de la iglesia es predicar el evangelio a los que están fuera del rebaño. Hay denominaciones completas, algunas de ellas bastante grandes, que tienen un impresionante programa misionero pero hacen poco menos que nada para la edificación en la fe de sus propios miembros.

Este punto de vista de la iglesia es no sólo muy desproporcio-



nado, sino decididamente pernicioso. Por lo menos subyacen dos serios errores. Este punto de vista no considera a los hijos del pacto, quienes son miembros de la iglesia visible y que fuera de toda duda están en la necesidad de ser alimentados espiritualmente. Una fase importante de esta alimentación sería el inductrinamiento por la iglesia. Y pierde la vista de la verdad significativa que la salvación no es únicamente una experiencia instantánea sino que también es un proceso continuo. Es muy cierto que una persona que ha nacido de nuevo es salva y perseverará hasta el fin de su vida terrenal; pero también es cierto que toda persona salva está aún en la necesidad de salvación y lo estará hasta que exhale el postrer suspiro. La santificación, que es un aspecto muy importante en la salvación, es muchas veces un proceso tedioso que se completará solamente al tiempo de la muerte. Por lo tanto la iglesia debe proclamar la verdad de Dios a sus miembros con todo celo, porque a través de ella Dios suele santificar a los suyos (Jn. 17:17).

El que quisiera evangelizar a los de afuera de la iglesia mientras descuida la edificación de los que están adentro de la iglesia es semejante al padre de familia que, movido por una gran compasión, se esfuerza por alimentar a los desnutridos hijos de su vecino, pero que descuida de hacerlo con los suyos propios, olvidando la seria advertencia del inspirado apóstol: "Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo" (1 Ti. 5:8).

Cambiando el símil, es como un general que lleva a su ejército a conquistar otras tierras pero que descuida de conservar fuerte el cuartel de operaciones en su propio territorio. El peligro es mucho más que imaginario, que después de muy poco el general ya no tendrá un ejército. La iglesia que descuida la enseñanza de la Palabra de Dios a sus miembros, pronto perderá su interés y amor para la obra misionera según el patrón bíblico. Y la iglesia que deja de inductrinar a su juventud bien pronto no tendrá misioneros a quienes enviar. Con mayor seguridad no tendrá misioneros que proclamen el único y verdadero evangelio.

#### *SU RESPONSABILIDAD PARA CON LOS DE AFUERA*

Se ha dicho muchas veces que las iglesias de la Reforma protes-

tante no estuvieron interesadas en misiones. Pero esa no es una interpretación justa. Fueron muy celosos por la evangelización de Europa, lo que equivale a decir que estuvieron comprometidos activamente con misiones domésticas. Nunca debemos olvidar que misiones entre los del propio país no es de ningún modo menos digno que misiones al exterior. Las iglesias de la Reforma tuvieron también un interés genuino en misiones al exterior. Citando algunos casos, ya en 1555 había una misión reformada de Francia en Brasil; la Compañía Oriental India-Holandesa, que fue fundada en 1602, tenía entre sus estatutos el "de ayudar a la conversión de los paganos en los países con los cuales negociaba"; y en 1622 fue fundada en la Universidad de Leyden un seminario para el entrenamiento de misioneros.

Sin embargo, hay que admitir que han habido iglesias en el pasado que han sido menos celosas para la obra misionera que para la edificación de sus propios miembros. Se dice que por el año 1790, cierta iglesia había adoptado la resolución que "difundir en otros lugares, entre las naciones paganas, el conocimiento del evangelio, sería un tremendo absurdo... en tanto que queda aún un individuo en nuestra patria sin conocimiento religioso". No fue sino hasta el siglo XIX que el protestantismo se puso entusiasta para la obra misionera. Es triste decir que aun hoy mismo hay unos pocos ejemplos de iglesias que están con el corazón tibio para realizar lo que es la gran tarea y misión de la iglesia.

La Palabra de Dios hace un tremendo énfasis en la tarea de la iglesia de predicar el evangelio a los que están fuera del redil. No es de ningún modo cierto, como algunos suponen, que haya falta de énfasis misionero en el Antiguo Testamento. Al mismo momento en que Dios llamó a Abraham para que sea padre de su pueblo peculiar, Israel, Dios le dijo: "Y serán benditas en tí todas las familias de la tierra" (Gn. 12:3). El Antiguo Testamento claramente abunda en predicciones del universalismo venidero: "Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de tí, Señor, y glorificarán tu nombre" (Sal. 86:9). Dios mandó a Jonás a predicar el evangelio del arrepentimiento a los malvados habitantes de Nínive, capital del imperio Asirio. Varios convertidos del paganismo fueron recibidos en la iglesia en la antigua dispensación. El mandato misionero en el Nuevo Testamento es un hecho bien claro. Du-

rante las apariciones del Cristo resucitado a sus discípulos, el principal tema de conversación fue lo tocante a misiones. La gran comisión de Mateo 28:18-20 cae en este período. Las últimas palabras del Señor a sus apóstoles antes de ascender al cielo fueron éstas: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hch. 1:8).

El día de Pentecostés y en adelante la iglesia empezó a cumplir en serio con la tarea misionera. No esperó hasta que las iglesias madres de Jerusalén y Antioquía de Siria crecieron y fuesen grandes, sino que realizó la obra misionera desde cuando la iglesia era relativamente pequeña y débil. El más instruido de los apóstoles fue separado por Dios mismo para ser misionero al mundo gentil. Su nombre fue Pablo. El fue el más grande misionero que ha tenido la iglesia, pero incontables misioneros han seguido sus pasos, y esto continuará hasta que la tierra esté "llena del conocimiento de Jehová como las aguas que cubren el mar" (Is. 11:9).

Hay una vieja ilustración que puede ayudarnos a comprender la importancia que tiene para la vida misma de la iglesia el cumplimiento de la tarea evangelizadora. En Palestina hay dos grandes lagos, el mar de Galilea en el norte, y el Mar Muerto en el sur. Las aguas que vienen de las montañas de la región de Hermón y del Líbano forman el mar de Galilea y esas mismas aguas van a dar en el Mar Muerto por medio del río Jordán. El mar de Galilea es un lago de agua dulce y fresca y hay mucha vida en él. Se dice que el Mar Muerto es tan muerto que ningún ser viviente puede sobrevivir en sus densamente salobres aguas. ¿Por qué tanta diferencia? La respuesta es que el mar de Galilea da lo que recibe, en tanto que el Mar Muerto solamente recibe. Aunque puede haber otras diferencias, la ilustración es buena. La iglesia que solamente recibe y nunca da está enferma de muerte. Por el otro lado, aquí también se aplican las palabras de la Escritura: "El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado" (Pr. 11:25).

La iglesia debe mantener un equilibrio apropiado en la realización de su tarea hacia los de adentro y hacia los de afuera. Eso no quiere decir que debe hacer un poquito de cada uno. Más bien, debe hacer mucho de los dos. Así como es esencial una proporción apropiada para la belleza arquitectónica de un edificio, así tam-

bién el equilibrio sobre este particular aumentará grandemente la gloria de la iglesia de Cristo. Cada una de estas tareas es gloriosa. Combinadas en una adecuada proporción, resultan ser supremamente gloriosas.

## LA TAREA SUPREMA DE LA IGLESIA

La tarea de la iglesia es enseñar y predicar la Palabra de Dios. Cualquier otra cosa que haga, por apropiada que parezca ser, debe estar subordinada y es subsidiaria de esta tarea. Esta es su suprema tarea.

Sobre esta verdad los credos del protestantismo están en completo acuerdo. Pongamos un ejemplo. La famosa Confesión de Augsburgo de 1530, que es luterana pero que el mismo Calvino la tuvo en alta estima, define a la iglesia como "la congregación de los santos donde el evangelio es enseñado correctamente"; y el artículo XIX de los no menos famosos Treinta y nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra dice: "La iglesia visible de Cristo es una congregación de hombres fieles, en la cual se predica la pura Palabra de Dios".

### UNA TAREA HONORABLE

La tarea de la iglesia es verdaderamente honorable, porque al realizarla entrega un mensaje que ha recibido de ningún otro sino de Dios. Por lo tanto los predicadores de la iglesia pueden con toda justicia hacer suyas las palabras del apóstol Pablo: "Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios" (2 Co. 5:20).

Según los teólogos dialécticos como Karl Barth y Emil Brunner, es más correcto decir que la Biblia *testifica* de la Palabra de Dios que decir que la Biblia *es* la Palabra de Dios. En consecuencia, sostienen que el predicador cristiano realmente no puede proclamar la Palabra de Dios sino que a lo más puede testificar de ella. Pero los profetas de antaño no vacilaron en preceder su mensaje con esta autoritativa declaración: "Así dice el Señor"; y el apóstol Pablo

encomendó solemnemente a su hijo espiritual Timoteo: "Te encargo delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la Palabra..." (2 Ti. 4:1, 2).

En un sentido muy especial y real la iglesia tiene el privilegio de ser mediadora entre Dios y el hombre. Claro es que al decir esto, debemos estar en guardia contra un error muy serio. La Iglesia de Roma enseña que la iglesia es la *portadora* de la salvación. La verdad es que la iglesia es por ordenanza de Dios sólo la predicadora de la salvación. Aun esto es un honor altísimo. La Escritura nos dice que Moisés, al recibir la ley de Dios y al transmitirla al pueblo de Dios, actuó como un "mediador" (Gá. 3:19). En casi el mismo sentido la iglesia, como predicadora del evangelio hace el papel de mediadora entre Dios y el hombre.

### UNA TAREA URGENTE

Es la tarea específica de la iglesia organizada declarar a los hombres la verdad de la revelación especial de Dios como está dada en la Sagrada Escritura. La Biblia es el libro de salvación. Cierto es que no todos los detalles de su contenido se relacionan directamente a la salvación, pero el mensaje central de la Sagrada Escritura es lo que el Dios de gracia soberana ha hecho y está haciendo por medio de su Hijo y su Espíritu Santo para la salvación de los pecadores. La revelación general, valiosa como sea, no dice a los hombres como pueden ser salvos del pecado y de la muerte; la revelación especial dice todo lo que los hombres deben saber sobre tan importante asunto.

Los adherentes a la fe reformada insisten que la Biblia es teocéntrica. Al hacer esto, están completamente en lo correcto porque en la Biblia Dios mismo se revela al hombre. Se puede también, al mismo tiempo, decir que la Biblia centra su mensaje en la salvación. La misma doctrina bíblica de la salvación se puede sintetizar en esta sola frase: *salvación por gracia*. Y *salvación por gracia* es nada menos que *salvación por Dios*. Cuando decimos que la salvación es por gracia queremos decir que el pecador no puede en ninguna manera salvarse a sí mismo y que, si ha de ser salvo, es Dios quien lo hará.

Así la tarea de la iglesia es proclamar la *salvación*. Esto por cierto es una tarea urgente. Cada día y en todas partes miles de personas están pasando a la eternidad sin haber oído el bendito nombre de Aquel que es el único en quien podemos ser salvos (Hch. 4:12), y sin el más mínimo conocimiento del que declaró: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí" (Jn. 14:6). Además de esto, hay muchos seres humanos que han oído el mensaje del evangelio y que siguen aún rechazando al único Salvador; si estos persisten en su incredulidad, la ira de Dios tendrá que caer sobre ellos (Jn. 3:36). No es extraño entonces que Ricardo Baxter, el gran predicador puritano, describió a sí mismo como "un hombre que está muriendo predicando a hombres que están muriendo". La tarea de proclamar el evangelio por parte de la iglesia es tarea de vida y muerte, de vida eterna y de muerte eterna.

Desde otro punto de vista, también, la suprema tarea de la iglesia sobrepasa en urgencia. Fuera de toda duda, el tiempo del regreso de Cristo está determinado, en forma inmutable, en el eterno consejo de Dios. Sin embargo, el plan divino incluye también la totalidad de los eventos que culminarán en el gran día. Por eso mismo la Escritura enseña que no vendrá el fin hasta que el evangelio haya sido predicado en todo el mundo para testimonio a todas las naciones (Mt. 24:14). De esto se concluye que, cuando Cristo nos hace este anuncio consolador: "Ciertamente vengo en breve", la iglesia, además de responder: "Amén, sí, ven, Señor Jesús" (Ap. 22:20), debe trabajar para ese fin. Aunque la fecha divinamente ordenada de la segunda venida es inalterable, es del todo correcto decir que por la proclamación diligente del evangelio la iglesia contribuye al *apresuramiento* de la consumación del glorioso reino de Cristo.

#### UNA TAREA COMPRENSIVA

La iglesia debe declarar "todo el consejo de Dios" (Hch. 20:27). Es obvio que esto no quiere decir que en el curso de treinta o cuarenta años de servicio un pastor debe predicar un sermón de cada libro, capítulo y versículo de la Sagrada Escritura. La Biblia no es una colección de incontables verdades aisladas, sino la revelación de la verdad como una unidad. Es una unidad y totalidad autocon-

sistente. Cada parte de la Escritura debe ser entendida a la luz de las otras partes. Por lo tanto, la predicación de "todo el consejo de Dios" debe ser absolutamente proporcionada. Citemos unos pocos ejemplos: la iglesia debe proclamar tanto el amor infinito de Dios como su perfecta justicia; lo que es verdad y lo que es bueno; el pecado, la salvación y el servicio—los tres.

De vez en cuando se oye comentar de ciertas personas que creen que el único propósito de la predicación debe ser la edificación en la fe de los creyentes. Por otro lado se oye también la opinión que el único propósito de la predicación debe ser la conversión de los no salvos. La Escritura enseña inequívocamente que la iglesia debe dirigir la predicación no sólo a los creyentes o a los no creyentes sino a ambos. El mismo apóstol que se esforzó para predicar el evangelio "no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno" (Ro. 15:20), también enseñó que el Cristo resucitado, que ha ascendido a los cielos, constituyó varios funcionarios en la iglesia para "perfeccionar a los santos . . . para la edificación del cuerpo de Cristo" (Ef. 4:11, 12). La iglesia que enfatiza misiones y evangelismo, descuidando la edificación de sus propios miembros, comete suicidio, aunque parece duro decirlo así. La iglesia que descuida la gran comisión, dada por su divina Cabeza, está también, para decir lo menos, en proceso de muerte.

Por lo general, la predicación es dirigida a los adultos solamente. Muy pocas son las iglesias que toman en serio la tarea de presentar la Palabra de Dios a los niños. Es cierto que casi todas las iglesias hacen el intento de presentar la Palabra de Dios a los niños en la Escuela Dominical, pero ese intento a menudo es extremadamente débil. Lo mismo se puede decir de los sermones "objetivos" que el ministro presenta a los pequeños en el culto del domingo por la mañana. ¡Ojalá que los siervos del Señor aprendieran que en cada predicación deben presentar la verdad profunda en una forma tan simple que los niños, aun los más pequeños, puedan entender y aprender algo! Como bien lo señaló un sabio maestro, aun los graduados de la universidad podrían beneficiarse de tal predicación. ¡Qué bueno sería también si la iglesia en todas partes restaurara a su lugar de honor la vieja pero buena costumbre de dar instrucción catequística a los niños! Dicha instrucción en nada

es menos necesaria que la predicación a los cultos. Por supuesto que hay diferencia entre ellas, pero no en importancia.

Hay todavía otro aspecto en el cual la tarea de la iglesia organizada debe ser comprensiva. En las últimas décadas muchos predicadores liberales han sustituido el así llamado evangelio social por el evangelio de la salvación personal. Muchos ministros conservadores, por el otro lado, predicán solamente el evangelio de la salvación personal e insisten que los problemas sociales no tienen lugar en el púlpito cristiano. Ambos están en muy grave error. Mientras que pecan en direcciones opuestas, ambos traicionan el mensaje comprensivo que la iglesia debe proclamar. El evangelio es primariamente para la salvación personal del individuo, pero indudablemente tiene sus implicaciones sociales. La iglesia debe llamar a los hombres no sólo a que reciban a Cristo como su Salvador, sino que también le honren como el Señor. Y deben ser instados a darle honor como Señor no sólo en sus vidas privadas sino en todos los aspectos de las relaciones humanas porque Cristo es, por cierto, "la cabeza sobre todas las cosas" (Ef. 1:22).

#### UNA TAREA EXCLUSIVA

La predicación de la Palabra de Dios es la tarea exclusiva de la iglesia organizada en dos sentidos. Por un lado, esta tarea le ha sido asignada por Dios a la iglesia y no a otra. Por otro lado, la iglesia debe tener cuidado de no desviarse a otra tarea que no le corresponde.

En los círculos en que se tiende a minimizar la importancia de la iglesia organizada y sus oficios, la distinción entre la *predicación* por un pastor ordenado y la *exhortación* por un miembro no ordenado de la iglesia es a menudo motivo de burla mal disimulada; y hablando de lo mismo, es bastante común que asociaciones voluntarias de cristianos asumen la responsabilidad exclusiva de la iglesia de enviar misioneros. Es indiscutible que todo creyente tiene el deber de testificar de Cristo, y se puede, inclusive, dar por supuesto que, bajo circunstancias extraordinarias, juntas que son independientes del control eclesiástico pueden asumir responsabilidades misioneras. Sin embargo, debe mantenerse firmemente el principio de que *normalmente* la responsabilidad de la predicación

de la Palabra de Dios es prerrogativa dada por Dios a la iglesia organizada.

Es indiscutible que la iglesia es la responsable de realizar la adoración pública. Pero no hay que olvidar que la predicación de la Palabra de Dios es central en dicha adoración pública. No hay que suponer que la administración de los sacramentos es una tarea adicional de la iglesia a la de proclamar el evangelio. Ni menos es permitido a la iglesia dar tanta prominencia especial al uso de los sacramentos que de hecho apagan la predicación de la Palabra de Dios. De hecho, los sacramentos son auxiliares a la Palabra de Dios. No añaden nada al evangelio pero refuerzan su mensaje. En un sentido muy real la administración de los sacramentos es una manera de proclamar el evangelio. La Escritura enseña en forma clara que cuando los miembros de la iglesia de Cristo se reúnen para celebrar la Santa Cena ellos anuncian la muerte del Señor (1 Co. 11:26).

No se puede negar que la iglesia organizada debe cuidar de sus pobres. Indudablemente, ésta es una importante función de la iglesia. Importante como es, esta tarea también es subordinada a la predicación de la Palabra de Dios. Esto se infiere de lo que los apóstoles dijeron a la iglesia en Jerusalén al momento de ser instituido el oficio del diácono. Ellos dijeron: "No es justo que nosotros dejemos la Palabra de Dios para servir a las mesas" (Hch. 6:2). Puede aun decirse que la iglesia, al cuidar de sus pobres, en un sentido predica el evangelio. Se dice que Francisco de Asís invitó a un monje a que le ayudase a llevar el evangelio a cierto pueblo. Pasaron todo el día haciendo obras de misericordia pero no hablaron nada de la Palabra de Dios. Al atardecer su acompañante preguntó a Francisco cuándo iban a empezar a predicar. Francisco le contestó que habían estado predicando todo el día.

Fácilmente se puede interpretar mal este relato. Que no piense nadie que el hacer buenas obras puede sustituir el evangelio. Eso simplemente no es así. El único y solo medio que Dios usa para traer los pecadores a la fe salvadora es su Palabra. Pero no es menos cierto que las obras de misericordia sirven admirablemente para reforzar el mensaje del evangelio.

De nuevo, hay que dar por supuesto que se requiere que la iglesia discipline a sus miembros que descarrían. Sin embargo, esa ta-

rea es inseparable de la predicación de la Palabra. Es un importante aspecto de la tarea que encomendó el Señor: "enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mt. 28:20). Significativamente, la predicación del evangelio y el ejercicio de la disciplina son las dos llaves del reino de los cielos, y estas dos no deben ser separadas.

Precisamente porque la predicación de la Palabra es una tarea tan grande, la iglesia debe dedicarse exclusivamente a ella. Si la iglesia se compromete en otras actividades, que no son indisolublemente ligadas a esta su única tarea, comete un desatino de grandes proporciones, ya que inevitablemente le conducirán a descuidar lo que es su tarea propia y exclusiva. No dejemos que la iglesia degenera en un club social. Que no se entre la iglesia en el negocio de entretenimiento. Que no se haga partidario la iglesia de tales aspectos de la economía, la política o la ciencia que no se tratan en la Palabra de Dios. Dejemos que la iglesia esté contenta con predicar la revelación especial, no general. Dejemos que la iglesia sea la iglesia.

Si la iglesia intenta ser algo que no sea la iglesia, se niega a sí misma y traiciona su propia gloria. Si está satisfecha de ser la iglesia, su gloria brillará mucho más.

## **LA IGLESIA COMO PREDICADORA DEL ARREPENTIMIENTO**

La tarea que Dios ha asignado a la iglesia es la de proclamar la Palabra de Dios. Un aspecto importante de ésta es la predicación del arrepentimiento.

### *EL ARREPENTIMIENTO Y LA IRA DE DIOS*

Es altamente significativo que los predicadores inspirados que nos presenta la Biblia pusieron un énfasis especialísimo en el arrepentimiento. El arrepentimiento fue la primera cosa que demandaron de sus oyentes.

Noé, "pregonero de justicia" (2 P. 2:5), demandó de sus compatriotas el arrepentimiento de sus malas acciones. En todos los escritos de los profetas mayores y menores no hay una nota más prominente que la del arrepentimiento. A tiempo y fuera de tiempo suplicaban al extraviado pueblo de Dios que se arrepintiesen. Ezequiel, por ejemplo, clamó: "Así dice Jehová el Señor: Convertíos, y volvedos de vuestros ídolos y apartad vuestro rostro de todas vuestras abominaciones" (Ez. 14:6), y, "volvedos, volvedos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?" (Ez. 33:11).

Juan el Bautista reprendió a los fariseos y a los saduceos: "¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento" (Mt. 3:7, 8). La Escritura nos dice que él predicaba "el bautismo de arrepentimiento" (Mr. 1:4). La primerísima demanda del Hijo de Dios durante su ministerio público fue la del arrepentimiento. Significativamente dice la Escritura acerca de él: "Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt. 4:17). De la parte aplicatoria de su sermón en Pentecostés, Pedro exhortó a la multitud diciendo: "Arre-

pentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados" (Hch. 2:38). El apóstol Pablo dijo a los atenienses que Dios "ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia" (Hch. 17:30, 31), e hizo un sumario de su carrera como predicador afirmando que él había anunciado "primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento" (Hch. 26:20). Las cartas que el Cristo glorificado ordenó al apóstol Juan que escribiese a las siete iglesias de Asia Menor abundan en mandatos de arrepentirse (Ap. 2:5, 16; 3:19).

Es difícil negar que el llamado al arrepentimiento no resuena desde los púlpitos en nuestros días con tanto vigor como lo hace la Escritura. Desde los púlpitos modernistas rara vez se oye dicho llamado y aun desde aquellos relativamente conservadores ahora se predica sobre el arrepentimiento con sorprendente debilidad.

¿Cuál es la razón por esta notable diferencia entre la predicación tal como está en la Biblia y la predicación de hoy? Una explicación, y por cierto correcta, es que la Palabra de Dios considera al pecado con mucha más seriedad que lo que es considerado en púlpitos de hoy día. Pero subyacente a este hecho hay otro. La razón por qué la Escritura considera el pecado inmensamente más serio que lo que se considera en la predicación de hoy, es porque la Escritura considera a Dios infinitamente más serio. Lo que hace que todo pecado sea sumamente pecaminoso es que constituye una afrenta al completamente soberano, perfectamente santo y absolutamente justo Dios. Por esa razón el pecado hace que la ira de Dios se enciende en todo su furor, y el caer del pecador en manos del Dios vivo, quien es fuego consumidor, es horrenda cosa (He. 10:31; 12:29). Y si no se arrepiente, le espera, sin posibilidad de escape, "una horrenda expectación de juicio" (He. 10:27), que le ha de devorar perpetuamente. El pecador no arrepentido está en el camino al lugar donde, de acuerdo a las palabras de Jesús, "será el lloro y el crujir de dientes" (Mt. 13:42), y "donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga" (Mr. 9:44, 46, 48).

El llamamiento al arrepentimiento en la Escritura tiene su raíz en el concepto de ella acerca del carácter de Dios como el Único so-

berano que no tolerará resistencia alguna a su voluntad, como el Justo que demanda que el pecado sea castigado con la muerte y muerte eterna. Sólo cuando la iglesia haya vuelto a la *teología* de la Biblia, asignará una vez más al llamamiento al arrepentimiento el lugar prominente que Dios le ha dado en su Palabra.

### *EL ARREPENTIMIENTO Y LA LEY DE DIOS*

El arrepentimiento es un don de Dios. Si el Espíritu de Dios no obra en el corazón del pecador, no podrá éste arrepentirse. Sin embargo, no hay que descuidar la verdad que, al realizar esta obra e impartir este don, el Espíritu Santo acostumbra usar medios. El medio es la predicación de la Palabra de Dios por la iglesia, y más propiamente por la predicación de la ley de Dios. Porque, como dice la Escritura, "por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Ro. 3:20).

Se ha comparado la ley de Dios con un espejo. Si el espejo no está torcido, manchado o estropeado, presentará una imagen exacta del que se para frente a él. La ley de Dios, como un espejo perfecto, muestra al pecador con todas sus manchas e inmundicias. Al mirarse a sí mismo en este espejo, el pecador, si no es ciego, no sólo sufrirá un tremendo golpe, sino que también se sentirá tremendamente despreciable, asqueado de sí mismo. Este sentimiento es señal de arrepentimiento.

Se puede también comparar la ley de Dios con una montaña. Es una montaña que el pecador está en el sagrado deber de escalar, pero que no puede. La ley exige que el pecador ame a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente, con todas sus fuerzas (Mr. 12:30). Pero, ¿quién es capaz de hacerlo? La ley de Dios demanda que el pecador sea perfecto como Dios es perfecto (Mt. 5:48), pero alcanzar tal demanda está muy lejos de lo que es la capacidad del pecador. Enfrentándose a esta tarea totalmente imposible, el pecador se siente incapaz y lo que es más, está sin esperanza. Hundiéndose en el cenagal del abatimiento, le corresponde gritar: "¡Ay de mí! que soy muerto". Esto es un grito de arrepentimiento.

Puede compararse también la ley de Dios con un verdugo. Esta comparación, por fuerte que parezca, es demasiado débil. La ley

no sólo se *asemeja* a un verdugo, sino que *es* un verdugo, es el verdugo por *excelencia*. No sólo amenaza con la muerte al transgresor (pecador) diciéndole: "si tú me violas, te destruiré", sino que cumple con su amenaza. Cuando Dios dijo que la "paga del pecado es muerte" (Ro. 6:23), Dios no puso una orden arbitraria, sino que declaró una ley ineludible. Que el que viola la ley de Dios debe morir, es en sí una ley de Dios, porque pecar es apartarse de Dios y apartarse de Dios es morir. Así la ley de Dios no sólo pronuncia la sentencia de muerte sobre el pecador, sino que también pone esa sentencia en efecto. El apóstol Pablo tuvo esto en mente cuando dijo: "Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte" (Ro. 7:10). La ley de Dios mata al pecador. Enfrentándose a tal verdugo, ¿qué puede hacer el pecador sino clamar a Dios por su misericordia? Esto es arrepentimiento.

#### EL ARREPENTIMIENTO Y LA GRACIA DE DIOS

Si la iglesia sólo predicara la ley de Dios, llevaría a los hombres a la desesperación. Pero la iglesia está bajo la orden de predicar en forma muy especial las buenas nuevas de la gracia de Dios. Por lo tanto, habiendo predicado la ley que conduce al arrepentimiento, debe predicar también el arrepentimiento que conduce a la salvación.

El apóstol Pablo nos dijo que "la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo" (Gá. 3:24). El estuvo pensando en la revelación progresiva de Dios a la iglesia de las dos dispensaciones. Con el énfasis sobre la ley en el Antiguo Testamento Dios propuso enseñar a su pueblo que eran pecadores incapaces de salvarse a sí mismos y así prepararlos para la recepción de la salvación por la fe en Cristo Jesús; esto, por cierto, se enseña en toda la Escritura, pero de una manera especial es revelado en el Nuevo Testamento. Sin embargo, para el pecador en forma individual la ley también es el ayo que le lleva a Cristo. En las palabras de Lutero: "La ley revela y agranda el pecado, humillando el orgulloso para desear la ayuda de Cristo". Así la ley nos prepara para la gracia.

El llamado al arrepentimiento es ciertamente un mandato divino, pero también es una invitación divina, cordial y muy urgente. Jurando por sí mismo, Dios declara: "Vivo yo, dice Jehová

el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que vuelva el impío de su camino y que viva"; y luego suplica a los pecadores: "Volveos, volveos de vuestros malos caminos, ¿por qué moriréis...?" (Ez. 33:11). Y el apóstol Pedro nos asegura que Dios no quiere "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9). Al comentar sobre esta comprensiva e importante declaración Calvino dijo: "Tan maravilloso es su amor hacia la humanidad que quisiera que todos sean salvos, y de sí mismo está listo de impartir salvación a los perdidos. Pero hay que notar el orden: que Dios está listo a recibir a todos para arrepentimiento, de tal modo que ninguno perezca; porque en estas palabras están señalados el camino y el modo de obtener la salvación. Cada uno de nosotros, por lo tanto, que desea obtener la salvación debe saber que el arrepentimiento es el camino para entrar en ella..." El arrepentimiento es innegablemente el requisito para la salvación; pero no sólo invita Dios a todos los arrepentidos a la salvación, sino también invita amorosamente a todos los pecadores al arrepentimiento.

Cuando la predicación de la ley es aplicada por el Espíritu Santo al corazón del pecador, éste es traído a la convicción de pecado. Cuando el Espíritu de Dios procede a aplicar la predicación del evangelio a su corazón, el pecador convicto se echa sobre la misericordia de Dios. Con el publicano de la parábola, el pecador se golpea el pecho y exclama: "Dios, sé propicio a mí, pecador", y el Dios de toda gracia le justifica (Lc. 18:13, 14). Con el hijo pródigo, en otra parábola, vuelve al Padre con esta confesión: "Padre, he pecado contra el cielo y contra tí, ya no soy digno de ser llamado tu hijo" y aun antes que termine su confesión, el Padre fue movido a misericordia, se echó sobre su cuello, y le besó (Lc. 15:20, 21). Y el Salvador, de acuerdo a su promesa: "Al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37), llama al arrepentido suyo propio.

El verdadero arrepentimiento nunca llega demasiado tarde. Dos malhechores fueron crucificados con nuestro Señor. En la hora final de su carrera criminal uno de ellos se arrepintió. Confesó que se estaba haciendo justicia con él al ser crucificado, y volviéndose al Salvador oró: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino". Jesús le contestó: "De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en



el paraíso" (Lc. 23:41-43). Y luego las puertas del paraíso se abrieron y, tomados de la mano, su Señor y él entraron. Aquella mañana él fue despreciado por los hombres; por la tarde los ángeles de Dios le dieron la bienvenida. Aquella mañana era completamente vil; por la tarde, lavado con la sangre carmesí, fue hecho blanco como la nieve. Aquella mañana él fue desnudado; por la tarde fue vestido con ropas blancas. Aquella mañana fue un criminal; por la tarde él fue contado entre la multitud de hombres justos hechos perfectos. Aquella mañana estaba parado en las mismas puertas del infierno; por la tarde se encontró en la Jerusalén celestial. Aquella mañana estaba en las garras del diablo; por la tarde estaba ya seguro en los brazos del Señor. Aquella mañana fue colgado en una maldita cruz; por la tarde estaba ya sentado con el Hijo de Dios en Su trono.

¡Maravillosa gracia de Dios!

## Capítulo 28

### LA IGLESIA COMO PREDICADORA DE LAS BUENAS NUEVAS

En muchas iglesias el único evangelio que se proclama es "sé bueno, y haz lo bueno". A esto Pablo llama con dureza "un evangelio diferente" (Gá. 1:6, 7), que en sí no es evangelio. Este es un evangelio completamente diferente y por lo tanto no se le puede catalogar como segundo evangelio al lado del que el apóstol Pablo predicaba. En realidad no es evangelio.

La palabra *evangelio* significa *buenas nuevas*. Lo que se predica como evangelio en muchas iglesias no son ni siquiera nuevas, mucho menos buenas nuevas. Un hombre se ha encontrado culpable, digamos, de un crimen atroz y ha sido sentenciado a muerte. El está ahora en la cárcel esperando el día de su ejecución. Un amigo viene a visitarle. Este amigo le grita: "Tengo una buena noticia para tí". El sentenciado pregunta con ansiedad: "¿Cuál es?". La respuesta es: "Se bueno". En semejante mensaje no hay un ápice de buenas nuevas. Lo que hay es una burla cruel. Pero muchos de los así llamados ministros de Cristo extienden a los pecadores bajo la sentencia de muerte un mensaje precisamente igual al del ejemplo citado.

El evangelio contenido en la Sagrada Escritura no dice primariamente a los pecadores lo que ellos deben hacer, sino al contrario, *lo que Dios ha hecho y está haciendo por ellos*.

Ser portadora de esas buenas nuevas es el inestimable y grande honor de la iglesia cristiana.

#### "DE TAL MANERA AMO DIOS AL MUNDO"

Se ha dicho con mucha frecuencia que Juan 3:16 es el evangelio comprimido. La Biblia dice, "de tal manera amó Dios al mundo

que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

El término *mundo*, como ocurre aquí, ha sido a menudo interpretado cuantitativamente. Algunos han dicho: “El amor de Dios es tan grande que abarca a todos los elegidos, que son una muchedumbre que ningún hombre puede contar”. Otros han dicho: “El amor de Dios es tan grande que abarca no sólo a los elegidos sino a todos los seres humanos que han vivido sobre la faz de la tierra, todos los que viven ahora, y todos los que quedan por nacer”. Todavía otros han dicho: “El amor de Dios es tan grande que abarca no sólo a todos los hombres sino también a la suma total de todas las cosas creadas, la totalidad del universo”. Estas tres interpretaciones intentan medir lo infinito en términos de lo finito, y esto es algo que no se puede hacer. Dios es infinito en todos sus atributos, también en su amor. En comparación con lo infinito, la suma total de las cosas finitas es sencillamente nada.

Benjamín B. Warfield indudablemente estuvo en lo correcto cuando, en un sermón basado en Juan 3:16, insistió que el término *mundo* debe ser aquí interpretado cualitativamente. El *santo* Dios ama a la humanidad *pecaminosa*—esa es la sorprendente verdad aquí revelada. Es asombrosa en verdad. Dios es el Santo de Israel, la perfección de la santidad, en cuya presencia aun los mismos serafines cubren sus rostros y exclaman: “Santo, santo santo, Jehová de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria” (Is. 6:1-3). Ese santo Dios mira a la tierra y ve allí a los hombres pecadores, verdaderamente leprosos, cubiertos con la lepra espiritual desde la cabeza hasta la planta del pie. Aunque parezca increíble, Dios les ama.

¿Cómo es posible que esto sea así? Es algo que ningún mortal jamás podrá comprender. Nosotros sólo sabemos esto: el amor divino difiere del amor humano en que este último depende del objeto del amor, el primero no. Dios ama al pecador por razones que residen en él mismo, no en el pecador.

Una vieja leyenda afirma que la única cosa que puede ablandar el diamante es la sangre de un cordero. Así, se ha dicho, se requería la sangre del Cordero de Dios para ablandar el corazón diamantino de Dios. Pero Juan 3:16 enseña exactamente lo contrario. Dios amó al hombre pecador mucho antes que fuese derramada la

sangre de su Hijo en el Calvario. Fue el infinito y eterno amor de Dios que le movió a enviar a su Hijo al mundo para que muriera por nosotros los impíos.

Dios tuvo un Hijo, un Hijo unigénito. El amó a su Hijo con todo el amor con que su corazón es capaz de amar. Pero tan increíblemente grande fue su amor para con el pecador, que merecía solamente el infierno, que él voluntariamente dió al Hijo de su eterno e infinito amor para sufrir la angustia y el tormento del infierno en lugar del pecador. Al contemplar esta verdad, nos sentimos obligados a bajar nuestros rostros en adoración y susurrar: “Oh Dios, nuestro Señor, no podemos entender; no alcanzamos ni con mucho a comprender; pero porque tú lo dices, nosotros creemos”.

En base a la perfecta obra de su Hijo, Dios ofrece vida eterna a los pecadores en todo lugar, y lo hace libremente. La salvación es una dádiva de la más pura gracia. El hombre no necesita ni trabajar ni pagar por ella. El puede obtenerlo sólo por recibirlo. Pero ni aun por el hecho de recibirlo la merece el pecador. Lo único que tiene que hacer es quitar su mirada de sí mismo y de cualquier otra criatura, y mirar al Cristo crucificado. En esa mirada hay vida, vale decir la vida eterna, porque este acto de mirar es la esencia de la fe que salva.

Esta es la buena nueva de Juan 3:16 y este balbuceo no da más que un indicio del infinito amor de Dios, que este texto revela. Es inefable.

#### “CRISTO MURIO POR LOS IMPIOS”

Otra declaración, no menos profunda, de las buenas nuevas que la iglesia tiene el honor de llevar al hombre pecador está en Romanos 5:6, 8: “Cristo... a su tiempo murió por los impíos”. Y, “Dios muestra su amor para con vosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

La muerte de Cristo en la cruz constituyó a la misma vez el nadir de su humillación y el cenit de su obediencia al Padre quien lo envió. Pablo dice: “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Fue el cenit tanto de su obediencia pasiva, manifiesto en su sufrimiento, como de su

obediencia activa, manifiesto en su cumplimiento de la ley de Dios.

Los hombres somos impíos pecadores. Para los tales la justicia de Dios demanda la muerte en el sentido más completo. Todos merecen el infierno. Pero Cristo "descendió al infierno" en lugar de los pecadores. Cuando fue colgado en la cruz del Calvario, él llevó la maldición que correspondía a los impíos. Cuando exclamó a gran voz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mt. 27:46), él estaba exactamente en el fondo del abismo que le correspondía al pecador, y todas las inmensas olas de la ira divina contra el pecado del hombre agolpaban sobre su cabeza y aplastaron su alma. Como consecuencia, ahora no hay condenación alguna para aquellos que creen en Cristo. En cuanto a ellos, la justicia de Dios ha sido satisfecha y aplacada su ira. Dios así lo declaró al resucitar a su Hijo de la muerte.

Dios decretó al principio que la vida eterna sería la recompensa de la perfecta obediencia a él. Implícita en la amenaza de Dios a Adán, la cabeza representativa de nuestra raza, "Por que el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:17), estaba la promesa de vida como recompensa a la obediencia. Adán desobedeció y como consecuencia trajo la muerte sobre sí mismo y sobre todos sus descendientes. Y desde la caída, la naturaleza humana ha sido tan corrompido que ningún hombre es capaz de guardar los mandamientos de Dios. Pero, maravilla de las maravillas, en la plenitud del tiempo apareció en el escenario de la historia otro Adán, el último Adán, Jesucristo. El cumplió a la perfección con la ley de Dios. Y a todos los que creen en él, Dios les imputa la perfecta justicia de Cristo como suyo propio. "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Ro. 5:19). El creyente puede cantar con júbilo: "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas" (Is. 61:10). Vistiendo las vestiduras de la justicia de Cristo, el creyente puede pasar por las puertas de perla a la ciudad de oro y entrar en el palacio del Rey.

Así Cristo por su muerte en la cruz hizo provisión, no sólo para

pagar la deuda de los pecadores hasta el último centavo, sino también para alcanzar para ellos las riquezas en la eterna gloria.

### *"EL SEÑOR NO DESEA QUE NINGUNO PEREZCA"*

La pequeña mente humana a menudo insiste que el evangelio debería decirnos que, después de todo, todos los hombres serán salvos. "Eso", dice, "sería buenas nuevas". Y no pocos han torcido la Sagrada Escritura para lograr que ella enseñe tal cosa. Hoy en día somos testigos de un poderoso resurgimiento en varias iglesias de la antigua herejía de la salvación universal. Pero la innegable enseñanza de la Palabra de Dios es que solamente los elegidos de Dios entrarán en la ciudad de Dios.

Sin embargo, que ninguno vaya a pensar que la Palabra de Dios contiene buenas nuevas solamente para los elegidos. La misma Biblia que enseña la elección contiene también abundancia de buenas nuevas para cada pecador. Una de las paradojas sorprendentes en la Sagrada Escritura es que el mismo Dios, quien desde la eternidad eligió un limitado número de hombres para la vida eterna, con perfecta sinceridad invita a participar en la vida eterna a todos aquellos a quienes llega el evangelio. Ningún teólogo jamás ha tenido éxito al tratar de armonizar los elementos de esta paradoja ante el tribunal de la razón humana. Pero, los más grandes teólogos han aceptado humildemente ambas cosas como la pura verdad de Dios.

Juan 3:16 y Romanos 5:6, 8 no fueron escritos sólo para los elegidos. La Escritura nos habla del amor universal de Dios que se muestra, no sólo en los dones de la lluvia y el sol para los malos y buenos, para los injustos y justos, sino que también se muestra en el sincero ofrecimiento de salvación a todo aquel que oye el evangelio. Jurando por sí mismo, Dios dice: "Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y viva" (Ez. 33:11). Y el apóstol Pedro nos asegura que el Señor no quiere "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9).

A la luz de estos pasajes de la Sagrada Escritura, los más grandes maestros y predicadores de la iglesia cristiana han proclamado las buenas nuevas de la salvación, que a Dios no sólo le agrada sal-

var a todos los que se arrepienten y creen en él, sino que también le agrada que se arrepientan y crean y así se salven todos a quienes llegue el evangelio. Comentando sobre Ezequiel 33:11, Calvino dijo: "No hay cosa que Dios desee más ardientemente que eso, que todos los que están pereciendo y precipitándose hacia la destrucción vuelvan al camino de la seguridad". Los Cánones de Dort, que son una formulación precisa hecha por las iglesias reformadas de Europa de los así llamados cinco puntos del calvinismo, insisten: "Cuantos son llamados por el evangelio, son llamados con toda seriedad. Porque Dios ha declarado sincera y verdaderamente en su Palabra lo que le será agradable a él: a saber, que todos los llamados acuden a él" (Capítulos III y IV, Artículo 8). Herman Bavinck, aquel príncipe de los teólogos holandeses, dijo que el llamamiento del evangelio "es para todos sin excepción, y una prueba del infinito amor de Dios" (*Gereformeerde Dogmatiek*, Vol. IV, pág. 7).

Eso, también, es un aspecto significativo del evangelio glorioso, la proclamación del cual es la gloriosa tarea de la iglesia. Dios mismo encargó esta tarea a su iglesia cuando dijo: "Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sión; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; dí a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro!" (Is. 40:9).

## Capítulo 29

### LA IGLESIA COMO PREDICADORA DE LA SALVACION POR GRACIA

El glorioso mensaje de la iglesia cristiana tiene muchos aspectos. Es como una piedra preciosa que tiene muchas facetas brillantes. He aquí unas pocas de ellas: es un urgente y amoroso llamado al arrepentimiento; trae las buenas nuevas de lo que Dios ha hecho en la historia humana para los pecadores; es el evangelio de la salvación por gracia.

Los cristianos hablan y cantan mucho de la salvación por gracia, pero muy pocos tienen un claro entendimiento de lo que realmente significa esta salvación por gracia. Una definición simple y correcta de la salvación por gracia es *salvación por Dios*. La humanidad no confronta pregunta más urgente que ésta: Cómo salvarse del pecado y de la muerte. Todas las religiones que hay debajo del sol responden a esta pregunta, pero solamente una tiene la respuesta correcta. Solamente el cristianismo contesta que la salvación es y viene de Dios; todas las otras religiones afirman que el pecador debe salvarse a sí mismo. En pocas palabras, solamente el cristianismo ofrece la salvación por gracia.

Es muy triste decir que son pocas las iglesias que predicán el evangelio de la salvación por gracia en toda su pureza bíblica. Hay así llamadas iglesias que niegan esta verdad completamente. En forma abierta sustituyen esta salvación por gracia por una salvación por obras o carácter. Pero al hacerlo pierden todo el derecho de ser llamadas cristianas. Muchas iglesias comprometen el mensaje. Quieren dividir la obra de salvación entre Dios y el hombre, dando cierta participación a ambos. Tales iglesias detraen inmensurablemente de la belleza del mensaje dado por Dios.

Es la gloria de la iglesia cristiana, que ella ha sido comisionada por su divina Cabeza a proclamar el evangelio puro de la gracia de Dios. He aquí veamos algunos aspectos de este mensaje.

### DIOS EL PADRE PLANEÓ LA SALVACION

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Ef. 1:4, 5). En este pasaje de la Escritura, junto con muchos otros más, está fundada la doctrina de la elección divina. Los modernistas nada tienen que ver con esta doctrina, y a muchos fundamentalistas les desagrada tremendamente; pero es inequívocamente enseñada por Dios en su Palabra.

Sí, admitimos que la doctrina de la elección presenta grandes dificultades, insondables misterios para la mente humana. Aun así se puede decir algunas cosas respecto a ella con completa seguridad.

Dios elige, no el hombre. La Escritura afirma la misma en tantas palabras, y el hecho de que la elección ocurrió “antes de la fundación del mundo”, no deja otra posibilidad. El hombre no existía aún, salvo en el consejo de Dios. Debe refutarse, de plano, una muy difundida y popular concepción de la elección divina. Se dice que hay una elección que está sucediendo con respecto a la salvación del hombre. Dios vota por la salvación de cada persona, y el diablo vota por la perdición de cada individuo. Así el voto está en un empate en el caso de cada individuo, y es el individuo quien debe deshacer el empate. Si vota con Dios, el individuo resulta elegido. Esta presentación de la elección está muy lejos de ser inocua. Al transferir la elección que es de Dios al hombre, contradice flagrantemente la enseñanza bíblica de la salvación por gracia.

Dios no estaba en la obligación de escoger para la vida eterna a ninguno de la raza humana perdida. Si Dios hubiese permitido que todos los pecadores perecieran eternamente, todos hubieran recibido su justa paga. El concepto popular de que Dios debe a todo hombre por lo menos una oportunidad de salvación es una expresión de la arrogancia humana que deshonra a Dios. La única cosa que Dios debe con respecto al pecador es la condenación. De eso se concluye que la elección divina de unos para la vida eterna es un asunto de pura gracia.

No podemos decir por qué Dios escogió a ciertas personas para la vida eterna. Pero esto sí sabemos: la razón está en Dios, no en el

hombre. Dios no escogió a determinada persona por que vió de antemano que esa persona creería, sino Dios le escogió “según el puro afecto de su voluntad” (Ef. 1:5). Eso solamente puede significar que Dios le escogió soberanamente. La fe es una consecuencia de la elección, no su base. Esto, también, sabemos: Dios escogió a ciertas personas porque les amó; porque la Escritura dice: “Porque a los que antes conoció, también les predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29). *Conocer antes* aquí significa *amar desde la eternidad*. El por qué Dios haya amado a ciertas personas desde la eternidad sobrepasa nuestro entendimiento. Todo lo que podemos decir es que Dios les amó en Cristo.

No hay que suponer que Dios trae a los elegidos a la gloria impulsados por alguna fuerza externa, y que por la misma fuerza Dios echa a los no elegidos a la perdición. Eso no es el caso. Dios no lleva a los hombres al cielo ni les echa al infierno como quien echa piedras de un lugar a otro. Al contrario, Dios les trata como seres racionales y morales, por lo tanto seres responsables. Aunque es imposible para nuestra pobre mente reconciliar la responsabilidad humana, por un lado, con la soberanía divina, por el otro, la Palabra de Dios sostiene ambas cosas inequívocamente y sin entrar en componendas. Por lo tanto, cuando perece un pecador, perece porque no desea la salvación y él mismo llevará su culpa; y cuando se salva un pecador, se salva por la sola y pura gracia de Dios, que le ha hecho desear la salvación. Así toda la gloria pertenece a Dios.

### DIOS EL HIJO HIZO LOS MERITOS PARA LA SALVACION

El capítulo tres de Gálatas contiene dos citas del Antiguo Testamento. En ambos casos se halla la palabra *maldito*. El versículo 10 dice: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”. Esto se aplica a los pecadores. El versículo 13 dice: “Maldito todo aquel que es colgado en un madero”. Eso se aplica al Cristo crucificado. Hay una estrecha relación entre estas dos maldiciones. En la cruz del Calvario Cristo llevó la maldición que correspondía a los pecadores. Un famoso catecismo reformado dice: “El llevó la ira de Dios contra el pecado de toda la raza humana” (Catecismo de Heidelberg, Do-

mingo 15, pregunta 37). Más particularmente, por su muerte maldita, Cristo se propuso librar a los elegidos de la maldición de Dios ¡Y lo que se propuso, lo cumplió!

Pero Cristo hizo más que eso para los elegidos. No sólo los libertó de la maldición de Dios, sino que también ganó para ellos la bendición divina. No sólo pagó la deuda de ellos; también procuró para ellos infinitas riquezas. Esto es lo que los teólogos están pensando cuando dicen que Cristo no solamente libró a los elegidos de la muerte eterna por medio de su obediencia pasiva que se manifestó en su sufrimiento, sino que obtuvo para ellos vida eterna por su obediencia activa manifestada en su perfecto cumplimiento de la ley divina.

Digamos que alguien no posee absolutamente nada, pero debe un millón de dólares. Un rico y buen amigo paga su deuda. Por cierto aquel tiene sobrada razón para tener profunda gratitud. Pero, ¿cuánta riqueza tiene ahora? Obviamente queda tan pobre como era antes. Cristo no solamente pagó nuestra gran deuda hasta el último centavo, sino que además, él mereció para nosotros las infinitas riquezas de la vida eterna.

Es claro que Cristo ganó la completa salvación para los pecadores y, por lo tanto, no queda absolutamente nada más que hacer.

Esa preciosa verdad es negada por la enseñanza de la Iglesia de Roma, que el pecador es salvado por la combinación de los méritos de Cristo y los del hombre. Es negado aun más enfáticamente por la enseñanza del protestantismo liberal que el pecador es salvado, no por méritos de Cristo, sino por sus propias obras y carácter. Y, es triste decir, aun algunos protestantes creyentes fundamentalistas se inclinan a comprometer esta verdad con su enseñanza de "la obediencia evangélica". En realidad, ninguno de nosotros está sin el nefasto pecado de la justicia propia.

Nadie se salva por hacer lo mejor que pueda, porque "todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia" (Is. 64:6). Lágrimas de arrepentimiento no son el sustituto de la sangre de Cristo. Aunque se derramarían durante toda la vida nuestras lágrimas, ellas no harían expiación de nuestras transgresiones. El obrero más celoso en la iglesia de Cristo nunca será salvado por la obra que haga. Los hombres son salvados no por obras, sino por fe, y ni aun su fe merece salvación.

Como el mendigo que, al levantar sus manos para recibir limosna, no se gana por eso la limosna, así el pecador no tiene mérito alguno por el hecho de aceptar con fe la salvación que le es ofrecida. La "obediencia evangélica" del cristiano, que consiste en una vida de fe y amor, no puede nunca tomar el lugar de la más pequeña parte de la obediencia pasiva o activa de Cristo. Repitiendo una de las ilustraciones de Spurgeon: "aquel que quisiera entrar en el cielo por sus obras o su carácter es como el hombre que trata de subir al cielo por una escalera de arena". Así es el que trata de sustituir la fe y el amor por obras o carácter como la base de su salvación. El mismo predicador de la gracia de Dios dijo: "Si solamente nos quedara a nosotros poner una sola puntada al vestido celestial de nuestra justicia, estamos perdidos irremisiblemente". El Catecismo Menor de Westminster dice: "La fe en Jesucristo es una gracia salvadora, por la cual recibimos a Cristo, y confiamos *solamente* en él para la salvación" (Pregunta 86).

#### DIOS EL ESPIRITU SANTO APLICA LA SALVACION

En base a la obra completa de su Hijo, Dios con toda sinceridad ofrece vida eterna a todo aquel a quien llega el evangelio, y todo aquel que acepta en fe tal ofrecimiento es salvo.

No es nada extraño que no todos crean. La depravación total del hombre natural lo explica todo. El hombre ama más la muerte que la vida. La maravilla es que algunos creen. Cómo explicar esto es asunto de primera importancia.

Aquí muchos de los que se consideran conservadores se alejan de la verdad. Dicen que a estas alturas la salvación ya no es de Dios que muestra misericordia, sino de aquel que lo desea. Aquí, se afirma, la parte de Dios con respecto a la salvación termina y empieza la parte del hombre. Aun el hombre no regenerado, se afirma, tiene la capacidad de recibir a Cristo en fe, y haga o no el propio uso de tal capacidad, se vuelve a afirmar, depende de él. En otras palabras, Dios hizo posible la salvación para todo hombre por la muerte de su Hijo, y ahora es cosa de cada hombre hacer suya esta salvación por aceptar a Cristo por su propia y libre voluntad.

Esta enseñanza, que es en esencia puro arminianismo, particu-

larmente de la rama del arminianismo conocido como wesleyana, y lamentablemente es proclamada por muchos sinceros y celosos evangelistas, no puede reconciliarse con la doctrina bíblica de la salvación por la gracia de Dios. Habiendo establecido una correlación entre venir a él y creer en él, Jesús dijo: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:35, 44). Lidia, una de las mujeres que escucharon predicar a Pablo en Filipos, creyó en el evangelio. ¿Cómo se explica esto? La Palabra de Dios contesta la pregunta al decir, no que *ella* haya abierto su corazón, sino que *el Señor* abrió su corazón (Hch. 16:14). Pablo dijo a los cristianos de Filipos que "a vosotros os es *concedido* a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él" (Fil. 1:29). Y les informó a los de Corinto: "Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo" (1 Co. 12:3). Según la Escritura, la fe no precede al nuevo nacimiento, o la transición instantánea de la muerte a la vida que Dios obra, sino que le sigue; y eso quiere decir que la fe es un don de Dios el Espíritu Santo, antes que llegue a ser un acto del hombre. Aquí, también, la salvación es de Dios.

¿Es cierto, tal vez, que el pecador depende de la gracia del Espíritu Santo para entrar en la senda de la vida eterna, pero que una vez que haya entrado él puede caminar por sus propios medios? Esto no lo enseña la Palabra de Dios. La Palabra de Dios insiste en que él permanezca completamente dependiente de la gracia de Dios hasta el último paso. Significativamente, eso se enseña en un pasaje que enfatiza firmemente la responsabilidad de los creyentes. Pablo instó a los cristianos de Filipos: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer" (Fil. 2:12, 13). El sentido exacto de la segunda cláusula es: porque es Dios quien incesantemente continúa obrando en vosotros ambas cosas, el desear y el hacer. La continuada operación de la gracia del Espíritu Santo dentro del creyente le obliga y le capacita a ocuparse en su propia salvación.

Consciente de su completa dependencia de la gracia de Dios en el proceso de la salvación, el cristiano ora con Agustín: "Ordena, Señor, lo que deseas; da lo que ordenas". Y así canta:

Busqué al Señor, y después descubrí  
Que él movió a mi alma a buscarle, buscándome  
a mí.  
No fue yo quien le encontré, oh Salvador, verdad;  
No, fui yo encontrado por ti.  
Hallo, y ando, y amo; mas, el todo  
Amor es mi respuesta, a ti, Señor,  
Mas fuiste tú que antes me encontró  
Ya que siempre tú me amaste a mí.

¡Qué honor proclamar tan asombroso evangelio!

Esto es el único y solo evangelio que llena las necesidades del pecador, porque él mismo nunca podrá salvarse. Y eso da honor a Dios como ningún otro evangelio puede hacer, porque atribuye a Dios toda la gloria de la salvación del hombre.

Y sólo esto es el verdadero evangelio.

## LA IGLESIA COMO PREDICADORA DE LA GRATITUD CRISTIANA

Cierto catecismo hace esta pregunta: ¿Cuántas cosas debes saber para que, . . . puedas vivir y morir dichosamente? Y se contesta: "Tres. La primera, cuán grandes son mis pecados y miserias. La segunda, de qué manera puede ser librado de ellos. La tercera, la gratitud que debo a Dios por esa liberación" (Catecismo de Heidelberg, Domingo I, pregunta 2).

Estas tres cosas son tres aspectos del mensaje que Dios ha ordenado a su iglesia que proclame. Y debe proclamar la tercera tanto como las dos primeras. ¿No ha encargado el Señor, en su gran comisión a la iglesia que haga discípulos en todas las naciones "enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mt. 28:20)?

### LA GRATITUD Y LA GRACIA DEL SEÑOR

A menudo ha sido objeto de abuso la doctrina de la salvación por gracia. En tiempos de la iglesia apostólica parece que había aquellos que recomendaban que se continuara pecando para que la gracia fuese más abundante (Ro. 6:1). En la historia de las iglesias reformadas uno puede leer de aquellos que enfatizaron la verdad de la completa dependencia del creyente de la gracia de Dios para llevar una vida piadosa, con detrimento a la verdad complementaria de su completa responsabilidad para llevar tal vida piadosa. El que escribe ha conocido a un hombre que fue al mismo tiempo miembro de una iglesia y un borracho. Cuando fue amonestado para romper con ese pecado, él contestaba siempre así: "La salvación es por gracia, no por obras", y diciendo esto continuaba en el vicio del licor. Es difícil imaginarse un razonamiento más ilógico.

Ninguno que ha sido salvado por gracia puede vivir contento en

el pecado. Quien voluntariamente sirve el pecado, por ese mismo hecho da una completa evidencia de que no es salvo. A la pregunta: "¿Persevaremos en el pecado para que la gracia abunde?", el apóstol Pablo contesta: "Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" (Ro. 6:2).

La Escritura enseña la salvación por fe, no por obras; y la salvación por la fe sola es el exacto equivalente de la salvación por gracia. Pero en ninguna parte enseña la Escritura la salvación por fe que no obra. Por el contrario, denuncia a tal fe como muerta y por lo tanto completamente sin valor. Santiago dice enfáticamente en su epístola: "Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras es muerta" (Stg. 2:26). Y cuando Pablo insiste con todo vigor, en la justificación por la fe sola, él está pensando en una fe viviente; en sus propias palabras, "Fe que obra por amor" (Gá. 5:6). Pablo y Santiago están en completo acuerdo.

La salvación por gracia presenta el más puro motivo para una vida piadosa. Mientras que todas las otras religiones dicen a los hombres que hagan lo bueno para que sean salvos, el cristianismo ordena a los cristianos a hacer lo bueno por que han sido salvados. Todas las otras religiones dicen: "Haz y vivirás". Solamente el cristianismo dice: "Vive y haz". Así el cristiano es motivado en sus acciones por el amor a Dios y en gratitud a Dios. Así la meta máxima de su vida no es su propio bien, sino la gloria de Dios, su Salvador.

La salvación por gracia, lejos de servir como pretexto para una vida impía, ofrece el más poderoso incentivo para la piedad. La salvación por gracia no es nada menos que la salvación por Dios, porque Dios es el que hace todo. Pues, aun cuando los regenerados están ocupados en su propia salvación con temor y temblor, como deben hacerlo por cierto, lo hacen únicamente porque Dios primero obró en ellos, y porque continúa obrando en ellos, tanto el querer como el hacer (Fil. 2:12, 13). Así Dios tiene derecho a recibir todo el crédito por la salvación del hombre. Esto tiene una relación muy directa e importante con la vida de aquel que es salvo. Si Dios había hecho, digamos, el cincuenta por ciento de la salvación y el pecador el otro cincuenta por ciento, el pecador podría razonablemente dedicar la mitad de lo que es y tiene a Dios y la otra mitad a sí mismo. Si Dios había hecho el noventa por ciento y el



pecador el diez por ciento, entonces con todo derecho debería dedicar el noventa por ciento a Dios de lo que es y lo que tiene, y podría quedarse con el diez por ciento para sí mismo. Pero el hecho es que Dios hizo toda la obra de salvación del pecador; por eso le es menester decir:

El mundo entero no será  
Dáviva digna de ofrecer.  
Amor tan grande y sin igual  
En cambio exige *todo* el ser.

### GRATITUD Y LA LEY DE DIOS

Pues, ¿cómo debe demostrar el cristiano su gratitud a Dios por el don de la salvación?

Hay los que ahora divorcian la dirección del Espíritu Santo de la Palabra de Dios, particularmente de la ley de Dios que está en su Palabra. Esta es una de las características sobresalientes del misticismo, que una y otra vez en la historia de la iglesia ha alzado su horrible cabeza aparentando una piedad excepcional. Hay mucho de esto hoy día en el cristianismo. Los seguidores del movimiento del Grupo Oxford, conocido también como el "Buchmanismo" y el "Rearme moral" buscan descubrir la voluntad de Dios por el orar a Dios y luego el escuchar en silencio a él con lápiz y papel en la mano para apuntar lo que él pueda revelar. El dispensacionismo moderno hace una clara distinción entre la dispensación de la ley y la del Espíritu, e insiste en que el cristiano, ya que es controlado por el Espíritu, no está obligado a obedecer la ley, particularmente el decálogo. Esta escuela de pensamiento enseña que nueve de los diez mandamientos, con excepción del cuarto, se repiten en substancia en los escritos de los apóstoles y a los cuales está obligado el cristiano a sujetarse. El bartianismo niega que la Biblia contiene la revelación objetiva de la voluntad de Dios para la conducta del hombre en todos los tiempos, lugares y circunstancias. El bartianismo enseña que el cristiano en su conducta está libre de la ley, libre para hacer la voluntad de Dios como es guiado por el ojo de Dios día tras día. Y ¡cuántos cristianos en su búsqueda de saber la voluntad de Dios sustituyen la dirección de la Sagrada Escritura por un misterioso tipo de experiencia subjetiva!

La voluntad de Dios expresada en su Palabra, particularmente en la ley moral, es la única e infalible guía para la vida cristiana de gratitud. Con la iluminación del Espíritu sobre la Palabra, trayendo a la luz la verdad de Dios, ella es nuestra completa y suficiente guía. La Confesión de Fe de Westmister dice sobre el particular: "Todo el consejo de Dios tocante a todas las cosas necesarias para su propia gloria y para la salvación, fe y vida del hombre, o está claramente expuesto en la Escritura o por buena y necesaria consecuencia se puede deducir de la Escritura; y a ella nada se le puede negar, en ningún momento, ni por nuevas revelaciones del Espíritu ni por tradiciones de hombres (Capítulo I; Sección VI).

No hay que olvidarse nunca que la más estricta obediencia a la letra de la ley, si no es al mismo tiempo obediencia al espíritu de la ley, es en efecto desobediencia. Eso es una manera de decir que únicamente aquel que es motivado por el amor a Dios al guardar los mandamientos de Dios, está realmente guardándolos. Y eso se aplica a ambas tablas de la ley de Dios. La primera requiere el amor a Dios, la segunda demanda el amor al prójimo; pero solamente aquel que ama a su prójimo por amor a Dios, le ama en la manera que Dios requiere. El verdadero amor al prójimo brota del amor a Dios. Esto se implica claramente en la amonestación del apóstol del amor: "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios y conoce a Dios" (1 Jn. 4:7).

Los cristianos deben amar a Dios porque él los amó primero. Y, sí, lo aman porque él los amó primero. "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero" (1 Jn. 4:19), no es un mandato sino una declaración de una realidad. Con esto en mente Jesús dijo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Jn. 14:15).

### LA GRATITUD Y EL SEÑORIO DE CRISTO

Es imposible recibir a Cristo como Salvador sin reconocerle de inmediato también como Señor. El que dice que Cristo es su Salvador y rehusa obedecer sus mandatos es mentiroso y se engaña a sí mismo. El hecho claro es que tal persona no está aún salva.

Jesús declaró: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame" (Mt. 16:24). En una ocasión

cuando le seguían grandes multitudes, les dijo: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y su madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14:26). Cristo repetidamente recomendó a aquellos que querían ser sus seguidores que no debían actuar apresuradamente, sino que primero consideraran las demandas del discipulado. Cuando cierto hombre le dijo entusiasmado: "Señor, te seguiré adonde quiera que vayas" (Lc. 9:57, 58) Jesús le reprimió diciéndole claramente: "Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza" (Lc. 9:57, 58).

La primera cosa que Saulo de Tarso hizo luego de su experiencia de la gracia salvadora de Cristo, en el camino a Damasco, fue preguntar: "¿Quién eres, Señor?". Y tan pronto que oyó la respuesta, exclamó: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hch. 9:5, 6; 22:10). Pablo no aceptó a Cristo primero como Salvador y más tarde como Señor. El le aceptó de inmediato en sus dos cualidades. Creer en Cristo y obedecerle no son dos actos separados, sino dos aspectos de un mismo acto.

La sangre del Hijo de Dios vertida en el Gólgota no sólo expió los pecados de los elegidos, sino que también los compró. Ellos son "comprados por precio" (1 Co. 6:20; 7:23). En consecuencia, ellos le pertenecen. Ellos son su misma propiedad. Eso significa que él nunca permitirá a hombre alguno arrebatárselos de su mano (Jn. 10:28), sino que ciertamente los salvará perpetuamente (He. 7:25). Pero esto también implica que ellos están en el sagrado deber de honrarle como Señor y Maestro por medio de una completa obediencia.

Una joven morena fue puesta en subasta en un mercado de esclavos. Las ofertas fueron cada vez más altas, hasta que al final un caballero la compró por un precio muy alto. Apenas hubo pagado el precio por ella cuando le dijo: "Te he comprado para hacerte libre; tú puedes ir donde tu quieras". Pero ella se arrimó a él y llorando le dijo: "Tu me has salvado de la esclavitud; ahora tu eres mi amo; yo te quiero servir toda la vida".

El apóstol Pablo a menudo se refería a sí mismo como "esclavo de Jesucristo". Esa es descripción exacta de cada cristiano. Pero, como el gran apóstol, el cristiano sirve a su Señor con gozo; desde

lo más profundo de su corazón sale el amor de gratitud hacia aquel que le amó de tal manera que le redimió de la vil esclavitud de Satanás y del pecado con su preciosa sangre.

## LA IGLESIA COMO PREDICADORA DE LA SOBERANÍA DE CRISTO

Cristo es Dios, y es autoevidente que como Dios él es Rey eternamente sobre todas las cosas. Por eso los teólogos hablan de su oficio real original (o divino), lo que pertenece a su esencia como Dios.

La Escritura también enseña el oficio real *mediador* de Cristo, que el Padre le dió a él, el Dios-hombre, como una recompensa por su obediencia y sufrimiento. En virtud de su oficio real Cristo gobierna a la iglesia por cierto; pero su oficio real mediador se extiende sobre todo el universo.

Mientras que la iglesia tiene el ineludible deber de predicar el reinado de Cristo en todos sus aspectos, debe también llamarse la atención en particular a la gloriosa tarea de la iglesia de proclamar su majestad mediadora sobre todo el universo.

### UNA VERDAD BIBLICA

El dispensacionalismo niega el reinado de Cristo sobre el mundo como una realidad actual. Tales influyentes teólogos dialécticos como Karl Barth y Emil Brunner también están en peligro de negar la realidad presente del reino de Cristo. Mientras que admiten que el reino no es una realidad meramente del futuro, porque en Jesucristo se ha iniciado la penetración en el proceso histórico del mundo, ellos sin embargo insisten que el reino es exclusivamente escatológico.

La enseñanza de la Palabra de Dios sobre este asunto es completamente clara. Aunque la consumación del reino está reservada para el futuro, la Escritura enseña enfáticamente que Cristo está reinando sobre el universo aun hoy mismo. "Preciso es que él

reine", nos dice la Escritura, "hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Co. 15:25). Cristo, en su mandato a la iglesia de hacer discípulos en todas las naciones, declaró majestuosamente: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mt. 28:18). El apóstol Pablo declaró que Dios ha sentado a Cristo "a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dió por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia" (Ef. 1:20-22). Y el vidente en Patmos describió a Cristo como "el soberano de los reyes de la tierra" (Ap. 1:5).

Los que niegan el presente reinado de Cristo sobre el mundo a menudo recurren a lo que la Escritura dice acerca de Satanás como "el príncipe de este mundo". Pero ellos no toman debida nota del hecho evidente que cada vez que la Escritura llama a Satanás por ese nombre, ella enseña que Cristo con su muerte venció a Satanás como príncipe de este mundo. En Juan 12:31 Jesús dijo con referencia a su inminente crucifixión: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera". En Juan 14:30, cuando se acercaba el momento de su muerte, Jesús dijo a sus discípulos: "Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí". Y en Juan 16:11 Jesús dijo que el Consolador viene y convencerá al mundo de juicio "por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado". Cualquier influencia que Satanás pueda tener en la misteriosa providencia de Dios en este mundo, el hecho queda que Cristo, y no Satanás, gobierna el universo. Satanás no puede ni siquiera moverse sin el permiso de Cristo.

### UNA VERDAD CONFORTANTE

La Escritura enseña el desarrollo paralelo en la historia humana de dos reinos, el de la luz y el de las tinieblas. Al parecer, este último aventaja en mucho al primero. Mientras que las naciones paganas están siendo evangelizadas lentamente y más lento aún están siendo cristianizadas, las así llamadas naciones cristianas, en cambio, rápidamente están retrocediendo hacia el paganismo. En algunos lugares la iglesia de Cristo está siendo aplastada bajo el yugo

del totalitarismo despótico; en otros, la iglesia se corrumpe desde adentro. No es que solamente la iglesia se encuentra en un mundo hostil, sino que el mundo hostil se encuentra dentro de la iglesia. En su determinado esfuerzo por destruirla, el mundo es ayudado incalculablemente por una quinta columna dentro de la iglesia. No es de sorprenderse que aun aquellos que son el fiel remanente están desanimados, y casi abatidos.

¡Qué gran consuelo es saber que sentado a la diestra de Dios está un Rey todopoderoso, cuyo reino es supremo no sólo sobre su iglesia, sino también sobre todos los poderes del universo que quisieran destruir su santa iglesia! A través de la oscura noche de densas tinieblas viene su voz: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Lc. 12:32).

Un barco está atravesando el océano. Tiene uno de los mejores capitanes. ¿Puede él garantizar la seguridad del barco? Por cierto que no, porque él no tiene control sobre los vientos y las olas. Ambos podrían reducir la nave a pedazos. La iglesia de Dios es un barco, digamos, que está atravesando el océano del mundo. Pero, ¡qué Capitán es el que tiene! El es el Señor no sólo del barco, sino también de todas las fuerzas que pudieran destruir el barco. Este es quien ordenó a los vientos y a las olas del Mar de Galilea: "Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza" (Mr. 4:39). Su omnipotencia es la completa garantía del arribo seguro a su destino final.

Pero ésta no es toda la verdad. No es que simplemente *a pesar* de todos los ataques la iglesia ha de prevalecer; es que prevalecerá *a través* de ellas. Como en el caso del creyente individual, todas cosas, particularmente las pruebas de la vida, ayudan a bien, así el Rey Todopoderoso anula todos los asaltos e intentos de destrucción de su iglesia para el bien de su reino. Es por eso que aun la ira del hombre alabaré a Dios (Sal. 76:10).

En razón del reinado de Cristo sobre todo el universo, el feroz príncipe de las tinieblas y el mundo hostil nunca prevalecerán contra su iglesia. Los fieles miembros de la iglesia de Cristo exclamarán al unísono:

¿Por qué se amotinan las gentes,  
Y los pueblos piensan cosas vanas?

Se levantarán los reyes de la tierra,  
Y los príncipes consultarán unidos  
Contra Jehová y contra su ungió, diciendo:  
Rompamos sus ligaduras,  
Y echemos de nosotros sus cuerdas.  
El que mora en los cielos se reirá;  
El Señor se burlará de ellos.  
Luego hablará a ellos en su furor,  
Y los turbará con su ira.  
Pero yo he puesto mi rey  
Sobre Sión, mi santo monte.

Ya está por amanecer el día cuando Cristo echará a la ruina absoluta el reino de Satanás y encima de estas ruinas establecerá su propio reino eterno. Entonces se oirán las grandes voces en el cielo que dicen: "Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos" (Ap. 11:15).

#### UNA VERDAD EXIGENTE

Ya que Cristo es Rey sobre todo el universo, se requiere que todos los hombres le reconozcan como tal y observen todas las cosas que él ha ordenado (Mt. 28:20). Y es la gloriosa tarea de la iglesia enfrentar a los hombres con esta obligación.

Hay que confesar que en muchos casos la iglesia cristiana ha sido tristemente negligente en la realización de esta tarea.

Por cierto, los liberales con su evangelio social hablan mucho del reinado de Cristo, pero niegan muchas de las verdades cardinales de la fe cristiana, de tal modo que se ha perdido el derecho a todas las justas demandas del cristianismo. Uno de sus errores más fatales es el divorcio entre el reinado de Cristo y su cruz. La Escritura enseña que Dios dió a Cristo un nombre que es sobre todo nombre, *porque* él fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:8, 9). Y es un simple hecho que ningún pecador dará nunca honor a Cristo como Señor si antes no le ha encontrado como Salvador. Por su negación de la doctrina bíblica de la expiación, el evangelio social del modernismo ha arrancado el reino de Cristo de

su fundamento y así lo ha transformado en un castillo en el aire.

El dispensacionalismo, por el otro lado, ha hecho un laudable énfasis en la expiación pero, es triste decirlo, niega que el reinado de Cristo sobre el mundo es una realidad presente. Por lo tanto no tiene interés en la salvación de la sociedad. Uno de sus exponentes ha dicho: "El mundo está ardiendo, pero no tengo el menor interés de apagar este fuego; mi única preocupación es rescatar de este fuego a los individuos".

Es el sagrado deber de la iglesia llamar a todos los hombres al reconocimiento de Cristo como Rey, no solamente en su vida personal, sino también en sus relaciones con otros. Y esa es una manera de decir que la iglesia nunca debe descuidar de predicar las implicaciones sociales del evangelio. Pongamos algunos ejemplos.

Uno de los problemas sociales más agudos en nuestros días, uno que requiere de nuestra atención especial, concierne las mutuas relaciones entre esposo y esposa. Muchos esposos en la actualidad se ríen a boca abierta de la completa fidelidad hacia su esposa y muchas mujeres modernas se burlan de la noción de obediencia a sus esposos. Pero Cristo ordena: "Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia. . . . Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (Ef. 5:22-25).

Una de las más destructivas influencias en la sociedad moderna es el desajuste en las relaciones entre empleados y empleadores. De acuerdo a la Escritura, la solución de este problema estriba en el reconocimiento de ambos del reinado de Cristo. La Palabra de Dios dice: "Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. . . . Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos sabiendo que también vosotros tenéis un amo en los cielos" (Col. 3:22—4:1).

En ninguna época de la historia humana los gobernantes de las naciones se han visto agobiados con tan sorprendentes problemas y han sido llamados a tomar decisiones tan trascendentales como hoy día. "Ser o no ser" es la alternativa que confronta nuestra civilización. Toda la humanidad está temblando al borde de una horrenda destrucción. Hay muchos que interpretan el principio de se-

paración entre la iglesia y el estado para sostener que la iglesia debe mantenerse alejada de tales asuntos. Pero la verdad de todo esto es que es su solemne deber, a la par de ser su gran privilegio, de instruir a las autoridades civiles en la ley de Dios en lo relacionado a sus problemas, y denunciar sin temor la maldad en las altas esferas, como hicieron los profetas de antaño, y demandar que los presidentes y los poderosos de la tierra se inclinen reverentemente ante Cristo, como Rey de reyes y Señor de señores.

El evangelio tiene muchas implicaciones sociales, tantas que resulta imposible enumerar a todas ellas. La iglesia debe insistir que Cristo es indudablemente la cabeza sobre *todas* las cosas, y debe demandar que todos los hombres honren a Cristo como Señor en todas las esferas de la vida.

¡Que la iglesia de Cristo sea consciente de su dignidad, dada por Dios, que deje de agacharse ante los poderosos de este mundo, y que suba "sobre las alturas de la tierra" (Is. 58:14)!

## LOS SACRAMENTOS

La Iglesia de Roma está en error cuando enseña que la iglesia confiere gracia salvadora a los hombres. Sólo Dios puede hacer tal cosa. Dios salva, no la iglesia. Pero es cierto que Dios ha honrado a su iglesia al confiarle los *medios* por los cuales Dios acostumbra impartir esta gracia salvadora a los hombres. Uno de estos medios es la Palabra de Dios. Por medio de su Palabra Dios da fe a aquellos que no la tienen y fortalece la fe de aquellos que ya la tienen. Los sacramentos son otro medio de gracia por el cual Dios fortalece la fe de su pueblo.

### SU NUMERO

En la antigua dispensación Dios instituyó dos sacramentos, la circuncisión y la pascua. En la nueva dispensación el Señor Jesucristo substituyó el bautismo por la circuncisión, y la santa cena por la pascua. La razón importante para esta substitución fue que después de derramar Cristo su propia sangre en el Calvario, sacramentos sin sangre tenían que reemplazar a los sacramentos con sangre. En los dos sacramentos del Antiguo Testamento hubo derramamiento de sangre. El significado, no obstante, de los sacramentos en las dos dispensaciones es esencialmente el mismo, y su número es idéntico.

A los dos sacramentos del Nuevo Testamento la Iglesia de Roma ha agregado cinco más: la penitencia, la confirmación, el orden sagrado, el matrimonio y la extrema unción. Ciertas confesiones evangélicas hablan de tres en lugar de dos; agregan el "lavamiento de pies", interpretando literalmente y como una ordenanza perpetua el mandamiento de Cristo: "Pues si yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros" (Jn. 13:14).

Es evidente que el número de sacramentos que observa una iglesia se determina por lo que se define sacramento. Cuanto más elástica es la definición, más grande será el número; cuanto más estricta es, el número será menor. De eso se sigue que la iglesia que reconoce sólo dos sacramentos, define al sacramento en forma más restringida, y así los exalta más que lo que hace la iglesia que reconoce un número mayor.

Ahora bien, es un hecho significativo que toda la iglesia cristiana ha reconocido siempre y en forma unánime el santo bautismo y la santa cena como sacramentos. Y estos dos sacramentos, como aquellos de la antigua dispensación, son ordenanzas divinas cuyo significado es la gracia salvadora de Dios. Esta definición, por supuesto, no encuadra con ningún otro de los así llamados sacramentos. La penitencia, la confirmación y la extrema unción no tienen base alguna en la Escritura y por lo tanto no pueden ser calificadas como ordenanzas divinas. También, no es posible sostener que el Señor Jesús pensara que sea un requisito esencial que sus discípulos, en cualquier época, laven literalmente los pies los unos de los otros. Y, aunque el matrimonio y el orden sagrado son indudablemente ordenanzas divinas, ellos no llevan en sí el significado de gracia salvadora.

Concluimos que hay únicamente dos sacramentos: el santo bautismo y la santa cena. Esta conclusión ennoblece a los sacramentos, y por lo mismo ennoblece también a la iglesia, a la cual han sido confiados tales sacramentos.

### SU SIGNIFICADO

Conviene que entendamos claramente que los sacramentos no añaden nada a la Palabra de Dios. No hay nada en los sacramentos que no esté en la Palabra de Dios. Cuando la iglesia administra los sacramentos, ella proclama en forma visible el mismo evangelio que proclama audiblemente por medio de la predicación. Por la predicación de la Palabra se presenta el evangelio por las puertas del oído; por la administración de los sacramentos se presenta el mismo evangelio por las puertas de la vista. Eso no quiere decir que los sacramentos carecen de dignidad. Al contrario, significa que comparten en la alta dignidad que goza la Palabra de Dios.

Los sacramentos son medios de gracia. Eso quiere decir que son medios a través de los cuales Dios el Espíritu Santo acostumbra impartir su gracia a los creyentes. Es importante mantener que ellos no son más que eso—medios de gracia; es asimismo importante mantener que no son menos que eso.

La Iglesia de Roma enseña que los sacramentos son más que medios de gracia, porque en sí mismos contienen la gracia que confieren. Zuinglio, uno de los reformadores del siglo XVI, sostuvo que los sacramentos son menos que medios de gracia, siendo nada más que un vívido recuerdo de la obra salvadora de Cristo. Este punto de vista tiene muchos adherentes en las iglesias evangélicas de nuestros días. Así la Iglesia de Roma exagera el significado de los sacramentos, mientras que Zuinglio y sus seguidores lo minimizan. Los luteranos y los calvinistas, por otra parte, asumen una posición equilibrada que es Dios, y no el rito eclesiástico, que confiere gracia salvadora pero que le agrada a Dios hacerlo por medio de las ordenanzas eclesiásticas que él ha ordenado a ese fin. Que esta posición es bíblica, no hay duda. Una y otra vez, la Escritura enseña que la "salvación es de Jehová" (Sal. 3:8), y es una prerrogativa que Dios ha reservado para sí mismo. Y cuando Pedro en su sermón en Pentecostés exhortó a sus oyentes: "Bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados" (Hch. 2:38), él evidentemente juzgó el bautismo como mucho más que un mero acto o rito recordatorio de la muerte de Cristo por los pecadores. Ananías de Damasco dió también al bautismo la importancia que la Escritura le confiere, cuando dijo a Saulo: "Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre" (Hch. 22:16).

Se han definido a los sacramentos como señales y sellos del pacto de gracia. Esta es una manera de decir que significan y sellan, para los que están dentro del pacto, los beneficios de la redención de Cristo. Pero no sólo *significan* la salvación; como sellos se unen a la promesa divina de salvación para *autenticarla*, como el arco iris fue hecho el sello de la promesa divina a Noé de la continuidad de la naturaleza. Eso no es todo. Como sellos, los sacramentos en realidad confieren la gracia que suelen significar, así como una llave concede entrada o la ceremonia del matrimonio concede los derechos del matrimonio.

### SU EFICACIA

¿Cuándo y cómo, precisamente, confieren los sacramentos la gracia de Dios? Sobre este asunto hay serias diferencias de opinión. Sin entrar en complicados detalles, se puede decir que hay tres puntos o consideraciones sobre el particular.

La primera cuestión es si la eficacia de los sacramentos depende o no de la buena intención de la persona que los administra. La Iglesia de Roma contesta en forma afirmativa, pero la posición que asume es de lo más vulnerable. Está en la línea que es su característica, de hacer que la gente dependa totalmente del sacerdocio. Pero, ¿quién dirá que la eficacia de la Palabra depende de la buena intención del predicador? Por cierto que hay casos en que Dios puede salvar a alguien por la proclamación del evangelio hecha por una persona no convertida. Entonces que ninguno presuma dictar la ley a Dios prohibiéndole a él (Dios) impartir la gracia a través de un sacramento administrado por un falso ministro de Cristo.

El segundo punto es si la eficacia que confiere gracia reside en los sacramentos mismos o en el Espíritu Santo que actúa a través de ellos. La Iglesia de Roma sostiene enfáticamente que los sacramentos contienen la gracia que comunican y que, consecuentemente, ellos comunican la gracia automáticamente. El luteranismo no rechaza del todo tal posición. Sin embargo, la fe reformada insiste en que los sacramentos no tienen ninguna eficacia intrínseca, sino que son hechos eficaces únicamente por el Espíritu Santo, quien los usa soberanamente para hacer su voluntad. Este punto de vista está en armonía con la inequívoca enseñanza de la Escritura, que la salvación desde el principio hasta el fin es una prerrogativa divina.

El tercer punto es si es necesaria la fe o no por parte del recipiente de los sacramentos para que se beneficie de ellos. Sobre este particular la Iglesia de Roma y el calvinismo están en franca oposición, en tanto que el luteranismo ocupa una posición intermedia. La Iglesia de Roma enseña que los sacramentos confieren gracia automáticamente sobre el recipiente, ya sea que éste crea o no. Solamente cuando ofrece oposición activa pierde los beneficios del sacramento. Los luteranos dicen que la gracia es objetivamente comunicada al recipiente, tenga o no tenga fe, pero que esa gracia es

apropiada subjetivamente solamente por aquel que lo recibe con fe. A modo de comparación se ha dicho que aunque la leña no se quemará a menos que esté seca, sin embargo, la sequedad de la leña no dará poder al fuego que está ardiendo debajo de ella. De igual modo se ha argumentado análogamente que aunque la mujer con flujo de sangre no hubiera sido curada si ella no hubiera tocado con fe al Señor, aun así el poder de curar residente en él fue real, aunque ella haya creído o no. La posición reformada es que solamente los que creen reciben gracia a través de los sacramentos. El hecho de que en la iglesia apostólica la fe era un requisito indispensable para el bautismo, confirma ese punto de vista, p. ej. Hechos 2:41; 16:31. Y de igual modo fue la advertencia apostólica de que todos los que participan de la Cena del Señor indignamente, juicio comen y beben para sí (1 Co. 11:29).

#### SU SANTIDAD

Aunque la palabra *sacramento* no se encuentra en la Escritura, dicha palabra describe con exactitud las ordenanzas en consideración. La palabra las designa como *cosas santas*. Es por eso que los cristianos suelen hablar del *santo* bautismo y la *santa* comunión. Es un asunto de suprema importancia que la iglesia, a la cual el Señor ha confiado los sacramentos, los guarde *santos*.

Es por eso que los sacramentos deben ser celebrados solamente por la iglesia. Un grupo de personas no organizado como iglesia, aunque fuesen cristianos, no tienen el derecho de celebrar los sacramentos. Como la Palabra, deben ser administrados por un ministro ordenado. Y al ministro no le es permitido administrarlos sino solamente en una reunión del pueblo de Dios. Si por una circunstancia excepcional se considera propio administrar un sacramento a alguien que no puede venir a la iglesia, la iglesia debe ir a él. Eso puede ocurrir cuando, por ejemplo, un pastor, acompañado por uno o dos ancianos gobernantes de la iglesia, administra la Cena del Señor a un creyente postrado en cama.

La iglesia nunca debe bautizar a un adulto que no muestre clara evidencia de creer en el Señor Jesucristo. Tampoco debe la iglesia bautizar a cualquier niño, sino sólo a aquellos cuyos padres son miembros en plena comunión. Se debe tener extremo cuidado so-

bre este particular a fin de evitar una posible decadencia de la iglesia.

De igual modo, la gran mayoría de las iglesias de hoy practican lo que con orgullo llaman comunión abierta. Por comunión abierta se entiende que todos los que asisten al servicio de comunión, y que afirman ser cristianos, pueden participar libremente de este sacramento. Por lo general los oficiales de la iglesia no se preocupan de averiguar si el visitante es un cristiano o no. Dejan el asunto a juicio propio del visitante. No es del todo difícil imaginar cuál va a ser el resultado de tal proceder. Especialmente en estos días cuando reina una desesperante confusión dentro de la iglesia en lo que respecta a lo que significa ser cristiano; cuando hay una aguda división entre los dirigentes de la iglesia en lo que se refiere a la persona de Cristo, si es un mero hombre, aunque bueno y noble, o el Hijo de Dios en el estricto sentido de que es Dios mismo; cuando la interpretación bíblica de la muerte de Cristo es a menudo menospreciada, aun por los autotitulados teólogos cristianos, en términos de una "teología del matadero"; y cuando el término *fe* es a menudo vaciado de todo su contenido religioso, esta forma de pensar puede únicamente ser desastrosa para la santidad del sacramento de la santa comunión.

Los sacramentos son santos. La gran Cabeza de la iglesia ha confiado estas santas ordenanzas a su santa iglesia. Existe la más íntima relación entre la santidad de los sacramentos y la santidad de la iglesia. Conservar la santidad de los sacramentos es a la vez una responsabilidad asignada por Dios a la iglesia y un gran privilegio. La iglesia que descuida tal responsabilidad y desprecia tal privilegio no podrá continuar siendo santa. Pisotea su propia gloria.



## HIJOS SANTOS

Una de las consecuencias de la predicación del evangelio por el apóstol Pablo en la ciudad pagana de Corinto fue que en numerosas familias o el esposo o la esposa llegó a ser cristiano, mientras que la esposa o el esposo permaneció pagano. Esto trajo a la mesa la pregunta si en tales circunstancias el creyente debería continuar viviendo en matrimonio con un no creyente. El apóstol enseñó que ordinariamente deberían seguir viviendo juntos. Pero significativamente, no hubo pregunta alguna en la iglesia de Corinto sobre el estado eclesiástico de los hijos de tal matrimonio. Fue entendido por todos que la posición de los tales con relación a la iglesia era la misma como la de los hijos cuyos dos padres eran creyentes. Pablo aseguó que ellos eran *santos* (1 Co. 7:14).

Sin intentar hacer una exégesis exhaustiva del término *santo* en este contexto, se puede afirmar que los hijos de los creyentes son miembros de la santa iglesia universal. Todos ellos son miembros de la iglesia visible. Muchos de ellos son inclusive miembros de la iglesia invisible. Aquellos que mueren en la infancia son trasladados a la iglesia triunfante.

Por esta triple relación de los hijos de creyentes con la iglesia, la gloria de la iglesia cristiana se realza grandemente.

### LOS HIJOS DEL PACTO Y LA IGLESIA VISIBLE

Lo menos que el apóstol podría significar cuando describió a los hijos de los creyentes como santos fue que ellos eran miembros de la iglesia visible. Meyer en su comentario dice: "Los hijos de los cristianos *no* son profanos, ni están fuera de la comunidad teocrática y el pacto divino, ni pertenecen a un mundo impío, antes bien son *santos*".

La iglesia está constituida por aquellos con quienes Dios ha establecido el pacto de gracia, y la Escritura abunda en insistir que este número no sólo incluye a los creyentes sino también a sus hijos. Dios dijo a Abraham, el padre de los creyentes: "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de tí" (Gn. 17:7). Y el apóstol Pedro estaba pensando en el mismo pacto de gracia cuando en su sermón en Pentecostés imploró a "la casa de Israel, diciendo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos" (Hch. 2:38, 39).

Ya que los hijos de los creyentes están en el pacto de gracia y la iglesia consiste de aquellos que están en el pacto, por lo tanto sus hijos deben ser recibidos por el bautismo dentro de la membresía de la iglesia. Nada podría ser más lógico. Y así no es una sorpresa que la mayor parte de la iglesia cristiana desde los días de los apóstoles hasta hoy haya practicado el bautismo infantil.

Desgraciadamente, muchas iglesias que bautizan a los infantes, hace mucho tiempo ya han divorciado esta práctica del pacto de gracia. Las consecuencias son deplorables. La Iglesia de Roma enseña que los hijos deberían indefectiblemente ser bautizados porque, si mueren sin el beneficio de este sacramento, serían enviados a una área especial reservada para los niños no bautizados, donde no sufren dolor, de veras, pero pierden el gozo de ver a Dios. Muchas iglesias protestantes se han apartado, en este respecto, tan lejos de la verdad como la Iglesia de Roma. Habiendo sido cubierto de superstición el bautismo de infantes, muchos padres en las iglesias protestantes tienen una vaga noción que en alguna forma mágica este sacramento garantiza la salvación de sus hijos si murieran en la infancia, o por lo menos mejora la oportunidad de ser salvados. A menudo el bautismo de infantes es considerado como un mero rito de dedicación. Se piensa que en esta ceremonia los padres dedican sus hijos a Dios—y así lo hacen, pero se olvidan de las promesas y obligaciones del pacto de gracia. Y comparativamente pocas iglesias protestantes hoy en día toman en serio el hecho de que los niños bautizados sean miembros.

Esa es una razón, y muy poderosa, porque tan pocas iglesias en

la actualidad pueden mantener en su seno a los hijos del pacto. Muchas iglesias protestantes ponen a sus hijos en la misma categoría que los hijos de los incrédulos y paganos. Si la iglesia no los cuenta a ellos como miembros, ¿cómo se podrá esperar que ellos mismos se consideren miembros de la iglesia? Por no tener el sentido de pertenecer a la iglesia, simplemente se van. Y si la iglesia les considera como paganos, no es de extrañarse si se portan como paganos.

Por la gracia de Dios hay excepciones a esta regla. Unas pocas iglesias toman aún en serio la doctrina del pacto en lo que se relaciona con los hijos de los creyentes, bautizan a estos hijos porque están en el pacto, y les cuentan de hecho como miembros de la iglesia. Aquellas iglesias insisten, y en forma correcta, que sean miembros *en pleno*. Por cierto, ellos no están considerados como miembros comunicantes, porque el sacramento de la santa cena es sólo para los miembros en plena comunión, para los que, llegados a la edad de la razón, pueden discernir el cuerpo del Señor (1 Co. 11:29). Sin embargo, son miembros plenos, como por ejemplo un niño que nace de padres ciudadanos de cierto país, por ese mismo hecho goza de la plena ciudadanía del país de sus padres. Por lo tanto, los hijos son tenidos en cuenta en la lista de miembros de la iglesia, sus nombres aparecen en el directorio de la iglesia, ellos son instruidos por el pastor de la iglesia en las clases especiales para niños, se sientan con sus padres en los cultos de adoración, y, en el caso de descarriarse, son amonestados no sólo por sus padres sino también, en casos de gravedad, por la iglesia. Tales iglesias generalmente florecen porque son edificados no sólo desde afuera sino también de adentro.

#### LOS HIJOS DEL PACTO Y LA IGLESIA INVISIBLE

Todos cuyos nombres aparecen en la lista de miembros de la iglesia son miembros de la iglesia visible. Pero sólo aquellos que por la gracia del Espíritu Santo han nacido de nuevo son miembros de la iglesia invisible. Y la razón por que este aspecto de la iglesia es llamado invisible es porque los hombres no pueden decir infaliblemente quienes son regenerados y quienes no lo son.

Se sobreentiende que no todos los hijos de padres creyentes son

salvos. Esaú y Jacob eran hijos gemelos del creyente Isaac pero sólo Jacob fue salvo. En ninguna manera se puede concluir que todos los hijos de David fueron salvos. Se sigue que no todos los hijos de padres creyentes han nacido de nuevo, porque toda persona regenerada de seguro que es salva. Dios, que comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Fil. 1:6).

El hecho que no todos los hijos de padres creyentes sean salvos no altera la verdad que todos ellos están comprendidos en el pacto de gracia. La Escritura habla de los hijos no creyentes de padres creyentes como violadores del pacto (p. ej. Jeremías 31:32). Ellos no podrían invalidar el pacto si no estuviesen comprendidos en el pacto. Los teólogos representan correctamente el pacto de gracia por dos círculos concéntricos. El más pequeño representa el pacto como una relación vital, y solamente los regenerados están dentro de él. El más grande representa el pacto como una relación legal y todos los hijos de los creyentes están en él. El pacto en el último aspecto puede ser quebrantado, como sucede muy a menudo.

Aunque no todos los hijos de los creyentes son regenerados, aun así la enseñanza clara de la Escritura es que gran parte de ellos lo son. Algunos son nacidos de nuevo siendo aún criaturas, otros en la adolescencia y otros ya adultos. No hay forma de saber el momento cuándo le place el soberano Dios otorgar la gracia de la regeneración a determinada persona (niño, joven o adulto) del pacto. Pero esto sí sabemos: al impartir la gracia salvadora a los pecadores, Dios, aunque no está limitado por relaciones familiares, sin embargo las toma en cuenta. El es y se manifiesta como el Dios de los creyentes y de sus hijos. Esa verdad se halla en el mero centro de la doctrina bíblica del pacto de gracia. La conclusión es justificada de que se puede dar por sentado que los hijos del pacto por lo general son o serán regenerados.

La Escritura nos cuenta de por lo menos dos niños que experimentaron el nacimiento espiritual aun antes de su nacimiento natural. Paradójico como pudiera parecer, ellos nacieron de nuevo antes de que nacieran. Dios dijo a Jeremías: "Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué (Jer. 1:5). Y el ángel Gabriel, al anunciar el nacimiento de Juan el Bautista a Zacarías, su padre, dijo: "Y será llamado del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre" (Lc. 1:15). No hay razón que

nos obliga a pensar que estos dos ejemplos fueron excepcionales.

Se puede con facilidad mostrar por la Escritura que muchos hijos del pacto son regenerados en la infancia. La declaración de nuestro Señor a Nicodemo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3), fue arrolladora y no permite excepciones. Los infantes tampoco son excepciones. En maldad habían sido formados y en pecado les habían concebido sus madres (Sal. 51:5). Sin la regeneración ningún infante puede ir al cielo. Pero se puede mostrar por la Escritura que aquellos hijos del pacto que mueren en la infancia van al cielo. Es obvio que el número es considerable. No hay razón alguna para suponer que la gracia regeneradora del Espíritu Santo se limita a aquellos infantes del pacto cuya extensión de vida terrenal está destinada a ser corta. La conclusión es ineludible que muchísimos hijos del pacto son nacidos de nuevo cuando son infantes.

El basar una doctrina en la experiencia es peligroso, para decir lo menos. Toda la doctrina cristiana debe basarse completamente en la Palabra de Dios. La experiencia a menudo corrobora la enseñanza de la Sagrada Escritura. Esto es cierto también en el presente caso. Incontables hijos del pacto, a medida que crecen, no pueden recordar algún período en sus vidas que no temían y no amaban a Dios. No es raro en los hijos del pacto tener un recuerdo definido del temor y amor a Dios a temprana edad, de cuatro o cinco años.

Así llegamos a la conclusión feliz que en numerosos casos los pequeños corderos del rebaño de Cristo han recibido nuevos corazones. Eso les hace miembros de la iglesia invisible.

#### LOS HIJOS DEL PACTO Y LA IGLESIA TRIUNFANTE

Es indiscutible que los que están dentro del pacto, que han nacido de nuevo, están seguros que al partir de esta vida irán al cielo. Es imposible que alguno puede arrebatarnos de la mano del buen Pastor (Jn. 10:28). Ya sea que partan a la edad de noventa días o de noventa años, en ambos casos ellos van para unirse con la iglesia triunfante.

A estas alturas, sin embargo, puede presentarse una pregunta importantísima. Si un hijo del pacto muere en la infancia, ¿hay al-

guna forma para determinar si nació de nuevo? En otras palabras, ¿pueden los padres creyentes estar seguros de la salvación de los hijos que les son quitados en la infancia? No es difícil darse cuenta que esta pregunta es de suprema preocupación para todos los padres cristianos.

Murió un hijo de padres creyentes. Los corazones de los padres están sangrando de dolor y a punto de quebrantarse. Su pastor viene a consolarlos. ¿Qué debe decirles?

¿Les dirá el pastor a estos enlutados padres que indudablemente su hijo ha ido a la gloria porque todos los que mueren en la infancia, inclusive los hijos de los no creyentes, son salvos? Esta es la enseñanza de muchas iglesias evangélicas y también de tan eminentes teólogos reformados como Charles Hodge, Benjamín B. Warfield y R. A. Webb. Pero es difícil mantener esa posición bíblicamente.

¿Informará el pastor a los padres que su hijo es salvo si fue contado entre los elegidos de Dios? Pero esto es un truísmo que es aplicable a toda persona muerta. Y ya que no hay una forma de probar *a priori* que tal o cual persona es elegida para la vida eterna, tal declaración no lleva consuelo alguno a los entristecidos padres.

¿Asegurará el pastor a los padres que su hijo está en el cielo si antes de su muerte nació de nuevo? Pero decir eso sólo obligaría a los padres a buscar evidencias de regeneración en el comportamiento de su hijo. Y es casi seguro que esa búsqueda terminará en una tremenda incertidumbre. Muchos hijos, cuyos padres pensaban que daban pruebas de su excepcional piedad en sus primeros años, han crecido incrédulos.

¿Dirá el pastor, entonces, no solamente que el niño muerto es salvo *si* fue elegido y regenerado, pero que probablemente fue escogido y regenerado, puesto que el Dios del pacto suele tomar en cuenta las relaciones familiares en la salvación de los pecadores? Eso pudiera traer consuelo en alguna medida a los padres, pero dejaría aún sus corazones con dolor, porque haría de la salvación de su hijo sólo una posibilidad y no una certeza.

La verdad sobre este asunto es que el pastor puede y debe ir más lejos. El debe basar sus esfuerzos para consolar a los acongojados padres en las promesas objetivas del pacto de gracia. Debería de-

circles que en razón a aquellas promesas “padres piadosos no deberían dudar de la elección y la salvación de sus hijos a quienes les place a Dios llamar de esta vida en su infancia” (Cánones de Dort, Capítulo I, Artículo 17).

Este niño fue un hijo del pacto. Dios prometió ser su Dios. Tuvo la promesa divina de vida eterna. Esa promesa está en la Palabra de Dios y fue confirmado por él en el sacramento del santo bautismo. Si el niño hubiera crecido, hubiera tenido que abrazar tal promesa con una fe personal y activa. Tal como está, no podía aceptar ni rechazar tal promesa. Por lo tanto, queda la promesa. El fiel Dios del pacto lo ha guardado y ha hecho efectivo su promesa. Fuera de toda duda, le lavó a este su hijo de sus pecados por la sangre y el Espíritu de Cristo. Perdonado y regenerado, pasó a través de la puerta en la ciudad de Dios. Mientras que los padres con corazones doloridos están despidiéndose de los restos mortales de su amado hijo, los ángeles de Dios le están dando una cordial bienvenida a su espíritu. Mientras los padres están convulsionados por un profundo dolor interno, el buen Pastor levanta este pequeño cordero en sus brazos, le sostiene en su amoroso seno. Mientras los padres de todo corazón anhelarían que su hijo volviese a ellos, el Salvador les dice al oído: “Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios”. Y amorosamente pone su mano sobre su cabeza y le bendice (Mr. 10:14-16). Mientras los padres suspiran y sollozan, su hijo compite con Gabriel al cantar al acompañamiento de arpas de oro las alabanzas a su Redentor.

Entonces las almas de esos acongojados padres son consolados como un niño recién destetado (Sal. 131:2). Ellos dicen: “Jehová dió, Jehová quitó, sea el nombre de Jehová bendito” (Job 1:21). Como David, ellos descansan en la seguridad de que aunque su hijo no volverá a ellos, ellos un día irán a él (2 S. 12:23).

### Capítulo 34

## LA IGLESIA COMO MAESTRA DE LA JUVENTUD DEL PACTO

La función primaria de la iglesia cristiana es enseñar la Palabra de Dios. El hecho de que predicar es su más importante tarea, no altera en lo más mínimo la verdad recién anunciada, porque predicar es primero que todo enseñar. Pero la iglesia debería enseñar no sólo desde sus púlpitos. Sus funciones docentes deben extenderse más allá de la predicación.

Que la iglesia en el desempeño de esta tarea debe prestar la mayor atención a los niños del pacto es autoevidente. Nada puede ser más razonable.

### UNA TAREA NECESARIA

La Escritura pone un tremendo énfasis en la educación religiosa de los hijos del pacto. Veamos un ejemplo. Moisés mandó al pueblo de Israel: “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas” (Dt. 6:6-9). En un modo muy especial Moisés responsabilizó a los padres la solemne tarea de enseñar a sus hijos la Palabra de Dios.

La verdad de que Dios suele impartir la gracia salvadora de una generación a otra es uno de los más importantes aspectos de la doctrina del pacto de gracia. Sin embargo, debe recordarse que la continuación del pacto en sí no es automática. Que ninguno piense que los hijos reciben la gracia salvadora de sus padres como quien hereda ciertas peculiaridades físicas y rasgos de carácter de ellos.

El famoso clásico *Educación cristiana*, de Horacio Bushnell, aunque valioso, en parte por lo menos en su crítica sobre el avivamiento en sus días, y aunque laudable en su insistencia sobre la educación cristiana de los hijos de los creyentes, está viciado por tal error. Debe así mismo recordarse que la continuación del pacto no es sin excepción. No todo hijo de padres creyentes llega a ser creyente. Desgraciadamente, gran número de ellos crecen para ser infractores del pacto. "No todos los que descienden de Israel son israelitas" (Ro. 9:6). Y otra vez debe recordarse que la continuación del pacto no es independiente de los medios de gracia. Por cierto, Dios es totalmente capaz de impartir la gracia de la regeneración a un niño antes de que pueda entender la Sagrada Escritura; y más allá de toda duda él a menudo lo hace. Pero, no hay razón para suponer que él impartirá nueva vida a un niño que está destinado a alcanzar madurez, si la Palabra no estará presente para sostener y nutrir esa vida. La sentencia bíblica: "Así que la fe viene por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Ro. 10:17), se aplica a los hijos del pacto tanto como a los demás.

Si la continuación del pacto fuese automática, sin excepción, e independiente de los medios de gracia, los hijos del pacto crecerían como cristianos sin ninguna enseñanza religiosa. Pero como es otra la realidad, su educación religiosa es no sólo deseable sino esencial. Estos medios son la provisión y el mandato de Dios para la continuación del pacto de gracia.

Eso hace que el descuido de la iglesia en esta su tarea sea imperdonable. No obstante, ¡cuán pocas iglesias se dedican a esta tarea! Hace algunos años el que escribe fue el conferenciante en una gran convención juvenil de una denominación catalogada como conservadora. Muy pronto descubrió que la ignorancia de los concurrentes en lo que respecta a la doctrina bíblica era sencillamente abismal, su conocimiento prácticamente nulo. Al consultar a un pastor de dicha denominación, si él y sus colegas solían dar instrucción doctrinal a la juventud de la iglesia, la respuesta que recibió fue: "¡Sollamos hacerlo!".

Extremadamente extraño es decir que muchas de las iglesias que hacen un fuerte énfasis en misiones, tristemente descuidan la enseñanza doctrinal de sus niños. Ellas debieran hacerlo y no dejar de hacer el otro. Un conocido misionero una vez censuró a una con-

gregación en E.U.A. con estas palabras: "Ustedes están haciendo menos para la enseñanza religiosa de sus propios niños que lo que están haciendo para la educación religiosa de los niños musulmanes en Arabia.

William G. T. Shedd estuvo acertado cuando dijo en su *Homilética y teología pastoral*: "En toda la gama de temas en teología pastoral, no hay uno que tenga más fuerte demanda sobre la atención del pastor que la instrucción doctrinal de la juventud actual" (pág. 407), y "las últimas palabras que quisiéramos dirigir a un pastor joven, que sale a la labor de toda su vida, sería una exhortación a hacer completa aquella parte de su ministerio que es el indoctrinamiento de la juventud actual en las verdades y principios de la religión cristiana" (pág. 429).

#### UNA TAREA AMPLIA

La Iglesia Católica Romana, un buen número de iglesias luteranas y algunas otras denominaciones piensan que es su deber enseñar a los niños de la iglesia, no sólo la revelación especial de Dios en la Escritura, sino también la revelación general en la naturaleza y la historia. Por lo tanto, tienen escuelas parroquiales que dan instrucción en la lectura, ortografía, aritmética y todas las materias que se dan en las escuelas seculares. Aunque tales escuelas son necesarias para un consecuente y completo sistema de educación cristiana para los hijos del pacto, tales escuelas son de la responsabilidad de los padres antes que de la iglesia. De acuerdo con la Escritura, el trabajo de la iglesia es enseñar a los hombres la Palabra de Dios. Más allá de eso no debería ir.

Con eso no se concluye que la tarea de la iglesia de enseñar a los hijos del pacto no sea amplia. Aunque no abarque todos los campos del conocimiento humano, aun así es muy amplia.

¡Cuán a menudo se ha oído decir que el cristianismo no es una doctrina, sino una vida! Si fuese así, lo único que la iglesia tendría que enseñar a su juventud sería como vivir la vida cristiana. Pero la verdad es que el cristianismo es tanto una doctrina como una vida y que antes de ambas es una historia. La iglesia debe enseñar a sus niños el cristianismo en estos tres aspectos.

En la actualidad muchos de los relatos históricos de la Biblia no

sólo han sido cuestionados, sino negados enfáticamente. Eso se hace no sólo entre los no creyentes, los fuera de la iglesia, sino también por los dirigentes de las mismas iglesias. Los liberales, por ejemplo, suelen negar los relatos históricos en que está entretelado lo sobrenatural, como la creación del universo, el nacimiento virginal de Jesús y su resurrección corporal. Y la "nueva ortodoxia" envía muchas de las historias de la Biblia al limbo, o lo que llaman "supra-historia". Por ejemplo, dicen que la historia de la caída del hombre narrada en el tercer capítulo de Génesis no es el relato de lo que hizo un cierto hombre, llamado Adán, hace muchos siglos en un lugar llamado el huerto de Edén; antes bien es un "mito" describiendo una experiencia que viene a todo ser humano. Tales teólogos neoortodoxos como Rudolf Bultmann y Reinhold Niebuhr estiman que es su deber "demitologizar" las porciones históricas de la Escritura, y Paul Tillich considera a una gran cantidad de las historias bíblicas como "símbolos". Pero la Palabra infalible de Dios queda en pie o cae con la historia bíblica. Igual con el cristianismo. ¿No afirmó, acaso, el apóstol Pablo: "Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también nuestra fe" (1 Co. 15:4)?

Es ridículo decir que el cristianismo no es una doctrina. La Biblia contesta a una enorme cantidad de importantísimas preguntas doctrinales. He aquí algunas de ellas: ¿Quién es Dios? ¿Dónde adquirió el hombre su naturaleza religiosa? ¿Tiene el hombre un alma inmortal? ¿Qué es el pecado? ¿Quién es Jesús? ¿Tiene que salvarse el hombre a sí mismo o debe ser salvado por Dios? Negar que el cristianismo queda en pie o cae con las respuestas bíblicas a tales preguntas es la más grande de las insensateces.

Que el cristianismo es un modo de vivir es evidente. Aun así, no todos los maestros del cristianismo están de acuerdo sobre la pregunta de lo que es la vida cristiana. Muchos niegan que los diez mandamientos son una norma objetiva y permanente de conducta. Y, extraño es decir, hay reconocidos conservadores dentro de la iglesia que agregarían los preceptos de hombres a la perfecta ley de Dios contenida en su Palabra.

¡Cuán necesario es que la iglesia enseñe a su juventud el cristianismo como una historia, una doctrina y una vida! Y eso, ciertamente es una tarea no pequeña.

### UNA TAREA FRUCTIFERA

Pocas de las muchas tareas realizadas por la iglesia suelen producir tan ricos frutos como la instrucción de la juventud del pacto. Esto se explica por dos razones, una natural y la otra sobrenatural. La razón natural es que la edad de la juventud es la mejor etapa de la vida para moldear el carácter de una persona. Es mucho más fácil encaminar a un joven que a un viejo, y como se corrige a un árbol así continuará creciendo. La razón sobrenatural es que el fiel Dios del pacto seguramente bendecirá ricamente a la iglesia que cumple diligentemente con sus obligaciones del pacto con referencia a los hijos del pacto.

He aquí algunas de las bendiciones con las cuales Dios coronará este trabajo de su iglesia.

Asegurará el futuro de la iglesia. La iglesia que no realiza esta tarea terminará muy pronto. Se puede decir que muchas iglesias sufren de una anemia pernicioso y se marchitan por falta de vida en la sangre de la nueva generación. Ya que no son instruidos en las enseñanzas del cristianismo, la gente joven no tiene interés en estas enseñanzas y se apartan de la iglesia. Pero la iglesia que celosamente instruye a sus hijos en la religión cristiana tiene su futuro garantizado.

Resultará en numerosas conversiones. No hay que pensar que los hijos del pacto no tienen necesidad de la conversión. Aun los que son regenerados en su niñez necesitan convertirse cuando crecen. Al llegar a los años de juicio, ellos deben experimentar una convicción genuina del pecado, y en fe activa entregarse a Jesucristo para su salvación. Al mismo tiempo deben resolver por la gracia de Dios luchar contra el diablo, el mundo y la carne, y en toda su conducta honrar a Cristo como rey. Una apropiada instrucción dada a ellos por la iglesia generalmente resulta en ello. Y debe agregarse que tales conversiones son generalmente genuinas. Hay poco peligro que, en el caso de los hijos del pacto enseñados por la iglesia durante muchos años, la semilla de la Palabra, por falta de profundidad de tierra, germinara rápidamente y se marchitara también muy pronto.

Contribuirá a guardar la iglesia en la verdad. Una gran razón por qué tantas iglesias se han desviado lejos de la verdad de la reli-

gión cristiana es porque sus miembros no fueron instruidos en la verdad y consecuentemente no podían distinguir entre la verdad y la falsedad. Por otro lado, los miembros de una iglesia que enseña con fidelidad a su juventud está prevenida y armada de antemano contra las incontables herejías del día.

Producirá inteligentes y agradecidos oyentes de la Palabra. ¡Cuán pocas son las iglesias cuyos miembros son capaces de digerir la sólida carne de la Palabra! La mayoría de los miembros de la iglesia no desea más que leche, preferiblemente diluida en bastante agua. La razón es que ellos aún son niños, cuando ya deberían ser maestros (He. 5:12). Y por este triste estado de cosas la iglesia misma debe echarse la culpa. No los alimentó adecuadamente cuando eran aún jóvenes. No es una exageración decir que la iglesia permitió que ellos crecieran como imbéciles espirituales.

Resultará en una iglesia que no tiene escasez de hombres capaces de ejercer las funciones de sus oficios exaltados. Muchas iglesias tropiezan por falta de liderato e incompetencia de sus ancianos gobernantes. Una gran cantidad de iglesias están sufriendo por escasez de pastores y misioneros. Una diligente instrucción de la niñez y juventud de la iglesia la ayudará mucho a la producción de un adecuado número de obreros en la viña del Señor.

Producirá una generación de cristianos sanos. Hoy día muchos miembros de las iglesias viven en un miserable estado de salud espiritual. Algunas iglesias se asemejan mucho a los hospitales. Una causa muy significativa es la falta de mantener el conocimiento religioso a la par de la experiencia religiosa. Eso resulta en tales enfermedades como el misticismo y el fanatismo. Ambos andan desenfrenados en la iglesia. Los miembros más activos de la iglesia a menudo muestran celo, pero no conforme a ciencia (Ro. 10:2). El conocimiento de la Escritura es el remedio. Es también el preventivo.

No nos sorprende que las iglesias que descuidan la enseñanza de sus niños y jóvenes están viviendo la vida, si se puede decir que viven, en una forma sencillamente agonizante.

¡Gracias a Dios por las pocas iglesias que fielmente instruyen a su juventud en la Palabra de Dios! Su futuro es brillante. Jehová, el Dios del pacto, enviará sus bendiciones allí.

## **LA IGLESIA COMO MAESTRA DE LOS CREYENTES ADULTOS**

La tarea de la iglesia de instruir a su juventud se da generalmente por supuesto, pero cuán a menudo se descuida. La tarea de la iglesia de enseñar también a los miembros adultos comunicantes parece ser completamente olvidada por muchas iglesias. El resultado inevitable es que los miembros de muchas iglesias son tristemente ignorantes de la Palabra de Dios. Eso, por cierto, es una mancha negra en su vida. Miembros que conocen su Biblia son esenciales para la gloria de la iglesia cristiana.

### *POR QUE DEBEN SER ENSEÑADOS*

La Palabra de Dios insiste firmemente que los creyentes deben ser instruidos. Por boca del profeta Oseas Dios se lamentó: "Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento". Y declaró: "Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré..." (Os. 4:6). Continuó: "Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos" (Os. 6:6). Las epístolas de Pablo, dirigidas a los creyentes, fueron al mismo tiempo instructivas y exhortativas, pero primero que todo instructivas. Eso quiere decir que su parte práctica estaba siempre cimentada en la doctrina apostólica. En sus cartas a Timoteo, el apóstol no enfatizó nada con más firmeza que la necesidad de la enseñanza. Le encargó a su hijo en la fe: "Lo que has oído de mi ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros" (2 Ti. 2:2); y regañó a los maestros de falsa doctrina en términos bien claros y fuertes cuando dijo: "Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe..." (1 Ti. 6:3, 4).

Una de las razones por qué muy pocas iglesias prestan la debida atención a la enseñanza e instrucción de sus miembros mayores se debe a su obsesiva, pero gastada, noción de que el cristianismo no es una doctrina, sino una vida. Procediendo de tal suposición, muchos de los ministros de hoy no predicán casi nada de doctrina, sino que están contentos con decir a su auditorio que sean buenos y hagan lo bueno. Aseguran a sus oyentes que no importa mucho lo que creen o no creen, siempre que se dedican a vivir buenas vidas. Olvidan lo que Jesús dijo: "Y conoceréis la verdad y la verdad os libertará" (Jn. 8:32). La triste consecuencia es que muchos miembros de las iglesias carecen del más elemental conocimiento del camino de la salvación. No solamente son ignorantes de la doctrina de la salvación por gracia, sino que lo consideran un asunto completamente natural que el hombre puede salvarse por sus propios esfuerzos.

Una segunda razón por que tantas iglesias descuidan la enseñanza de sus miembros mayores es por su defectuoso concepto de la salvación. Se considera a la salvación como una experiencia momentánea y no como un proceso continuo. Una vez que la persona haya recibido en fe a Cristo, se piensa que ya alcanzó la meta. El caso es que se pasa por alto lo que la misma Biblia que enseña sobre la seguridad eterna de los creyentes, nos informa también que el mejor cristiano es todavía excesivamente falto de lo que se requiere. Se descuida la verdad de que la santificación, que es un elemento esencial en nuestra salvación, es un proceso tedioso que continúa hasta que el creyente exhale el postrer suspiro. Es prevalente la noción, totalmente injustificable por cierto, que cuando Pablo terminó de escribir Romanos 7, en el cual se lamenta así: "¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?" (Ro. 7:24), y empezó Romanos 8, en el cual se glorió: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús . . . porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Ro. 8:1, 2), se salió para siempre de Romanos 7. Se hace tan definida línea de separación entre pecadores y santos, que se olvida que el mejor de los santos es aún un gran pecador. Pero la Palabra de Dios pone un tremendo énfasis en la necesidad del creyente de la santificación, y enseña que la santificación se produce por la verdad. ¿No exhortó Pedro a los

creyentes de la dispersión: "Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis. . . ." (1 P. 2:2)? Y ordenó: "Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 P. 3:18).

Una tercera razón por qué la instrucción de los adultos en la iglesia es grandemente descuidada estriba en una concepción unilateral de la tarea de la iglesia. A menudo se hace mucho hincapié en la iglesia sobre la tarea de predicar el evangelio de la salvación a los no salvos a costa de su tarea de proclamar todo el consejo de Dios a los salvos. Es subestimada la verdad de que la iglesia como "madre de los creyentes", no solamente tiene un deber con referencia al nacimiento, sino también el deber de suplir alimento después del nacimiento. Se ha olvidado la enseñanza apostólica: "Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Ef. 4:11-13).

#### *COMO DEBEN SER ENSEÑADOS*

Es de tanta importancia la instrucción de los miembros adultos, que debe hacerse a tiempo y fuera de tiempo. Se mencionan algunas formas cómo puede hacerse esto.

La predicación debe ser primero que todo, enseñanza. La predicación de Jesús fue enseñanza. En los Evangelios se menciona de vez en cuando que Jesús predicó; decenas de veces se dice que él enseñó. Ninguno que haya leído las epístolas paulinas podrá negar que el gran apóstol predicaba a la par que enseñaba. Aun así, ¡cuán pocos predicadores hoy en día enseñan la Palabra de Dios! El gran Agustín dijo que la predicación debe ser dirigida al intelecto, a la voluntad y a las emociones, a los tres; y mencionó primero el intelecto. Mucha de la predicación moderna es dirigida a la voluntad y a las emociones, muy poca al intelecto.

Todo pastor debe dirigir una clase de estudio bíblico para adultos. Si sea domingo o una noche durante la semana es asunto secundario. Combinar esta clase con la reunión de oración es en al-



gunos casos aconsejable, pero en ningún caso debería ser menos de una hora a la semana la que se dedica al estudio de la Palabra de Dios.

Si alguno dijera que el pastor en sus visitas pastorales debería enseñar la Palabra de Dios a los miembros de su rebaño, muchos dirían indudablemente, que tal afirmación es un absurdo. La noción prevaleciente es que en esta fase de su trabajo el pastor debería de hablar de las experiencias religiosas subjetivas antes que declarar la Palabra objetiva, y que él debería buscar consolar y amonestar antes que enseñar. Pero en realidad toda experiencia religiosa debe ser probada por la Escritura, y sólo él que tiene el conocimiento de la Sagrada Escritura puede recibir su consolación y exhortación. Para ser más específico, los que están pasando por momentos de angustia deben ser enseñados sobre el significado y el propósito del sufrimiento de acuerdo con la Palabra de Dios, y los que están descarriados deben ser enseñados de la misma Palabra cuál es el dolor sincero que produce arrepentimiento para salvación (2 Co. 7:10), y cuál es el camino en el cual quiere Dios que caminen.

Las iglesias deben hacer más uso de la página impresa que lo que se hace ordinariamente para la instrucción de sus miembros. En algunos sentidos la página impresa es mucho más efectiva para la enseñanza que lo que es la palabra hablada. Por ejemplo, uno la puede leer una y otra vez, e inclusive memorizar. Juntos con la Biblia debería haber en cada hogar, de los que componen la iglesia, un comentario bíblico, de aquellos que son más fáciles de entender, y también un compendio, un catecismo, por ejemplo, de doctrina cristiana. Y todos los miembros de las iglesias deben ser animados a estudiar la Palabra de Dios diariamente, y a más de eso hacer una costumbre el uso de tales ayudas.

### *LO QUE DEBE SER ENSEÑADO*

Es demás decir que la iglesia debe enseñar a todos sus miembros la Palabra de Dios. Esto debe enfatizarse hoy día. Muchas iglesias ponen la religión de la experiencia en lugar de la revelación escrita de Dios y muchos proclaman la opinión de grandes, o supuestamente grandes, pensadores del pasado y del presente antes que la

eterna Palabra de Dios.

Al enseñar a sus miembros, muchas iglesias parecen ser guiadas por la pregunta de cuán poco conocimiento es suficiente en lugar de decir cuánto conocimiento es posible impartir. Muchos miembros de las iglesias usan tácticas erróneas. Como un cierto acróbata de nombre Blondin, quien cruzó las cataratas del Niágara caminando sobre una soga cuando podría haber usado un puente, así ellos quieren pasar por la puerta de la ciudad eterna con lo menos conocimiento posible, en vez de con lo más que pueden obtener. Pero Pablo censuró a los creyentes de la iglesia en Corinto por su triste estado espiritual que hizo necesario alimentarles con leche, no con carne (1 Co. 3:2). Y el escritor de Hebreos reprendió severamente a sus lectores, diciendo: "Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de la Palabra de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido" (He. 5:12). Los miembros adultos de una iglesia deberían ser capaces de aprovecharse de un sermón sobre la predestinación divina o por un sermón que presenta la enseñanza bíblica sobre la expiación en contra de las muchas y corrientes corrupciones de tal doctrina.

Los miembros adultos de la iglesia deben ser enseñados en "todo el consejo de Dios" (Hch. 20:27). Esto quiere decir que debe enseñárseles no solamente las varias verdades de la Escritura en forma aislada, antes bien la verdad de la Palabra de Dios como un sistema integral. Esto también quiere decir que ellos deben aceptar las enseñanzas de la Escritura que son paradójicas, esto es, las que parecen a la finita e imperfecta razón humana contradecirse. Por ejemplo, deben reconocer la totalidad de la enseñanza bíblica sobre la sincera y universal oferta divina de la salvación. Y el enseñar a los hombres todo el consejo de Dios también significa dar a las diferentes verdades el mismo énfasis que reciben en la Palabra de Dios. Tal instrucción resultará ser una efectiva salvaguarda contra la fanática consideración de temas favoritos y asegurará la virtud poco común del equilibrio teológico.

Es un asunto de la más grande preocupación que los miembros de la iglesia sean advertidos contra los predominantes errores del día. Si no se hace eso, muchos ciertamente serán arrastrados por la

embestida de la marea de las herejías modernas. Por lo tanto, debe presentarse la verdad a los miembros por la vía del contraste con tales herejías. Eso servirá no solamente para prevenirles y armarles de antemano, sino que también servirá para afirmar su concepto de la verdad, por que la verdad se destaca más claramente cuando es contrastada con la falsedad.

No es menos importante que la iglesia, al instruir a sus miembros adultos, aplique las enseñanzas de la Escritura a las condiciones peculiares y los urgentes problemas del día. Sobre este particular el modernismo ha sustituido el evangelio de la Palabra de Dios por un falso evangelio social, y la mayor parte de las iglesias conservadoras han faltado seriamente en la predicación de toda la Palabra de Dios. ¿Cuándo es una guerra permisible o requerida? ¿Cuál es la enseñanza bíblica para la solución del problema racial? ¿Es cristiano el capitalismo o es el comunismo anticristiano? ¿Condena la Escritura el estado totalitario? Estos son unos pocos ejemplos de las preguntas de hoy que la iglesia debe contestar con la Palabra de Dios.

Y todo el tiempo la iglesia debe seguir advirtiéndole a sus miembros contra la ortodoxia muerta. Una y otra vez debe decirles que la verdad no debe ser creída y confesada únicamente, sino que también debe ser hecha, vivida. Aun los demonios creen que Dios es uno (Stg. 2:19), pero sólo el cristiano puede amar y obedecer a este único Dios. Tanto la Cabeza como el cuerpo de la iglesia son glorificados cuando sus miembros, además de hablar acerca de la verdad, andan en ella.

## Capítulo 36

### LA IGLESIA COMO PORTADORA DE CONSUELO

La tarea suprema de la iglesia cristiana es proclamar a los hombres la Palabra de Dios. Esta palabra es útil para instruir, para corregir y para muchas otras cosas más. Contiene asimismo una inagotable riqueza de consuelo. La tarea gloriosa de llevar ese consuelo a las almas afligidas pertenece a la iglesia.

En virtud del oficio universal de los creyentes, todos los miembros de la iglesia deberían comprometerse en comunicar este mensaje de consuelo. De una manera particular la iglesia debe llevar este mensaje por medio de los oficios especiales. Los pastores, ancianos gobernantes y diáconos, todos, tienen esta responsabilidad en forma especial. Pero más que todo es el pastor quien debería llevar el mensaje de consuelo al desconsolado. A él de una manera especial se aplican las palabras del profeta: "El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel" (Is. 61:1). Como pastor del rebaño, debe imitar al Pastor divino, de quien escribió el profeta: "Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas" (Is. 40:11). Tan grande y variado es el mensaje de consuelo que la iglesia tiene el honor de llevar a los corazones afligidos que sólo es posible mencionar unos pocos ejemplos.

#### CONSUELO PARA LAS ALMAS AFLIGIDAS POR EL PECADO

Indiscutiblemente, la iglesia debe condenar, sin hacer excepción, toda forma de pecado. A menudo también debe reprender a los

pecadores. Ocasionalmente está también obligada a excomulgar a los pecadores. Pero nunca debe olvidar que la Palabra de Dios abunda en consuelo para los pecadores afligidos.

A todos los pecadores puede y debe decirseles que si se arrepienten de corazón y huyen al Cristo crucificado para lavar sus pecados en la sangre carmesí, Dios echará sus transgresiones tan lejos como está el oriente del occidente (Sal. 103:12), y echará todos sus pecados en la profundidad del mar (Mi. 7:19). Aun así, eso no es la totalidad del mensaje de perdón. No hay que descuidar la preciosa verdad de que Dios no quiere la muerte del impío, sino que el impío se aparta de sus caminos para que viva (Ez. 18:23), y que Dios no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 P. 3:9). La iglesia debe llevar el mensaje de las buenas nuevas a los pecadores, el mensaje de que Dios no sólo les perdona *si* se arrepienten, sino que también, citando a Juan Calvino, el príncipe de los expositores de la Sagrada Escritura, sobre Ezequiel 18:23: "Dios no quiere la muerte del pecador, sino que va a su encuentro por su propia voluntad, y que no sólo está listo a recibir a todo aquel que se ampara en su piedad, sino que le llama hacia sí en alta voz".

Hay muchos pecadores en el mundo a quienes su conciencia les acusa de haber ofendido a Dios y que por medio de la autotortura buscan la reconciliación con él. Las madres hindúes tiran a sus bebés a las aguas del Ganges. Simeón Estilita se torturó a sí mismo en sus últimos treinta años de vida, llevando una existencia miserable viviendo sobre una columna en un desierto, quemado por el tórrido calor del sol, empapado con la lluvia o el rocío y congelado por el intenso frío. Y se dice de Martín Lutero, que arrodillado con sus rodillas desnudas sobre las piedras de su celda, se flagelaba con correas en la espalda hasta hacer brotar sangre de las heridas que él mismo se hacía. Así pedía misericordia de Dios. Eso fue antes de que la gloriosa luz del evangelio de la gracia de Dios llegase a él. El mensaje del evangelio que la iglesia debe llevar a los corazones atribulados de los pecadores es que el Cristo sufriente hizo expiación por el pecado, que él fue herido por las transgresiones de los pecadores, que fue molido por sus rebeliones, que el castigo de su paz fue sobre él, y que por su llaga son curados (Is. 53:5), y que, como consecuencia, la salvación de Dios es libre para el pecador.

De vez en cuando se encuentra una persona seria que teme que ha ofendido tanto al Altísimo, y con tantos pecados, que piensa que ya no hay perdón para él. A los tales hay que recordarles lo que le sucedió al rey David, que fue culpable del doble crimen de adulterio y asesinato; pero después de mostrarse contrito y humillado de corazón, cantó: "Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado" (Sal. 32:1); o al rey Manasés, quien tiñó de rojo las calles de Jerusalén con la sangre de los fieles siervos del Señor y que pudo haber dividido en dos el cuerpo de Isaías, el profeta, aun así encontró perdón cuando se humilló genuinamente ante el Dios de sus padres (2 Cr. 33:1-13); o a Saulo de Tarso, quien con todo gusto cuidó las túnicas de los que tiraban piedras sobre el evangelista Esteban, consintiendo en su muerte, y él mismo respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor (Hch. 7:58; 8:1; 9:1), pero que luego, después de su conversión, escribió: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (1 Ti. 1:15). A éstos debe decirseles de la promesa de gracia: "Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Is. 1:18).

De todos los pecadores, aquellos que se permiten pecados del apetito deben recibir una reprensión severa por tales pecados. Consejos suaves nunca rescataron a un borracho, no le arrebataron a uno del lazo de la lujuria. A este tipo de pecado se refirió Jesús cuando dijo: "Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (Mt. 5:29, 30). Por cierto que esa receta es extremadamente severa. Por extraña como pareciera, no por eso es menos amable. A veces medidas drásticas son en verdad las más efectivas contra los pecados de los deseos desordenados, y un tratamiento drástico, aunque doloroso por el momento, es la mejor alternativa para evitar el eterno llanto y crujir de dientes. Lejos de ser cruel, este mandamiento del Señor Jesús es una bella revelación de su incomparable amor para con aquellos pecadores que son

considerados por sus semejantes como los más despreciables y cuyo estado pareciera ya sin esperanza alguna. Estos pobres miserables deben recibir la seguridad de que si obedecen el mandato del Señor, en completa dependencia de la gracia de Dios, que es lo único que puede romper las cadenas del pecado, el Hijo de Dios, por cierto les hará libres (Jn. 8:36).

Más de uno de los sinceros hijos de Dios se siente oprimido por el temor de que puede haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo, que la Escritura declara imperdonable. A éstos hay que enseñarles desde la Palabra de Dios lo que tal pecado es. Y lo que necesitan que se les diga sobre todo es que tal pecado consiste en un completo endurecimiento del corazón de modo que es imposible para aquel que lo comete arrepentirse. Aquel que está profundamente preocupado sobre este asunto y clama desde lo profundo de su corazón a Dios por su misericordia, por ese mismo hecho debe estar seguro de que la gracia de Dios le ha guardado de cometer tal pecado imperdonable.

#### *CONSUELO PARA LAS ALMAS ATRIBULADAS POR LA AFLICCIÓN*

Toda miseria y desventura, toda enfermedad y dolor, toda angustia y desilusión, toda adversidad y aflicción, y aun la misma muerte, es consecuencia del pecado. Por causa del pecado, "como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción" (Job 5:7). Esta tierra, habitación del hombre pecador, está transformándose rápidamente en un tremendo cementerio. Pero en medio de ese fosal se levanta la iglesia del Dios viviente, y canta:

Día en día Cristo está conmigo,  
Me consuela en medio del dolor;  
Pues, confiando en su poder eterno,  
No me afano, ni me da temor.  
Sobrepuja todo entendimiento  
La perfecta paz del Salvador;  
En su amor tan grande e infinito  
Siempre me dará lo que es mejor.

Mientras que la Palabra de Dios abunda en consuelo para los santos que sufren, del mismo modo hay un mensaje de esperanza para todos que están pasando por momentos de intenso sufrimiento, aunque no sean salvos. Se les puede decir que como el dolor físico es a menudo una bendición oculta, puesto que sirve como una advertencia de que una posible enfermedad o quizá una amenaza de muerte está cerca, del mismo modo las aflicciones de los impíos bien pueden ser la evidencia de la divina paciencia que les suplica que se vuelvan de sus malos caminos para que no perezcan.

No importa cuál sea la causa inmediata de sus malestares, los hijos de Dios saben que cualquier clase de mal que les venga es controlada por la providencia del amoroso Dios; por lo tanto, en cada prueba su oración es contestada así: "Ruego que yo caiga en la mano de Jehová. . . ." (1 Cr. 21:13). Cuando Job fue despojado de todas sus posesiones, sus sirvientes y sus hijos por los sabeos y caldeos, por rayos y huracanes, exclamó: "Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito" (Job 1:21).

Un versículo de la Escritura que casi todo cristiano puede repetir de memoria y que a lo largo de los siglos ha sido para los santos afligidos una fuente inefable de paz y gozo es Romanos 8:28: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados". Esto no es un sueño, ni una ilusión. Los hijos de Dios saben porque Dios ha hablado. De vez en cuando experimentan sorpresivamente esta bendita verdad, como sucedió con el patriarca Jacob cuando en su profundo abatimiento sollozó: "Contra mí son todas estas cosas" (Gn. 42:36), pero luego se encontró caminando en la más completa felicidad. Y aun cuando ningún rayo de luz pareciera penetrar las densas tinieblas, aun así sus ojos de fe jamás serán apagadas. Para ellos la tribulación se asemeja a un pedazo de carbón de piedra que es en sí completamente negro, pero que cuando es traído al sol, brilla como un diamante.

En sus aflicciones el creyente encuentra la evidencia de su divina adopción. El sabe que si no fuese disciplinado, sería sólo bastardo y no hijo. Porque Dios le trata como hijo, por eso le disciplina. "Porque, ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?" (He. 12:7). "Porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo" (He. 12:6). Resulta que lo que sufre no es cas-

tigo sino disciplina. Su Salvador sufrió la ira de Dios que a él le correspondía sufrir; él está ahora experimentando el amor de Dios. Cristo expió su culpa; el Padre celestial le hace participante de su santidad.

Por las aflicciones y tribulaciones de la vida, el hijo de Dios es santificado y también glorificado. Como el oro, él es refinado en el fuego de la aflicción. Como una piedra preciosa, él es cortado y pulido, para que pueda brillar con mayor brillantez. No sólo es verdad que "las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera", sino que sufre con Cristo hasta el fin para que sea glorificado con él (Ro. 8:17, 18). Por medio de sus aflicciones él es hecho apto para "participar de la herencia de los santos en luz" (Col. 1:12). Por todo ello da gracias al Padre ahora y le alabará eternamente.

Cuando el ángel de la muerte entra en su hogar cristiano y extiende sus alas sobre un hijo de Dios, hay dolor en ese hogar, porque los creyentes no son menos humanos que otros; antes bien, son tan humanos como cualquier otro ser humano. Aun así, no se entristecen "como los otros que no tienen esperanza" (1 Ts. 4:13). Todo lo contrario, su dolor es mitigado, más bien endulzado, por la seguridad de que otro peregrino ha completado su paso por el desierto de este mundo y ha llegado a la tierra de Emanuel. Pero, ¿qué sucede si el que murió no dió evidencia de que era hijo de Dios? En ese caso, no se puede imaginar un dolor más intenso. Con todo, para los corazones destrozados por dicha experiencia hay bálsamo curativo en Galaad. Cuando el Salvador estuvo por volver al cielo prometió a su iglesia "otro Consolador", el Espíritu Santo. Y aquel Consolador, dijo él, estaría con sus discípulos para siempre, morando con ellos; es más, en ellos (Jn. 14:16, 17). En esto está el supremo consuelo del cristiano, consuelo que supera la más tremenda aflicción. Es el conocimiento de la presencia permanente de Dios con él y en él. Cuando su carne y su corazón desfallecen, él puede gloriarse aún diciendo: "mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre" (Sal. 73:26).

Un santo está a punto de encontrarse con su postrer enemigo, la muerte, y como humano tiene un penoso temor. Un siervo de Dios está junto a su lecho con la Biblia abierta. Lee: "No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí

que vivo por los siglos de los siglos, Amén. Y tengo las llaves del infierno y de la muerte" (Ap. 1:17, 18). Una sonrisa de paz celestial brota del rostro pálido y susurra: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1 Co. 15:55). Como Temeroso, en la famosa alegoría de Bunyan, pasa a través del río que le parecía profundo y, al cruzarlo, llega al otro lado seco. Un instante más, y un pecador salvado por gracia ha entrado por la puerta en la ciudad donde no hay noche, donde Dios mismo enjugará las lágrimas de los ojos de sus hijos (Ap. 21:4), donde nadie se queja de estar enfermo, donde no hay más dolor ni suspiro, y donde la calle de oro no será más oscurecido por procesiones fúnebres, porque allí ya no hay muerte ni pecado.

## EVANGELISMO ECLESIASTICO

No se puede decir que la iglesia organizada hoy día goza de gran respeto. El mundo la considera a lo más como una institución con algo de beneficio pero no, por cierto, como necesariamente útil. Aun algunos cristianos están acostumbrados a menospreciarla.

Por el hecho de que es menospreciada se hace necesario que la iglesia organizada levante en alto su dignidad, dada por Dios, y guarde las prerrogativas que Dios le ha concedido. De esas prerrogativas ninguna es más gloriosa que la evangelización del mundo. La iglesia organizada debe insistir en que es ella a la que Dios ha designado como el agente para la evangelización.

### UNA TAREA DIVINA

Nada puede ser más claro que esto, que Dios en su Palabra ha designado a la iglesia organizada como el agente *por excelencia* para la evangelización.

Cuando Cristo dio el mandato misionero a sus discípulos, les consideró como el núcleo de la iglesia, como los representantes de la iglesia de los siglos venideros, hasta el fin de las edades. Sobre esto no puede haber la menor duda. Cristo estaba totalmente consciente de que aquellos pocos hombres no podrían llevar el evangelio hasta "lo último de la tierra" (Hch. 1:8). La iglesia necesitaría más de un milenio para realizar ese cometido. El supo muy bien que los apóstoles no tenían la capacidad de "hacer discípulos en todas las naciones (Mt. 28:19). Ellos podían sólo empezar tan colosal tarea; la iglesia del futuro sería el instrumento de Dios para completar esta tarea. Por esa razón Cristo agregó a la gran comisión la promesa de largo alcance: "Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt. 28:20).

Aquí conviene hacer referencia, una vez más, a ese evento que constituye el más importante punto crucial en la historia de la iglesia cristiana y la que hace más significativo su gloria: el derramamiento del Espíritu Santo como se relata en el capítulo dos de Los Hechos de los Apóstoles.

Pentecostés significa evangelismo. En Pentecostés el Espíritu vino sobre los discípulos y ellos recibieron poder para ser los testigos de Cristo en Jerusalén, en toda Judea, en toda Samaria, y hasta lo último de la tierra (Hch. 1:8). "Lenguas repartidas, como de fuego, se asentaron sobre las cabezas de los discípulos y todos fueron llamados del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hch. 2:3, 4). Estaban allí judíos y prosélitos "de todas las naciones bajo el cielo". Cada uno de ellos escuchó el evangelio "en su propia lengua" (Hch. 2:5-11). Literalmente miles de ellos fueron convertidos y fueron recibidos por el bautismo en la iglesia cristiana (Hch. 2:41).

Muchas veces se ha dicho que Pentecostés es el día en que nació la iglesia. Esta declaración es incorrecta, porque en la antigua dispensación los creyentes ya eran miembros del cuerpo de Cristo. Lo que sí es cierto es que Pentecostés marca la fundación de la iglesia en su aspecto neotestamentario. Pentecostés constituye la transición de una iglesia nacional a una iglesia universal. Esto por necesidad afectó el aspecto externo de la iglesia. La iglesia había sido vinculada íntimamente a la nación israelita; ahora adquirió toda una organización propia.

Poniendo juntas las verdades de que Pentecostés marca la fundación de la iglesia en su forma neotestamentaria y que Pentecostés significa evangelismo, se llega inevitablemente a la conclusión de que en aquel día el Espíritu Santo invistió de poder a la iglesia organizada para la ejecución de la tarea, dada por Dios, del evangelismo del mundo.

No es menos significativo el relato, en Hechos 13, del llamamiento y envío de Pablo y Bernabé como misioneros al mundo gentil. Fue el Espíritu Santo quien les llamó, pero los llamó por medio de "la iglesia que estaba en Antioquía" (v. 1). "Dijo el Espíritu Santo" (v. 4); pero, otra vez, el Espíritu Santo les envió mediante la instrumentalidad de la iglesia por que se dice: "Entonces,

habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron" (v. 3).

Las palabras de Pedro: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 P. 2:9), muy bien pueden ser descritas como una exhortación al evangelismo. Es evidente que el apóstol consideró a aquellos a quienes dirigió esta exhortación, no como tantos individuos aislados sino como un grupo compacto, una "generación", un "sacerdocio", una "nación", un "pueblo"; no como tantas piedras separadas, sino una "casa espiritual" (v. 5). Sin duda, él tuvo en mente la iglesia. La iglesia debe mostrar las virtudes de Dios, su Salvador.

Mucho más se podría agregar a las evidencias bíblicas citadas, pero lo mostrado es suficiente para probar concluyentemente que la iglesia es el agente ordenado por Dios para el evangelismo. Dios ha asignado la tarea de la evangelización específicamente a la iglesia organizada. Mientras que el evangelismo no puede ser, y evidentemente no es, la única razón por qué Dios ha establecido la iglesia cristiana en el mundo, el evangelismo es ciertamente una de las razones más significativas para su existencia. Está bien que una institución se ocupe en el evangelismo, pero téngase presente que la iglesia organizada es el agente bíblico supremo para la evangelización.

#### *AGENTES SUBORDINADOS*

Que todo cristiano está en el sagrado deber de testificar de Cristo y, al hacerlo llevar el evangelio a sus semejantes está fuera de duda. Además de ser enseñado explícitamente en muchos pasajes de la Sagrada Escritura, este deber está implícito en el oficio universal de profeta de cada creyente. Está bien claro que el cristiano individualmente tiene el perfecto derecho de ocuparse en tal actividad sin que en cada ocasión se asegure primero del consentimiento de la iglesia organizada. No necesita la aprobación de los oficiales de la iglesia de la cual es miembro para distribuir tratados o para contar historias bíblicas a los niños de los vecinos que nunca van a la iglesia. Con todo, no debe olvidarse que en este tipo de

trabajo él está subordinado a la iglesia. Si, por ejemplo, un creyente está distribuyendo tratados que contienen error doctrinal de consecuencia, la asamblea de su iglesia tiene derecho de llamarle la atención y corregirle. Es más, si rechaza o no toma en cuenta la corrección, es deber de la iglesia disciplinarlo.

Nuestra época es una en que la iglesia organizada sufre depreciación. Esto trae como resultado la aparición de más y más asociaciones voluntarias cuya finalidad es asumir la responsabilidad que le toca a la iglesia organizada, en particular la obra de evangelismo. Existen numerosas sociedades misioneras y cuerpos paraeclesiásticos, independientes del control de la iglesia. Por ejemplo, aunque el evangelista de renombre mundial Billy Graham busca la cooperación de las iglesias para la realización de sus campañas y aconseja a "los recién convertidos" unirse a una de las iglesias de la localidad, él mismo no opera, hablando estrictamente, bajo los auspicios y control eclesiásticos. La pregunta que se presenta es, ¿hasta qué punto puede ser considerado esto como un mal? En estos últimos años este problema ha llamado la atención de algunos teólogos muy capaces. Y aunque ninguno de ellos pretende haber dicho la última palabra, aun así las observaciones hechas parecen estar en orden.

Si el creyente puede, o tal vez debe, ocuparse en el evangelismo, es difícil ver porqué un grupo de individuos no pueden unirse para tal trabajo. Casi todas las iglesias consideran que esto es permisible dentro de ciertos límites. Es obvio que el ordenar evangelistas no le pertenece a una asociación de voluntarios cristianos, pero una asociación como ésta, por cierto, puede ocuparse, por ejemplo, en la traducción, publicación y distribución de Biblias. Hay que recordar, sin embargo, que los miembros de tales asociaciones deben permanecer sujetos a la disciplina de las iglesias a las cuales pertenecen. Por eso, si, por ejemplo, la asociación saca una mala traducción de la Biblia, las iglesias pueden considerar los individuos corresponsables de tal mal.

No es algo extraordinario hoy día que organismos independientes del control eclesiástico asuman prácticamente la totalidad de la tarea misionera de la iglesia. A menudo van a tal extremo de enviar hombres ordenados como misioneros y en algunos casos ellos mismos los ordenan. En pocas palabras, estas asociaciones volunta-

rias sustituyen a la iglesia organizada en el evangelismo. En circunstancias normales aquello debe ser considerado como una desviación de la práctica bíblica. Otra cosa es si las condiciones dentro de la iglesia llegan a ser tan anormales como para justificar dicha práctica. En tiempos comparativamente recientes han habido, por lo menos, dos ocasiones en las cuales los hombres de la iglesia con un gran celo para misiones estrictamente bíblicas estimaron que era su deber tomar un paso radical en razón de un prevalente modernismo en las misiones controladas por la iglesia. Esto ocurrió en la Iglesia Establecida de Holanda antes de la reforma de 1866 y en la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos anterior a la reforma de 1936. El primero de los mencionados tuvo la aprobación de tan famoso hombre de iglesia como Abraham Kuyper. La segunda referencia es a la fundación de la Junta Independiente de las Misiones Presbiterianas al Extranjero por J. Gresham Machen y sus asociados. Sin embargo, es importante notar que en ambos casos los dirigentes ortodoxos, antes de tomar medidas tan extremas, hicieron todo lo que estuvo a su alcance para reformar las misiones eclesiásticas, y que los más firmes entre ellos desistieron de sus actividades tan pronto como aparecían nuevas organizaciones eclesiásticas ortodoxas. Así ellos demostraron que su acción se justificaba como una excepción, y dieron honor al principio bíblico de que la iglesia organizada es el agente supremo para la evangelización.

El evangelismo por la iglesia organizada es un *deber*. Una asociación voluntaria, dentro de ciertos límites, *puede* organizar el evangelismo. No es necesario discutir que lo que debe hacerse tiene prioridad sobre lo que puede hacerse. Si se viola esa regla, hay un grave peligro de que el último desplazará al anterior.

Se puede mencionar muchas otras razones por qué las actividades evangelísticas deberían ser dirigidas y supervisadas por la iglesia organizada. He aquí algunas. Esfuerzos hechos por creyentes en forma individual y asociaciones de cristianos voluntarios serían integrados con el trabajo de la iglesia y esto disminuirá el peligro de esfuerzos traslapados y confusión. Así cada individuo, en virtud de que es miembro de la iglesia, tendrá automáticamente por lo menos parte en el evangelismo, y esto no será dejado a unos pocos que tienen inclinación especial para ello. Así en general, la pro-

bilidad de que el evangelismo sea desfigurado por errores doctrinales será disminuida, porque, no importa cuán grande sea la incursión de incredulidad a la iglesia en el pasado y el presente—en algunos casos tan grande como para transformar verdaderas iglesias de otro tiempo en falsas—queda cierto aún que el Espíritu de verdad ha sido dado a la iglesia y este Espíritu continuará hasta el fin de los tiempos para dirigir la iglesia en la verdad. Y, finalmente, pero no por eso menos, los que son evangelizados serán llevados directamente a las iglesias, luego de convertidos, para hacerse miembros de ellas.

#### UNA PRERROGATIVA GLORIOSA

La evangelización del mundo es una prerrogativa de la iglesia. Esa prerrogativa es muy gloriosa. Una breve declaración de los fines del evangelismo lo hará resaltar.

A través del evangelismo almas preciosas son trasladadas de la oscuridad de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás al reino del amado Hijo de Dios. Eso es glorioso, por cierto. Pero esto no es el último fin del evangelismo; antes bien es un medio que conduce a un fin más sublime. A través de la salvación de las almas, el evangelismo contribuye al crecimiento y al completamiento de la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Esto, también, sobresale en gloria. Pero aun así éste es un fin aproximado del evangelismo y un medio para un fin más comprensivo. Por medio de la expansión de la iglesia de Cristo, el evangelismo adelanta el reconocimiento de la soberanía de Cristo sobre todas las esferas de la vida humana—inclusive la ciencia y el arte, la educación y la recreación, la economía y la política. Esto, otra vez, es en extremo glorioso, pero una vez más, en lugar de ser el último fin del evangelismo, promueve a un más sublime fin. Y ese fin es la gloria de Dios.

Por confiar a su iglesia la tarea del evangelismo, Dios confirió a ella el alto honor de ser su instrumento escogido para la realización de todos aquellos gloriosos fines, y en particular de aquel fin por el cual él ha creado el universo, sostiene todas las cosas, hace todo lo que hace, ha elegido una multitud innumerable de entre la humanidad perdida, la ha redimido y la guarda por su poder “para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible” (1 P. 1:4)



—su propia gloria.

Claro, todo lo que la iglesia hace, y puede hacer, cuando lleva el evangelio a los hombres perdidos, es plantar y regar. Para resultar ella depende exclusivamente de Dios, quien es el único que da el crecimiento. Aun así, la iglesia es colaboradora de Dios. Bajo Dios, por cierto, más también junto con Dios, la iglesia labora para el más alto de los fines, a saber, la gloria del Altísimo.

### Capítulo 38

## EVANGELISMO EDUCATIVO

Con frecuencia se supone que la iglesia, cuando lleva el evangelio a los que no lo conoce, debe primeramente llevarlos a la fe en Cristo por un llamado a sus voluntades y emociones, y, habiendo logrado con éxito hacer esto, y habiéndolos recibido como miembros de la iglesia, debe instruirlos después. A los que mantienen este punto de vista debe recordárseles que el llamado más elocuente del evangelio no producirá fe salvadora a menos que el Espíritu Santo se le aplique eficazmente a los corazones humanos. Se les debe decir también que la enseñanza constituye un elemento muy importante del mensaje que la iglesia necesita llevar a los no salvos. En una palabra, el evangelismo de la iglesia no debe ser meramente seguido por la instrucción, sino que debe ser en sí mismo instructivo. Dios demanda de su iglesia un evangelismo *educativo*.

### UNA DEMANDA BIBLICA EXPLICITA

Los versículos finales del Evangelio según Mateo son conocidos como la gran comisión. Aunque este no es, por supuesto, el único mandamiento misionero de Jesucristo registrado en el Nuevo Testamento, con todo, “la gran comisión” no es un nombre incorrecto para este pasaje, porque es claramente el más completo de todos. En la antigua versión Reina-Valera se lee: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y doctrinad a todos los gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:18-20).

Un factor notable de la gran comisión es que ordena a los apóstoles y a la iglesia de todos los tiempos a que *enseñen*. En efecto, se habla de la *enseñanza* como la tarea misionera principal. Ellos

deben *ir* (salir) para *enseñar*. *Ir* es el medio usado para lograr el fin de *enseñar*. Y ellos deben *bautizar* los que aceptan sus enseñanzas. Pero la tarea es *enseñar*, sea que los hombres hagan caso o no. A ellos les dice no una vez, sino dos veces, *enseñar*. Primeramente Cristo dice: “*Doctrinad* a todas las naciones”; en el texto siguiente él agrega: “*Enseñándoles* que guarden todas las cosas que os he mandado”. Por cierto que se usan diferentes palabras griegas en estas dos instancias. La primera quiere decir *hacer aprendices, alumnos, discípulos*; la segunda quiere decir *instruir*. Pero la palabra *enseñar* es una posible traducción de ambas.

Hay quienes dicen que Jesús aquí manda a sus seguidores primeramente que hagan los hombres sus discípulos y luego que los bauticen, y *después* que les enseñen a guardar sus mandamientos. Si hubiese querido decir esto, él se hubiera expresado de otra manera. Posiblemente hubiese dicho: “Y enseñadles que guarden todas las cosas que os he mandado”. Como lo dijo, la enseñanza moral de la cual se habla aquí no está coordinada con, sino subordinada a hacer discípulos de los hombres. Y eso puede solamente significar que Jesús consideraba que esta enseñanza ética sería como una preparación de los hombres para ser discípulos. En su comentario sobre Mateo, F. W. Grosheide muestra que el verbo principal en la gran comisión es el imperativo *haced discípulos*, y que Jesús aquí enseña que las naciones deben ser discipuladas por medio del bautismo y la enseñanza.

Como es de esperar, los apóstoles y sus ayudantes obedecieron la gran comisión. Consecuentemente lo primero que hicieron en sus labores misioneras fue invariablemente enseñar a los hombres el evangelio. Mencionemos algunos ejemplos: el sermón pentecostal de Pedro no sólo era fuertemente exhortativo, sino que primeramente fue altamente instructivo. La mayor parte del sermón fue, por cierto, pura instrucción (Hch. 2:14-40). Antes de que Felipe el evangelista bautizara al eunuco de Etiopía, le enseñó acerca de Jesús, usando Isaías 53 como su texto (Hch. 8:26-40). Según Hechos 16:31, Pablo y Silas dijeron al carcelero de Filipos: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”, y según el versículo 33 el apóstol le bautizó a él y a toda su familia. Pero entre estos dos versículos está lo siguiente: “Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos que estaban en su casa” (Hch. 16:32).

El hecho de que en los ejemplos anteriormente mencionados la gente convertida no fue instruida en un período más o menos largo, no justifica una generalización sobre cuan largo o corto debe ser el período de instrucción antes del bautismo. Es probable que los que estaban reunidos en la fiesta de Pentecostés hayan tenido un conocimiento considerable de la verdadera religión, y nosotros simplemente no sabemos cuánto conocimiento hayan tenido el eunuco y el carcelero antes de que se les predicara acerca de Jesucristo. Pero sí sabemos que en su encuentro con el eunuco el evangelista Felipe fue guiado en la forma más notable por el Espíritu Santo, y que Pablo y sus acompañante eran sobrenaturalmente calificados para percibir los corazones de los hombres (Jn. 20:22, 23). Ese don y tal dirección eran peculiares a la iglesia de la época apostólica.

¡Bien claro muestra la Escritura que el primer deber de la iglesia cristiana con referencia a los no salvos es que les enseñe la Palabra de Dios!

#### UNA DEMANDA MUY RAZONABLE

Mientras que indudablemente cada demanda hecha por Dios es razonable, lo razonable de una demanda bíblica no siempre es autoevidente. Sin embargo, lo razonable de la demanda en discusión es perfectamente clara. Lo que tienen que hacer los que están afuera del redil es creer en el Señor Jesucristo. Ahora bien, el conocimiento es un requisito de la fe salvadora; fe sin conocimiento es inconcebible. Y el conocimiento se obtiene por la enseñanza. Por esa sencilla y concluyente razón la iglesia tiene que *enseñar* a los no salvos.

En alguna forma ha entrado la rara noción en algunos círculos religiosos de que el conocimiento es un impedimento en vez de ser una ayuda para el discipulado. Muchos sostienen que la fe y el conocimiento son antitéticos. Hay gente que cree que si uno tiene menos conocimiento, le será más fácil creer que si tuviese más conocimiento. Por eso se pone un premio sobre la ignorancia. Se dice que cierto predicador se vanagloriaba diciendo que había ido al Calvario y no al seminario. Pareciera que no se le había ocurrido que no hay ninguna buena razón por la cual un futuro ministro no

debía ir a ambos lugares, ni que un ministro que haya ido al seminario y al Calvario sea un servidor mejor del Señor que aquel que ha ido solamente al Calvario. Los grandes hombres de Dios y en la iglesia, como Moisés, Pablo, Agustín y Calvino, nombrando sólo algunos, eran todos hombres muy educados. A través de todo su libro *¿Qué es la fe?*, J. Gresham Machen insiste que un mayor conocimiento de la Escritura hará que la fe sea más sencilla y más fuerte.

Aquellos que subestiman el conocimiento religioso generalmente imaginan que la fe es como un salto en el vacío. A ellos les gusta cierta ilustración. Es de una casa con un subsuelo sin ventanas. La entrada a este subsuelo era una puerta hecha en el suelo de una de las habitaciones de la casa. Un día el padre de la familia estaba trabajando en el subsuelo y la puerta estaba abierta. Cerca de esta puerta estaba jugando su pequeña hija. El la podía ver en la luz, pero ella no lo podía ver a él allá en la oscuridad. El la llamó y dijo: "Salta por la puerta abierta y papá te agarrará". Instantáneamente ella obedeció y fue recibida por los brazos fuertes de su padre. Por esta ilustración quieren mostrar que la fe es un salto a ciegas, pero en realidad ilustra hermosamente exactamente lo contrario. Literalmente la pequeña niña saltó a la oscuridad, pero en el sentido real no lo hizo. Ella reconoció la voz de su padre. Ella sabía que su padre la amaba. Ella estaba segura que su padre era responsable. Ella conocía muchas cosas acerca de su padre, y fue precisamente por este conocimiento que ella confió en él. La verdad es que ella hizo un salto a la luz. Entonces la fe salvadora es un salto a la luz porque se basa en el conocimiento del Señor Jesucristo.

La fe no solamente presupone conocimiento, el conocimiento es también un elemento esencial de la fe salvadora. Según el Catecismo de Heidelberg, la fe verdadera es primeramente, aunque no exclusivamente, "un seguro conocimiento por el cual tengo por cierto todo lo que el Señor nos ha revelado en su Palabra" (Domingo 7, Pregunta 21).

En el libro *El Cristo del camino indio* y en otros de sus libros Stanley Jones insiste en que los misioneros deben predicar a Cristo, no el cristianismo. Bajo "el cristianismo" él entiende mucha doctrina cristiana. No es nada fuera de lo común que los evan-

gelistas menosprecian las confesiones (credos). Pero el hecho claro es que no hay forma de predicar a Cristo sin predicar las confesiones o los credos del cristianismo histórico. El que quisiera predicar a Cristo debe por necesidad definir al Cristo a quien predica. ¿Es su Cristo el Cristo dado por Dios en la Biblia, o un Cristo hecho por el hombre, fruto del modernismo? ¿Es su Cristo Dios de Dios y en consecuencia Dios mismo, o es solamente divino en el sentido de que una chispa divina reside en él como reside en todos los hombres, aunque un tanto más resplandeciente en él? ¿Es el Dios-hombre resucitado y siempre vivo sentado a la diestra de Dios en el cielo de los cielos, quien vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, o es él el maestro religioso más grande que el mundo haya conocido, cuyos huesos están reposando en un sepulcro de Judea, mientras su espíritu, como el de Confucio y Buda y otros, sigue su marcha a través de la historia? Estas son preguntas de doctrina. La predicación de aquel que da respuestas erróneas a estas preguntas es incomparablemente peor que inútil. La predicación del que falta en contestarlas es sólo como el metal que resuena o címbalo que retiene.

Y dígame, ¿cuál es la importancia de preguntarle a un hombre si es salvo si no entiende de qué necesita salvarse y por quién solamente él puede ser salvado? Y ¿qué importa preguntar a un hombre si él cree en Cristo en tanto no sepa quien es Cristo o qué quiere decir creer en él? Y ¿qué derecho tiene alguien de entregarse cuerpo y alma por el tiempo y por la eternidad a Jesús si no sabe que Jesús es Dios? Porque entregarse a un mero hombre es idolatría. Y ¿cómo puede uno creer en Cristo para el perdón de los pecados y para la vida eterna sin saber que su muerte en la cruz no fue meramente la muerte de un mártir, antes bien un sacrificio de sustitución para la expiación del pecado y la satisfacción de la justicia divina?

Ciertamente, la lógica más sencilla y clara requiere que la iglesia enseñe la Palabra de Dios a aquellos que están fuera del redil del Señor. Nada podría ser más razonable que esta demanda de la Sagrada Escritura.

### UNA DEMANDA PARTICULARMENTE OPORTUNA

Desde Wesley y Whitefield en el siglo XVIII hasta Billy Sunday y Gipsy Smith en épocas más recientes, en mucha predicación evangelística se ha apelado fuertemente a la voluntad y a las emociones, con muy poco énfasis, comparativamente, sobre la enseñanza. Aunque no era como debiera haber sido, no fue del todo reprochable como lo es hoy en día el mismo tipo de predicación evangelística. Dos siglos atrás, y hasta hace cincuenta años, los evangelistas tenían el derecho de suponer que sus auditorios en países tales como Inglaterra y Estados Unidos tuviesen por lo menos un mínimo conocimiento religioso. De un modo general sus oyentes no eran del todo ignorantes del evangelio. Pero hoy en día el proceso de descristianización ha progresado al punto de que aun en las tierras así llamadas cristianas el público en general tiene apenas un poquito más de conocimiento del camino de la salvación que lo que tienen los paganos. De eso se concluye que la necesidad de un evangelismo *educativo* es tremendamente importante. Debe darse el crédito a Billy Graham de que aparentemente sintió algo de esta necesidad. Aunque no se le puede considerar un teólogo profundo, y él mismo no dice que lo es, él hace un marcado esfuerzo para informar a sus oyentes lo que "dice la Biblia".

Sin duda, la ignorancia del público norteamericano, incluyendo a los miembros de las iglesias, con respecto a las Sagradas Escrituras es realmente alarmante. Sea o no cierto que en realidad haya sucedido que una maestra de la Escuela Dominical dijera a sus alumnos que Dan y Beerseba en la historia bíblica eran los nombres de un hombre y su esposa, "así como Sodoma y Gomorra", es cierto que una reciente encuesta trajo a luz el triste hecho de que pocas personas pueden nombrar los cuatro evangelios. E innegablemente, la mayoría de los miembros de la iglesia no tienen la más remota idea de lo que quiere decir ser salvo por gracia y da por sentado que el único camino para ser salvo es hacer "lo mejor que se pueda". Si tal ignorancia se encuentra entre la gente supuestamente creyente, ¿cómo será entre los demás?

Por otra razón, también, es particularmente oportuna la demanda bíblica de que la iglesia *enseñe* a los no salvos. Por ignorantes que sean los hombres de la religión cristiana, no puede negarse

que la educación secular, aunque le falte hacer las cosas bien, está mucho más avanzada que hace unas décadas. Por consiguiente, el nivel de inteligencia ha mejorado; y esto no es cierto solamente en los Estados Unidos, lo es también en otros países. Esto sucede también en numerosos países paganos. En consecuencia muchos han perdido el respeto que podían haber tenido de la predicación predominante emocional. Ellos exigen que el evangelista les muestre lo razonable de la religión cristiana. En otras palabras, insisten que el predicador del cristianismo les instruya, si quiere ganarse el respeto de ellos. Y ¿quién puede negarles el derecho a esta insistencia? Debe dársele por supuesto, especialmente por aquel que sostiene que mucha de la enseñanza cristiana trasciende la razón humana, porque es eminentemente razonable suponer que la autorevelación del Dios infinito trasciende la comprensión del hombre finito.

Pocos factores han contribuido tanto a la presente flojera de muchas iglesias como su negligencia en instruir a los futuros miembros y su deseo en recibir como miembros a los que son casi totalmente ignorantes de la Palabra de Dios. Lo que la iglesia necesita es un programa sólido de evangelismo educativo y una firme determinación de recibir como miembros solamente a quienes pueden hacer una aceptable confesión de las verdades básicas del cristianismo. Eso no solamente pararía la corriente de decadencia que está pasando sobre la iglesia, sino que también ayudaría mucho para realzar la gloria de la iglesia cristiana.

## ANTITETICA AL MUNDO

El término *mundo* no siempre tiene el mismo significado. Se puede con toda propiedad usarse en una considerable variedad de sentidos. Para diferenciarlo de la iglesia cristiana, es "la multitud sin Dios, la masa de los hombres separados de Dios y por lo tanto hostiles a la causa de Cristo". El término *antítesis* denota "un fuerte contraste, un contrario directo".

No es necesario discutir que cuanto más marcado el contraste entre la iglesia y el mundo, más grande es la gloria de la iglesia. El color blanco nunca parece ser más blanco sino cuando se le pone en contraste con un fondo negro. Por eso la santidad y belleza de la iglesia de Cristo resaltan más cuando se las contrasta con la suciedad y la corrupción del mundo.

### UNA ANTITESIS VERDADERA

La acusación que frecuentemente se hace a la iglesia es que ésta se parece al mundo, y a menudo hay razón para ello. Siempre hay algo del mundo en la iglesia, y a veces mucho. Entonces la iglesia debe ser reprendida por el pecado de conformarse al mundo y recordársela de su deber de ser antitética al mundo.

Sin embargo, no hay que pensar que tal antítesis sea simplemente un deber que debe observarse en la iglesia de vez en cuando. La antítesis es un hecho verdadero. Desde que la iglesia ha existido, la antítesis ha sido una realidad, y mientras la iglesia exista en este mundo perverso, la antítesis continuará siendo una realidad. No se permitirá nunca que el mundo absorba a la iglesia, y la iglesia, aunque siempre estuviese viciada por la mundanalidad, nunca se identificará con el mundo. Ser lo opuesto del mundo no es solamente necesario para el bienestar de la iglesia, es indispensable

para su misma existencia. Si la iglesia dejaría de ser antitética al mundo, no sería más la iglesia. Eso puede suceder, y de vez en cuando sucede a una porción de la iglesia, pero nunca le sucederá a toda la iglesia cristiana como tal.

La razón es que Dios mismo ha formado la iglesia como lo opuesto al mundo y, de acuerdo a su propia promesa, él preservará su iglesia. Dios, que hizo la iglesia radicalmente diferente del mundo, lo mantendrá así.

Como ya se vió anteriormente, la historia de la iglesia puede trazarse al huerto del Edén. Tan pronto como pecó el hombre, Dios le prometió un Salvador. Presumiblemente Adán y Eva creyeron esa promesa. Si es así, ellos fueron los primeros miembros del cuerpo de Cristo. Es significativo que en el momento en que Dios fundó la iglesia, creó también la antítesis. El dijo al tentador: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás el calcañar" (Gn. 3:15). La simiente del tentador es el mundo; la de la mujer es la iglesia. Debe notarse que Dios no mandó que fuesen enemigos entre sí y entonces dejarlos obedecer o desobedecer a su antojo. No, Dios mismo puso enemistad entre ellos y así fue. Por una orden divina quedó establecida la antítesis. Y su continuación a través de los siglos es garantizada por la inalterable voluntad de Dios.

El apóstol Pablo dijo a los creyentes de Efeso: "Por que en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor" (Ef. 5:8). Cuando ellos eran del mundo estaban en tinieblas; y ya que han sido constituidos miembros de la iglesia de Cristo, ahora son luz. La una es contraria directa de la otra. Otra vez hay que notar que el apóstol no ordenó a los efesios que dejaran de ser tinieblas y que se hicieran luz en el Señor. Aquello no tendría sentido por la sencilla y concluyente razón de que por la gracia de Dios ellos ya habían sido transformados de tinieblas en luz. Es cierto que los creyentes no siempre manifiestan en sus vidas que son luz en el Señor. Por eso la exhortación es de esperar: "Andad como hijos de luz" (Ef. 5:8). Pero ese mandamiento no disminuye en lo más mínimo el hecho de que son hijos de luz. La verdad del asunto es que tal mandamiento está basado en el hecho de que son hijos de luz.

Es irrefutable la conclusión de que la antítesis entre la iglesia y el mundo es real. Ahora bien, eso tiene que ver directamente con la

gloria de la iglesia. Ser lo opuesto al mundo no es meramente algo a desearse, sin necesariamente realizarse. Tampoco es el ser opuesto al mundo un deber que pueda o no cumplirse. La antítesis es una realidad. La iglesia está indiscutiblemente lo opuesto al mundo pagano. Y esa es una manera de decir que es supremamente santa.

### UNA ANTITESIS ABSOLUTA

Las personas que constituyen el mundo son “muertos en sus delitos y pecados” (Ef. 2:1), mientras que aquellas que constituyen la iglesia, habiéndose renacido, están espiritualmente vivos. Debido a eso, el contraste entre la iglesia y el mundo obviamente no es relativo sin absoluto. Los hombres, o están muertos o están vivos; no pueden ser las dos cosas a la vez. La vida y la muerte se excluyen mutuamente.

Esto no es afirmar que el cristiano no tenga pecado. Al contrario, el mejor cristiano está lejos de la meta de la perfección. El apóstol Pablo, gran santo que era, gustosamente admitió que no había alcanzado el premio de la soberana vocación de Dios en Jesucristo (Fil. 3:13, 14). Santiago, el hermano del Señor, dijo: “porque todos ofendemos en muchas cosas” (Stg. 3:2). Tiene sentido el relato de un pastor que se encontró en la calle con un colega suyo y le preguntó a dónde iba, y, cuando éste le contestó que iba corriendo tras la perfección, aquél le contestó: “Si es así, no te detengo, pues me doy cuenta que tienes un largo camino por delante”. Sin embargo, domina la nueva vida que Dios, el Espíritu Santo, ha implantado en el alma del cristiano. El está “muerto al pecado... pero vivo para Dios” (Ro. 6:11). Y cuando comete pecado, él hace lo que no quisiera hacer e inclusive odia. Por eso se atreve a afirmar: “De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí” (Ro. 7:15, 17). En síntesis, su pecado se diferencia radicalmente de aquel que no es regenerado.

Esto no quiere decir que el hombre del mundo es menos humano. En el *Mercader de Venecia*, de Shakespeare, Shylock dice que los judíos son gente también. El afirma: “¿No tiene ojos el judío? ¿No tiene un judío manos, órganos, dimensiones, sentidos, afecciones, pasiones? ¿No son alimentados con la misma comida,

heridos con las mismas armas, sujetos a las mismas enfermedades, curados de la misma manera, calentados y enfriados por el mismo verano e invierno que un cristiano? Si nos hieren, ¿no sangramos? Si nos hacen cosquillas, ¿no nos reímos?” Por cierto, en ese sentido los no creyentes son gente también. Ellos son humanos en el completo sentido de la palabra. En ellos hay el remanente de la imagen de Dios en la que el hombre fue originalmente creado. Todavía son seres racionales y morales. No obstante, aun la moralidad del hombre natural y no regenerado es, según los Cánones de Dort, solamente “algún conocimiento de la distinción entre el bien y el mal” y “alguna noción de la virtud y de la buena conducta externa” pero “es incapaz de usarlo rectamente ni en asuntos naturales y cívicos” (Capítulos III y IV, Artículo 4). En el cristiano, la imagen de Dios ha sido en principio restaurada a la pristina gloria del verdadero conocimiento de Dios, verdadera justicia y verdadera santidad. Esto quiere decir que la diferencia entre la imagen de Dios en el cristiano y la imagen en el no cristiano no es meramente cuantitativa, de manera que el primero tiene más que el último, sino que es una diferencia cualitativa.

A veces se ha sostenido que los dones de la gracia común de Dios hacen que la antítesis del creyente y el no creyente, y por consiguiente de la iglesia y el mundo, sea menos que absoluta. No puede negarse que ambos son recibidores de algunas manifestaciones de benevolencia divina. “Que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:45). La Escritura además nos dice, que por supuesto no es por la virtud de su innata bondad, que no existe, sino por virtud de la gracia común de Dios, que los hombres no regenerados pueden hacer algún bien. Jesús dice: “Si hacéis bien a los que os hacen bien ¿qué merito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo” (Lc. 6:33).

Sin embargo, se puede preguntar seriamente si Dios es motivado—si es que se puede hablar de que Dios sea motivado—por la misma benevolencia cuando da algunas bendiciones a los injustos como cuando da las mismas bendiciones a los justos. El es sin duda bueno, y aun amoroso, para con los injustos, pero solamente a los justos los quiere como sus hijos, los adoptados por el amor de Cristo. Sin duda, siempre los ve en Cristo, inclusive cuando les imparte las bendiciones de la naturaleza. Debe recordarse también

que solamente los regenerados pueden hacer bien espiritual, eso es, el bien que es inspirado por el amor de Dios; en todo el bien que un no regenerado haga no hay ni una pizca de ese amor manifestado. Debe tenerse presente también que hay una diferencia radical en el uso que los regenerados hacen de los dones de la gracia común, y el de los no regenerados. En principio, el cristiano come y bebe y hace otras cosas para la gloria de Dios mientras que el hombre del mundo no hace nada para la gloria de Dios. Y nunca hay que olvidar que la gracia salvadora, la cual solamente poseen los cristianos, se diferencia tan completamente en esencia de la gracia común, que todas las bendiciones de la gracia común que Dios jamás haya derramado sobre la humanidad junto con aquellas que quedan para ser derramadas hasta el fin de los tiempos, no se suman ni a un grano de gracia salvadora.

Cierto es, la completa separación de los creyentes y no creyentes no tendrá lugar sino hasta la consumación del proceso que llamamos historia. Por lo tanto, ellos pueden, y por mientras deben, cooperar en varias actividades dignas, aunque están motivados por distintos motivos. Es verdad también que el Dios de la gracia soberana seguirá sustituyendo hasta el día del juicio, corazones de carne por corazones de piedra y trasladando hombres del reino de Satanás al de su amado Hijo. Pero el hecho sigue en pie que aun ahora la antítesis de los regenerados, quienes están espiritualmente vivos, y los no regenerados, quienes están espiritualmente muertos, es absoluta, no meramente como dicen algunos, en principio, sino en su misma esencia.

No puede negarse el carácter absoluto de la antítesis de la iglesia y el mundo. No es verdad, como se supone a veces, que la iglesia y el mundo corren sobre la misma pista por alguna distancia y luego se separan. Son diferentes desde el principio hasta el fin. Y eso también tiene que ver con la gloria de la iglesia. Tan diferente es la iglesia del mundo que los dos son incomparables. Eso hace la gloria de la iglesia trascendente.

#### *UNA ANTITESIS ACTIVA*

Una antítesis puede ser absoluta sin ser activa. ¿Quién podría negar que blanco y negro son opuestos? El blanco es visto cuando

la luz del sol se refleja sin la absorción alguna de los rayos visibles del espectro. El negro es la ausencia de todo color espectral. Pero pueden existir juntos uno al lado del otro y ser totalmente pasivos. No es nada fuera de lo común hoy en día decorar una casa con blanco y negro. El efecto es sorprendente por el contraste completo que hay entre el blanco y el negro, pero los dos existen lado a lado en perfecta paz. Ninguno molesta al otro en lo más mínimo.

Pero supongamos ahora que la casa de la que nos referimos se haya incendiado y que se le haya echado agua. Ahí tenemos otra antítesis, pero ésta es extremadamente activa. El agua y el fuego están en pugna. El uno destruiría la casa, el otro la salvaría. Hasta se destruirían ellos mismos. El agua trata de apagar el fuego, y el fuego trata de transformar el agua en vapor.

La antítesis de la iglesia y el mundo no es pasiva sino decididamente activa.

Que el mundo sea activamente opuesto a la iglesia es cosa vista con claridad a través de la historia. Tan pronto como Dios puso enemistad entre la simiente del tentador y el de la mujer, la enemistad se inflamó. Caín mató a Abel porque las obras de su hermano eran buenas y las de él eran malas (1 Jn. 3:12). Con odio cruel los egipcios paganos perseguían al pueblo de Dios. Cuando Israel había ocupado Palestina, las naciones paganas vecinas estaban casi incesantemente en guerra con ella. El odio del mundo hacia la simiente de la mujer llegó a su culminación y expresión más violenta cuando el mundo crucificó al Hijo del hombre. Pero que nadie piense que este odio se extinguió en aquella ocasión. Los seguidores de Cristo desde ese momento han experimentado la verdad de sus palabras: "El siervo no es mayor que su Señor. Si a mi me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15:20); y "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; mas porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece" (Jn. 16:19).

La iglesia, también, debe oponerse activamente al mundo y en la medida en que verdaderamente es iglesia, hace eso. Claro, el pueblo de Dios no odia a los hombres del mundo como éstos los odian a ellos. Los discípulos de Cristo aman a todos los hombres, hasta a sus enemigos. Por eso trabajan celosamente y oran fervientemente por la salvación de todos aquellos que están alejados y son hostiles

a la causa de Cristo. En el preciso instante de su martirio a manos del mundo, ellos suplican: "Señor, no les imputes este pecado" (Hch. 7:60). Sin embargo, eso no es todo. Hay otro aspecto. Por su muerte Cristo salvó al mundo y también lo venció. Y la iglesia de Cristo testifica con denuedo contra los pecados del mundo, se opone con poder a las obras de las tinieblas que hace el mundo, y, aunque pareciera increíble, hasta odia a los malvados.

Por cierto, aquí hay una paradoja. Que los cristianos deben en todo tiempo amar a todos los hombres es verdad más allá de toda sombra de duda, pero no es la verdad entera o total. A este autor le gusta describir la antítesis de esta forma: mientras que los impíos odian a los piadosos, los piadosos aman a los impíos. Esta descripción es verdad y demostrada, pero no es exhaustiva. La afirmación a menudo hecha de que los cristianos odian los pecados de los impíos, pero que aman su persona es cien por ciento verdad, pero como una solución a la paradoja adolece de ser demasiado simplista. Esta paradoja, como toda paradoja bíblica, debe dejarse como está en toda su dimensión de inspirada.

Dios, que ama a todos los hombres, incluyendo a Esaú, declaró: "Mas a Esaú aborrecí" (Ro. 9:13). Los hijos de Dios, también aman y odian a los impíos. Los aman como sus compañeros, sus prójimos. Los odian en la capacidad específica de *odiadores de Dios*. Por eso el salmista exclamó: "¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; los tengo por enemigos" (Sal. 139:21, 22). Según varios expositores capaces, entre ellos F. L. Godet, Jesús tendría ese odio en mente cuando dijo: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14:26). Fuera de toda duda, el apóstol Pablo expresó enfáticamente ese odio cuando escribió a las iglesias de Galacia: "Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema" (Gá. 1:9). También los espíritus de los hombres justos hechos perfectos expresan este odio mientras lamentan en voz alta desde debajo del altar en el cielo: "¿Hasta cuándo, Señor, Santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra?" (Ap. 6:9, 10). Y también los habitantes del cielo en una canción de triunfo exclaman: "¡Aleluya! Salvación y honra y glo-

ria y potencia al Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella" (Ap. 19:1-3).

El cristiano ama a Dios. Por esta razón él ama a sus semejantes, sin excepción; por la misma razón él no puede sino odiar a los enemigos de Dios. Así lo dice la Biblia.

En la misma manera en que la verdad y lo absoluto de la antítesis de la iglesia y el mundo revelan la gloria de la iglesia, así también la revela el carácter activo de la antítesis. Si la iglesia amaba menos a Dios, el mundo lo perseguiría menos violentamente y la iglesia se opondría al mundo en forma menos vigorosa. La actividad de la antítesis resulta directamente e inevitablemente del amor de la iglesia para con Dios y por eso refleja la gloria resplandeciente de la iglesia.



## LA IGLESIA COMO BENDICION PARA EL MUNDO

Fuera de toda duda, la iglesia de Jesucristo es de una inestimable bendición a la humanidad. Esto incluye también a los que son hostiles a Dios y a la causa de Jesucristo.

Sería imposible, sin duda, enumerar todas las bendiciones que el mundo ha recibido por la presencia de la iglesia en su medio. Son incontables. Sin embargo, una gran cantidad de ellas pueden ser agrupadas en dos expresiones de Jesús. El dijo a sus discípulos: "Vosotros sois la sal de la tierra" y "Vosotros sois la luz del mundo" (Mt. 5:13, 14).

### LA SAL DE LA TIERRA

Cierto predicador anunció como texto de su sermón: "Vosotros sois la sal de la tierra". Luego prosiguió: "Cuando la sal toca una herida abierta, produce un intenso escosor. Así nosotros los cristianos debemos ir por la vida produciendo semejante escosor". No hay necesidad de decir que estaba haciendo una eiségesis\* en lugar de una exégesis. Por cierto, la verdad de Dios que los cristianos debemos proclamar a menudo es hiriente; pero la Escritura nos dice que debemos amar a todos los hombres y, en cuando depende de nosotros, vivir en paz con todos los hombres (Ro. 12:18).

¿En qué sentido, entonces, son los creyentes la sal de la tierra? La respuesta es obvia. Desde tiempo inmemorial la sal fue usada para sazonar los alimentos o para evitar su descomposición. En estos sentidos el pueblo de Dios se asemeja a la sal. Si no fuera por ellos, el Dios santo hace tiempo que ya hubiera vomitado a este

\* Atribuir a un pasaje un pensamiento nuestro y no lo que en realidad dice. N. del T.

desabrido mundo y en su indignación hubiera consignado a este podrido mundo a la destrucción.

Una historia del Antiguo Testamento ilustra esta verdad en forma sorprendente. El Señor había decidido aniquilar a Sodoma por la extrema corrupción de su gente. Abraham, con quien Dios había recientemente establecido su pacto de gracia, intercedió en oración por esta ciudad perdida. Al hacer esto, Abraham actuó como un preservativo. Como respuesta, Dios prometió no destruir la ciudad si se podía encontrar cincuenta justos dentro de ella. En respuesta a la importunada petición de su amigo, Dios redujo el número, primero a cuarenticinco, luego a cuarenta, luego a treinta, luego a veinte y finalmente a diez. Dios le dijo: "No destruiré la ciudad por amor de los diez". Si hubiese habido sólo diez justos en Sodoma, toda la ciudad hubiera sido perdonada por amor a ellos. Los diez hubieran servido como sazón y preservativo" (Gn. 18:16-33).

He aquí algunos ejemplos de las muchas formas en que la iglesia opera como "la sal de la tierra".

La sola presencia de la iglesia en el mundo constituye una bendición para el mundo. Cuando el Dios santo mira la impía raza humana, se inflama su ira. Se pudiera esperar que se manifieste a la humanidad como fuego consumidor. Pero acá y allá, casi por todas partes, Dios ve entre los malvados los que por la fe en el Hijo unigénito han llegado a ser sus hijos. El los considera suyos en su infinito amor. La Escritura nos dice que por amor de ellos los días de la tribulación que vendrán serán acortados (Mt. 24:22). Asimismo, por amor de ellos el tiempo de la paciencia divina se prolonga y es pospuesto el día de la última descarga de la venganza divina.

Un pueblo o una nación que en un tiempo fue cristiano puede continuar participando por un tiempo de los frutos del cristianismo. El pueblo de los Estados Unidos de Norte América es un caso. Las libertades de este país son en alguna medida productos del cristianismo de sus padres fundadores. Pero, en vista de que está abandonando rápidamente a su Dios, está en proceso de perder aquellas libertades que les fueron legadas. Aun así, en comparación con otras naciones, los Estados Unidos es aún un país que puede llamarse "el país de la libertad".

En muchas otras maneras los impíos reciben beneficios por sus prójimos creyentes. Por ejemplo, la vida moral de una comunidad donde hay muchos cristianos e iglesias cristianas es casi siempre mucho más alta que lo que es donde hay una comunidad enteramente pagana.

Que Dios no haya destruido aún a la humanidad torcida y perversa es algo que los teólogos suelen llamar la gracia común de Dios. Y una razón porque Dios sigue aún paciente para con el mundo es porque la iglesia actúa como la sal dentro de este mundo. La presencia del pueblo de Dios en el mundo es una—aunque no necesariamente la única—razón para el otorgamiento de otras bendiciones de la gracia común. Las bendiciones naturales de la lluvia y del sol (Mt. 5:45), el refrenamiento del pecado entre los réprobos, razón por la cual se hace posible en mayor o menor grado el orden de la sociedad humana (Gn. 6:3; 20:6), la dotación a los no regenerados de talentos en los campos de la ciencia y el arte (Gn. 4:20-22), y también el así llamado bien cívico que los no salvados hacen (Lc. 6:33), son todos ellos migajas que caen de la mesa de los creyentes, hijos de Dios. En su famosa obra *La expiación*, Roberto S. Candlish dice: “Toda la historia de la raza humana, desde la caída hasta el juicio final, es una dispensación de paciencia con respecto a de los réprobos; en esta dispensación muchas bendiciones físicas y morales, que afectan su carácter y destino para siempre, se acumulan para los paganos, y en mayor cuantía para los ciudadanos más educados y refinados que viven en las comunidades cristianas” (pág. 358ss).

Más importante aun, al dispensar la Palabra de Dios, la iglesia opera en el mundo como sal sazonzadora y preservadora. En cuanto los hombres creen y obedecen a la Palabra, Dios ya no les considera como sujetos de su ira consumidora, antes bien como sujetos de su amor salvador. Los que fueron “por naturaleza hijos de ira” (Ef. 2:3) son hechos “aceptos en el Amado” (Ef. 1:6).

### LA LUZ DEL MUNDO

No hay otro ejemplo en el cual el Señor concede mayor honor a su iglesia como cuando le llama “la luz del mundo”. Al hacer esto, identifica a la iglesia consigo mismo, porque él es de hecho la luz

del mundo. Una y otra vez la Escritura describe así al Señor. Cuando el anciano Simeón tuvo al niño Jesús en sus brazos, habló de él como la luz que ilumina a las naciones y la gloria de Israel, el pueblo de Dios (Lc. 2:29-32). El evangelista Mateo se refirió al principio del ministerio de Jesús en Galilea como el cumplimiento de la profecía de Isaías: “Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vió gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció” (Mt. 4:15, 16). Nuestro Señor testificó de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12).

Así es evidente de inmediato cómo opera la iglesia como la luz del mundo. No tiene luz propia; toda la luz que puede mostrar es la luz que viene de Cristo. Como la luna refleja la luz del sol, así la iglesia refleja la luz de quien es “el sol de justicia” (Mal. 4:2). Al proclamar a Cristo al mundo, la iglesia de Cristo se constituye en la luz del mundo.

“Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones” (Is. 60:2). Así habló el profeta. ¡Qué precisa es esta descripción de todos los períodos de la historia humana desde la caída, y cuán aplicable es particularmente a nuestros tiempos! Las así llamadas naciones cristianas están retrocediendo rápidamente hacia la oscuridad del paganismo. Una gruesa capa de incredulidad cubre la misma iglesia de Cristo. Al parecer, insuperables barreras están en muchos casos impidiendo que la luz del evangelio alcance a los pueblos paganos. Parece que el cruel príncipe de las tinieblas haya sido suelto del abismo y que estuviere arrojando sus hondas demoníacas implacablemente en contra del cristianismo. El sol de la civilización occidental, en muchas maneras el producto del cristianismo, está a punto de ocultarse. Los estadistas del mundo están andando frenéticamente a tientas buscando una luz, pero las tinieblas se hacen cada vez más intensas. “Guarda, ¿qué de la noche? Guarda, ¿qué de la noche?” (Is. 21:11). ¿No hay ni un rayo de esperanza? No, ni uno, excepto de Aquel que es la luz del mundo.

Cuando el evangelista dijo de la Palabra personal y viviente: “Aquella luz verdadera, que alumbró a todo hombre, venía a este

mundo" (Jn. 1:9), probablemente se estaba refiriendo a lo que ha sido llamado la luz común de la naturaleza. Calvino comenta: "Sabemos que los hombres tienen esta peculiar excelencia que les distingue en mucho de los otros animales, que son dotados de razón e inteligencia, y que pueden distinguir entre lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, ya que esto está grabado en sus conciencias. No hay hombre alguno, por lo tanto, a quien no le alcance alguna percepción de la luz eterna". Y se apresura a agregar que la luz de la naturaleza es "muy inferior a la fe; porque nunca hombre alguno podrá, por su propia agudeza o sagacidad de mente, entrar en el reino de los cielos", y "la luz de la razón que Dios ha dado a los hombres ha sido tan oscurecida por el pecado, que en medio de la densa oscuridad, la chocante ignorancia y un abismo de errores, apenas hay unos pocos destellos de luz que no se han extinguido totalmente".

En un sentido mucho más grande, Cristo es la luz del mundo. Hubo un tiempo cuando nuestros primeros padres anduvieron en la plena luz de la presencia divina. Pero cometieron su horrendo acto. Desde entonces la humanidad camina en la oscuridad del pecado y de la muerte. Sin embargo, el Hijo de Dios, por su muerte y resurrección, ha vencido el pecado y la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad (2 Ti. 1:10). Por la fe en él pueden los hombres tener la luz de la vida, esto es la vida eterna.

Es el alto honor de la iglesia cristiana estar compuesta de los hijos de luz quienes hacen que su luz brille al predicar a Cristo como Salvador y Señor a individuos y a naciones. Y así presentan a él quien es el único capaz de trasladar a los pecadores de la oscuridad a la luz y desvanecer los negros nubarrones que cubren a los habitantes de la tierra como una mortaja.

Los miembros de la iglesia de Cristo deben hacer esto de palabra y de hecho. La vida cristiana no hace las veces de la Palabra de Dios, mas la predicación de la Palabra debe ser complementada por una vida cristiana. La Palabra de Dios es el único medio por el cual los pecadores son atraídos a la fe. "Así que la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Ro. 10:17). Pero es bien cierto que los discípulos de Cristo no tienen derecho de esperar que su predicación sea efectiva si no dejan que su luz brille delante de los hombres de tal manera que los hombres puedan ver sus buenas

obras (Mt. 5:16), y si ellos mismos no son epístolas de Cristo, conocidas y leídas por todos los hombres (2 Co. 3:2, 3). Aquí tampoco el hombre debe separar lo que Dios ha unido. Es por eso que el apóstol Pablo amonestó a la iglesia de Filipos: "para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como lumináres en el mundo; asidos de la Palabra de vida..." (Fil. 2:15, 16).

El apóstol Juan vio "la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido". Fue la iglesia del futuro, pero también la iglesia del presente que prefigura lo que está por venir. "La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieran sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche" (Ap. 21:2, 23-25).

## LA IGLESIA SEPARADA DEL MUNDO

La palabra griega que se usa en el Nuevo Testamento para designar a la iglesia cristiana significa *lo que es llamado fuera*. Aunque la misma palabra ocurre a veces con un sentido no tan exacto, es claro que aquello del cual es llamada la iglesia es el mundo. Así el nombre que el Espíritu Santo dio a la iglesia denota separación del mundo.

Es evidente que dicha separación del mundo no es, y no tiene que ser, entendida en forma absoluta, es decir en forma total. Aunque no es *del* mundo, la iglesia está por mandato divino *en* el mundo. Jesús oró por los miembros de su iglesia: "No ruego que les quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Jn. 17:15). Y el apóstol Pablo escribió a la iglesia en la mundana ciudad de Corinto: "Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo" (1 Co. 5:9, 10).

Surge ahora la pregunta, ¿en qué sentido y en qué grado debe separarse la iglesia del mundo? Al buscar una respuesta a esta pregunta es de extrema importancia distinguir entre una separación prohibida y una separación requerida.

### SEPARACION PROHIBIDA

A través de la historia de la iglesia cristiana han habido aquellos que en su huida del mundo fueron mucho más allá de las demandas de las Sagradas Escrituras. Por lo general dieron la impresión de una piedad excepcional, pero en realidad fueron culpables de impiedad. Pretender ser más sabio que Dios y más santo que la ley de Dios no es santidad sino santurronería, y la santurronería, por cierto, no es una virtud sino un vicio.

El fariseo que rehusa tocar a un publicano aun de lejos y que al regresar del mercado en el cual estuvo inevitablemente mezclado con toda clase de gentes, no pensaría sentarse a comer sin antes lavarse de la inmundicia del ambiente (Mr. 7:4), el ermitaño que se retira a una casucha sucia en una región apartada, el estilista que hace su morada en la punta de un pilar en algún desierto, el monje o la monja que hace los votos de celibato y pobreza y se aísla a un convento o monasterio, y aquel que piensa que es pecaminoso que un cristiano se incorpore a una organización en la cual hay miembros no creyentes o que participe en una diversión en la cual participen no creyentes—todos estos han caído esencialmente en el mismo error. Ponen énfasis indebido en los aspectos espaciales de la separación cristiana del mundo. Y esto ni es un inocente pasatiempo ni una flaqueza inofensiva. La historia nos enseña que tal cosa lleva inevitablemente a graves pecados.

El que ahora prohíbe lo que Dios permite, mañana permitirá lo que Dios prohíbe. La razón es obvia. En virtud de su énfasis en los mandamientos de los hombres está en un inminente peligro de descuidar la ley de Dios. Para llegar directamente al grano, el que hace la antítesis entre la iglesia y el mundo principalmente un asunto de ambiente está prácticamente seguro de olvidar que es esencialmente espiritual. En otras palabras, aquel que se esfuerza con todas su energías para escaparse del ambiente mundano que le rodea se olvida con suma facilidad que está llevando consigo el mundo en su propio corazón. En consecuencia, el huir del mundo a menudo resulta en una mundanalidad de la peor clase. No es de sorprenderse que los fariseos en los días de Jesús se asemejaron a sepulcros blanqueados y que nuestro Señor haya tronado contra ellos: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de afuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia" (Mt. 23:25-27). Tampoco es extraño que más de un monasterio o convento haya degenerado en un vulgar burdel.

El que iría más allá de los preceptos de la Escritura en asuntos de separación del mundo está expuesto, de una manera especial, al abominable pecado de orgullo espiritual. Casi inevitablemente tendrá la presunción de considerarse más santo que los demás. ¿No tuvo acaso la misma actitud el fariseo de la parábola, que agrade-

ció a Dios que no era como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, no como el despreciable publicano que ni aun quería alzar sus ojos al cielo (Lc. 18:11)? Y porque su supuesta piedad sobrepasaba las demandas de la ley santa de Dios, esa misma persona llegó a ser excesivamente jactancioso al decir: "Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano" (Lc. 18:12). En base a esta enseñanza del Señor Jesús, puede decirse que el poeta Tennyson tenía toda la razón cuando puso las siguientes palabras, que huelen a orgullo espiritual, en la boca de Simeón el Estilita:

Fijate, Señor, mientras tú y todos los santos se gozan  
allá en el cielo, y los hombres viven en la tierra  
bajo la sombra de cómodos techos,  
se sientan con sus esposas, comen buena comida,  
se visten de ropas que les abrigan bien,  
y aun los animales tienen donde vivir.  
Yo, entre la luz del día y la puesta del sol  
hago reverencias mil, y doscientas veces me postro ante  
Cristo, la Virgen Madre y todos los santos,  
O en la noche, después de dormir un poco,  
me despierto; las frías estrellas brillan;  
estoy mojado con el rocío humedecedor,  
o tieso con el hielo crepitante;  
pongo una piel de cabra no curtido sobre mi espalda;  
y un collar de hierro pendiente en mi cuello;  
y con mis brazos débiles y delgados levanto la cruz;  
y me esfuerzo y lucho contigo hasta que muera,  
¡Oh, misericordia, misericordia!  
¡Lávame de mi pecado!

Hay aún otro pecado en el cual se pone demasiado énfasis en la separación espacial del mundo. Es el de hacer énfasis en lo negativo a costa de lo positivo en la vida, y por lo tanto descuidando las responsabilidades en el mundo. No es suficiente que un cristiano se abstenga de hacer el mal; debe ser "celoso de buenas obras" (Tit. 2:14). Los miembros de la iglesia de Cristo son la sal de la tierra y la luz del mundo. Como sal el creyente debe actuar como preservativo en este mundo e impartir sabor a él. Pero la sal puede actuar así solo cuando está en contacto directo con aquello que debe ser

preservado o sazonado. Es obvio, por otra parte, que los seguidores de Cristo no pueden funcionar como la luz del mundo si guardan su luz escondida debajo del almud o de la cama. Por lo tanto, la consabida frase de que el poder de la iglesia es su separación del mundo debe, para decir lo menos, ser tomada con mucho cuidado o por lo menos unos granos de sal. En ciertas circunstancias puede ser cierto, pero como una generalización no es justificable. El poder de la iglesia estriba en que es radicalmente diferente del mundo. El mundo es oscuridad, la iglesia es luz. Pero la luz, por supuesto, debe brillar en la oscuridad a fin de que ésta desaparezca.

### *SEPARACION REQUERIDA*

La verdad de que la antítesis entre la iglesia y el mundo es espiritual, y no espacial, en esencia, no debe cerrar los ojos de los miembros de la iglesia de Cristo al hecho de que esa antítesis espiritual tiene algunas implicaciones espaciales muy necesarias. He aquí algunos ejemplos.

Los niños son sobremanera impresionables. Por esta razón es de gran importancia que estos hijos del pacto sean guardados de malas asociaciones y que tengan la oportunidad de crecer en un ambiente sano. Los padres y la iglesia deben cooperar en la creación de tal ambiente y de impedir, hasta donde sea posible, que los jóvenes creyentes estén sujetos a influencias mundanas. Este es uno de los grandes argumentos para que la comunidad cristiana provea y sostenga escuelas cristianas.

En el matrimonio hay también los aspectos espirituales y espaciales. En razón de la antítesis espiritual entre un creyente y un no creyente, la Escritura prohíbe, en términos bien claros, que se unan en matrimonio. Luego que los hijos de Dios tomaron para sí de las hijas de los hombres (Gn. 6:2), sobrevino a la raza humana el terrible diluvio. Dios prohibió expresamente a su pueblo que se emparentase con los paganos cananeos (Dt. 7:3). El rey Salomón empezó su reinado en una forma excelente cuando pidió a Dios sabiduría en lugar de riqueza y honor, pero sus esposas paganas muy pronto le llevaron a la idolatría. Y el apóstol Pablo enseñó que una viuda cristiana está en libertad de casarse con quien ella desea, con tal que sea en el Señor (1 Co. 7:39). La frase "en el Señor" clara-

mente restringe a la frase "con quien desea". Ella está limitada al grupo de los que son el pueblo peculiar del Señor. Ella debe casarse sólo dentro del círculo de la iglesia de Cristo.

Pero no sólo los niños son afectados por el ambiente; también lo son los adultos. La influencia del ambiente puede ser más poderosa cuando se trata de un niño que de un adulto, pero hay que tener cuidado de no descuidarse. Por lo mismo, un cristiano adulto no tiene derecho de exponerse innecesariamente a la tentación. Se admite que aun un adulto no puede siempre evitar la tentación. Se da por supuesto que en su trabajo encontrará bastante. Es cierto también que él crece más fuerte cuando enfrenta la tentación y por la gracia de Dios la supera. Pero buscar la tentación es pecado. ¿No nos enseñó, acaso, el Señor a orar: "Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal" (Mt. 6:13)? El salmista cantó: "Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado" (Sal. 1:1).

Hay un pasaje en el Nuevo Testamento que demanda en un lenguaje claro y fuerte que la iglesia se separe del mundo. Dice así: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Por que vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo:

"Habitaré y andaré entre ellos,  
Y seré su Dios,  
Y ellos serán mi pueblo.

Por lo cual,

Salid de en medio de ellos, y  
apartaos, dice el Señor,  
Y no toquéis lo inmundado;  
Y yo os recibiré,  
Y seré para vosotros por Padre,  
Y vosotros me seréis hijos e hijas,  
dice el Señor Todopoderoso" (2 Co. 6:14-18).

¿Cuál es el significado exacto de este pasaje? ¿Prohíbe toda aso-

ciación de creyentes con los no creyentes? Por cierto que no, porque tal cosa iría en contra de la demás enseñanza clara de la Escritura. ¿Prohíbe, entonces, matrimonios mixtos? Por implicación solamente, porque ni el texto ni el contexto hace mención del matrimonio. ¿Prohíbe a los creyentes hacerse miembros de una organización con los no creyentes? Otra vez, eso no puede ser, porque Abraham, el padre de los creyentes, hizo una alianza de defensa mutua con Aner, Escol y Mamre, jefes de clanes en la tierra de Canaán, y la Escritura no hace la más mínima insinuación de desaprobación a ese arreglo (Gn. 14:13). La enseñanza de este pasaje es precisamente otra, y es muy específica. En la iglesia de Corinto habían algunos creyentes que no rompieron completamente con su pagana religión y adoración de antes. El apóstol les ordena en forma tajante que rompan del todo de tal asociación.

El cristiano no debe adorar con los adherentes de otras religiones. En los primeros siglos de la era cristiana los emperadores romanos no se opusieron a la adoración a Cristo por los cristianos, con tal que también adorasen al César. Aquellos que murieron como mártires porque rehusaron adorar al César, estaban obedeciendo a lo que dice 2 Corintios 6:14-18. Antes de su derrota en la segunda guerra mundial el gobierno japonés no impidió la religión cristiana como tal, pero demandó que sus súbditos cristianos, como también a todos los demás, ofrecieran homenaje divino al emperador en los santuarios sintoístas. Aquellos cristianos que sufrieron torturas inhumanas por el hecho de rehusar obedecer tal mandato fueron los que observaban el mandato bíblico de separación.

Los miembros de la iglesia cristiana no deben tener compañerismo espiritual, por ejemplo, con budistas, confucionistas, sintoístas, mahometanos, judaístas, o, por lo mismo, con los modernistas. Porque, como J. Gresham Machen mostró en forma concluyente en su libro *Cristianismo y liberalismo*, el modernismo es también una falsa religión. No es que solamente corrompe al cristianismo, sino que también al negar gran parte de las verdades cardinales cristianas, ha perdido todo derecho de ser parte del cristianismo.

De todas las religiones del mundo, el cristianismo es la única religión verdadera; todas las otras son falsas. Por cierto, hay elemen-

tos de verdad en estas religiones, pero en lo esencial son falsas; y aun aquellos elementos de verdad son suprimidas por la maldad de los hombres (Ro. 1:18). El cristianismo es una religión exclusiva, y la iglesia cristiana participa de la exclusividad del cristianismo.

## LA IGLESIA COMO CONQUISTADORA DEL MUNDO

En comparación con la gloria del mundo la gloria de la iglesia parece totalmente despreciable. La abrumadora mayoría de hombres constituye el mundo; la iglesia es apenas una pequeña minoría. El mundo es poderoso; la iglesia es débil. El mundo se jacta de su sabiduría; la iglesia declara la locura del evangelio. Cuán cierto es que Dios ha escogido "no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, sino que lo necio...lo débil...lo vil...y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es" (1 Co. 1:26-29). A todas luces, la iglesia siempre ha estado a la merced del mundo.

Asombroso como pareciera ser, la insignificante iglesia se empeña en conquistar al imponente mundo. No sólo que se esfuerza para hacerlo; también está teniendo éxito. Y, sorprendentemente extraño, no sólo está la victoria a la vista de la iglesia, sino que es presente realidad.

### LA TAREA DE CONQUISTAR

Con demasiado frecuencia en el conflicto de los siglos, la iglesia, en lugar de tomar la ofensiva contra el mundo, ha estado contenta con su actuación defensiva. Peor aun, frecuentemente la iglesia ha considerado que era su deber huir del mundo en lugar de conquistarlo. Aquella actitud tiene la apariencia de piedad, pero en realidad representa el más nefando pecado de omisión.

Una ilustración puede ayudar a aclarar la diferencia entre el huir del mundo y la conquista del mismo. Según la mitología griega, cierta isla fue habitada por sirenas, criaturas mitad mujer y mitad pájaro. Su canto fue tentadoramente irresistible, de tal modo que los marineros que llegaban a las cercanías y las oían cantar, inva-

riablemente se dirigían a la isla. Pero apenas ponían sus pies en la playa, las sirenas les tomaban y les reducían a pedazos. El barco de Odiseo se acercaba a aquella zona peligrosa. Dándose cuenta del peligro en que se encontraban él y sus compañeros, Odiseo tapó los oídos de ellos con cera para que no cesaran de remar, mientras que él mismo se ató firmemente al mástil del barco para que pudiese oír la canción sin peligro. A eso se asemeja la huida del mundo. Orfeo y sus argonautas también se acercaban a la isla de las sirenas, y él también se dio cuenta del peligro en que estaban. Pero la medida de seguridad que utilizó fue precisamente otra. El mismo produjo una música mucho más bella que la de las sirenas, de tal modo que nadie prestó la más leve atención a las canciones que provenían de la isla. Eso sí se asemeja a la conquista del mundo.

Que no piense la iglesia que haya cumplido su tarea cuando cierra sus oídos a las tentaciones del mundo o cuando hace físicamente imposible que sus miembros se rindan a tales tentaciones. Lo que la iglesia debe hacer es ahogar la voz del tentador por proclamar con todo su poder la Palabra de Dios. Y, yendo más allá de nuestra ilustración, ella debe declarar la Palabra no sólo a sus propios miembros sino también al mundo. Debe, por cierto, luchar con poder y firmeza para guardar a sus miembros de las garras del mundo, pero debe también esforzarse hasta lo máximo para traer a los hombres y a las mujeres del mundo, a través de la instrumentalidad del evangelio, al redil de Cristo.

A juzgar por la predicación evangelística actual, pareciera ser que la suma total de los esfuerzos de la iglesia hacia la conquista del mundo se reduce a lograr persuadir a los no salvos a recibir a Cristo como Salvador. Esto es, por cierto, uno de los más importantes aspectos de la conquista del mundo, pero eso de ninguna manera es todo. La iglesia debe proclamar también a Cristo como Señor y demandar que todos los hombres en todas partes doblen las rodillas en homenaje a él y caminen en obediencia a su ley. ¿No lo dijo acaso el Cristo resucitado a sus apóstoles y por extensión a la iglesia de las edades sucesivas: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra", y luego les encargó hacer discípulos en todas las naciones, "enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mt. 28:18-20)?

La Escritura enseña el reinado mediador de Cristo. No es sólo un reinado sobre los creyentes sino un reinado mucho más extensivo. Porque el siervo sufriente del Señor derramó su vida hasta la muerte, Dios le dio parte con los grandes, y con los fuertes repartió el despojo (Is. 53:12). Y cuando Dios levantó a su Hijo de la muerte y le puso a su derecha en los lugares celestiales, él le puso "sobre todo principado" y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra. . . y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia" (Ef. 1:20-22).

La iglesia debe proclamar aquella dignidad real de su Cabeza. Debe demandar a todos los hombres, donde quiera que estén, que le reconozcan como Cabeza de todas las cosas, como Rey sobre todas las esferas de la vida. Debe insistir en el matrimonio cristiano, en la educación cristiana, en la ciencia cristiana, en la industria cristiana, en el trabajo cristiano, en las relaciones cristianas entre el trabajo y la industria, en la cultura cristiana, en la recreación cristiana, en la política cristiana, en las relaciones internacionales cristianas; en pocas palabras, en una sociedad cristiana así como una iglesia cristiana. Moviéndose como un ejército poderoso, la iglesia de Dios debe cantar con voz resonante:

Firmes y adelante, huestes de la fe,  
Sin temor alguno que Jesús nos ve.  
Jefe soberano, Cristo al frente va,  
Y la regia enseña tremolando está.

En cuanto a los resultados que la predicación del evangelio traerá, los estudiantes más capaces de la Palabra de Dios no están del todo de acuerdo. Algunos sostienen que esta obra de la iglesia introducirá un milenio, una edad de oro, que se caracterizará por un reconocimiento casi universal de Cristo como Señor. Otros no ven tal bello prospecto antes del retorno de Cristo, cuando venga a establecer un nuevo cielo y una nueva tierra. Pero más allá de toda duda, la iglesia es el instrumento escogido de Dios para proclamar al mundo a Cristo como Salvador y Rey, y ella es la colaboradora de Dios para la conquista del mundo para aquel que es "el soberano de los reyes de la tierra" (Ap. 1:5).



### LA REALIDAD DE LA VICTORIA

Que la iglesia vencerá al mundo al final es una conclusión inevitable, porque compartirá en el último y completo triunfo de Cristo, su cabeza. Pero la Escritura enseña que la victoria de la iglesia sobre el mundo es una realidad presente. Este aspecto sorprendente de la gloria de la iglesia cristiana demanda elaboración.

No se puede negar que los miembros de la iglesia cristiana son con mucha frecuencia tentados por los pecados del mundo y muy a menudo ceden a la tentación. Sin embargo, hay la seguridad de la victoria eventual sobre el pecado, porque el que empezó la buena obra en ellos, con toda certeza la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Fil 1:6). Pero de ningún modo es eso toda la verdad. Es también cierto que, en medio de su conflicto con el pecado, ya tienen la victoria sobre él mismo. Por imperfectos que sean en sí mismos, son perfectos en Cristo. Es en virtud de la gracia de la regeneración, que Cristo ha ganado en favor de ellos y que el Espíritu Santo aplica a ellos, ellos mismos son perfectos en principio. Por lo tanto, el apóstol Pablo insistió en que los creyentes son, en efecto sepultados a muerte con Cristo, y que el viejo hombre es crucificado con él (Ro. 6:4, 6). Inmediatamente después de su amarga autoacusación: "Mas yo soy carnal, vendido al pecado... pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago", él agrega: "De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí" (Ro. 7:14, 15).

Una de las enseñanzas asombrosas del apóstol Pablo es que los cristianos son los poseedores de todas las cosas. Así escribió a los creyentes de Corinto: "Sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo porvenir, todo es vuestro" (1 Co. 3:22). ¿Qué es lo que quería decir? Sin hacer una exégesis exhaustiva de este pasaje, se puede hacer por lo menos una afirmación. La historia nos muestra que hombres mundanos a menudo han sobresalido en los campos de la ciencia y el arte. Los descendientes de Caín fueron los primeros en construir instrumentos musicales, en trabajar con metales y ser ganaderos (Gn. 4:20-22). Es sabido que los antiguos griegos se distinguieron en el arte y la literatura, los antiguos romanos en el derecho. Los miembros de la iglesia de Cristo pueden reclamar con toda justicia

a tales valiosos productos de la gracia común de Dios como suyos propios. En tanto que se les advierte no usar el mundo en su totalidad, "porque la apariencia de este mundo se pasa" (1 Co. 7:31), queda el hecho de que el mundo pertenece a los hijos de las tinieblas. Es de los hijos de luz el privilegio de usarlo para la gloria de Cristo, a quien pertenecen y de Dios, a quien pertenece Cristo (1 Co. 3:23). Y así a nadie le sorprenderá que "la gloria y la honra de las naciones" (Ap. 21:26) serán llevadas a la nueva Jerusalén.

Juan el apóstol declaró: "Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe" (1 Jn. 5:4). El capítulo once de Hebreos presenta una larga lista de hombres y mujeres que por su fe vencieron al mundo. Se menciona, por ejemplo, a Moisés que rehusó los placeres, riquezas y honores de este mundo y escogió en su lugar el vituperio de Cristo (vv. 24-26). Más adelante nos dice: "que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros" (vv. 33, 34). Es obvio que estos vencieron al mundo. Pero, increíble como pudiera parecer, también vencieron al mundo aquellos que fueron torturados no aceptando el ser libertados, experimentando vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles, fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada, andando de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por cavernas de la tierra (vv. 35-37). Se puede preguntar si estos no fueron más bien vencidos por el mundo. La respuesta está en la frase: "De los cuales el mundo no era digno" (v. 38). Tan superiores al mundo fueron ellos que el mundo no era digno de tenerlos. El hecho de ser rechazados por el mundo era prueba de su triunfo sobre el mundo. En todas estas cosas fueron "más que vencedores" (Ro. 8:37). No es de maravillarse que más de un mártir cristiano cantara un cántico triunfal cuando las llamas de fuego le estaba consumiendo o la tierra se abría desmesuradamente para tragarle. ¡Cuán cierto es que la sangre de los mártires era la semilla de la iglesia!

Cuando las sombras de la muerte cubrían al Señor Jesús, él dijo: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Jn. 12:31). El día antes de su crucifixión él

declaró: "Yo he vencido al mundo" (Jn. 16:33). ¿Qué quería decir? ¿No estaban el mundo y su príncipe a punto de vencerle por completo, y no estaba él por caer ante ellos en una derrota aplastante? Ciertamente como pareciera ser, en realidad no fue así. Cuando Cristo murió en la cruz del Calvario, la serpiente hirió el calcañar de la simiente de la mujer, pero la simiente de la mujer aplastó la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15). Cuando Satanás tentó a Jesús en el desierto, le prometió todos los reinos del mundo si solamente postrado le adorase (Mt. 4:9). Si Jesús hubiese cedido, hubiera sido vencido. En lugar de ceder, Cristo escogió ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:8-11). Sentado a la diestra de Dios, él ahora reina supremo sobre el mundo. Ni el mundo ni su príncipe pueden ni moverse sin su permiso real, y él domina soberanamente sobre todas las acciones de ellos hasta el fin de la historia y la consumación de su glorioso reino.

La iglesia no sólo debe proclamar este reinado mediador de Cristo y demandar su reconocimiento por parte de todos los hombres, sino que la iglesia participa también en este su gobierno. Juan "vió tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar"; y las almas de los que vencieron "vivieron y reinaron con Cristo mil años" (Ap. 20:4). Es muy probable que esta visión describa el presente reinado de la iglesia triunfante y glorificada sobre el mundo. Pero también la iglesia militante aquí en la tierra comparte este reinado de Cristo. Es un "real sacerdocio", una realeza de sacerdotes y un sacerdocio de reyes (1 P. 2:9). En las palabras de varios competentes comentaristas, "es un sacerdocio que posee un carácter real, puesto que no sólo ofrece sacrificios sino que ejerce dominio sobre el mundo". Y, escribiendo a las siete iglesias del Asia Menor, Juan dijo a sus miembros que Cristo Jesús, siendo él mismo el soberano de los reyes de la tierra, les había hecho a ellos "reyes y sacerdotes, para Dios, su Padre" (Ap. 1:5, 6). Esto es gloria, por cierto.

¡Qué bueno sería si la iglesia estuviese completamente consciente de este aspecto de su gloria! Entonces ya no se agacharía

ante el mundo, ni siquiera continuaría imitando al mundo. Se regocijaría, más bien, por su triunfo sobre el mundo. Exclamaría con júbilo: "Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús" (2 Co. 2:14).

## LA IGLESIA COMO ORGANIZACION INCLUSIVA

A los que fueron recibidos en la iglesia cristiana en el día de Pentecostés se les requirió primero que se arrepintiesen y creyesen. El eunuco etíope y el carcelero de Filipos no fueron bautizados hasta después de haber hecho su confesión de fe en Cristo. En pocas palabras, la iglesia apostólica insistió en la fe en el Señor Jesucristo como un requisito de ser miembro. Y la verdadera iglesia de las edades posteriores ha hecho siempre lo mismo.

Eso hace de la iglesia una organización exclusiva, y esto es un importante aspecto de su gloria. Sin embargo, la iglesia también se caracteriza por su gloriosa amplitud. Hay lugar en la iglesia *sólo* para los verdaderos creyentes. Esto significa exclusividad. Pero hay lugar en la iglesia para *todos* los verdaderos cristianos. Esto, en cambio, significa inclusión.

En lo que sigue se verán algunos aspectos de la iglesia como organización inclusiva.

### INCLUYE TODAS LAS RAZAS

Uno de los problemas más grandes y más delicados de nuestros días es el problema racial. Un factor que le ha hecho particularmente urgente solución es la cierta oposición de todas las razas contra la supremacía de la raza blanca. Los prejuicios raciales, más que cualquier otra cosa, hacen que las relaciones entre las razas sean un serio problema. Cada raza está llena de prejuicios en su favor y contra las otras. Que nadie piense que tal prejuicio es peculiar o exclusivo de la raza blanca. Ciertas tribus de indios en los Estados Unidos cuentan la siguiente historia de la creación del hombre. Dios formó el primer hombre de barro y le puso en un horno.

Sucedió que el horno no estaba lo suficientemente caliente, y así el hombre salió muy pálido. Así se originó la raza blanca. Dios formó otro hombre y lo puso en el horno. Esta vez en el horno estuvo demasiado caliente, y como consecuencia el hombre salió quemado. Así se formó la raza negra. Dios hizo un último intento. Esta vez la temperatura del horno era la correcta, y como producto final salió un hombre de un bello color canela. Ese fue el indio.

Hoy en día se oye a menudo de una solución muy simple al problema racial. Se dice que la única diferencia entre las razas tiene que ver con el pigmento en la sangre y por lo tanto es insignificante. Esto es una simplificación exagerada. Las diferencias entre las razas son más profundas que las del pigmento. Tiene que ver no sólo con el color de la piel y otras cosas superficiales, sino también asuntos de tradiciones arraigadas y aun los rasgos del carácter. Hay verdad en el dicho de que "cada nación tiene su alma". Si esto es cierto entre las naciones, lo es más entre las razas. Negar las diferencias entre las razas es destruir el problema racial, pero no resolverlo.

La solución final al problema racial se halla en el cristianismo. No importa lo grande que puedan ser las diferencias entre las razas, en Cristo son una, y los creyentes de todas las razas son miembros de su cuerpo. Cuando la Escritura dice que, donde el viejo hombre ha sido despojado y lo ha sustituido el nuevo hombre, "no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos" (Col. 3:11), el significado claro es que en Cristo han cesado todas las diversidades que les separaban. Es bien cierto, las diferencias raciales continúan entre los cristianos y no hay necesidad de minimizarlas, pero estas diferencias ya no les separan. No sólo los redimidos que ya están en la gloria, sino que también los miembros de la iglesia militante aquí en la tierra pueden cantar en bella armonía a la gloria del Cordero: "Fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación" (Ap. 5:9).

Se cuenta la historia de tres hombre de diferentes razas (un indio, un negro y un chino) que viajaban en un barco en el oriente. Eran completamente desconocidos y no entendían ni una sola palabra del idioma de los otros, hasta que uno mencionó el nombre

de Jesús. Inmediatamente los otros respondieron repitiendo ese bendito nombre. Se dieron cuenta que los tres pertenecían a una sola familia, la familia de la fe, como miembros de un cuerpo, la iglesia de Cristo.

Esta época es conocida como la época de las misiones cristianas. Por más de un siglo la iglesia cristiana se ha dedicado, como nunca antes en la historia, a la proclamación del evangelio a nivel mundial. Hay acuerdo universal entre los cristianos de que la iglesia debe abrir sus puertas a los creyentes de todas y cada una de las razas. Aun así, es extraño decir, hay todavía cristianos de raza blanca que no quieren que creyentes de otro color pretenezcan a la parte de la iglesia a la que ellos dicen pertenecer. Algunos quieren tener denominaciones separadas para creyentes de otra raza; otros, en congregaciones separadas. Esta no es una posición cristiana. Cada congregación es una manifestación del cuerpo de Cristo. En lenguaje teológico, cada iglesia "local" es una iglesia "completa". Por lo tanto debe haber cabida para hombres y mujeres de todas las razas, no sólo en la iglesia universal, sino también en cada porción o parte de la iglesia universal, es decir en cada congregación de blancos. El que escribe conoce una congregación donde hay un solo hombre de color y los otros miembros, blancos. Le han dado el honor de ser uno de los ancianos gobernantes de dicha congregación. La Iglesia Cristiana Reformada, conservadora, ya cuenta entre sus ministros varios hombres de otras razas. Estos ejemplos no deben sorprendernos en absoluto. Son evidencias de la gloriosa inclusión de la iglesia cristiana.

#### *TODOS LOS NIVELES DE LA SOCIEDAD*

En muchos países se dice que los ricos pertenecen a la clase alta de la sociedad, aquellos que tienen una buena economía a la clase media, y los pobres son relegados a la clase baja. Esto, por cierto, no es democrático. Es también en extremo injusto. Por otro lado, no todos los hombres en realidad viven y se mueven en el mismo nivel social. Varios factores contribuyen al hecho de que hayan diferentes niveles sociales. Pertenece a la gloria de la iglesia cristiana que abarca todos estos niveles y no favorece una sobre otra.

Santiago, el hermano del Señor, era celoso para borrar cual-

quier distinción entre ricos y pobres en las iglesias a las cuales dirigió su carta. Escribió así: "El hermano que es de humilde condición, gloriéese en su exaltación; pero el que es rico, en su humillación" (Stg. 1:9, 10). De nuevo dice: "Hermanos míos, que nuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí de pie o siéntate tú aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinción entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos?" (Stg. 2:1-4). Se ha oído que algunas iglesias alquilan bancas a diferentes precios. La consecuencia inevitable es que las mejores son ocupadas por los ricos, las otras, menos deseables por cierto, por los de menor prosperidad económica. Esto no tiene que ser. En cierto pueblo hay dos iglesias de la misma denominación. A una concurren los aristócratas de la comunidad y a la otra la gente común. Pero una iglesia de aristócratas es una contradicción (por sí misma) de términos. En muchas iglesias los ricos a menudo son escogidos para los puestos de honor y dignidad, mientras que los pobres ni siquiera son considerados para tales puestos. Esto, por cierto, es contrario al genio del cristianismo.

Nuestra era se caracteriza por la rivalidad entre patrones y empleados. Algunos patrones retendrían, si pudieran, un salario suficiente a sus empleados, y muchos empleados se aprovechan de sus empleadores en robarles el tiempo. Es triste decir, la escena en Estados Unidos es a menudo desfigurada por una amarga guerra entre estas dos clases. Pero en la iglesia de Cristo tal distinción ha sido borrada. A ambos grupos la Palabra de Dios les recuerda que Cristo es su amo. A los siervos, en este caso los empleados, les dice: "Porque a Cristo el Señor servís". A los amos, en este caso los patrones, les recuerda: "Sabido que también vosotros tenéis un Amo en los cielos" (Col. 3:24; 4:1). Esto les coloca a ambos en el mismo nivel. No hay razón alguna por que el presidente del banco y el conserje del banco no puedan servir como ancianos gobernantes de la misma iglesia, dado, por supuesto, que ambos posean las cualidades que la Escritura requiere para el ejercicio de tal oficio. Y si el primero no reúne las cualidades mientras que el se-

gundo sí, es del todo apropiado que el conserje junto con los otros ancianos "velen" (He. 13:17) por el presidente.

De nuevo, los que tienen el privilegio de una mayor educación y los que no lo tienen son igualmente aceptables para ser miembros en la iglesia cristiana, solamente si son creyentes. Las puertas de la iglesia están abiertas de par en par tanto para el obrero que no sabe leer que gana su vida cavando zanjas, así como para el profesor universitario. Eso no quiere decir que el último no sea de mayor valor para la causa de Cristo que el primero. Bien podría ser. A Dios le agradó usar al instruido Pablo en mayor grado que a sus menos instruidos compañeros, los otros apóstoles. Aun así, Pablo no actuaba con falsa modestia cuando dijo de sí mismo, "soy el más pequeño de los apóstoles" (1 Co. 15:9).

Hay un lugar—allá en la tumba—

Donde la muerte ha hecho iguales a todos los hombres;

Hay también otro lugar—el templo de Dios—

Donde son iguales todos los seres vivientes.

### TODO TIPO DE CRISTIANOS

Los doce apóstoles constituyeron el núcleo de la iglesia del Nuevo Testamento. Con la excepción de Judas Iscariote, como es obvio, todos eran cristianos. Pero no hay que pensar que todos los once se ajustaban al mismo molde. Al contrario, había una sorprendente variedad de temperamentos y de personalidades entre ellos. Pensemos, por ejemplo, en Pedro, Juan y Tomás.

Pedro se caracterizaba por una casi incontrolable impetuosidad. Cuando el Maestro caminaba sobre las olas del mar de Galilea, Pedro no pudo controlar su deseo de hacer lo mismo (Mt. 14:28). Cuando Jesús anunció que se acercaba su muerte, Pedro le reconvinó diciendo: "Señor, ten compasión de tí; en ninguna manera esto te acontezca" (Mt. 16:22). En el puro umbral del cielo, el monte de la transfiguración, donde el silencio era propio de un mortal, Pedro no pudo refrenar su lengua de hablar (Mr. 9:5, 6). Y cuando el Señor predijo que todos sus discípulos se escandalizarían de él, e inclusive que Pedro le negaría, este juró violentamente: "Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré"

(Mt. 26:35). Pero no hay que pensar en la impetuosidad de Pedro como una falta únicamente. El Espíritu de Dios lo pudo cambiar en una virtud. Sólo el impetuoso Pedro pudo confesar que Jesús era "el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mt. 16:16) y predicar el poderoso, ardiente sermón de Pentecostés del segundo capítulo de Hechos.

¡Cuánto menos atrevido era Juan! El fue el tipo de cristiano meditativo, un místico en el buen sentido de la palabra. El aventajaba en penetración espiritual profunda y en la más dulce de las virtudes cristianas—el amor. Por tal motivo él llegó a ser conocido como el discípulo "al cual Jesús amaba". En la última cena él recostó al lado de Jesús (Jn. 13:23). El fue el único de los once, al parecer, que siguió al Señor en todo el camino al Calvario, y desde la cruz Jesús encomendó a su madre María al amoroso cuidado de Juan (Jn. 19:26). No hay que pensar que su amor decayó cuando, junto con su hermano Jacobo, equivocadamente sugirió al Señor que mandara fuego del cielo para consumir a los samaritanos que no quisieron recibirle (Lc. 9:51-54). Más bien, aquí demostró un intensísimo amor por su Señor. No es para sorprenderse que Juan escogiese el amor como tema de sus epístolas.

¡Cuán diferente, por otro lado, fue Tomás! Es evidente que él fue muy dedicado al Señor. Cuando Jesús decidió regresar a Judea, donde los judíos poco antes habían amenazado con apedrearle, Tomás dijo a sus compañeros: "Vamos también nosotros, para que muramos con él" (Jn. 11:16). Pero difícilmente se puede negar que él tenía una cualidad particular de mirar las cosas por el lado negro y obstinadamente rechazaba hacerlo de otro modo. En sus palabras ya citadas, él sacó precipitadamente la conclusión que el ir a Judea seguramente ocasionaría la muerte para cada uno de los doce. Cuando Jesús, refiriéndose a su pronta partida, habló de ir a preparar un lugar para su discípulos y agregó que ellos sabían a dónde iba y que conocían también el camino, Tomás, evidentemente molesto, observó: "Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo pues, podemos saber el camino?" (Jn. 14:1-5). Y cuando los otros discípulos dijeron a Tomás que habían visto al Señor resucitado y se les había aparecido, él con obstinación exclamó: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré" (Jn. 20:25).

Por cierto que Pedro, Juan y Tomás eran individuos, y como individuos eran muy diferentes. Cada uno de ellos tenía su propio carácter. Lo mismo se puede decir de los otros discípulos. Evidentemente fue necesario que el primer núcleo de la iglesia del Nuevo Testamento se formara de muchos distintos tipos de creyentes.

Marta y María de Betania fueron hermanas. Ambas eran creyentes. Jesús amaba a ambas (Jn. 11:5). Pero ¡cómo diferían en carácter! Marta estuvo muy preocupada por servir durante una de las visitas de Jesús a su hogar. Sin duda, estaba en pie todo el día. Quizá, tan pronto como había terminado de cocinar y servir, luego se puso a lavar los utensilios del comedor y la cocina, e inmediatamente finalizada tal labor empezaría a cocinar la siguiente comida. Durante todo ese tiempo María estaba sentada a los pies de Jesús, escuchando sus palabras. Cuando Marta se quejó que su hermana le dejaba hacer sola todo el trabajo, Jesús le dijo: "Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada" (Lc. 10:38-42). Con estas palabras, Jesús amonestó a Marta, pero lo hizo en una forma bastante suave. Sin dejar de considerar la importancia de su trabajo, le dijo a ella que ponga las primeras cosas primero. Por cierto, muchos de los quehaceres que hizo eran necesarios también.

En el capítulo doce de su primera carta a los Corintios, Pablo describe a la iglesia detalladamente como el cuerpo de Cristo. Pone énfasis en dos cosas: la unidad del cuerpo y la diversidad de sus miembros. Dice el apóstol: "Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: 'No te necesito', ni tampoco la cabeza a los pies: 'No tengo necesidad de vosotros'. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios" (1 Co. 12:17-22).

Hay lugar en la iglesia cristiana sólo para los verdaderos creyentes. Pero la iglesia está constituida por toda clase de verdaderos creyentes. Nombrando sólo algunos, hay necesidad de miembros silenciosos y habladores, miembros meditativos y activos, miem-

bros conservadores y progresistas, miembros tímidos y valerosos, miembros con cinco talentos y con un talento, miembros optimistas y calmos, miembros críticos constructivos y promotores entusiastas, dirigentes y ayudadores. Y cada uno debe estimar a los otros como superiores a él mismo (Fil. 2:3).

Y como la belleza del cuerpo humano sale de la variedad de sus partes, así la gloria del cuerpo de Cristo aparece en la diversidad de sus miembros.

## LA IGLESIA COMO ORGANIZACION EXCLUSIVA

Por la fe en el Señor Jesucristo los pecadores llegan a ser miembros de su cuerpo místico, la iglesia invisible. Como la iglesia visible no es otra iglesia paralela a la invisible, sino simplemente la manifestación de ésta, se concluye, por necesidad, que hay lugar en la iglesia visible sólo para los creyentes,—juntos, por supuesto, con sus hijos. Esto es tan claro como el día.

Pero ¿cómo debe proceder la iglesia para excluir a los no creyentes de entre sus miembros? No hay unanimidad de criterios sobre esta pregunta. Como fue sugerido anteriormente, de un modo general hay tres puntos de vista, uno de los cuales es extremadamente estricto, el otro extremadamente flojo, y un tercero, moderado, razonable y, lo que es más importante, bíblico.

Hay algunos que afirman tener la habilidad en alto grado para determinar quienes son nacidos de nuevo y quienes no lo son. Por lo tanto, cuando alguien solicita ser incorporado como miembro en plena comunión en la iglesia, éstos dicen poder discernir con una seguridad rayando en infalibilidad, si el solicitante es sincero o nominalmente cristiano, creyente verdadero o hipócrita. Este punto de vista es altamente presuntuoso; raya en orgullo espiritual. Los que sostienen tal punto de vista se olvidan que sólo el Dios omnisciente conoce el corazón de los hombres.

Hay otros, y son extremadamente numerosos, que dicen que la iglesia debe gustosamente recibir como miembros a todos los que dicen ser creyentes. La iglesia, dicen ellos, no debe intentar en modo alguno juzgar la sinceridad de la gente. No es difícil ver que aquellos que asumen esta posición abren de par en par las puertas de la iglesia a los negadores de la fe. Casi todo modernista insistirá que es cristiano. Se ha sostenido ampliamente la opinión que la ob-

servancia de la “regla de oro” es una prueba suficiente de cristianidad. Muchos de los que abiertamente niegan la deidad de Cristo declaran osadamente que creen en él.

Hay un punto de vista sobre este asunto que es claramente bíblico. Por un lado, sólo Dios es omnisciente. La iglesia no lo es; por lo tanto es falible en el juzgar quienes son y quienes no son creyentes. Por otro lado, es un deber solemne de la iglesia guardar a que no entren los no creyentes como miembros, tanto como es humanamente posible. Una y otra vez la Palabra de Dios amonesta a la iglesia a no admitir como miembros a los que dan la evidencia de no ser creyentes.

De eso se concluye que la iglesia está solemnemente obligada a poner a prueba a aquellos que soliciten ser miembros. Se mencionan tres pruebas indispensables.

### ¿ESTAN PRESENTES LOS REQUISITOS DE LA FE VERDADERA?

Abunda el sentimiento contra el intelectualismo en la iglesia cristiana hoy en día. Se hace un fuerte énfasis en la experiencia emocional y en el deseo de ser bueno y hacer lo bueno a costa de la doctrina. Se piensa que la fe es una aventura, un acto arriesgado.

Pero es eso precisamente lo que la fe salvadora no es. La fe presupone conocimiento. Sin duda, la fe salvadora es más que un mero conocimiento de lo que la Biblia enseña del Salvador. Es nada menos que la confianza en él para la vida eterna. Pero uno no puede confiar en él sin conocer primero lo que la Biblia enseña acerca de él y asentir a esa enseñanza. Es precisamente a causa de la enseñanza de la Escritura acerca de Jesucristo que el creyente se entrega a él para la salvación.

El eunuco etíope necesitó que alguien le instruyese de la Palabra de Dios antes de que pudiera creer (Hch. 8:28-38). Pablo y Silas dijeron al carcelero de Filipos: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”. Esa misma noche él y toda su familia fueron bautizados. Pero está escrito que antes de que fuesen bautizados el apóstol y su compañero “le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa” (Hch. 16:31-33). El mandamiento de enseñar es muy prominente en la gran comisión misionera de

nuestro Señor (Mt. 28:18-20). Eso es lo que un misionero hace cuando trata de ganar a los hombres para Cristo, es decir, enseñarles el camino de la salvación. "La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Ro. 10:17).

Aunque no es necesario que cada miembro de la iglesia sepa la teología sistemática en todos sus detalles, no es difícil enumerar ciertas verdades específicas que se deben conocer como requisito de la fe salvadora. Por ejemplo, aquel que es ignorante de la deidad de Cristo no puede creer en él para vida eterna. Quien considera a Jesús como un mero ser humano no tiene ni siquiera el derecho de entregarse a él para su salvación. Si lo hace, está dando honor divino a un hombre, porque sólo Dios puede salvar. Eso es equivalente a decir que se hace culpable de la idolatría. Y ¿cómo puede aquel que no tiene un concepto de la interpretación bíblica de la muerte de Cristo confiar en el Cristo crucificado para su salvación? La expiación sustitutoria constituye el corazón de la doctrina bíblica de la salvación. El que es ignorante de esto no puede creer que Cristo sufrió y murió en la maldita cruz en su lugar.

Resulta que cuando alguien desea hacer profesión de fe, la iglesia no puede depender de su propia palabra de que es creyente, sino la iglesia tiene el deber de investigar si posee el conocimiento doctrinal que es requisito de una fe salvadora. Si parece que no lo tiene, la iglesia debe insistir en que reciba más instrucción como requisito básico de su admisión como miembro pleno de la iglesia.

Otro requisito de la fe salvadora es la convicción de pecado. Ordinariamente no se consulta a un médico a menos que se siente enfermo. Por cierto que ninguno irá al gran médico de las almas, Jesucristo, si no se da cuenta que está espiritualmente enfermo. Sólomente aquel que está oprimido por la culpa y la corrupción del pecado correrá hacia el Calvario con esta oración:

Sé mi Escondedero fiel;  
Sólo encuentro paz en Tí;  
Rico, limpio Manantial,  
En el cual lavado fui.

El Catecismo Mayor de Westminster está en lo correcto al definir la "fe justificadora" como "una gracia salvadora, operada en el corazón del pecador por el Espíritu y la Palabra de Dios, por

la que él, *siendo convencido de su pecado y miseria, y de la incapacidad en sí y en otras criaturas para libertarse de su condición perdida...* recibe a Cristo y descansa en él y en su justicia..." (pregunta 72).

Y así, cuando alguien desea unirse a la iglesia porque siente que él es en sí mismo lo suficientemente bueno para ser miembro, aquel debe ser rechazado, porque el asunto no es cuán bueno es él sino cuán culpable, inmundo e impotente es él mismo en su propio fuero interno. El que se considera digno de ser miembro de la iglesia de Cristo es por ese mismo hecho totalmente indigno. Hay lugar en la iglesia cristiana sólo para aquellos que, dándose cuenta que merecen el infierno, abandonan la esperanza de salvarse a sí mismos y por lo tanto se entregan al Señor Jesucristo.

#### ¿ESTA PRESENTE LA ESENCIA DE LA FE SALVADORA?

Muchos de los que están completamente seguros de ser creyentes aparentemente no tienen la menor idea de lo que en realidad es la fe salvadora. Por eso es esencial que la iglesia averigüe si la esencia de la fe salvadora se encuentra en el corazón de los candidatos para ser miembros.

Como se ha dicho, uno no puede creer en Cristo para vida eterna sin conocer en general lo que la Biblia dice acerca de él y asentir que tal conocimiento y tal asentimiento solamente no constituyen la fe salvadora. La misma esencia de la fe salvadora es la entrega de uno mismo a Cristo para la salvación.

La fe salvadora no es simplemente una fe en ciertas *proposiciones* concernientes a Jesucristo; es confiar en su misma *persona*. La Biblia enseña que Jesús fue concebido por el Espíritu Santo y que nació de la virgen María, que durante su ministerio público de aproximadamente tres años él habló muchas palabras de sabiduría divina e hizo muchos milagros, que él murió por los pecadores en la cruz del Calvario, que al tercer día fue resucitado de la muerte para la justificación de ellos y que después de cuarenta días ascendió al cielo, donde intercede por los suyos. Estas son unas pocas de las muchas grandes proposiciones respecto al Salvador. Que ninguno piense que puede rechazar estas proposiciones y creer en la persona de Cristo. Esto es una clara imposibilidad. Pero es conce-



bible que alguien aceptara estas proposiciones con el intelecto y aun así no creer de corazón en la persona de Cristo. Los teólogos llaman a este tipo de fe, fe especulativa. Ortodoxismo muerto es otra forma de llamar a este tipo de fe. La entrega de uno mismo a la persona del Cristo de la Escritura para la salvación,—ésta es la verdadera esencia de la fe salvadora.

Los predicadores a menudo dicen a sus oyentes que creer en Cristo significa estar completamente seguros que él murió en la cruz por sus pecados. Tal afirmación es cierta, pero peca por falta de precisión, porque identifica la esencia de la fe salvadora con la seguridad de la fe salvadora. Esto es un error. Por cierto que la esencia y la seguridad de la fe son inseparables. Una buena porción de la última es inherente a la primera. Todo creyente tiene alguna seguridad. Pero de ningún modo cada creyente tiene la completa seguridad todo el tiempo.

La iglesia pide demasiado cuando insiste que sólo son aceptables como miembros plenos aquellos que nunca dudan de su cristianismo pero que pueden a cada momento decir: "Yo sé que mi Redentor vive" (Job 19:25). Pero requiere muy poco cuando gustosamente recibe como miembros los que no se han echado, no se han entregado a Cristo para la salvación del pecado y de la muerte.

El Catecismo Menor de Westminster da a una de las definiciones más claras y precisas de la fe salvadora que se puede encontrar. Dice así: "La fe en Jesucristo es una gracia salvadora, por la cual recibimos a Cristo como nos está ofrecido en el evangelio, y confiamos solamente en él para la salvación" (pregunta 86). Una palabra muy significativa en esta definición es *solamente*. El verdadero creyente no confía para su salvación en ninguna criatura, sea en la tierra o en el cielo, sino únicamente en Jesucristo. No confía ni en ángeles ni en santos. Tampoco confía en sus propias obras ni en su propio carácter. El verdadero creyente canta:

Tal como soy de pecador,  
Sin más confianza que tu amor,  
Ya que me llamas, acudí  
Cordero de Dios, heme aquí.

Esta es una expresión de la pura esencia de la fe salvadora. Al interrogar a aquellos que solicitan ser miembros, la iglesia debe estar

tan segura como sea humanamente posible que esa fe salvadora está presente.

### ¿ESTAN PRESENTES LOS FRUTOS DE LA FE SALVADORA?

"Por sus frutos los conoceréis", dijo el Señor Jesús. Y agregó: "No todo el que me dice: 'Señor, Señor', entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7:20, 21). La Escritura en su totalidad enseña enfáticamente que los hombres se salvan no por sus obras sino por gracia por medio de la fe; pero en ninguna parte la Escritura nos dice que los hombres se salvan por una fe que no obra. Al contrario, insiste hasta la saciedad que la fe salvadora es una fe que obra. Pablo enseñó tal cosa con no menos énfasis que Santiago. ¿Dejará la iglesia de aplicar la misma prueba?

Es común en la iglesia cristiana la noción que uno puede recibir a Jesús como Salvador sin reconocerlo como Señor, que uno puede tener sus pecados perdonados sin abandonar los mismos; que, usando una terminología teológica, uno puede obtener los beneficios de la justificación sin la gracia de la santificación. Esta noción es completamente falsa y extremadamente perniciosa. Ni por un momento la iglesia debe dejar de luchar contra este concepto. La iglesia debe rechazar absolutamente como miembros aquellos que parecen aceptar a Jesús como Salvador pero que descuidan guardar sus mandamientos. Ellos se muestran ser hipócritas. Sin santidad nadie verá a Dios (He. 12:14). Sin santidad ningún hombre debería ser reconocido como miembro de la iglesia de Cristo.

Esto no quiere decir que solamente aquellos que han alcanzado la meta de una perfección moral pueden ser admitidos dentro del seno de la iglesia. Aun el mejor de los cristianos ofende en muchas cosas. Lo que quiere decir es que solamente aquellos que pueden contestar afirmativamente la siguiente pregunta son los que pueden ser admitidos como miembros de la iglesia: "¿Declaras que amas al Señor, y que es el anhelo de tu corazón servirle de acuerdo a su Palabra, abandonar el mundo, mortificar tu vieja naturaleza y llevar una vida piadosa?" (Del formulario de la Iglesia Cristiana Reformada para la profesión pública de fe). Hay lugar en la iglesia

cristiana sólo para los perfeccionistas, no en el sentido de que ya sean perfectos, sino en el sentido de que luchan con todas sus fuerzas para alcanzar la perfección y que no están satisfechos con cualquier cosa que sea menos que la perfección.

Algunas veces se oye expresado el temor que si los requisitos para ser admitidos como miembros de la iglesia son tan exigentes, pocos, si hay quienes, se atreverían a unirse a la iglesia. La Biblia da la más clara respuesta a esa objeción.

El capítulo cinco de Los Hechos de los Apóstoles relata la historia trágica de Ananías y Safira. Fueron miembros de la iglesia y cristianos profesantes, pero sus vidas desmintieron su profesión. Pretendieron ser más piadosos de lo que eran. Al hacer esto mintieron al Espíritu Santo. Como castigo ambos cayeron muertos. Sobre este particular se nos dice: "Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas. . . . De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos; mas el pueblo los alababa grandemente" (vv. 11, 13). Entonces viene una tremenda sorpresa. En el siguiente versículo Lucas dice: "Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres" (v. 14).

Esta era una iglesia exclusiva. De acuerdo a los cálculos humanos, las perspectivas para su crecimiento eran nulas. Pero por medio de la obra divina sus perspectivas resultaron excelentes. Creció como nunca antes.

Es la preocupación de Dios el crecimiento de su iglesia. El bendecirá la iglesia que es tan exclusiva como él lo requiere en su Palabra. El añadirá a sus miembros. Solamente las adiciones hechas por Dios son verdaderas adiciones. Las adiciones hechas por los hombres siempre disminuyen la gloria de la iglesia.

## LAS LLAVES DEL REINO

La Confesión de Fe de Westminster declara que a los oficiales de la iglesia les "han sido confiadas las llaves del reino de los cielos, en virtud de lo cual tienen poder para retener y remitir pecados, para cerrar aquel reino a los impenitentes, por la palabra y por las censuras, y para abrirlo a los pecadores arrepentidos, por el ministerio del evangelio y por la remoción de las censuras, según exigen las circunstancias" (Capítulo XXX, Sección II). Y el Catecismo de Heidelberg hace la siguiente pregunta: "¿Qué son las llaves del reino de los cielos?", y luego contesta: "La predicación del santo evangelio y la disciplina eclesiástica, con las cuales se abre el cielo a los fieles, y se cierra a los infieles" (Domingo 31, Pregunta 83).

Por cierto, que se le confie las llaves del reino de los cielos es un gran honor para la iglesia. Vale la pena, desde todo punto de vista, tratar de descubrir lo que la Palabra de Dios tiene que decir sobre este particular.

### CRISTO Y LAS LLAVES

Es obvio, que la expresión *las llaves del reino de los cielos* no debe tomarse literal sino figurativamente. Cristo dijo a Pilato: "Mi reino no es de este mundo" (Jn. 18:36). Su reino es espiritual. Eso no quiere decir que sea menos real que los reinos de este mundo. En efecto, es incomparablemente más real, por que es el único reino que perdurará por toda la eternidad. Pero es cierto que las llaves del reino no son de metal o de cualquier otro material, sino ellas mismas son de carácter espiritual. Ellas representan la autoridad de admitir a los pecadores dentro del reino o de excluirlos.

En la Escritura, los términos *iglesia* y *reino* no son siempre intercambiables. Por ejemplo, mientras que la iglesia es una comunión

de personas, se dice a veces que el reino consiste en bendiciones espirituales. "No es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Ro. 14:17). Con bastante frecuencia se considera al reino como más extenso que la iglesia. Cuando se dice, por ejemplo, que Dios ha dado a Cristo por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia (Ef. 1:22), es claro que se entiende que su reino se extiende no sólo sobre la iglesia sino también sobre la familia, al estado, la sociedad, en realidad sobre todo el universo. Sin embargo, en la expresión *las llaves del reino*, el reino es sinónimo con la iglesia. El único lugar en la Escritura donde ocurre esta expresión precisa es en Mateo 16:19. En el contexto inmediato anterior Jesús dijo: "Sobre esta roca edificaré mi iglesia". Es evidente que él estuvo pensando en la iglesia como una casa. Cuando en el siguiente versículo dice "Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos", él puede haber tenido en mente sólo las llaves de aquella misma casa. Así que aquí la iglesia es el reino de los cielos y el reino de los cielos es la iglesia. En vista de la enseñanza bíblica de que la iglesia consiste de los salvos (Hch. 2:47), no sorprende que se identifique a aquellos que están en camino al cielo juntos con los que ya se han ido. Por lo tanto, las llaves del reino representan la autoridad para recibir a los hombres dentro de la iglesia o para excluirlos de ella, y del mismo modo la autoridad de admitir a los hombres en el cielo o de excluirlos de allí.

Siendo este el significado de *las llaves del reino de los cielos*, es claro que en el sentido absoluto ellas pertenecen exclusivamente a Cristo, la cabeza de la iglesia y el rey del reino, y a él solamente. El es el único que puede perdonar pecados. El es el único que puede abrir las puertas del cielo y dejarnos entrar. También él es el único que tiene el derecho de sentenciar a los hombres a la destrucción perpetua. Al Hijo, y a él únicamente, dio el Padre "autoridad de hacer juicio" (Jn. 5:27). El es el único que "abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre" (Ap. 3:7).

En cierta ocasión fue llevado a Jesús un paralítico para que le curase. Jesús, en lugar que ordenarle que se levantara y anduviera, le dijo primero: "Hijo, tus pecados te son perdonados". Ciertos escribas que estuvieron presentes quedaron espantados. Dijeron dentro de sí: "¿Porqué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?" (Mr. 2:3-7). Su premisa

fue que Jesús era mero hombre. Fue una falsa premisa, pero basada en dicha premisa, la conclusión era irrefutable. Es blasfemia que un hombre pretenda perdonar pecados. Perdonar los pecados es prerrogativa divina. Es precisamente y solamente porque Jesús era Dios que tenía el derecho de decir: "Tus pecados te son perdonados".

Un día el Rey vendrá en su gloria y todos los santos ángeles con él. Delante de él, cuando se sienta en el trono de su gloria, serán reunidas todas las naciones. Y él apartará unos de otros, como aparta el pastor las ovejas de las cabras. A las ovejas les dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". A las cabras les dirá: "Apartaos de mí, malditos, al fuego perpetuo, preparado para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:31-46). Con la espada que sale de su boca dividirá en dos a la humanidad por toda la eternidad. Con toda seguridad, ejercer el uso de las llaves del reino es prerrogativa exclusiva del rey Jesucristo nuestro Señor.

### LOS APOSTOLES Y LAS LLAVES

Cristo tiene las llaves del reino por derecho propio. Eso se puede afirmar solamente de él. Pero él ha querido confiar estas llaves a sus apóstoles. Ciertos pasajes del Nuevo Testamento demandan atención especial sobre este particular.

Cuando Pedro había confesado que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Señor le dijo: "Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos" (Mt. 16:19).

Basándose mayormente en este pasaje, la Iglesia de Roma ha construido su doctrina del papado. Se dice que Cristo le ha confiado a Pedro como individuo las llaves del reino. Eso es lo que le hizo ser el primer papa. Y desde entonces su autoridad ha pasado a sus sucesores. De los muchos argumentos que se puede esgrimir contra esta interpretación, uno de los más conclusivos lo proporciona un pasaje paralelo. Subsecuentemente el Señor dice a los doce: "Todo lo que *atéis* en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo *desatéis* en la tierra, será desatado en el cielo" (Mt. 18:18). Aquí

precisamente la misma autoridad depositada en Pedro es depositada en los doce apóstoles. Está bien claro que el Señor consideró a Pedro como un representante de los doce en el pasaje anterior. Y no sólo a uno de ellos, sino a todos Cristo les confió las llaves del reino.

Algunos expositores son de la opinión que el atar de que Jesús habla en estos pasajes hace referencia a la retención de los pecados y el desatar se refiere al perdón de los mismos. Este punto de vista es poco o nada defendible. Es mucho más probable que Jesús quiso decir: "Cualquier cosa que prohibís sobre la tierra como una descalificación para entrar en el reino será prohibida en el cielo; y cualquier cosa que permitís en la tierra, será permitido en el cielo". En una palabra, el Señor autorizó a los apóstoles poner las condiciones para entrar en el reino de los cielos.

Indiscutiblemente, las condiciones puestas posteriormente por los apóstoles en nada difieren de las condiciones dadas por Cristo mismo en los días de su carne. Estas pueden ser resumidas como: fe en Cristo como el Salvador, junto con previo arrepentimiento del pecado y la consecuente obediencia a Cristo como Señor. No hay que suponer que la revelación especial cesó cuando Cristo volvió al cielo. El mismo Cristo que ascendió envió al Espíritu Santo para guiar a los apóstoles a toda verdad (Jn. 16:13). En consecuencia los escritos de los apóstoles derraman más luz que lo que fue dada anteriormente sobre la naturaleza precisa del arrepentimiento para salvación, el significado preciso de la fe en Cristo, y los requisitos precisos de una vida para su gloria. Y no hay que olvidar que aquellos escritos fueron divinamente inspirados y por lo tanto infalibles.

Aunque los pasajes de Mateo ya mencionados no hablan del perdón y de la retención de los pecados, en otras partes Cristo dio autoridad a sus apóstoles con relación a estos hechos. En una de sus apariciones les dijo: "A quienes remitiéreis los pecados, les son remitidos; y a quienes los retuviéreis, les son retenidos" (Jn. 20:23).

A primera vista hay algo ciertamente asombroso en esta declaración. Para un correcto entendimiento son esenciales algunas distinciones importantes. Cristo no asignó a los apóstoles la autoridad para realmente perdonar o retener los pecados. Como ya se ha

demostrado, esa autoridad pertenece exclusivamente a Dios. Cristo autorizó a sus apóstoles meramente *declarar* el perdón o la retención de los pecados. Pero les autorizó declarar estos hechos *infalliblemente*. Si eso parece casi increíble, hay que recordar que poco antes de hacer esta declaración el Señor sopló a los apóstoles y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20:22). Fuera de toda duda, aquí estamos frente a frente con lo que un expositor muy capaz describe como "un don carismático específico" y "la autoridad peculiar del oficio apostólico". Sólo los apóstoles fueron dotados por el Espíritu Santo con la autoridad de declarar infalliblemente el perdón o la retención de los pecados de un individuo.

La historia de Ananías y Safira es un buen ejemplo del ejercicio de la peculiar autoridad apostólica. Bajo una influencia muy especial del Espíritu Santo, Pedro vio el engaño de ellos. Permitido sobrenaturalmente ver lo que había en sus corazones, Pedro les acusó de que Satanás había llenado sus corazones para mentir al Espíritu Santo. Inmediatamente fueron castigados con la muerte. Fuera de toda duda razonable, sus pecados les fueron retenidos (Hch. 5:1-10).

### LA IGLESIA Y LAS LLAVES

La cabeza divina de la iglesia ejerce las llaves del reino de la manera más absoluta. Sus apóstoles, sobre los cuales fue construida la iglesia, fueron autorizados por Cristo a ejercer las llaves en una forma subordinada, pero siempre en forma infalible. Eso nos lleva a la pregunta en qué sentido estas llaves del reino fueron entregadas a la iglesia de las edades posteriores.

No lo permita Dios que la iglesia presumiera ejercer las llaves del reino de la misma manera que lo hace su Rey. La iglesia no es divina, aunque la Iglesia de Roma afirma lo contrario. La iglesia fue, por cierto instituida por Dios; Dios la trajo a existencia. Tiene una cabeza divina, nuestro Señor Jesucristo. Es sobrenatural en su esencia; los nacidos del Espíritu son sus miembros. Pero la iglesia en sí no es divina y nunca lo será. La Iglesia en la tierra se compone de santos pecaminosos y aun los miembros perfeccionados de la iglesia triunfante en la gloria continúan siendo criaturas finitas del Creador infinito.

La Iglesia de Roma se equivoca también cuando enseña que la iglesia, como los apóstoles, está autorizada a imponer condiciones infalibles para entrar en el reino y para declarar infaliblemente en situaciones específicas el perdón o la retención de los pecados. Implícita en tal enseñanza está la falsa suposición que el oficio apostólico es continuo, que la iglesia es infalible, y que la revelación especial no es completa en la Biblia.

¿Hemos de concluir, entonces, que la Confesión de Fe de Westminster y el Catecismo de Heidelberg están en el error cuando adscriben las llaves del reino a la iglesia de todas las edades? De ninguna manera. En un sentido muy real la iglesia usa las llaves cuando predica la Palabra de Dios y cuando ejerce disciplina judicial de acuerdo a los mandatos de Cristo y la enseñanza de sus apóstoles.

En ambos casos, en la predicación y en el ejercicio de la disciplina, la iglesia debe distinguir entre creyentes y no creyentes. Aunque no puede determinar infaliblemente quiénes son creyentes y quiénes no lo son, aun así en su trato con los hombres el asunto de suprema importancia para la iglesia es si son o no creyentes. En la predicación bíblica y en la disciplina bíblica la iglesia abre las puertas de la iglesia y la entrada al cielo para los creyentes, y las cierra a los no creyentes.

En el uso debido de las llaves del reino, es absolutamente esencial que la iglesia no reste ni agregue a los requisitos bíblicos para la salvación—la fe en Jesucristo. La iglesia solamente puede declarar, no aumentar, las condiciones dadas por Cristo y los apóstoles para la entrada al reino, pero ella debe declarar esas condiciones en su totalidad.

Pongamos un ejemplo. Cuando una persona es altamente respetada por sus vecinos pero no da evidencia de estar bajo convicción de pecado; cuando considera a Jesús de Nazaret como un buen ejemplo y tal vez como un hombre perfecto, pero no cree que él es el Hijo de Dios y por lo tanto Dios mismo; cuando admira el carácter indómito de Cristo al morir por sus convicciones, pero que no entiende el carácter sustitutorio de su muerte; cuando dice que cree en el hombre de Galilea, pero espera entrar en el cielo por que está haciendo "lo mejor que pueda"; o cuando expresa el mejor deseo de su ser salvado por Jesús, pero no desea negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguir a Cristo—la iglesia no tiene el dere-

cho de considerarle como creyente y debe decírselo a él con toda claridad. La iglesia tiene el deber de cerrarle las puertas y decirle que no tiene parte en el reino de Dios.

Por otro lado, cuando una persona es culpable de asesinato o adulterio, pero, arrodillado a los ensangrentados pies del Cristo crucificado, clama con todo su corazón: "Lávame, Señor, o muero"; cuando no sabe, referente al orden de los decretos divinos, si cree en la posición supralapsariana o infralapsariana, ni sabe nada en lo tocante al origen del alma, si llamarse creacionista o traducianista, pero hace suya la confesión de Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente"; cuando es incapaz de refutar la teoría gubernamental de la expiación porque nunca ha oído tal cosa, pero está seguro que el buen Pastor dio su vida por sus ovejas (Jn. 10:11), y que "Cristo murió por los impíos" (Ro. 5:6); cuando no está siempre listo para afirmar que irá al cielo cuando muera, pero se ha entregado al Crucificado como un pecador indefenso y digno del infierno; cuando tiene que quejarse cada hora del día que, en lugar de hacer el bien que desea, hace el mal que no desea (Ro. 7:19), pero en completa dependencia de la gracia de Dios se ocupa de su salvación con temor y temblor (Fil. 2:12, 13), y prosigue a la meta de la perfección (Fil. 3:14)—aquel la iglesia debe considerarlo como un verdadero creyente. Es su sagrado deber y bendito privilegio recibirle como miembro con los brazos abiertos y abrirle la puerta del cielo.

Porque es la iglesia del mismo Señor que dio la bienvenida en el paraíso al ladrón, que en los momentos de morir, juzgándose a sí mismo como digno de recibir la maldita muerte de la cruz, confesó su fe en Cristo en las palabras, "Señor, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino", y por esa oración no sólo levantó un vaso de agua fría a los ardientes labios de Cristo, sino que extendió una copa de consuelo celestial para su alma angustiada (Lc. 23:41-43).

De los tales es el reino de los cielos.

## Capítulo 46

**DISCIPLINA SALUDABLE**

Las marcas de la verdadera iglesia son tres: la sana predicación de la Palabra de Dios, la debida administración de los sacramentos y el fiel ejercicio de la disciplina. A juzgar por estas normas, la situación actual de casi todas las iglesias es triste por cierto. Algunas han perdido todo el derecho de llamarse verdaderas iglesias y la validez de muchas otras de reclamar tal derecho es en realidad bastante dudosa.

En lo que a la disciplina se refiere, muchas iglesias la descuidan por el temor de ver reducido el número de sus miembros y así disminuida su gloria. Pero la verdad es que la iglesia que deja de ejercer disciplina seguramente perderá su propio respeto igual al respeto de los de afuera. Extraño como pareciera ser, el mundo hoy en día desprecia a la iglesia precisamente porque se ha vuelto tan mundana, y los miembros mismos de la iglesia en general ya no tienen orgullo de ser miembros porque ya no llevan consigo ninguna distinción. Por otra parte, el fiel ejercicio de la disciplina siempre aumenta la gloria de la iglesia.

En otras palabras, el fiel ejercicio de la disciplina eclesiástica es decididamente saludable. Contribuirá grandemente a la salud de la iglesia. Los siguientes aspectos de la disciplina eclesiástica ayudan para hacer resaltar su carácter saludable.

**SU BASE BIBLICA**

A menudo la iglesia, bajo el aspecto de piedad, deja de ejercer la disciplina. Se dice, por ejemplo, que Dios cuidará de su iglesia y que él es lo suficientemente capaz de hacerlo sin que necesite de ayuda humana. También se dice que disciplinar a los miembros descarriados de la iglesia es contribuir a su destrucción antes que a

su salvación porque es más que seguro que tal medida resultará en que salgan de la iglesia. Pero la Palabra de Dios claramente requiere el ejercicio de la disciplina en la iglesia. Los que desprecian la disciplina pretenden ser más sabios que Dios. Y eso es un vicio, no una virtud.

De los pasajes de la Escritura que innegablemente prescriben la disciplina eclesiástica, se pueden citar los siguientes. Jesús enseñó que si un miembro de la iglesia peca contra otro, la parte ofendida, después de tratar en varias formas de traer al ofensor al arrepentimiento, sin resultado positivo, debe informar a la iglesia, y si el ofensor no hace caso a la iglesia, hay que tenerle por "gentil y publicano" (Mt. 18:15-17). Eso quiere decir que ya no debe ser considerado como miembro del cuerpo de Cristo. El apóstol Pablo ordenó a la iglesia de Corinto que "quitase" de su medio al miembro que estaba viviendo en el pecado del incesto (1 Co. 5:13). El mismo apóstol instruyó al evangelista Tito: "Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo" (Tit. 3:10).

El capítulo trece del Evangelio según Mateo contiene la parábola del Señor sobre el trigo y la cizaña. Un hombre sembró buena semilla en su campo. Un enemigo vino y sembró cizaña en el mismo terreno. Cuando el trigo y la cizaña aparecieron, los siervos del dueño de aquel campo le sugirieron que les permitiera quitar la cizaña. El dueño no se los permitió, porque había el peligro de que destruyesen también el trigo a la par de la cizaña. En lugar de ello, les dijo que dejaran crecer juntamente lo uno y lo otro hasta el tiempo de la cosecha; entonces el trigo sería recogido en el granero, en tanto que la cizaña sería atada en manojos para ser quemada. Así, enseñó Jesús, los hijos del reino y los hijos de este mundo serán separados definitivamente al fin de la historia (vv. 24-30; 36-43). De esta parábola algunos han sacado la inferencia de que la disciplina en la iglesia es cosa del juicio final y que su actual ejercicio es contrario a la enseñanza de Jesús. ¿Cuál es la respuesta a ese argumento?

Por un lado, debemos insistir en que no hay contradicción en la Palabra de Dios, y que, por lo tanto, una interpretación de esta parábola que vaya en contra de la inequívoca enseñanza total de la Escritura no es de permitirse. Por otro lado, aquellos que concluyen de esta declaración de Jesús, "el campo es el mundo" (v. 38),

que esta parábola no se refiere a la disciplina en la *iglesia*, sino que simplemente enseña que los justos y los impíos existirán juntos en el *mundo* hasta el fin de la historia son culpables de una simplificación exagerada. El campo por cierto es el mundo. En este campo se siembra la buena semilla, y así la iglesia llega a existir. Pero Satanás siembra la cizaña entre el trigo y así introduce a los hijos del malvado dentro de la iglesia. Esta es la presentación de la parábola. Prácticamente todos los expositores más capaces de la Escritura están de acuerdo que esta parábola presenta el cuadro de una iglesia visible imperfecta.

En *La enseñanza de Jesús acerca del reino de Dios y la iglesia*, Geerhardus Vos ofrece una explicación muy razonable sobre esta parábola. Los discípulos tenían la noción, tan prevalente entre los judíos de esos días, que la primera obra del Mesías a su llegada sería la completa separación del bien y el mal. Jesús en esta parábola corrige esa noción al declararles que la completa separación no ocurrirá sino hasta el fin de los tiempos y que mientras tanto el reino, que es la iglesia, debe participar de las limitaciones e imperfecciones a las cuales el ambiente pecaminoso la expone (págs. 165-168). Así entendida, la parábola de la cizaña constituye una seria advertencia contra los excesos de la disciplina eclesiástica, particularmente contra el punto de vista de que los hombres son capaces de determinar infaliblemente quienes son nacidos de nuevo y quienes no lo son, y que, confiados en su supuesta infalibilidad, deben establecer una iglesia perfectamente pura. Pero de ninguna manera prohíbe esta parábola el ejercicio de la disciplina eclesiástica, ni siquiera disuade la iglesia de hacerlo.

### SU CARACTER ESPIRITUAL

La autoridad de la iglesia difiere mucho de la del estado. Aquello se indica por los símbolos bíblicos de los dos. La espada es el símbolo bíblico de la autoridad civil. Se dice del magistrado civil: "Por que no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo" (Ro. 13:4). Pero las llaves son el símbolo bíblico de la autoridad eclesiástica. Jesús dijo a Pedro, como representante de los doce apóstoles, sobre quienes es construida la iglesia: "Y a tí te daré las llaves del reino de los cie-

los, y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos" (Mt. 16:19). Es claro, se acostumbra usar las llaves en una manera completamente diferente a la espada. La espada sugiere la fuerza; no así las llaves. Eso quiere decir que, a diferencia de la autoridad civil, la autoridad eclesiástica es espiritual.

Precisamente por esta razón debe ejercerse la disciplina eclesiástica siempre en un espíritu de profunda humildad. Ningún miembro de la iglesia debe jamás asumir la actitud de "yo soy más santo que tú". Antes bien, todo miembro debería tener mucho cuidado de no considerarse ni una pizca mejor que aquel que ha caído en pecado, y que sólo por la gracia de Dios él no es ahora el que ha caído. El apóstol Pablo dijo: "Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gá. 6:1).

Los métodos de la disciplina eclesiástica difieren de los que aplica el estado. El estado muchas veces emplea la fuerza al tratar con los criminales; pero la iglesia, en su trato con los miembros culpables, jamás debe usar la fuerza. La iglesia debe contentarse con aplicar medidas espirituales como la persuasión y la amonestación.

El estado castiga a los malhechores. Estrictamente hablando, la iglesia nunca castiga a sus miembros que caen en pecado.\* Mientras que sea posible la iglesia sigue considerando a los miembros que yerran como cristianos. ¿No llevó, acaso, el Cristo crucificado el castigo por el pecado de los suyos? Por eso es mucho mejor decir que la iglesia *censura* (o disciplina) a sus miembros cuando pecan en lugar de decir que los *castiga*. Esta censura jamás es física sino siempre espiritual. La iglesia nunca debe imponerles multa a sus miembros, ni echarles a prisión, ni practicar el boicoteo contra sus negocios. Lo único que debe hacer es amonestar y reprenderlos, y en ciertos casos privarles de los privilegios de los miembros, por ejemplo, el uso de los sacramentos. Como último recurso debe quitarles de la lista de miembros. Aun la excomunión debe quedar estrictamente en el terreno espiritual.

\*Hay diferencia entre disciplina y castigo. N. del T.

Mientras que un miembro está en el proceso de la disciplina la iglesia no debe cesar de orar por él. Y no sólo los oficiales han de orar por él; todos los miembros también deben hacerlo y hay que recordarles de su deber. La iglesia toda debe sentir mucho dolor en el caso de que se haga necesario aplicar la excomunión. Y cuando la iglesia se ve en la necesidad de considerar a un culpable como "gentil y publicano", aun así no debe despreciarle, sino llevarle continuamente ante el trono de la gracia y buscar que se reconcilie con Dios. Si se arrepiente, debe ser recibido otra vez dentro del baño con gozo y acción de gracias.

En resumen, la disciplina eclesiástica debe ser aplicada siempre en espíritu de amor cristiano.

#### *SU EXALTADO PROPOSITO*

El propósito de la disciplina eclesiástica debe ser siempre la salvación del ofensor, nunca su destrucción. A veces es necesario recordar esto. Parece que en prácticamente toda iglesia hay por lo menos un miembro que tiene una marcada tendencia a causar problemas. A menudo viene la tentación de emplear la disciplina como un instrumento para desembarazarse de tal miembro. La iglesia nunca debe ceder a esa tentación. La disciplina puede inevitablemente conducir a la expulsión de la iglesia, pero su propósito debe ser siempre la corrección del ofensor, nunca su eliminación.

Esa es la clara enseñanza de Mateo 18, un pasaje al cual ya se hizo referencia (vv. 15-17). Jesús no dice: "Si tu hermano peca contra ti, presenta inmediatamente los cargos que hay contra él a la iglesia". Todo lo contrario, él dice: "Vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano". Ni tampoco él procede: "Mas si no te oyere, lleva de inmediato el asunto a la iglesia para que se tome una medida contra él". No, no dice eso; lo que dice es: "Toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra". Sólo como un último recurso debe el creyente informar a la iglesia la ofensa del otro. Hay que tratar por todos los medios de ganar al ofensor antes de referir el asunto a la iglesia. Y cuando tal cosa se ha hecho por necesidad, el primer deber de la iglesia todavía es ganar a este hermano que peca.

La salvación del ofensor debe ser, por cierto, un elevado propósito de la disciplina eclesiástica; pero hay un propósito más alto. El bienestar espiritual de cada miembro es un medio para procurar la pureza y edificación de la iglesia en su totalidad. ¿Quién puede negar que el bienestar de un miembro dado conduce al bienestar de todo el cuerpo? Si un ojo está enfermo, todo el cuerpo se beneficiará cuando se cure ese ojo enfermo. Y ¿quién podría negar que el bienestar del cuerpo como un todo es más importante que el bienestar de un solo miembro? Es mucho mejor que un pie gangrenado sea amputado, antes que todo el cuerpo sea destruido por la enfermedad. Una de las razones claves para la decadencia de ciertas iglesias ha sido la falta de aplicar a tiempo la cirugía de la disciplina.

El propósito más alto de la disciplina eclesiástica queda aún por mencionarse. Esto es la gloria de la Cabeza de la iglesia, a saber: Jesucristo. Como el bienestar del miembro es un medio para llegar a la meta del bienestar de la iglesia como un cuerpo, así el bienestar del cuerpo es un medio para la glorificación de Cristo. Todo esto es una manera de decir que la iglesia que descuida la disciplina no sólo está destruyendo su propia gloria sino que peca al desatender la gloria de Cristo. El fiel uso de la disciplina es de veras una marca clara de la verdadera iglesia. La iglesia que no está profundamente preocupada del honor de Cristo simplemente no es una iglesia de Cristo. Por otro lado, un amor intenso por Cristo y consecuentemente un ardoroso celo por su gloria empujará a la verdadera iglesia a ser fiel en el ejercicio de la disciplina.

#### *SU APLICACION SALUDABLE*

A continuación encontrará el lector algunas de las muchas sugerencias para una saludable aplicación de la disciplina eclesiástica.

Aquellas iglesias que todavía aplican alguna disciplina hoy en día, por lo general están mucho menos preocupadas por las creencias de sus miembros que por su conducta. Esto sí que es una grave equivocación. De acuerdo con la Escritura, la iglesia debería mostrar igual preocupación por ambas cosas. El mismo apóstol que ordenó a la iglesia de Corinto a quitar de en medio al hermano que era culpable de incesto, instruyó a Tito que desechara al hereje



después de una primera y segunda amonestación, y abiertamente declaró: "Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema" (Gá. 1:8). Nada podría ser más lógico. La creencia de uno determina su conducta. Esto no es siempre evidente de inmediato, pero a lo largo es inevitable. Algo más, el error en sí mismo es pecado. Adulterar la verdad es tan inmoral como cometer adulterio en el sentido literal del término.

La Iglesia Católica Romana hace una marcada diferencia entre pecado mortal y venial. Muchos evangélicos también presumen ser capaces de decir cuáles pecados son grandes y cuáles son pequeños. Y así la noción llegó a ser prevalente que la iglesia correctamente recurre a la disciplina si uno de sus miembros atraca un banco o comete un crimen premeditado, pero no si ocasionalmente, o quizá frecuentemente, dice una mentira. Los que hacen tal distinción están pisando terreno peligroso. Todo pecado es aborrecible y mientras hayan pecados más aborrecibles y menos aborrecibles, el juicio de Dios sobre este asunto puede diferir tremendamente del nuestro. Dios no es influido, como nosotros lo somos, por las tradiciones o por los prejuicios populares. El octavo mandamiento prohíbe robar, y el noveno prohíbe llevar o traer falso testimonio. ¿Qué derecho tiene alguno a tomar el noveno mandamiento con menos seriedad que el octavo? De eso se sigue que en el ejercicio de la disciplina la iglesia debe tomar en cuenta no sólo la seriedad de la ofensa cometida sino también, y especialmente, la actitud del ofensor hacia su pecado. Si el asesino da evidencias de un verdadero arrepentimiento, el debe ser tratado con suavidad. Si el calumniador no da evidencia de tristeza sino que endurece su corazón, la aplicación de la excomunión podría ser la medida correcta.

En las iglesias Reformadas y Presbiterianas muchas veces se da por sentado que el ejercicio de la disciplina es de la sola atribución de los ancianos gobernantes y que los otros miembros no tienen responsabilidad alguna en estos asuntos. Este es un serio error. Los miembros de la iglesia tienen la principal responsabilidad de disciplinar a aquellos que pecan. Si mi hermano me insulta, no tengo el derecho de informar su pecado a la iglesia hasta que haya hecho lo máximo para conseguir que pida disculpas. Si veo a mi hermano embriagado, no tengo el derecho de decírselo a otros her-

manos hasta que yo haya hecho lo humanamente posible para que se arrepienta y hasta que todos mis esfuerzos hayan resultado ser inútiles. En efecto, yo pecaría contra la ley del amor si le exponga a él más antes. De nuevo, si yo estoy convencido que mi hermano es culpable de un error doctrinal, yo debo hacer todo lo que está a mi alcance para convencerle de la verdad antes de llevarle a juicio.

En conclusión, se pueden mencionar dos grandes principios, la observancia de los cuales contribuirá mucho a la aplicación saludable de la disciplina eclesiástica. Uno es que la disciplina debe interesarse tanto en la pureza como en la paz de la iglesia. Nada molesta tanto la paz de la iglesia como la impureza. La paz a costa de la pureza es completamente indigna de llamarse así. Y mientras que la insistencia en la pureza puede, temporalmente, molestar la paz, al final es más que seguro que resultará altamente conducente a la paz. El otro principio es que hay que ejercer la disciplina con justicia y con misericordia. La misericordia sin la justicia es puro sentimentalismo. La justicia sin la misericordia es indigna de la iglesia que tiene el mandamiento: "Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso" (Lc. 6:36), y cada miembro de la iglesia necesita repetir diariamente la oración del publicano: "Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lc. 18:13).

## LA SOBERANIA DE LA IGLESIA

Una definición correcta de *soberanía* es "la posesión o ejercicio de suprema autoridad; dominio, imperio". La palabra más importante en tal definición es *suprema*. Esta palabra se deriva del Latín *supremus* que significa lo *más alto*, *supremo*. *Soberanía* conlleva la idea de *reinado* con la característica de *supremo*.

Sólo Dios es soberano en el sentido absoluto de la palabra, porque su autoridad es verdaderamente suprema. El ejerce dominio sin límites sobre la totalidad del universo. "El hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?" (Dn. 4:35).

Sin embargo, el término *soberanía* también es usado en un sentido relativo. En este sentido puede decirse que Dios delega autoridad a algunas de sus criaturas para que éstas la ejerzan sobre otros. En consecuencia, mientras que ninguna criatura tiene ni una pizca de soberanía en sí misma con relación al Creador, ciertas criaturas sí poseen cierta medida de soberanía con relación a otras criaturas.

Por lo tanto, es correcto adscribir soberanía, por ejemplo, al estado, como a menudo se le concede. Con menos frecuencia los hombres acostumbran adscribir soberanía a la iglesia cristiana; sin embargo, hacer tal cosa no es en lo más mínimo fuera de la razón. La soberanía de la iglesia cristiana es un aspecto significativo de su gloria.

### UNA SOBERANIA LIMITADA

Supongamos que cierta ciudad tiene tres edificios altos, los tres de exactamente la misma altura. Por altos que sean, ninguno es el más alto. Claro, nunca hay más que *un* "más alto". De igual manera, sólo puede haber uno que es verdaderamente soberano. Es

Dios. No tiene comparación. El poder y la autoridad de Dios son incomparables. No importa cuán grandes puedan ser el poder y la autoridad del estado y la iglesia, sólo Dios es soberano.

La iglesia no puede ejercer soberanía alguna para con Dios. Dios es soberano sobre la iglesia, y ésta es una verdad incontestable. La iglesia está totalmente sujeta a Dios. Su único deber es obedecer la ley de Dios, y no tiene derecho alguno de dictar leyes propias que contradigan o aumenten la ley de Dios. Tampoco puede permitir lo que Dios prohíbe ni prohibir lo que Dios permite.

Como la iglesia está sujeta a Dios, así también lo está a su cabeza y rey, Cristo Jesús. El reina soberanamente sobre ella y lo hace como su monarca absoluto. Su palabra es ley para la iglesia, y la iglesia no tiene derecho para enmendar su ley, sea por alteración, adición o sustracción. Es del todo correcto decir que la iglesia no tiene poder legislativo, porque Cristo le ha dado una ley perfecta. Cuando la iglesia establece ciertas reglas por el interés del buen orden, como a menudo debe hacerlo, éstas nunca deben ser consideradas iguales con la ley de Cristo.

¡Cuán claro es que la soberanía de la iglesia es severamente limitada! Con referencia a Dios y a Cristo esta soberanía simplemente ni existe.

Dios ha dado, sin embargo, cierta medida de autoridad a la iglesia con relación a los hombres, y esta autoridad puede de algún modo ser denominada soberanía. La pregunta si esta soberanía es o no limitada ha sido un tema de controversia a lo largo de la historia de la iglesia. Mientras que el protestantismo insiste que es limitada, la Iglesia de Roma enseña que no es limitada. La autoridad que Roma pretende para sí misma es desde todo punto de vista totalitaria. Pero esa pretensión no puede justificarse.

Cuando Dios hizo al hombre a su imagen, lo dotó de ciertos derechos inherentes. Por la caída del hombre en el pecado, esa imagen quedó severamente desfigurada y en algunos aspectos perdida, pero no aniquilada. En consecuencia, todo ser humano retiene en sí ciertos derechos inalienables. Y en el caso del regenerado, en quien la imagen de Dios ha sido restaurada, aquellos derechos son acentuados. La libertad de expresión y de adoración son dos de ellos. Por cierto, en el ejercicio de aquellos derechos cada hombre debe respetar los derechos de sus semejantes y, sobre todo, la ley

de Dios, pero nadie debe intentar privarle a otro de estos derechos. La Iglesia de Roma muchas veces ha hecho precisamente aquello. Hubo un tiempo cuando ella prohibió no solamente la lectura, sino también la posesión de una Biblia; y con frecuencia ha impuesto la pena de muerte a aquellos que se atrevieron criticar las enseñanzas y prácticas de dicha iglesia. Fuera de toda duda, la soberanía de la iglesia con referencia al individuo es limitada.

De igual modo, la soberanía de la iglesia es limitada con relación a la familia. Dios estableció la familia humana en el Edén. Hizo la mujer y la dio a Adán para que fuese su mujer. Luego les ordenó: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra" (Gn. 1:28). Significativamente, Dios, no la iglesia, es el que constituyó la familia y ella precede en el tiempo la fundación de la iglesia. Se concluye innegablemente que la familia, como el individuo, tiene ciertos derechos los cuales la iglesia no tiene derecho de usurpar. No es atributo de la iglesia estipular el porcentaje del presupuesto familiar que ha de entregársele ni prescribir el menú en el hogar, como tampoco determinar dónde ha de ser enterrado un ser querido que muera.

Se puede mencionar más ejemplos de restricciones de la soberanía de la iglesia, pero en este contexto merece atención especial la relación de la iglesia con el estado.

Por siglos han habido dos puntos de vista opuestos. La iglesia occidental, bajo la dirección del obispo de Roma, desde hace mucho tiempo adoptó la posición de que la iglesia debe ejercer autoridad sobre el estado. El papa Pio IX declaró que el papa como cabeza de la iglesia "posee el derecho que usa con toda propiedad bajo circunstancias favorables, de realizar juicios aun en asuntos civiles sobre los actos de los príncipes y de las naciones". Por el contrario, la iglesia oriental desde el principio adoptó la posición de que la iglesia es sólo una fase del estado y que es deber del estado designar los oficiales de la iglesia, definir sus leyes, y sostenerla. Constantino el Grande, el primer emperador romano que reconoció oficialmente la iglesia cristiana y en el año 330 d.C. trasladó la capital del imperio hacia el este a la ciudad a la cual puso el nombre de Constantinopla en honor a sí mismo, fue considerado no sólo cabeza del imperio sino también cabeza de la iglesia. Posteriormente los zares de Rusia pretendieron para sí el mismo honor doble. No es extraño que las iglesias de la Reforma

protestante, por oposición a Roma, se adherieran en general a una posición más o menos similar. Debido a que uno de los más capaces defensores de tal posición en tiempos de la Reforma fue un médico y teólogo suizo llamado Erasto, el sistema llegó a ser conocido como erastianismo.

Hoy en día, una gran parte del protestantismo, en particular el protestantismo norteamericano, tiene la convicción de que la Biblia enseña lo que es comunmente llamado la separación de la iglesia y el estado. Sobre este particular algunos anabaptistas en tiempos de la Reforma y en especial el famoso bautista norteamericano, Roger Williams, deben ser considerados adelantados a sus contemporáneos. Lo que se quiere significar por separación entre la iglesia y el estado es que la iglesia no debe tratar de gobernar una comunidad de naciones ni interferir en asuntos estrictamente políticos del estado, y que el estado no debe tratar de gobernar a la iglesia ni interferir en los asuntos espirituales. En suma, ambos, la iglesia y el estado, son soberanos, cada uno en su propia esfera; y cada uno debe reconocer la soberanía del otro. Esto se implica en el dicho del Señor Jesús: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios" (Mt. 22:21), sobre el cual Calvino comentó que el Señor aquí "establece una clara distinción entre el gobierno civil y el espiritual". La misma verdad está implícita en el hecho que en Pentecostés la iglesia, que fue en su mayor parte— aunque no enteramente— nacional, llegó a ser universal. Una iglesia universal necesita trascender los límites del nacionalismo. ¿Y no es obvio que ni el estado creó la iglesia, ni la iglesia creó el estado, sino que Dios creó a ambos y los dotó a cada uno de su autoridad propia y específica?

Es inescapable la conclusión que, mientras que la soberanía del estado sobre la iglesia es limitada, la soberanía de la iglesia sobre el estado es también limitada. La iglesia es soberana únicamente en su propia esfera. Su autoridad no es totalitaria.

#### *UNA SOBERANIA POSITIVA*

Nadie debe inferir de lo antedicho que la soberanía de la iglesia importa poco o nada. La verdad es que es muy real, actual y decididamente positiva.

Una y otra vez en su historia, la iglesia halló que era necesario afirmar su soberanía contra la usurpación del estado.

Es un hecho interesante que ya bajo la teocracia del Antiguo Testamento, cuando la iglesia y el estado estuvieron mucho más unidos que lo que ha sido el caso desde Pentecostés, la iglesia ejerció su soberanía en varias ocasiones con todo vigor en oposición contra los filisteos. Parece que era costumbre entre los israelitas que antes de salir a la batalla ofreciesen sacrificio a Dios. Tal cosa por cierto era función de los sacerdotes; quien debía hacerlo en este caso fue Samuel. Cuando Samuel tardó en llegar, Saúl se puso impaciente y él mismo ofreció el sacrificio. Luego llegó Samuel e informó a Saúl que por este pecado le sería quitado el reino (1 S. 13:9-14). El rey Usías insistió en una ocasión en quemar incienso en el altar del incienso en el templo. Eso, otra vez, fue prerrogativa de los sacerdotes. Cuando el rey no hizo caso a la vigorosa protesta de los sacerdotes, Dios le hirió con la lepra, y su hijo reinó en su lugar (2 Cr. 26:16-20). En ambos casos un representante del estado fue severamente castigado por usurpar la soberanía de la iglesia.

El Nuevo Testamento registra algunos hechos interesantes de lo que fue ya mencionado anteriormente. Para mencionar sólo un caso, cuando el Sanhedrín, la corte suprema de los judíos, prohibió a los apóstoles predicar en el nombre de Jesús, Pedro declaró osadamente: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch. 5:29); y así lo hicieron.

Cuando la Dieta de Worms demandó que Lutero se retractara de sus supuestas enseñanzas heréticas, él soberanamente pronunció estas memorables palabras: "Aquí estoy; no puedo hacer otra cosa; que Dios me ayude. Amén". Juan Knox soberanamente desafió ambas las lágrimas y la ira de la reina María, y sobre su tumba Melville habló: "Aquí descansa uno que nunca temió el rostro de hombre". Dijo el Lord Macaulay del puritano: "El se inclinó hasta el polvo ante su Hacedor, pero puso su pie en el cuello del rey".

Nuestra era es la era del estado totalitario. En todo el mundo el estatismo está en ascendencia. En la segunda guerra mundial, tres estados totalitarios, Alemania, Italia y Japón sufrieron una aplastante derrota; pero Rusia, otro estado totalitario, desde entonces ha subido a incomparables alturas de poder e influencia, más que

nunca antes. Y en las así llamadas democracias, Los Estados Unidos de América inclusive, hay una fuerte tendencia hacia el estatismo. En consecuencia, en muchos países la iglesia se encuentra totalmente a la merced del estado, cuya merced a menudo ha resultado ser cruel, mientras que en otros la noción está ganando terreno rápidamente que la iglesia existe y opera sólo con el permiso del estado. Ahora es el tiempo, si antes no lo fue, de que la iglesia afirme su soberanía en contra de la intromisión del estado. La iglesia tiene el sagrado deber de eruirse en majestad y proclamar al mundo que goza de la libertad de adoración, no por la gracia del estado, sino como un derecho dado por Dios, y que predica la Palabra de Dios, no por la gracia de los gobiernos humanos, sino por que únicamente lo ha ordenado el soberano Dios y su soberano Rey, sentado a la diestra de la majestad de Dios.

En otro sentido, también, la soberanía de la iglesia es por cierto positiva. Debe soberanamente declarar la ley de Dios al individuo, a la familia, a la sociedad y al estado.

Ningún individuo tiene el derecho de decir que su vida privada es asunto que le pertenece sólo a él y que la iglesia tiene nada que ver con ella. Esta sería una declaración por demás osada. La ley de Dios se ocupa de cada aspecto de la vida humana, y la iglesia es la encargada de proclamar aquella ley en todo su alcance bíblico. Debe condenar cada pecado en la vida del individuo. Por cierto, hay una cantidad de prácticas que la ley de Dios ni condena ni prohíbe. A éstas a menudo se les llama *adiaphora* o cosas *indiferentes*. Pero aun tales prácticas no están fuera de la ley de Dios. Una buena definición de *adiaphora* sería *una práctica que la ley de Dios permite pero no exige*. Eso quiere decir que las así llamadas cosas indiferentes tienen sanción divina. En sí mismas ni son inmorales ni amorales, sino buenas, aunque no exigidas. Pero sólo entonces es su actuación completamente buena cuando son hechas en fe y amor. Mientras que la iglesia debe tener cuidado escrupulosamente de no prohibir lo que Dios permite, debe también declarar a los hombres cuál es el uso correcto según la Palabra de Dios de lo que Dios permite.

Nunca debe decir la familia a la iglesia en forma desafiante que se deje de entrometerse en sus asuntos. Eso sería muy imprudente. Con referencia a la familia, también, la iglesia debe soberana-

mente proclamar la totalidad de la ley de Dios. Cuando una pareja de esposos tiene la intención de divorciarse, no debe decir a la iglesia que no se meta. La iglesia debe hacerles saber la enseñanza bíblica con respecto al divorcio y demandar a esta pareja que viva de conformidad con la Palabra de Dios. La iglesia que no proclama la enseñanza de la Palabra de Dios con respecto a los matrimonios mixtos y el planeamiento familiar es una iglesia negligente en el cumplimiento de sus deberes. Y si los padres dan a sus hijos una verdadera enseñanza cristiana no es asunto solamente de ellos sino también de la iglesia. Porque sobre este asunto, también Dios ha hablado y lo ha hecho enfáticamente.

Por muchas décadas el evangelio social ha sido muy popular entre los liberales. En su explicable indignación con el evangelio social del modernismo muchos fundamentalistas han llegado ilógicamente a la conclusión de que se debe presentar el evangelio solamente en un estricto marco individual. En consecuencia, las iglesias conservadoras generalmente han descuidado los aspectos sociales del evangelio. Pero eso es una manera de decir que aquellas iglesias han dejado de proclamar su soberanía en relación con la sociedad. Pongamos un ejemplo. La sociedad está dolorosamente afectada por la delincuencia juvenil. Con demasiado frecuencia la iglesia está satisfecha con su rol de una interesada, si no del todo desinteresada, espectadora. Ella debe inculcar en sus propios hijos el temor de Dios. Pero eso no es suficiente. Ella debe declarar desde los tejados que la educación cristiana y el entrenamiento cristiano de la juventud del país son requisito indispensable para una conducta piadosa.

Hay que admitir para la vergüenza de la iglesia que a menudo se ha agachado ante el estado. Pero no fue siempre así. Cuando David había raptado a Betsabé de su hogar y de su esposo Urías, y luego se había desembarazado de él con lo que era realmente el asesinato, el profeta Natán sin temor alguno le declaró su pecado. Y cuando el rey Acab había robado y asesinado a Nabot, el profeta Elías, no echándose atrás, en forma resuelta pronunció sobre él y su casa los juicios de Dios. Una noble compañía de siervos de Dios ha seguido los pasos de aquellos profetas, pero dicha compañía nunca ha sido tan grande como debería haber sido. Hoy mismo es muy pequeña. La iglesia de Dios debe levantar la voz con todo

poder contra la mentira, el robo, el soborno y el vicio, que andan desenfrenados en las altas esferas. Debe proclamar en alta voz que "la justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones" (Pr. 14:34). Ahora es más que tiempo que la iglesia llame a las autoridades al arrepentimiento, y que en caso de no arrepentirse, que los discipline hasta el hecho mismo de la excomunión a aquellas autoridades gubernamentales que son a la misma vez miembros de la iglesia de Cristo y políticos corrompidos. Y a aquellos potentados hambrientos de poder, que ni temen a Dios ni respetan al hombre, sino que hacen consejo contra el Señor y su Ungido, diciendo: "Romparamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas", a éstos la iglesia debe decirles que aquel que está sentado en los cielos se reirá, que el Señor se burlará de ellos, y que si no honran al Hijo, él los quebrantará con vara de hierro, y como vasija de alfarero serán desmenuados (Sal. 2).

Que la iglesia hable soberanamente del soberano Dios y del "Bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores" (1 Ti. 6:15).

## LOS ESCOGIDOS DE DIOS

La iglesia consiste de los escogidos de Dios. Por cierto no todos que están en la lista de miembros de la iglesia visible fueron escogidos por Dios para vida eterna. Hay algunos dentro de la iglesia que son cristianos nominales y que nunca serán creyentes. Estos no están entre el número de los escogidos. Pero todos los verdaderos miembros de la iglesia de Cristo pertenecen a los escogidos.

Es posible que no haya otra enseñanza de la Palabra de Dios tan impopular como la elección. Inclusive algunos creyentes bíblicos y amantes de la Palabra de Dios están muy próximos a detestarla. Esto es difícil de entender. No sólo se enseña inequívocamente la elección en la Escritura sino que esta doctrina declara enfática y bellamente el amor infinito y eterno de Dios por los suyos.

Así, pues, el hecho de que la iglesia consiste de los escogidos de Dios hace más refulgente su gloria.

### ESPECIFICADOS POR DIOS EL PADRE

Supongamos que una congregación va a construir un templo, una casa de adoración. El primer paso hacia la realización, de tal proyecto es ocupar un arquitecto, quien dibujará un plano para el edificio propuesto y especificará qué material se usará en dicha construcción. Como el arquitecto de su iglesia, Dios el Padre la planeó desde la eternidad y especificó precisamente cuáles personas serían las que la compondrían. El escogió de entre toda la raza humana para ese fin.

Dios habló acerca de la iglesia del Antiguo Testamento como "mi siervo Jacob" e "Israel mi escogido" (Is. 45:4). En la salutación de su carta a los efesios Pablo se regocijó diciendo: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos bendijo

con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad..." (Ef. 1:3-5). Y Pedro se dirigió a aquellos a quienes escribió su carta como "elegidos según la presciencia de Dios el Padre..." (1 P. 1:2).

Hay quienes dicen que Dios eligió a todos los hombres para que sean miembros del cuerpo de Cristo. Nada podría ser más absurdo. La misma palabra *elección* significa el escogimiento de algunos de entre un número mayor, y escoger a todos de un cierto número simplemente no es escoger. Pongamos un ejemplo: tres hombres lanzan su candidatura para el puesto de gobernador de una provincia. Cierta votante, que no puede decidir cuál es el mejor candidato para el puesto, decide votar por los tres. ¡Es claro que lo que ha hecho es echar a perder su voto! Y no es menos claro que si todos los otros votantes hicieren lo mismo, no habría elección. De eso concluimos que si Dios eligiese a todos los hombres para que sean miembros de su iglesia no ha elegido a ninguno. Es ineludible esta conclusión.

Es muy interesante que algunos que sostienen que Dios ha elegido a todos los hombres llegan exactamente a esa conclusión: dicen que la única razón por que una persona llega a ser miembro de la iglesia de Cristo es porque por su propia voluntad escoge unirse a la iglesia. En otras palabras, uno llega a ser miembro de la iglesia, no por que Dios le escoge, sino por que uno mismo decide hacerlo. Así la elección es del hombre, no de Dios. Es difícil imaginarse una contradicción más flagrante de la Escritura.

Karl Barth enseña que todos los hombres son escogidos por y en Cristo para vida eterna. Habiendo tomado esta posición, que está abiertamente en desacuerdo con la Escritura, se enfrenta a un serio dilema. El debe, de acuerdo con el universalismo, concluir que al final todos los hombres serán salvos, o, de acuerdo con el arminianismo, hacer que la salvación depende, al final, de la voluntad del hombre. No obstante, él rehusa reconocer estas alternativas. De este modo su doctrina de la elección llega a ser en extremo confusa.

Se presenta entonces la importante pregunta: ¿Por qué designó

Dios a ciertas personas de entre los demás, para que sean miembros de su iglesia? Se han dado dos respuestas contradictorias. El arminianismo enseña que Dios escogió a ciertos individuos por que sabía de antemano que ellos creerían en Cristo. La teología reformada insiste que la única razón de la elección de Dios era el divino amor soberano. Es decir, desde la eternidad Dios vio a los sujetos de su elección en Cristo, su Escogido. Según el arminianismo, la base para la elección de Dios reside en el hombre; según el calvinismo, reside en Dios. O dicho de otro modo, el arminianismo sostiene que la fe es la base para la elección, en tanto que la fe reformada sostiene que la fe es el fruto de la elección y también su prueba.

No sólo confirma la Escritura la enseñanza reformada al afirmar explícitamente que Dios predestinó a los miembros de su iglesia "según el puro afecto de su voluntad" (Ef. 1:5), y al concluir de la declaración de Dios a Moisés: "Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca" que "no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Ro. 9:15, 16), sino que los mismos pasajes de la Escritura que el arminianismo suele aducir como apoyo de su posición, en realidad enseña el punto de vista reformado. De entre los más prominentes está Romanos 8:29—"Por que a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo". Dice el arminianismo: "¡Cuán claro que la elección se basa en la presciencia!" Así es. Pero ¿qué es lo que se quiere significar aquí por presciencia? Ahí está la pregunta. ¿Es una simple presciencia por parte de Dios que la persona dada creería? Nada dice de eso. Lo que el texto dice es que Dios conoció de antemano a ciertas personas. Sin lugar a dudas, *conoció* aquí tiene aquel rico, preñado significado que muy a menudo tiene en la Escritura. Significa nada menos que *amó*. Y cuando se nos dice que Dios "antes conoció" a ciertas personas, eso significa que Dios *amó* a aquellas personas desde la eternidad. Por que los *amó* desde la eternidad, él los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo.

¿Qué mortal puede decir por qué los *amó*? El amor divino no es como el amor humano. El amor humano es finito; el de Dios es infinito. Pero esto sabemos: la razón por qué Dios *amó* a ciertos in-

dividuos desde la eternidad no está en los individuos propiamente sino en Dios mismo. En una palabra, su amor es soberano. La elección reúne el infinito y soberano amor de Dios por los miembros de su iglesia. El los escogió en Cristo, su Amado (Ef. 1:4).

### COMPRADOS POR DIOS EL HIJO

Supongamos de nuevo que una congregación planea construir un templo. Los planes y las otras especificaciones ya fueron adoptados; el siguiente paso es la compra de materiales de construcción. Eso es también lo que hizo Dios para construir su iglesia. Dios, el Hijo, compró a los escogidos, aquellos a quienes el Padre había designado como miembros de su iglesia. Pablo les recordó a los ancianos de la iglesia de Efeso de su deber de pastorear a la iglesia de Dios, *la cual*, dijo, "él ganó (compró) con su propia sangre" (Hch. 20:28).

Algunos de los primeros padres de la iglesia sostuvieron la opinión que Cristo pagó a Satanás el precio con el cual él compró a los escogidos. Es una interpretación del todo errónea. Si Cristo hubiese hecho eso, hubiera constituido un reconocimiento de que Satanás había sido antes el dueño legítimo de los pecadores escogidos. Es evidente que Satanás nunca ha sido tal cosa. Las cosas son más bien así: cuando el hombre pecó, Dios como Juez sentenció a la raza humana a la prisión. Satanás fue, por decirlo así, el carcelero de la prisión. Cristo vino para dar su vida en rescate por ciertos prisioneros. Dicho en una manera más clara, él presentó el rescate no al carcelero sino al Juez. El Juez aceptó el rescate y ordenó la libertad de aquellos prisioneros. Así los prisioneros son liberados del poder de las tinieblas y trasladados al reino de su amado Hijo (Col. 1:13).

En nuestros días es muy común otra falsa interpretación de esa transacción. Se dice que Cristo compró no sólo a los escogidos, sino a todos los hombres con su sangre y que, habiendo hecho eso, él dejó que cada individuo escoja aceptar o no el beneficio salvífico de su muerte. Esa interpretación fracasa completamente en comprender el amor del Salvador moribundo para con los suyos. Sin duda, la muerte de Cristo es suficiente para la salvación de todos los hombres. Sin embargo, hay que afirmar enfáticamente que

ninguno de los que Cristo ha comprado con su sangre permanecerá bajo el dominio del diablo. Su amor asegura que todos aquellos que él ha comprado llegarán a ser creyentes en él y miembros de su iglesia. El hará que tal cosa suceda, no por una compulsión externa sino por la influencia graciosa de su Espíritu Santo. "El buen pastor su vida da por las ovejas" (Jn. 10:11). Y él verá que hasta la última oveja por la cual dio su vida será traída al rebaño.

La Escritura a menudo habla en términos superlativos acerca del amor de Dios por su iglesia. Por ejemplo dice: "¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros" (Is. 49:15, 16). Este lenguaje es a la vez fuerte en extremo y supremamente tierno. Pero la revelación del amor de Dios por su iglesia alcanza su cima en la compra de esa iglesia por el Hijo de Dios con su propia sangre. Mirando al Cristo crucificado, todo miembro de su iglesia susurra: "El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20). Al unísono la iglesia lee: "Mas Dios muestra su amor para con nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Ro. 5:8-10). Y canta:

De su cabeza, manos, pies,  
Preciosa sangre allí corrió;  
Corona vil de espinas fue  
La que Jesús por mí llevó.

#### REUNIDOS POR DIOS EL ESPIRITU SANTO

Supongamos una vez más que una congregación está en el proceso de levantar un templo. Los planos y las especificaciones han sido aprobados y el material ya ha sido comprado. Es obvio que queda una cosa más por hacer—construir, o sea el proceso de colocar el material. Una vez hecho eso, la construcción será completa. Eso también hace Dios al edificar su iglesia. Los escogidos, aquellos que fueron designados desde la eternidad por Dios el Padre y

comprados por Dios el Hijo cuando murió en la cruz del Calvario, son en el curso de la historia reunidos como iglesia cristiana por Dios el Espíritu Santo.

El Espíritu realiza eso cuando concede a los escogidos la gracia de la regeneración. Por naturaleza ellos están muertos en sus delitos y pecados, pero el Espíritu de Dios les da vida (Ef. 2:1). Es una conclusión segura que en consecuencia creerán en el Señor Jesucristo. Algunos de los escogidos están predestinados a morir en la infancia. Todos éstos, por cierto, son regenerados antes que partan de esta vida, y desde el mismo momento de la regeneración poseen lo que los teólogos llaman el *habitus*, la disposición, de la fe salvadora. Eso les hace miembros del cuerpo de Cristo. Y en cuanto a los escogidos a quienes les es concedido llegar a la edad de juicio, seguramente nacerán de nuevo, aunque ningún ser humano puede decir a qué edad pudiera el Espíritu querer concederle el nacer de nuevo; y en su caso la regeneración resultará en una consciente recepción del Salvador como él está presentado en el evangelio. Eso es otra forma de afirmar que tarde o temprano, por la gracia del Espíritu Santo, serán miembros vivientes de la iglesia de Cristo.

La noción ampliamente difundida en los círculos cristianos es que todos los seres humanos, incluyendo los no regenerados, son capaces por su propia voluntad de aceptar a Cristo como Salvador y al hacer eso unirse a la iglesia de Cristo. En efecto, se dice que Dios ha dejado esa parte de la salvación al hombre. Y se declara que el nuevo nacimiento es una consecuencia, no un requisito, del acto de fe del hombre. Este es uno de los errores más corrientes, y hay que decirlo, uno de los más serios, del fundamentalismo actual. Por hacer al hombre, en última instancia, su propio salvador, esta herejía hace la más grande violencia a la doctrina cardinal de la Palabra de Dios, a saber: la salvación por la gracia de Dios. La Escritura enseña inequívocamente que ninguno puede venir a Cristo en fe si el Padre no le trajere (Jn. 6:44); que, antes de que la fe llegue a ser un acto del hombre, es un don de Dios (Fil. 1:29); y que "nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo" (1 Co. 12:3). La Escritura enseña con la misma claridad que es Dios quien reúne a sus escogidos en la iglesia. Fue Dios el Espíritu Santo quien, al aplicar el sermón de Pedro a los corazo-



nes, reunió a los tres mil hombres y mujeres en la iglesia el día de Pentecostés. Y fue "el Señor" quien posteriormente "añadía diariamente a la iglesia a los que habían de ser salvos" (Hch. 2:47).

¡Qué gloriosa manifestación del amor divino es la reunión de los escogidos en la iglesia! Si Dios hubiese escogido a ciertos individuos para constituir el cuerpo de su Hijo, pero hubiese hecho que la realización de esa selección sea dependiente del consentimiento de ellos, ninguno de ellos sería salvo. Si, además de escogerlos, Dios les hubiese comprado con su sangre para que sean miembros de su iglesia, pero hubiese hecho que el cumplimiento de esa transacción sea dependiente de la aceptación de sus condiciones, todos estarían perdidos. Tan grande es el amor de Dios por los suyos que él realiza su salvación hasta lo sumo. No sólo los escogió desde la fundación del mundo y los compró en el Calvario, sino que también él es quien hace válidas esa elección y esa compra por medio de la operación de su Espíritu dentro de ellos. El Espíritu Santo les trae de la muerte a la vida, les imparte la fe salvadora y así les hace miembros de Cristo. Desde el principio hasta el fin, su salvación depende exclusivamente de la gracia soberana y del amor infinito de Dios.

La iglesia consiste de aquellos a quienes Dios ama hasta lo sumo.

### *SALVOS PARA SERVIR*

Ahora hay que llamar la atención a un aspecto de la elección que es a veces descuidada por aquellos que confiesan esta doctrina. Indudablemente que la elección es para salvación, pero la Escritura enseña en una forma no menos enfática que es también para servicio. La salvación y el servicio son inseparables. La salvación es para servir.

Los miembros de la iglesia de Cristo son hechura de Dios, "creados en Cristo Jesús para buenas obras" (Ef. 2:10). Porque fueron comprados, están bajo la solemne obligación de glorificar a Dios en sus cuerpos y en sus espíritus, que son de Dios (1 Co. 6:20). Cristo se dio a sí mismo por ellos para redimirlos de toda iniquidad y purificar para sí mismo un pueblo peculiar, celoso de buenas obras (Tit. 2:14). Y digámoslo con todo el énfasis de que somos capaces—Dios el Padre escogió a su iglesia en su amor soberano, el

Hijo la compró con su preciosa sangre, y el Espíritu Santo vino para morar en ella *con el fin de que testificara*. Es linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que anuncie las virtudes de aquel que les llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 P. 2:9).

La iglesia consiste de aquellos que aman y sirven al Dios trino, porque él los amó primero.

## LOS AMIGOS DE DIOS

La iglesia consiste del pueblo del pacto de Dios. Esta es una manera de decir que consiste de los amigos de Dios. Porque el pacto de gracia significa amistad entre Dios y los suyos.

En esencia el pacto de gracia fue establecido cuando, inmediatamente después de la caída del hombre, Dios dijo a la serpiente: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar” (Gn. 3:15). Enemistad con Satanás implica amistad con Dios.

En forma más explícita, Dios estableció su pacto con Abraham cuando dijo: “Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti” (Gn. 17:7). Así Abraham llegó a ser amigo de Dios. Una y otra vez la Escritura le llama en esta forma. Cuando muchos enemigos poderosos vinieron contra el rey Josafat, él clamó a Dios por ayuda y le rogó: “Dios nuestro, ¿no echaste tú los moradores de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y le diste a la descendencia de Abraham tu amigo para siempre?” (2 Cr. 20:7). Dios mismo declaró: “Pero tú, Israel, siervo mío eres; tú, Jacob, a quien yo escogí, descendencia de Abraham mi amigo” (Is. 41:8). Y Santiago dice: “Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios” (Stg. 2:23).

El salmista iguala el pacto de gracia con la amistad entre Dios y su pueblo en estas palabras: “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto” (Sal. 25:14).

Puesto que los creyentes de todas las edades son la simiente de Abraham (Gá. 3:7, 29), éstos son del pacto de Dios, es decir, amigos de Dios.

## AMISTAD SOBERANA

Que nadie piense que nuestros primeros padres, después que hubieran caído en pecado, buscaron a Dios. Todo lo contrario; huyeron de su presencia. Pero, Dios en su gracia soberana les buscó a ellos. Tampoco les sugirió Dios simplemente que se hicieran enemigos del príncipe de las tinieblas ni les invitó a ser amigos del Padre de las luces. El hizo algo incomparablemente más. El puso enemistad entre la mujer y la serpiente y entre la simiente de ambos y, al hacer eso, estableció la amistad entre él mismo y su pueblo. Tan pronto como Dios habló, aquella enemistad y aquella amistad fueron hechas una realidad.

Del mismo modo, no hay que dar por supuesto que Abraham buscó la amistad de Dios. Por el contrario, Dios soberanamente le ofreció su amistad. Tampoco hizo Dios esta oferta condicional a la aceptación por parte de Abraham. Sin consultarle a Abraham, le hizo su amigo. Dijo Dios: “Estableceré mi pacto entre mí y ti”, y quedó establecido.

Lo que es cierto con Abraham lo es también con su simiente. Dios no informó a Abraham que el pacto que El establecía con él continuaría con su simiente en el caso de que su simiente quisiera que continuara. Desde el mismo principio Dios incluyó en el pacto la simiente de Abraham así como al mismo Abraham.

Aquí es donde la elección y el pacto de gracia convergen, y el último complementa al primero. Dios fue absolutamente soberano en la elección. “Según el consejo de su voluntad”, él predestinó a individuos para la salvación (Ef. 1:5). Amó a Jacob y aborreció a su hermano mellizo Esaú (Ro. 9:13). Pero eso no es toda la verdad. Sin estar obligado por relaciones familiares en su escogimiento, él, sin embargo, escogió tomarlos en cuenta. De un modo general, él escogió para vida eterna a ciertas personas junto con su simiente. Y al hacerlo él fue de nuevo completamente soberano.

El carácter soberano de la amistad divina se manifiesta en una manera fuerte en la palabra empleada en el griego del Nuevo Testamento para designar el pacto de gracia. No es la palabra que se usa comunmente para designar un pacto o un acuerdo hecho entre hombres con iguales derechos. Por el contrario, denota específicamente una disposición hecha por una persona en favor de otra. En

algunos contextos es traducido correctamente como *testamento*. Como uno en su testamento, de su propia voluntad libre, lega sus posesiones a otro, así también Dios en el pacto de gracia soberanamente otorga su amistad a los escogidos.

No hay que olvidar que por su propia naturaleza un pacto tiene que ser hecho entre dos partes. El pacto de gracia no es una excepción. Dios sólo lo estableció, pero en su cumplimiento el pueblo de Dios no puede estarse con los brazos cruzados. La amistad supone relación mutua. El pacto de gracia pone al pueblo de Dios bajo la obligación de fe y obediencia. Por lo tanto la Escritura dice: "Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios" (Stg. 2:23); y Jesús dijo a sus discípulos: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando" (Jn. 15:14). Con todo, que ninguno piense que esta responsabilidad del pueblo de Dios disminuye en algo la soberanía de la amistad de Dios. Por lo contrario, da más importancia que nunca a ella. Porque es por la gracia soberana de Dios que los suyos cumplan con las exigencias del pacto. Tanto la fe como la obediencia son dones soberanamente impartidos por el Espíritu Santo a los escogidos. Ellos se ocupan de su propia salvación porque Dios ya obró una vez, y sigue obrando, en ellos así el querer como el hacer por su buena voluntad (Fil. 2:12, 13).

### AMISTAD INTIMA

Cómo el Creador puede considerar a simples criaturas como sus amigos es cosa que desafia al entendimiento humano. Cómo el Dios santo puede otorgar su amistad a hombres pecaminosos es totalmente incomprensible. Es suficiente decir que en esto somos testigos de una suprema manifestación de condescendencia divina. Y la intimidad de esa amistad hace aun más maravillosa la condescendencia divina.

La derivación de la palabra hebrea que se emplea en el Antiguo Testamento para designar el pacto de gracia es incierta. Tal vez se deriva de la palabra cuya raíz significa *atar, ligar, unir, juntar*. Es, por cierto, condescendencia que Dios de buena gana se haya ligado al hombre. Es también posible que la palabra que estamos considerando se derivara de la raíz cuyo significado es *cortar*. En el

Oriente fue costumbre, al hacer un pacto, cortar en dos a ciertos animales y colocar las piezas a una corta distancia la una en frente de la otra. Entonces las partes contratantes del pacto caminarían entre las piezas, significando que, si rompían el pacto aceptarían de buena gana ser cortados en piezas como lo fueron los animales. Cuando Dios estableció su pacto con Abraham, Dios en realidad condescendió para hacer aquello. Al mandato de Dios, Abraham arregló los pedazos de varios animales, y, cuando el sol se había ocultado, "se veía un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos. En aquel día hizo Jehová un pacto con Abraham" (Gn. 15:8-18). Esto, también, fue una condescendencia extrema. De nuevo, algunos eruditos han sugerido que la palabra hebrea para pacto puede significar *comer juntos*. Al hacer un pacto, los orientales hacían banquetes los unos a los otros. Sea o no éste el significado de la palabra, el hecho evidente es que el Señor condescendió a visitarle a Abraham en su tienda y comer el alimento servido por su amigo (Gn. 18:1-8).

La intimidad de la amistad de Dios con Abraham se revela sorprendentemente en una pregunta retórica hecha por el Señor en una ocasión posterior. Al abandonar la tienda de Abraham, El y los ángeles que le atendían caminaron hacia la ciudad perdida de Sodoma. Abraham los acompañó. Entonces dijo el Señor: "¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer...?" (Gn. 18:17). Porque Abraham fue su amigo, Dios le reveló los secretos que no los hubiera dicho a otros. Dios hace de igual modo con todo el pueblo de su pacto. Dice el salmista: "La comunión íntima (secreta, Versión Antigua) de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto" (25:14). La amistad se expresa en el revelar secretos. Uno le dice todo a un amigo, sin esconderle nada. Por cierto, por lo afirmado anteriormente no hay que suponer que hoy en día Dios da a los miembros de su iglesia revelaciones especiales en adición a la Sagrada Escritura. La revelación especial está completa en la Biblia. Pero Dios imparte a sus amigos, a distinción de otros, la iluminación de su Espíritu para el entendimiento correcto de la revelación divina, de tal modo que se les puede decir a ellos: "Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas" (1 Jn. 2:20).

La revelación suprema de la intimidad de la amistad de Dios

para con los suyos se halla en la encarnación de su Hijo y el derramamiento del Espíritu Santo. El Verbo que era en el principio, que no sólo era con Dios sino que era Dios, se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn. 1:1, 14). Los suyos le vieron con sus propios ojos y le palparon con sus propias manos (1 Jn. 1:1). Y cuando él estuvo por volver al Padre, les dijo a sus amigos: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir por que no lo ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros" (Jn. 14:16, 17). Dios *con* su pueblo; más aun, Dios *en* ellos—esto es a la vez un insondable misterio y una suprema intimidad.

#### AMISTAD DEDICADA

Una amistad genuina es mucho más que un sentimiento de buena voluntad. Es más que una expresión de buenos deseos en palabras. Se manifiesta en hechos de amor, en actos de devoción.

La amistad de Dios hacia el pueblo de su pacto es tan dedicada como para desafiar cualquier valoración. Lo único que podemos hacer es repetir unas pocas declaraciones bíblicas sobre este tema transcendental. Ningún mortal puede entender en su totalidad la gran importancia de estas declaraciones.

Cuando Dios hizo su pacto con Abraham y su simiente, él, es maravilloso decir, se dio a sí mismo a ellos (Gn. 17:7). Desde entonces no solamente fueron ellos su pueblo, sino que él fue su Dios. Eso es la gran e inigualada bendición del pacto de gracia. Y de esa bendición Dios continuamente aseguró su iglesia de ambas dispensaciones (Lv. 26:12; Jer. 31:33; He. 8:10).

El Dios que se dio a sí mismo a su pueblo les dio también a su Hijo Unigénito. Y el Hijo de Dios voluntariamente dio su vida en rescate por los escogidos. "Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos" (Jn. 15:13).

Ligado al don del Hijo de Dios es el don de la vida eterna. "La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 6:23).

De nuevo, el Espíritu de verdad y santidad, que operó ya en la iglesia de la antigua dispensación, y que fue derramado sobre la

iglesia de la nueva dispensación, es un don de Dios a su pueblo (Ro. 5:5); y ese Espíritu imparte a la iglesia "toda bendición espiritual en los lugares celestiales" (Ef. 1:3).

"Si Dios no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Ro. 8:32). Pablo escribió a los corintios: "Porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo porvenir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios" (1 Co. 3:21-23).

La amistad se caracteriza por ser mutua. Puede haber afecto sin reciprocidad o amor no recompensado, pero nunca una amistad sin reciprocidad o no recompensada. De eso se concluye que los miembros de la iglesia de Cristo no están obligados solamente a demostrar su amistad a Dios en sus vidas, sino que sin duda lo van a hacer. Cualquiera que, estando en la lista de miembros de la iglesia, falla en este sentido, da prueba que no pertenece al cuerpo de Cristo. Y mientras que los mejores miembros de ese cuerpo apenas pueden practicar una mínima parte de la devoción total que deben a su Amigo celestial, todo miembro verdadero le sirve fervientemente. Se goza en la ley de Dios según el hombre interior (Ro. 7:22). Aunque solamente en principio, él ama al Señor su Dios con todo su corazón, alma, fuerza y mente. Anda en ese amor (Ef. 5:2). Y su devoción es más fuerte porque sabe que por la gracia de Dios es lo que es (1 Co. 15:10).

#### AMISTAD ETERNA

La amistad de Dios por su pueblo es desde la eternidad y hasta la eternidad. Y por que es desde la eternidad será hasta la eternidad.

Ningún aspecto del pacto de gracia vislumbra más grande en la Escritura que su perpetuidad. Cuando Dios estableció su pacto con Abraham, de inmediato lo describió como un "pacto perpetuo" (Gn. 17:7). El Señor consoló así a su pueblo: "Porque los montes se moverán, y los collados temblarán; pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová el que tiene misericordia de ti" (Is. 54:10).

En consecuencia, Dios, que fundó su iglesia, la ha sostenido en las generaciones pasadas y la sostendrá hasta el fin de los tiempos.

Las puertas del infierno nunca han prevalecido contra ella y nunca prevalecerán. Muchas veces el enemigo dentro de la ciudad de Dios es más peligroso y más destructivo que el enemigo de afuera. ¿Quién puede negar que así es el caso en muchas ocasiones hoy día? Nada está destruyendo la iglesia de Cristo tan efectivamente como la incredulidad de sus dirigentes. Pero Dios guardará su promesa: "Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio" (Is. 54:17). La historia de la iglesia nos dice que, cuando el pueblo de Dios rompió su pacto, él todavía lo recordó y lo renovó y—maravillosa gracia—al renovarlo, lo enriqueció mucho. Este es el significado de la gloriosa promesa del nuevo pacto dada por Jeremías al pueblo de Dios de la antigua dispensación, del cual se apropió el escritor de Hebreos para la iglesia de la nueva dispensación: "He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día en que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón, y yo seré a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo" (Jer. 31:31-33; He. 8:8-10). Ellos serán por pueblo, no solamente hasta el tiempo del fin de la historia, sino por los *tiempos* eternos.

No sólo a la iglesia como cuerpo, sino también a cada uno de sus miembros vivientes, la perpetuidad del pacto le ofrece un consuelo inefable. El puede salir, cantando:

Amigo fiel en Cristo hallé,  
 El tiernamente me ama;  
 En la grandeza de su amor  
 Salvó por gracia mi alma;  
 Pues cuando yo vagaba infiel,  
 El me buscó fielmente,  
 Ya suyo soy, y mío es El,  
 Es mío eternamente.

Cuando los amigos terrenales y los familiares abandonan al creyente, él sabe que el Señor le recogerá (Sal. 27:10). Cuando peca-

dos internos le perturban, su fe mira al Cordero del Calvario. Cuando Satanás le ataca, se afirma con calma: "Que muestre su vigor Satán y su furor; dañarnos no podrá". Cuando el mundo le lleva como un cordero al matadero, se goza diciendo: "Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó" (Ro. 8:37). Y cuando al final se para a la orilla del temido río de la muerte, al cual es necesario cruzar, su Amigo divino le toma de la mano, y el creyente susurra: "No temeré mal alguno porque tú estarás conmigo" (Sal. 23:4). Pronto ha cruzado. Ahora entra en la casa del Señor, donde mira a su Amigo cara a cara. Allí es su morada para siempre.

## LA MORADA DE DIOS

La Escritura nos dice repetidamente que la iglesia es la morada de Dios.

En la antigua dispensación, Dios habitó en medio de su pueblo Israel, primero en el tabernáculo y posteriormente en el templo. El Antiguo Testamento dice que él habitaba entre los querubines que estaban parados con sus alas extendidas sobre el propiciatorio que cubría el arca del pacto.

La nueva dispensación no conoce lugares santos comparables con aquellos de la antigua. Por lo tanto, denominar "santuario" al lugar de adoración público es, por decir lo menos, inapropiado. Es más bien un anacronismo. Jesús dijo a la mujer de Samaria que ahora es el tiempo en que no hace diferencia alguna si los hombres adorasen a Dios en el Monte Sión, el lugar santo de los judíos, o en el Monte Gerizim, el lugar santo de los samaritanos, sino que lo importante es que le adoren en espíritu y en verdad (Jn. 4:21-24). Los santuarios del Antiguo Testamento pertenecían al período de sombras que concluyó con la muerte de Cristo en la cruz. Aunque tenemos la costumbre de dedicar un templo y bien llamarlo casa de Dios, Dios mora entre su pueblo en un sentido muy real cuando se juntan para adorar, sea en un hogar o bajo el techo del cielo. La iglesia en la cual Dios habita es la comunión de los hermanos. Allí está su santuario.

¡Cuán inestimable honor es para la iglesia que "el bienaventurado y solo soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver..." (1 Ti. 6:15, 16), le haga su morada!

### UNA MORADA HUMILDE

Podría parecer casi un sacrilegio decir que el Dios infinito, a quien "los cielos, los cielos de los cielos no le pueden contener" (1 R. 8:27), ocupa una morada humilde. Sin embargo, sí, tal es la enseñanza de su Palabra.

La iglesia consiste de hombres creados. Entre el Creador y sus criaturas hay un abismo que no se puede medir. "He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas. . . . Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es" (Is. 40:15, 17). ¡Qué condescendencia la del Creador infinito que hace su morada entre finitas, más aun infinitamente pequeñas criaturas!

La iglesia consiste de seres humanos pecaminosos. Pero a la vista de la santidad resplandeciente de Dios, los mismos serafines cubren sus rostros con sus alas y exclaman: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (Is. 6:3). Y cuando su pueblo le contempla a él en su templo, cada uno debe exclamar así: "¡Ay de mí! que soy muerto, porque soy hombre inmundo de labios, y habito en medio de pueblo que tiene labios inmundos" (Is. 6:1-5). ¡Cuán incomprensible es que el Santo de Israel haga su habitación en medio de gente inmunda!

Pero no todos los hombres creados pertenecen a la iglesia de Dios. No todos los seres humanos pecadores son contados entre sus miembros. Consiste de tales que claman desde la profundidad: "Ten piedad de mí, o Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones, lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones y mi pecado está siempre delante de mí" (Sal. 51:1-3). Dios mora sólo con aquellos que, parados de lejos, no quieren alzar los ojos al cielo, sino que se golpean el pecho diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lc. 18:13). "Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y en la santidad y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados" (Is. 57:15).

Por cierto, la iglesia es una excesivamente humilde morada del Altísimo.

**UNA MORADA SANTA**

Por humilde que sea la morada de Dios, y de veras es humilde, es también santa. La santidad de Dios lo demanda. Por eso el salmista dijo: "La santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre" (Sal. 93:5).

La santidad es uno de los atributos más sobresalientes de la iglesia de Dios. Como ya hemos señalado anteriormente, es santa en dos sentidos. Habiendo sido llamada por Dios del mundo y apartado para su servicio, ella es objetivamente santa. En ese sentido es santa a pesar de que se encuentre pecado en su medio. Sólo cuando la iglesia llega a estar tan empapada en pecado, de tal modo que deja de ser una iglesia, entonces pierde esa santidad objetiva. Pero la iglesia es también subjetivamente santa. Sus miembros verdaderos han sido regenerados por el Espíritu Santo. En virtud del nuevo nacimiento ellos son ciertamente santos. Aunque todavía pecaminosos, en principio son perfectos. Son "santos", y el apóstol Pablo les reconoció como tales aun a los miembros de la corrupta iglesia de Corinto (1 Co. 1:2; 2 Co. 1:1). El Espíritu Santo mora en cada uno de ellos, y colectivamente ellos son su santa habitación.

Aunque el Espíritu Santo habitó también en la iglesia de la antigua dispensación, él fue derramado en Pentecostés sobre la iglesia como nunca antes. Por cierto, la iglesia nunca puede ser separada de los individuos que la componen; aun así, sería un serio error suponer que en Pentecostés fue derramado el Espíritu solamente sobre ciertas personas. Fue derramado sobre los discípulos cuando "estaban todos unánimes juntos" (Hch. 2:1). En pocas palabras, el Espíritu de santidad fue dado a la iglesia como cuerpo. Y eso hace que la iglesia sea supremamente santa.

El hecho de que Dios more en la iglesia presupone su santidad. Esto es claro, porque el Santo Dios nunca habitaría sino sólo en un lugar santo. El hecho de que Dios habite en la iglesia hace que la iglesia sea santa. Eso, también, es autoevidente. Pero no hay que olvidarse que el hecho de que Dios habite en la iglesia requiere también que la iglesia sea santa. Por lo tanto, el apóstol Pablo escribió a la iglesia de Corinto: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el

cual sois vosotros, santo es" (1 Co. 3:16, 17). Otra vez, amonestando a la misma iglesia contra la participación en la adoración con los no creyentes, el escribió: "Por que vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo..." (2 Co. 6:16, 17). Había mucho pecado en la iglesia de Corinto. La discordia, la inmoralidad y el compromiso con el paganismo eran comunes. Por lo general, la iglesia de hoy no es menos pecaminosa. Tanto la verdad de Dios como su ley son pisadas en el lodo. La voz de Dios resuena: "Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 P. 1:15, 16).

**UNA MORADA BENDITA**

Cuando se dice que Dios mora en su iglesia, no se refiere solamente a su omnipresencia divina. El salmista se dirigió al Dios omnipresente cuando dijo: "¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos allí estás tú, y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí allí tú estás" (Sal. 139: 7, 8). Dios no sólo está en el cielo; también está en el infierno; no sólo está en la iglesia, está también en las tiendas de los malvados. Sin embargo, el mora en su iglesia en un sentido que es único.

Cuando la Escritura localiza, por así decirlo, la presencia de Dios, la referencia es invariablemente a la manifestación de uno o más atributos específicos de Dios. Por ejemplo, Dios mora en el cielo en el sentido de que su gloria y majestad se exhiben allí en toda su plenitud. Surge ahora una pregunta: ¿En cuál de sus atributos está Dios peculiarmente presente en su iglesia? Indudablemente, la respuesta es que allí él se revela a sí mismo en su gran amor por los suyos, como su Salvador y Benefactor. Fue el Salvador que dijo: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18:20). Uno de los profetas aseguró al pueblo de Dios: "El que os toca, toca a la niña de su ojo" (Zac. 2:8). Movidado por su infinito amor por la iglesia, Dios mora en su medio para bendecirla "con toda bendición espiritual en los lugares celestiales" (Ef. 1:3), de tal modo que a los miem-

bros de la iglesia aun hoy mismo "les hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús" (Ef. 2:6).

La bendición que Dios confiere a su morada es el mismo Espíritu Santo junto con sus dones. El Espíritu impartió a la iglesia apostólica dones especiales, tales como el hablar en lenguas y la sanidad milagrosa, que ya han cesado; pero sus más valiosos dones son permanentes. Entre los más prominentes hay: "Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gá. 5:22, 23). El más grande de éstos es el amor. El amor es inseparable de la fe y la esperanza, pero también es más grande que éstas (1 Co. 13:13).

El amor es una bendición que Dios confiere a su iglesia. Y esta bendición engendra a su vez otras bendiciones divinas. Por un lado, el amor habita dentro de la iglesia porque Dios la ha bendecido. Por otro lado, Dios bendecirá a la iglesia si el amor habita en ella. El dulce cantor de Israel estuvo consciente de esto y lo expresó así:

"¡Oh, qué bueno, qué dulce es  
habitar los hermanos todos juntos!  
Como un unguento fino en la cabeza,  
que baja por la barba,  
que baja por la barba de Aarón  
hasta la orla de sus vestiduras.  
Como el rocío del Hermón que baja  
por las alturas de Sión;  
Allí, Yahvéh la bendición dispensa,  
la vida para siempre".

(Salmo 133)

¡Cuán ricamente bendecida es la morada de Dios! Es tres veces bendecida, por que allí habita el trino Dios.

#### UNA MORADA PERMANENTE

Dios habitó en la iglesia de la antigua dispensación, y habita en la iglesia de la nueva también. La iglesia es su morada permanente. Cuando el Señor Jesús estuvo por regresar a su Padre, les dio a sus discípulos esta seguridad consoladora: "Y yo rogaré al Padre, y os

dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre" (Jn. 14:16). Sólo unas pocas semanas después, en el día de Pentecostés, el Consolador, el Espíritu de verdad, fue derramado sobre la iglesia para morar con ella y en ella para siempre.

Por esta razón es inapropiado para la iglesia orar por otro Pentecostés. Está bien que pida una manifestación más completa de la presencia y poder del Espíritu en su medio, pero nunca por una segunda experiencia del Espíritu comparable a Pentecostés. El derramamiento del Espíritu en aquel día fue una experiencia única y para siempre, como es única la encarnación del Hijo de Dios. El Espíritu fue dado a la iglesia para que more en ella para siempre. Desde entonces el Espíritu nunca se ha apartado de la iglesia, ni tampoco se apartará jamás en el futuro.

Esta verdad tiene que ver en forma muy directa con la gloria de la iglesia cristiana. Una y otra vez en el curso de su historia pareció que Dios había abandonado a su iglesia. Una y otra vez parecía justificada la queja, "Traspasada es la gloria de Israel" (1 S. 4:21). Al ver las cosas por su apariencia externa, *Icabod* (sin gloria) bien pudiera haberse escrito muchas veces sobre las puertas de la iglesia de Cristo. La época que precedió a la Reforma protestante es un buen ejemplo. Aun en nuestros días no es menos cierto. La incredulidad anda desenfadada en la iglesia. Una gran cantidad de los maestros y dirigentes de la iglesia han rechazado la Palabra de Dios. Han llegado a ser guías ciegos de los ciegos. La iglesia ha contristado al Espíritu Santo y pareciera que él ha dejado la iglesia andar en el espíritu del error. Pero Dios no ha abandonado a su iglesia. Es posible que una gran mayoría de miembros de la iglesia o haya negado abiertamente la verdad o haya perdido el interés en ella; aun así, la presencia del Espíritu en la iglesia es garantía que habrá siempre "siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron" (1 R. 19:18). Esos siete mil fieles constituyen la verdadera iglesia de Dios, y cantan ahora, como lo hicieron en el siglo XVI:

Castillo fuerte es nuestro Dios,  
Defensa y buen escudo;  
Con su poder nos librará  
En este trance agudo.



Con furia y con afán  
 Acósanos Satán;  
 Por armas deja ver  
 Astucia y gran poder;  
 Cual El no hay en la tierra

Dios no sólo habitará en su iglesia en el tiempo, sino por toda la eternidad. Juan vio un nuevo cielo y una nueva tierra; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más; y vio la santa ciudad, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oyó una gran voz del cielo que decía: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (Ap. 21:1-3).

### Capítulo 51

## LA ESENCIA DE LA ADORACION COLECTIVA

El Señor Jesús ordenó la adoración privada cuando dijo: "Mas tú, cuando oras, entra en tu aposento, y cierra la puerta, y ora a tu Padre que esté en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público" (Mt. 6:6). Josué tal vez estuvo pensando, aunque quizá no en forma exclusiva, en la adoración familiar cuando juró: "Pero yo y mi casa serviremos a Jehová" (Jos. 24:15). La Escritura abunda en citas con respecto a la adoración en la iglesia. Por ejemplo, se dice de Jesús que "en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre" (Lc. 4:16). El contexto nos informa que él participó en la adoración allí. Y el escritor de Hebreos amonestó a sus lectores a que no dejaran de congregarse (He. 10:25). Este modo de adoración ha sido descrito como público o común, pero tal vez sería mejor llamarla adoración colectiva, porque ese nombre la designa como adoración hecha por un cuerpo, a saber el cuerpo de Cristo.

Es en la adoración que la gloria de la iglesia cristiana se manifiesta en forma esplendorosa. Eso se hará más claro cuando consideramos la esencia sublime de la adoración colectiva.

### CON DIOS

El tabernáculo de la antigua dispensación fue conocido como el tabernáculo de reunión. ¿Fue llamado así porque el pueblo de Dios tenía la costumbre de encontrarse dentro de sus recintos? Es posible que así haya sido, pero había todavía una razón más importante. Dios mismo dijo: "Allí me reuniré con los hijos de Israel; y el lugar será santificado con mi gloria" (Ex. 29:43). Dios y su pueblo se encontraron en el santuario.

Refiriéndose, sin duda, a una reunión de sus discípulos para adorar, el Hijo de Dios dijo: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18:20).

En un sentido muy real el pueblo de Dios de la nueva dispensación se acerca aun más a Dios en adoración que su pueblo de la antigua dispensación. En el tabernáculo y en el templo, Dios habitó en el lugar santísimo. Solamente una vez al año, en el gran día de la expiación a un solo hombre, el sumo sacerdote, le era permitido entrar en ese lugar. Inclusive a él no le era permitido entrar sin la sangre del sacrificio, que tenía que rociar en el propiciatorio para hacer expiación por sus propios pecados y por los del pueblo. Pero cuando Cristo murió en la cruz del Calvario, el velo que separaba el lugar santísimo del resto del santuario se rasgó en dos, de arriba abajo (Mt. 27:51). Esto significó que desde el derramamiento de la sangre de Cristo en expiación, todos los creyentes tienen el privilegio de entrar a cualquier hora en la presencia inmediata del Santo de Israel.

¡Cuán excelso es el concepto de la adoración colectiva que la Escritura nos presenta! Cuando el pueblo de Dios se reúne para adorar, entra en el mismo lugar donde Dios habita. Dios se encuentra con ellos y ellos se encuentran con Dios. Se encuentran cara a cara con ningún otro sino con el mismo Dios. Su adoración es una interacción íntima entre ellos y su Dios.

¡Qué dignidad y reverencia y adoración si la iglesia estuviese consciente de esta verdad! No habría rastro de ligereza ni frivolidad. Los adoradores exclamarían como lo hizo Jacob en Betel: "¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo" (Gn. 28:17). Dándose cuenta de que están en tierra santa, se quitarían, por decirlo así, los zapatos de sus pies, como lo hizo Moisés cuando Dios le habló desde la zarza (Ex. 3:5). O como dijo Juan, cuando estuvo en Patmos: "vi... en medio de los siete candeleros a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada de dos filos; y su rostro era como el sol

cuando resplandece en su fuerza. Cuando le vi caí como muerto a sus pies" (Ap. 1:13-17). Así debe hacerlo cada adorador.

Puesto que la adoración colectiva se ofrece a Dios en un encuentro de Dios con su pueblo, debe consistir en dos aspectos. Por un lado, en la lectura de la Escritura, en la predicación de la Palabra y en la bendición, Dios habla a su pueblo y éste, por atender, le adora reverentemente. Por el otro lado, en la oración, en los cánticos y en las ofrendas, el pueblo de Dios responde en santa reverencia a lo que Dios les ha hablado. En cada parte de su adoración el pueblo de Dios o escucha a Dios o le responde a él.

¡Qué gloria es esto para la iglesia, que el gran Dios condesciende así para estar en comunión con su pueblo y que su pueblo tiene este gran privilegio de tener comunión con él!

#### DE DIOS

La adoración se origina con Dios, no con el hombre.

El deseo de adorar al Dios verdadero es obrado en el corazón humano por su Espíritu. A no ser por la gracia renovadora de Dios, los hombres volverían las espaldas a él. Ellos adorarían a los ídolos, como lo hacen muchos, pero no a Dios de quien está escrito: "Sólo tú eres Dios" (Sal. 86:10). Ningún hombre jamás buscaría al Dios viviente si el Dios viviente no primero busca al hombre.

Cada acto de adoración también es evocado por Dios. Dios manda a sus hijos que le adoren, y ellos obedecen. Ellos le aman porque él les amó primero. Ellos le alaban por todos los beneficios que él ha derramado sobre ellos. Ellos le adoran tanto por lo que él es como por lo que él hace. Cada acto de su adoración es hecho en respuesta a su revelación. Cada palabra que hablan en su presencia es hablada en respuesta a su Palabra, y que nunca olviden que lo que Dios les dice es incomparablemente más importante que cualquier cosa que ellos puedan decirle a él.

Tampoco el pueblo de Dios sabría cómo tributar una adoración digna al santo y grande Dios si él mismo no les instruyese. Si él fuese hombre, por ilustre que fuera, posiblemente podrían descubrir por su propia imaginación lo que le agradaría a él, por que en tal caso podrían ponerse ellos mismos en su lugar. Pero la verdad

es que él es Dios. Sólo a través de la revelación puede el hombre conocerle. Aun así, es imposible para el hombre comprenderle, porque el finito no puede contener al infinito. Por lo tanto, es un sacrilegio que el hombre adore a Dios según sus propios conceptos. No le es permitido a la criatura intentar a adorar al Creador en una forma no prescrita por el Creador.

Lo que ya se ha dicho constituye uno de los principios más importantes que determina el contenido de la adoración en general y de la adoración colectiva en particular. Es triste decir, no todas las iglesias la acatan. La Iglesia de Roma toma la posición que todo es permisible en la adoración pública si no es expresamente prohibido por la Palabra de Dios. Eso la ha llevado a la práctica de una cantidad de elementos no bíblicos, es más, antibíblicos, en la adoración. También algunas iglesias protestantes, que no se han librado del todo de la levadura romana, toman la misma posición. Las iglesias reformadas han sostenido el principio que solamente es permisible en el contenido de la adoración pública lo que tiene la expresa sanción de la Sagrada Escritura. Y ese principio es bíblico. Está claramente implícita en el segundo mandamiento de la ley moral (Ex. 20:4-6). En tanto que el primer mandamiento prohíbe la adoración de dioses falsos, el segundo prohíbe la adoración al Dios verdadero de una manera errónea. En palabras del Catecismo Menor de Westminster: "El segundo mandamiento prohíbe la adoración de Dios por medio de imágenes o en cualquier otra forma no señalada en la Escritura" (Pregunta 51). Y el Señor Jesús dijo acerca de los escribas y fariseos de su día: "En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres" (Mr. 7:7).

Para que el principio bajo discusión no sea mal interpretado, hay que señalar que no se aplica a tales circunstancias sencillas de la adoración pública como, por ejemplo, el lugar de reunión. Toma en cuenta también el hecho de que, mientras algunas enseñanzas en cuanto a la adoración son explícitas en la Escritura, otras son implícitas, como, por ejemplo, en la nueva dispensación el apartar el primer día de la semana para la adoración colectiva. Se puede también observar de que la mayoría de las iglesias reformadas sostienen que las sanciones bíblicas de los elementos de adoración común no siempre llegan en forma de mandato, sino

que también pueden venir en forma de permiso. Por ejemplo, en ninguna parte de la Escritura hay un mandato a la iglesia que debe conmemorar el nacimiento del Salvador el 25 de diciembre, o en otra fecha; no obstante, muy pocos negarían que la iglesia tiene la libertad de hacerlo. Y aquellos que insisten en esta libertad sostienen que aquellas instituciones divinas como la Pascua y la Santa Cena son evidencia de que la conmemoración de importantes eventos en la historia de la redención le agrada a Dios. Así afirman que hay una sanción positiva en la Escritura para la celebración de las así llamadas fiestas cristianas.

Queda el principio que hay cabida en el contenido de la adoración colectiva sólo para aquello que Dios mismo ha establecido. Y ésta es una manera enfática de decir que en su misma esencia la adoración colectiva es de Dios.

### *A DIOS*

Es difícil negar que en sus cultos de adoración los hijos de Dios algunas veces tienen malos motivos. No es raro encontrar que sus propósitos se concentran en ellos mismos, no en Dios. Eso es lo que hace a su propósito malo. Tal vez van a la iglesia para satisfacer sus anhelos de exhibición o de entretenimiento. Ellos quieren ver "un buen espectáculo" o algo parecido. Es una tentación siempre presente para el pastor buscar su propia gloria. Muy a menudo busca el aplauso de los hombres en vez de la aprobación de Dios. Dicho en otras palabras, él busca su éxito. Dicha adoración es la adoración del yo, no de Dios. Lo único que puede ser es abominación ante los ojos de Dios.

No es menos real el peligro de que el propósito de la adoración en la iglesia sea distorsionado. Lo que debería ser secundario a menudo es tomado como principal. Lo que debe servir de medio es considerado como fin. Los cristianos se reúnen en la iglesia para gozar de los santos. Eso, por cierto, es bueno, en la medida que es así, pero eso no es suficiente. Los cristianos deben ir a la iglesia para tener comunión con Dios. Se celebran los cultos de adoración con la esperanza de que los pecadores sean salvados a través de la predicación de la Palabra de Dios. No hay duda que esto es bueno; pero no hay que olvidar que la salvación de los pecadores es un

medio para glorificar a Dios. Los santos asisten a los cultos para que sean edificados en la fe, la esperanza y el amor. Eso también es algo digno, pero de nuevo eso debe servir como un medio para el fin más alto de todos—dar honor a Dios.

La adoración colectiva debe ser a Dios. Cuando se realiza correctamente, se hace a Dios. Es orientada a la gloria de Dios antes que a la bendición del hombre, y conduce a la bendición del hombre sólo como un medio para el fin más alto, a saber, la gloria de Dios.

Todo lo que hace el cristiano debe ser hecho para la gloria de Dios. Eso es cierto también en cuanto a lo que come y bebe (1 Co. 10:31). Pero en ninguna actividad glorifica la iglesia a Dios tan directamente como en la adoración colectiva. Así está en la misma presencia de Dios. Siente asombro por la santidad y la majestad de Dios. Ora así: “Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:9, 10). Y canta en adoración:

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Señor omnipotente!  
Siempre el labio mío loores te dará,  
¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Te adoro reverente!  
Dios en tres personas, ¡bendita Trinidad!

Ahora, su mirada está puesta en la gloria de Dios.

Eso no es todo. No solamente glorifica la iglesia a Dios en sus cultos de adoración, sino que por medio de esos actos sus miembros son estimulados a vivir completamente a la gloria de Dios—a saber, servirle no sólo en el día del Señor, sino todos los días de la semana; no solamente en el templo, sino también en sus hogares; no solamente en el día de descanso, sino también en los días de trabajo diario; no solamente cuando participan de la Santa Cena, sino también cuando comen su pan diario; no sólo cuando cantan salmos e himnos y cánticos espirituales, sino también en el escuchar las sinfonías de los autores clásicos; no solamente cuando están orando, sino también cuando están jugando. Inclusive cuando están ocupados en la adoración colectiva, los hijos de Dios se apropian de la curiosa pero significativa petición de George Herbert:

Enséñame, mi Dios y Rey,  
que te vea en todas las cosas;  
y que cualquier cosa que yo haga,  
que lo haga como para tí.

Y meditando en la frase, “para la gloria de Dios”, ellos cantan:

Esta es la famosa piedra  
que vuelve todo en oro,  
porque lo que Dios toca y posee  
no puede exagerarse su valor.

## LAS CARACTERÍSTICAS DE LA ADORACION COLECTIVA

La adoración que la iglesia cristiana ofrece a Dios es sublime en su esencia. Ya que su calidad es por necesidad determinada por su esencia, esa adoración es sublime también en su calidad.

Lo que sigue es una breve descripción de algunas de las características exaltadas de la adoración colectiva.

### ES HUMILDE

En la adoración colectiva Dios se encuentra con su pueblo, y el pueblo se encuentra en la presencia del "Alto y Sublime, el que habita en la eternidad, y cuyo nombre es el Santo" (Is. 57:15). Como criaturas, la más profunda humildad les corresponde. Y como pecadores les corresponde decir: "Apártate de mí, Señor, por que soy hombre pecador" (Lc. 5:8).

Los adoradores deben saber que no tienen derecho de acercarse a Dios sino sólo a través del Mediador, Jesucristo. ¿No declaró majestuosamente: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí" (Jn. 14:6)? El que intenta llegar a Dios por sus propios medios o derechos encontrará simplemente con que Dios es fuego consumidor.

Los adoradores deben darse cuenta de que aparte de la gracia de Cristo son completamente incapaces de adorar a Dios correctamente. ¿No les dijo, acaso, su Señor "Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo si no estuviere en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí"? "Porque separados de mí", dijo, "nada podéis hacer" (Jn. 15:4, 5). Esto también es vigente en la adoración.

Los adoradores deben estar conscientes de que aparte de la gra-

cia de Cristo que les da poder, no pueden dar a Dios la adoración del cual él es digno. No es solamente que su más noble adoración es demasiado pequeña para glorificar a Dios como debe ser glorificado, sino que es también falseada por los pecados de comisión. Tanto pecado se aferra en las mejores obras de los hijos de Dios que sus buenas obras mismas son como trapo de inmundicia (Is. 64:4). Cuando esa verdad se relaciona a la adoración colectiva, lo único que puede significar es que dicha adoración necesita todavía ser purificada y perfeccionada por el sacrificio y la intercesión del gran Sumo Sacerdote, Jesucristo.

### ES UNIDA

Dondequiera que una congregación esté adorando, lo hace no como un agregado de individuos, sino como un cuerpo. Los que están presentes cantan las mismas canciones, oran las mismas oraciones, escuchan la misma Palabra, contribuyen a la misma ofrenda y reciben la misma bendición. Ellos hacen todas esas actividades bajo el control de un solo Espíritu. Por cierto, puede que haya alguno entre los presentes que participe sólo con su presencia, pero no en la realidad de la adoración. Considerando a éstos aparte, la iglesia entra en la adoración pública en forma unida.

Pero eso no es todo. Las congregaciones de una denominación generalmente tienen una manera similar, si no idéntica, de adoración. El contenido de la adoración, también, en cada una de ellas se asemeja mucho a las otras. Por lo tanto, en un sentido real las iglesias de una denominación adoran juntas. Aunque la hora del culto pueda diferir en distintas partes, sin embargo todas las congregaciones de una denominación, sea que estén en un lugar u otro, adoran en forma unida.

Aun así, eso es sólo un aspecto del asunto. El pueblo de Dios está disperso en muchas denominaciones. Y todas las verdaderas iglesias cristianas del mundo adoran al único Dios verdadero con más o menos fidelidad a las demandas de adoración contenidas en su Palabra. Eso es una manera de decir que la iglesia universal adora en forma unida. Por ejemplo, la iglesia en Estados Unidos, Australia, Argentina, etc., al recitar el Credo Apostólico, hace confesión de su fe común al unísono.

Pero no se ha dicho aún toda la verdad. La iglesia de todas las edades adora en forma unida. La iglesia del siglo XX se une a la iglesia de los siglos pasados al orar la oración que Jesús enseñó a sus discípulos. Y la iglesia de la nueva dispensación se une a la iglesia de la antigua dispensación cuando canta a los salmos de la Sagrada Escritura.

Para llegar al punto culminante, puede decirse que la iglesia que adora se ha acercado "al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de... los espíritus de los justos hechos perfectos" (He. 12:22, 23). La iglesia militante adora en la compañía de los ángeles y de la iglesia triunfante.

### ES ESPIRITUAL

A la pregunta de la mujer samaritana dónde era el lugar apropiado para adorar en forma pública: el monte de Sión, el lugar santo de los judíos, o el monte Gerizim, el lugar santo de los samaritanos, Jesús contestó: "La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; por que también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren" (Jn. 4:23, 24).

La frase *en espíritu* no se refiere necesariamente al Espíritu Santo, una de las personas de la Trinidad, sino al espíritu del adorador. Pablo usó una expresión similar cuando dijo: "Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu" (Ro. 1:9). Sin embargo, el único que verdaderamente adora a Dios en espíritu es aquel cuyo espíritu está bajo el control del Espíritu Santo.

La frase *en verdad* posiblemente puede contrastar la adoración del Nuevo Testamento con el ceremonialismo de la antigua dispensación. Quizá lo más apropiado sería decir *en armonía con la verdad de que Dios es espíritu*. En tal caso *en verdad* es sinónimo con *en espíritu*.

En efecto Jesús dijo: "Puesto que Dios es espíritu, la adoración a él debe ser espiritual, y solamente la adoración espiritual es adoración verdadera".

No puede ser que el Señor quiso condenar todas *las formas* de

adoración pública. Cómo adora la iglesia triunfante es algo que no podemos decir en detalle, pero lo cierto es que mientras que la iglesia se encuentra en este mundo de tiempo y espacio no puede prescindir de ciertas formas de adoración. El Señor Jesús mismo prescribió una forma como la conmemoración de su muerte en la Santa Cena. Sin embargo, es condenado todo *formalismo* en la adoración de Dios. Pasar por el orden del culto en forma rutinaria no es adoración en ninguna manera. Es una abominación ante los ojos de Dios. Nuestro Señor lo denunció acerbamente en las palabras del profeta Isaías: "Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí" (Is. 29:13; Mt. 15:8).

La adoración espiritual, por el contrario, glorifica grandemente a Dios, porque le reconoce por lo que él realmente es. Nada de lo que el hombre puede hacer glorifica a Dios más directa e inmediatamente. Y así es la adoración de la iglesia verdadera de Cristo.

### ES LIBRE

Estrechamente relacionado con la característica espiritual de la adoración colectiva es la característica de libertad. Cuando más espiritual es la adoración, tanto más será su espontaneidad.

Como toda libertad verdadera, la libertad de adoración es una libertad bajo ley. Sin embargo, es de lo más importante distinguir aquí entre la ley de Dios y las leyes de los hombres. La ley de Dios es "la ley de la libertad" (Stg. 1:25; 2:12). Dios dio esta ley al hombre, no para restringir su libertad, sino para que goce de la libertad en forma plena. La desobediencia a los mandamientos de Dios es la esclavitud, la obediencia es más genuina libertad. Por el contrario, las leyes de los hombres, si no se basan en la ley de Dios, tienden invariablemente a destruir la libertad. Aplicado a la adoración colectiva esto significa, por un lado, que, para que sea libre, debe ser hecha estrictamente de acuerdo a las prescripciones de la Palabra de Dios; y, por otro lado, que cesa de ser libre en la medida en que es controlada por ordenanzas y tradiciones humanas. Una iglesia nunca debe atreverse a agregar algo a los preceptos divinos para la adoración. Pero no son las únicas iglesias la Católica Romana y la Griega Ortodoxa, las que han destruido la libertad de adoración. A muchas iglesias protestantes también hay que recor-

darles que "Sólo Dios es el Señor de los hombres que de alguna manera sean opuestos a su Palabra, o agregados a ella en asuntos de fe o de culto" (Confesión de Fe de Westminster, Capítulo XX, Sección II), y que es su solemne deber así como un privilegio dado por Dios "rechazar todo invento humano, y toda ley que los hombres quisieran introducir en la adoración de Dios con el fin de obligar y apremiar las conciencias en cualquier forma" (Confesión Belga, Artículo XXXII).

Si la adoración ha de ser libre, no es menos necesario que el adorador tome la actitud correcta ante la ley de Dios. El que guarda los mandamientos de Dios por compulsión externa y contra sus propios deseos no los está guardando, por cierto. Sólo es obediencia verdadera aquella que es motivada por el amor. Sólo él adora a Dios libremente quien se deleita en la adoración de él en su hombre interior. Y sólo él encuentra ese deleite en la adoración a Dios quien es controlado por el Espíritu libre de Dios.

Eso significa que la iglesia cristiana está capacitada para adorar libremente, porque el Espíritu Santo le ha sido dado. El Espíritu ya operó en la iglesia de la antigua dispensación, pero en la nueva dispensación fue derramado como nunca antes. Es por eso que, por un lado, el Nuevo Testamento contiene mucho menos detalles acerca de la adoración colectiva que el Antiguo. Pero se sigue, por otro lado, que sobre la iglesia de la nueva dispensación especialmente gravita la obligación de adorar a Dios libre, espontánea y amorosamente. "Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Co. 3:17).

### ES HERMOSA

La Escritura repetidamente ordena al pueblo de Dios adorarle "en la hermosura de la santidad" (Sal. 29:2; 96:9).

Los santuarios del Antiguo Testamento y su mobiliario, hechos según el modelo que el Señor había mostrado a Moisés (Nm. 8:4), fueron bellísimos. De igual modo lo fueron las vestiduras de los sacerdotes, especialmente las del sumo sacerdote. En la nueva dispensación, también, es bueno que el lugar de adoración y todos sus accesorios sean bellos. Sin embargo, en la adoración pública no hay cabida para el arte por amor al arte, y debe prohibirse cual-

quier ornamento que distraiga de la adoración a Dios. Lo que sea bonito en cualquier otra parte puede estar fuera de lugar, y por lo tanto inapropiado en la casa de Dios. Por ejemplo, los retratos de presidentes y héroes pueden ser apropiados en las escuelas, pero no en las iglesias. Hay hermosos cuadros que a uno le gustaría tener en la sala de su casa, pero sería una vergüenza colocarlos en el lugar donde se celebran los cultos. Nunca debe un sentido de satisfacción estética derivada del ritmo majestuoso de un coral, aun con un excelente acompañamiento de órgano, ni de una luz débil que se filtra a través de ventanas de vidrios coloreados ser confundido con el espíritu de adoración. Pero no es necesario que se excluya todo tipo de ornamentación y simbolismo, porque Dios mismo ordenó a Moisés adornar el tabernáculo con granadas y querubines para el lugar santísimo. Por cierto, cualquier cosa que tienda a transgredir el segundo mandamiento de la ley moral debe ser excluida de la casa de Dios. Esto quiere decir que no hay cabida para cualquier objeto que represente al Creador y, por lo mismo, que sea objeto de adoración. El lugar de adoración es bello si se caracteriza por excelencia en dignidad sencilla y sencillez noble.

Sin embargo, en esta dispensación *el lugar* para la adoración pública es relativamente de poca importancia. La iglesia ha adorado aceptablemente en las catacumbas y en las cabañas de madera. Lo que es de suprema importancia es que la adoración pública sea en *si misma* bella. Y es así sólo cuando está en armonía con las Sagradas Escrituras.

La adoración colectiva es bella siempre que su contenido es bíblico y si cada parte está delineada para hacerlo "decentemente y con orden" (1 Co. 14:40); si se caracteriza por la reverencia y por un temor reverente por un lado, y por un regocijo espontáneo, por el otro; si sale de corazones regenerados y ardientes de gratitud por todo lo que Dios es y hace por su pueblo, particularmente por la completa y libre salvación que él ha provisto en su Hijo; si en ella los hijos de Dios se acercan confiadamente al trono de la gracia; si es la comunión santa de un sacerdocio santo con Dios tres veces santo. En pocas palabras, la belleza en la adoración es el reflejo de la santidad.

*ES FESTIVA*

La adoración colectiva debería ser una ocasión festiva. El salmista exhortó al pueblo de Dios: "Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid su nombre. Por que Jehová es bueno; para siempre es su misericordia, y su verdad por todas las generaciones" (Sal. 100:4, 5).

Por cierto, es necesario que en cada servicio de adoración pública se haga confesión de pecados. Pero desde la profundidad de sus pecados los hijos de Dios deben mirar a su Salvador. La introspección debe resultar en una contemplación del Cristo crucificado. Y cada canción iniciada con una nota de autoabhorrecimiento bien puede terminar en una explosión de gratitud a Dios por su gran salvación.

Hay lugar para servicios especiales de confesión y humillación. En tiempos de guerra y otras calamidades tales cultos son muy apropiados. Aun así no debe faltar una nota de gozo. Es más, ese gozo debe ser prominente. La iglesia debe regocijarse al decir: "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por lo tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar, aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza. Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo. Dios está en medio de ella; no será conmovida. Dios la ayudará al clarear la mañana. Bramaron las naciones, titubearon los reinos; dio él su voz, se derritió la tierra. Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob" (Sal. 46:1-7).

¿Qué gozo más grande tiene el pueblo de Dios que aquel que le proporciona la comunión con Dios? Este pueblo canta: "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?" (Sal. 42:1, 2). Dios mismo es su más alto gozo. Por lo tanto el pueblo ora: "Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas. Entraré en el altar de Dios, al Dios de mi alegría y de mi gozo; y te alabaré con arpa, oh Dios, Dios mío" (Sal. 43:3, 4). Comunión con Dios es lo que hace al cielo ser cielo. En la adora-

ción colectiva la iglesia de Dios vive un estado de bienaventuranza por anticipado. Empieza a comprender lo que es glorificar a Dios en la forma que él quiere ser glorificado y a gozar de él hasta lo sumo y por siempre.



## LA NOVIA DEL CORDERO

La Escritura con frecuencia compara la relación entre Dios y su pueblo con la del esposo y la esposa, y en forma semejante compara la relación de Cristo con su iglesia con la del novio y la novia. Bien se puede preguntar si la Palabra de Dios confiere a la iglesia un honor más grande que éste.

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae las buenas nuevas a Sión: "Tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre" (Is. 54:5)! Y en toda la Escritura difícilmente se puede encontrar un cuadro más exquisito que el de la "santa ciudad, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido" (Ap. 21:2).

Esta meditación sobre la iglesia como la novia del Cordero tratará sobre sus esponsales, su purificación y su matrimonio.

### SUS ESPONSALES

- Los esponsales de Cristo y su iglesia tuvieron lugar en la quietud de la eternidad, antes de que fuese el mundo. No sólo fue incluido en el eterno consejo de Dios, abarcando todo aquello que habría de ocurrir en el curso de la historia, sino que fue una realidad sempiterna.

Una y otra vez Cristo señaló a los miembros de su iglesia como aquellos a quienes el Padre le había dado. En su oración sumosacerdotal que uno no puede estudiar sin sentirse que se está en tierra santa, por no decir el lugar santísimo, él los describió así hasta siete veces. Dijo así: "Le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. . . . He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. . . . No ruego por el mundo,

sino por los que me diste. . . . A los que me has dado, guárdalos en tu nombre. . . . A los que me diste, y los guardé. . . . Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria. . . ." (Jn. 17:2, 6, 9, 11, 12, 24). El Padre se los dio a él desde la eternidad. El se los dio a él para que sean su novia.

Cristo pagó una dote por su novia. No consistió de oro ni plata ni piedras costosas, sino de su propia sangre preciosa. En el plan de Aquel que habita la eternidad y en quien el principio y el fin son uno, este pago también tuvo lugar en la eternidad. Cristo es el "Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo" (Ap. 13:8). En la plenitud del tiempo él vino a este mundo y en la cruz del Calvario dio su vida por su novia. Tan grande fue su amor por ella que "se entregó a sí mismo por ella" (Ef. 5:25).

Su esposa para hacerla  
Del cielo descendió,  
El la compró con sangre  
Cuando en la cruz murió.

Diez días después del regreso de Cristo a su Padre, él envió a su novia un valiosísimo regalo. Fue su Espíritu Santo. Ese Espíritu es prueba de su continua, aunque invisible, presencia con ella, prenda de su perfecta fidelidad para con ella, y un constante recuerdo de sus muchas preciosas promesas, en especial de aquella que un día volverá para tomarla y hacerla su esposa. Y, propensa como es ella a la infidelidad, el mismo Espíritu, que mora con ella y en ella, le guarda y le prepara para aquel día.

Porque los esponsales del Cordero y su novia son de Dios, nada puede anularlos. Sellados con la sangre y con el Espíritu de Cristo, no pueden ser quebrados. Concebidos en amor eterno, por necesidad tienen que ser por toda la eternidad.

Asombroso es decir, ni aun la infidelidad de la novia puede dejar sin efecto los esponsales. ¿Puede un hombre amar a su prometida cuando ésta le es infiel y se entrega en los brazos de otros hombres? Apenas se concibe tal cosa. Pero el Dios de toda gracia asegura a su iglesia adúltera: "Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová"

(Os. 2:19, 20). Esta es una declaración de amor eterno, infinito, inmutable, incomprensible.

Aquel cuyo nombre es Fiel nunca ha abandonado a su iglesia y jamás lo hará. En su eterna y grande fidelidad él hace que en los periodos más oscuros de su historia no deje de haber "un remanente escogido por gracia" (Ro. 11:5). Cuando incontables personas en la iglesia resultan no ser de ella y cuando muchas iglesias de Cristo son transformadas en sinagogas de Satanás, aquel remanente continúa siendo la verdadera iglesia. Y cuando, hacia el final del tiempo, "todos los moradores de la tierra", muchos de ellos inscritos en los registros de la iglesia, adorarán a "la bestia", entonces por la gracia de Dios serán exceptuados aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero (Ap. 13:8).

### *SU PURIFICACION*

La primera y la más grande de las virtudes que se requiere de una novia es su castidad, es decir su integridad y pureza. La primera y la más grande de las virtudes que demanda Cristo de su iglesia es la santidad.

Aunque ha sido llamada afuera del mundo pecaminoso, la iglesia estará desfigurada por el pecado hasta cuando se haya consumado el matrimonio del Cordero y su novia, esto es hasta el fin del tiempo y el alba de la eternidad. No es hasta entonces que será "una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante" (Ef. 5:27). Por lo tanto, desde el tiempo de su fundación en el huerto del Edén hasta el día de su entrada en el paraíso de Dios, donde corre el río limpio del agua de la vida y donde crece el árbol de la vida (Ap. 22:1, 2), la iglesia está en constante necesidad de ser purificada.

En el proceso de su purificación Cristo no deja a su novia abandonada a su suerte. Si la dejara, su purificación nunca sería perfecta; todo lo contrario, aumentaría su inmundicia. Pero en su gran amor el Cordero ha hecho provisión para esta purificación. Se dio a sí mismo por la iglesia "para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra" (Ef. 5:26).

No hay duda que la expresión "el lavamiento del agua" es una alusión al baño purificador de la novia previo al matrimonio. En

esto también hay una alusión clara al sacramento del santo bautismo. Pero es claro que ningún poder purificador se adscribe a este sacramento aparte de la Palabra de Dios. Como lo dijo el gran Agustín: "Quitad la palabra, ¿qué es el agua sino agua? Agregadle la Palabra al elemento, y es sacramento, así como si fuese la Palabra visible". ¿No fue la Palabra a la que el Señor Jesús mismo adscribió poder purificador cuando oró por los suyos: "Santificalos en tu verdad", y luego agregó: "tu palabra es verdad" (Jn. 17:17)? Sin embargo, la Escritura enseña que la Palabra efectúa la purificación solamente cuando es aplicada al corazón del hombre por el Espíritu Santo. "La santificación" es "del Espíritu" (1 P. 1:2). Cristo, entonces, purifica a su novia por medio del Espíritu Santo. Este Espíritu, a quien él ganó para ella por su muerte expiatoria, y el medio que utiliza para su purificación es la Palabra de Dios.

Desde el momento que Dios fundó su iglesia la puso en enemistad contra el mundo (Gn. 3:15). A través de los siglos esa enemistad conduce en una medida no pequeña a la purificación del pueblo de Dios. En toda su historia uno de los peligros más dominantes que la iglesia enfrenta es el de conformarse al mundo. El peligro está siempre latente de que la línea de demarcación que distingue a la simiente de la mujer de la simiente de la serpiente sea de pronto borrada. En cada edad el peligro es inminente que Jerusalén, la novia del Cordero, llegue a identificarse con Babilonia, "la gran ramera" (Ap. 19:2). Pero por la obra de su Espíritu, a través de la Palabra en el corazón de los suyos, así como por el control providencial sobre sus enemigos, Cristo siempre mantiene esta enemistad entre ambos.

Esta es la razón por la cual la Cabeza de la iglesia, omnipotente como es, permite, no obstante, que el mundo persiga a los santos, a menudo en forma muy violenta, inclusive hasta la muerte. La razón es que él les quiere guardar de que lleguen a aliarse con el mundo. El los purifica como se acostumbra purificar el oro por medio del fuego. Se labra, por decirlo así, como se labra el diamante para que pueda centellar con mayor resplandor. Así como él mismo, el que en sí nunca tuvo pecado, fue hecho perfecto a través de los sufrimientos (He. 2:10), él los santifica a través de muchas tribulaciones. En una palabra, él permite que la ramera cruel

persiga a su novia por la sola razón de que ama sobremanera a su novia.

Sabiendo eso, ella alza de las cuevas de la tierra, de las madrigueras del león, de las celdas de la prisión, del cadalso y de las piras de fuego la canción de amor: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:35-39).

### *SU MATRIMONIO*

La iglesia es ahora mismo la novia de Cristo, pero su matrimonio es un evento que ha de ser consumado en el futuro. Eso ocurrirá cuando una gran voz, como si fuese "de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas y como la voz de grandes truenos", proclamará: "¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado" (Ap. 19:6, 7).

Este matrimonio será plena gloria para la novia.

Se llevará a cabo en el día de su completa victoria sobre su archienemiga, la gran ramera que corrompió la tierra con su fornicación. Dios vengará la sangre de sus siervos de la mano de ella, y el humo de ella sube por los siglos de los siglos. Nunca más aquella ramera molestará a la novia de Cristo. Entonces la iglesia triunfante llenará todo el ámbito del cielo con sus aleluyas (Ap. 19:1-6).

El novio quedará extasiado de su novia por su belleza. Un esplendoroso vestido de novia la adornará. Se le concederá a ella que se "vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es de las acciones justas de los santos" (Ap. 19:8). Sus acciones justas que manifiestan su carácter santo son un regalo para ella, "las cuales Dios preparó de antemano para que anduviese en

ellas" (Ef. 2:10). Y son blancas porque las ha lavado en la sangre del Cordero" (Ap. 7:14). Entonces "la reina estará a la diestra del Rey con oro de Ofir" (Sal. 45:9). Y un ángel habló a Juan el apóstol: "Vén acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero". Y el vió "la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal" (Ap. 21:9-11). Y los cimientos estaban adornados con toda piedra preciosa; las doce puertas eran doce perlas; y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio (Ap. 21:19).

Dios limpiará todas las lágrimas de los ojos de los habitantes de esa ciudad, y no habrá más muerte, ni aflicción, ni clamor, tampoco habrá más dolor (Ap. 21:4). Los cuerpos desechos habrán sido restaurados y los corazones destrozados habrán sido curados.

Entonces ojos de gozo, centellearán,  
que llenos de lágrimas estaban de aflicción;  
Huérfanos de padre no más serán,  
ni viudas en estado de desolación.

Todas las consecuencias del pecado se desvanecerán porque el mismo pecado habrá sido destruido. Y porque la santidad de la novia se ha hecho perfecta, la copa de su felicidad será completa.

Lo mejor queda aún, lo que hará que la copa reboce es la comunión con el novio. La mayor felicidad de la novia será que está muy cerca de su Amado, eso será su cielo. Ella seguirá a su novio dondequiera que vaya (Ap. 14:4). Fijando su mirada en él, ella será semejante a él, porque le verá como él es (1 Jn. 3:2). Ella morará con él en el secreto de su tabernáculo. Oirá luego una gran voz desde el cielo: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo está con ellos como su Dios" (Ap. 21:3).

Pero lo mejor de todo es que la felicidad más grande de la esposa del Cordero será que pueda servir a su Amado. Como la mujer fue hecha por causa del hombre, no el hombre por causa de la mujer, así también la iglesia fue hecha por y para Cristo. Al servir al novio, la novia realizará su meta más alta y verá realizada su más grande felicidad. Ella echará su corona a los pies de su

Amado, ebria de maravilla, de amor y de alabanza. Al glorificarle, ella gozará de él y con él hasta lo sumo. Se postrará ante él y cantará: "Tu fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación" (Ap. 5:9). Ella le adorará sin cesar en su templo, cantando el cántico de Moisés y del Cordero.

Y ese matrimonio perfecto no será por un día, ni por una semana, ni por un mes, ni por un año, ni por una década, ni por un siglo, ni por un milenio. Durará por las edades sin fin de la eternidad, un mundo sempiterno.